

A close-up photograph of a person's torso and hand. The person is wearing a dark grey or black suit jacket over a light-colored shirt and a blue tie with thin white diagonal stripes. Their right hand is holding a silver-colored semi-automatic handgun, with the index finger resting on the trigger. The background is dark and out of focus, with a single warm, yellow light source visible on the right side.

MINERVA
HALL

ROLE PLAYING

Un juego peligroso



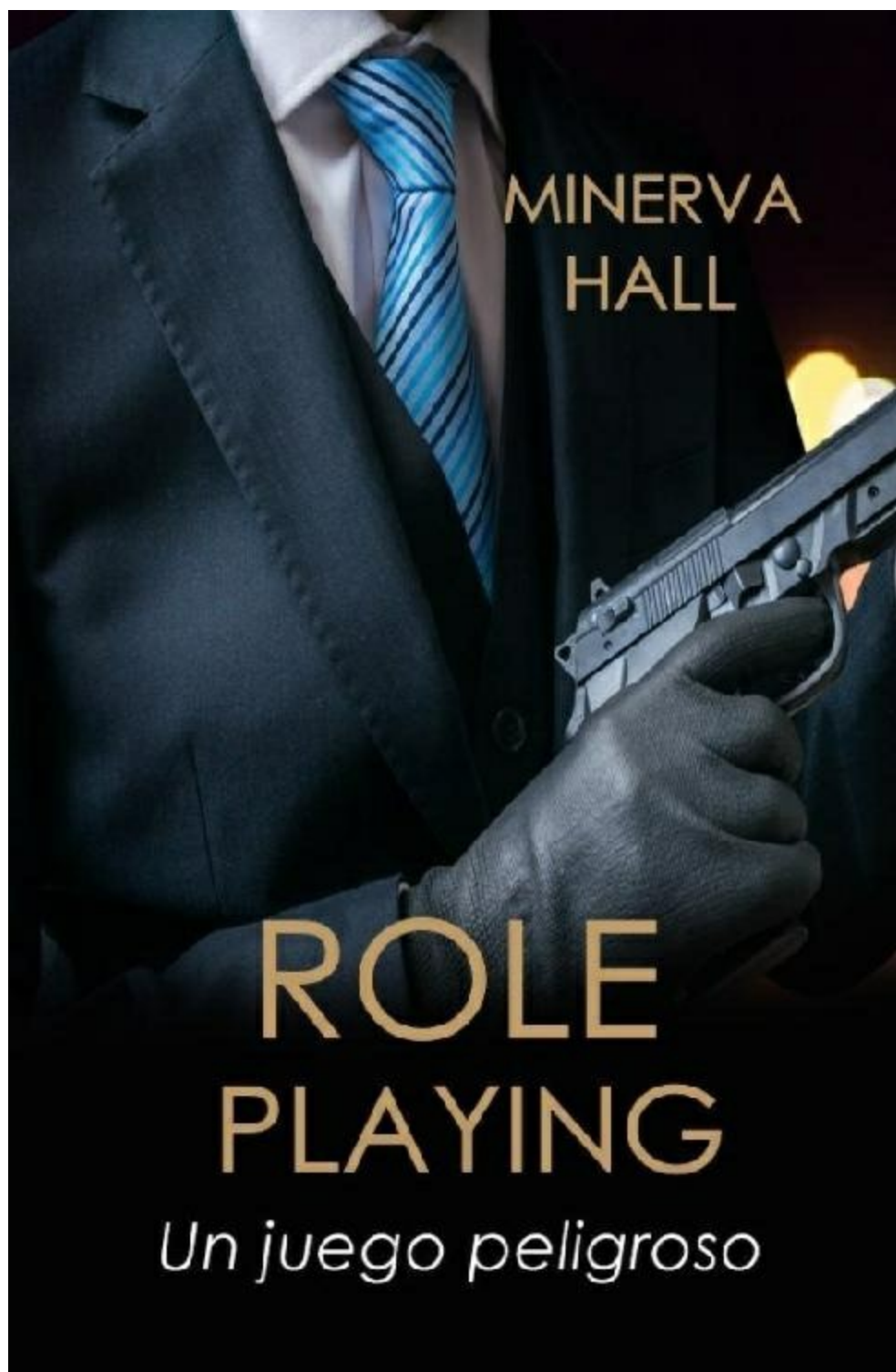
ESPA
PDF

A man in a dark suit, white shirt, and blue striped tie is holding a silver handgun. The background is dark with some blurred lights.

MINERVA
HALL

ROLE
PLAYING

Un juego peligroso



Copyright © 2017 Minerva Hall

Copyright portada © Fotolia

Diseño Portada: M. H.

Maquetación: M. H.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

All rights reserved.

DEDICATORIA

A Kelly Dreams.

Amiga y musa inspiradora. Experta en clubs, amos y mazmorras. Gracias por acompañarme en

este difícil camino y permanecer a través de los años.

Este libro es para ti, porque no podía ser de otra manera.

¡Tu invitación te está esperando en el buzón!

Te esperamos en el *Pleasure's Club*.

ROLE PLAYING

Un juego peligroso

SINOPSIS

Abbie Morrison es una mujer chapada a la antigua, que no cree ni en el sexo ni en el amor. Sin embargo, no es capaz de negarse a la propuesta de su mejor amiga: asistir una noche como invitada especial a un exclusivo club sexual.

Daniel, un hombre fuerte y decidido, que lleva años tratando de desengancharse de su adicción al peligro, acaba de rebote en el peculiar local de su hermano, seduciendo a la más mojigata de todas las hembras del lugar.

Pero cuando la luna brilla en lo más alto y los dos dejan salir sus miedos interiores, la pasión los llevará en un laberinto de deseo, angustia y terror, envueltos en una carrera contra el tiempo, para lograr atrapar a un enemigo invisible que atenta contra la seguridad de todas las mujeres de la ciudad.

¿Serán capaces de dejar a un lado sus más profundos temores y sucumbir a la auténtica emoción en los brazos de su verdadero compañero entre intrigas, desapariciones y horror?

«Una historia de dos almas perdidas que, en el peor de los escenarios posibles, encuentran algo que ignoraban estar buscando. Bienvenidos al *Pleasure's Club*».

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

—No estoy nada segura de esto, Morie —murmuró Abbie mientras bajaba del asiento del copiloto

del coche de su mejor amiga. Los zapatos de tacón le resultaban molestos y el sexy vestido que Morie había escogido por ella para la ocasión la hacía sentir extrañamente desnuda.

El chal de cachemira negro resbalaba sobre sus hombros, a pesar de su intento por mantener el vergonzoso escote bien cubierto. No estaba tan bien dotada como la otra mujer y, aunque lo estuviera, era una chica de jerseys de cuello alto. Aquello estaba mal, debería darse la vuelta y olvidar que aquel club existía.

Por más que Morie le hubiera suplicado que la acompañara, por más que ella fuera lo más parecido a una hermana que tenía; estaba yendo contra su propia moral en aquel lugar, aquella noche.

—Vamos, por favor, Abbie. Solo será media hora, una a lo sumo. No tenemos que quedarnos toda la noche. Déjame echar un vistazo, sabes que me muero por visitar la mazmorra, incluso si no participo en las actividades, quiero hacer un poco de investigación para mi nuevo artículo y tú dijiste que era peligroso que viniera sola.

Y lo era, más peligroso que nada que su amiga pudiera imaginar. Morie era reportera de una revista para mujeres. Una revista de alto contenido erótico, *Sex&Roses* y su editora le había encargado un artículo sobre nuevas tendencias sexuales. No era que algo de lo que tenía que ver con el sexo fuera nuevo, pues era tan antiguo como el tiempo, pero había ciertas prácticas que a Abbie le ponían los pelos de punta, que sí se habían puesto de moda en los últimos años. La nueva literatura romántico-erótica para mujeres estaba cambiando el punto de vista de mucha gente. En algunos casos, abriendo mentes, pero en otros...

Trabajaba como investigadora forense del departamento de policía y había visto cosas que lograban hacer que se estremeciera. No siempre las prácticas sexuales salían bien, no siempre eran consentidas y, a veces, la violencia controlada a la que se dedicaban algunas parejas del mundo BDSM traspasaban ciertas fronteras. El club en el que estaban a punto de pisar era un

claro ejemplo de ello. Hacía un par de meses, había aparecido en los alrededores una mujer, estaba destrozada. Su cuerpo era una maraña de golpes sin sentido, desnuda a excepción de unas rotas medias de rejilla y unos altos tacones, había sido abandonada a la intemperie para morir. No había sido algo rápido, de haberla encontrado unos minutos más tarde, nadie podría haber hecho nada para salvar su vida.

Había aceptado protección y había entrado en un programa específico para mujeres maltratadas, el dispositivo se había activado de inmediato y gracias a la rápida reacción de uno de los detectives de su departamento, la mujer estaba sana y salva en una casa segura. ¿El resultado? Años de terapia y dolor.

Nadie podría evitarle ya las consecuencias de una loca noche de juerga en un estúpido club.

Observó el edificio que se alzaba orgulloso ante ellas. De no haber sabido que estaba allí, probablemente lo habrían pasado por alto. No había en el frente grandes luces de león anunciando su presencia, apenas un cuidado letrero en el cristal opaco de la puerta principal y un guardia con brazos de cincuenta centímetros de diámetro vigilando el acceso al interior. Un matón.

Le desagradaban profundamente los matones.

—Sabes que no te voy a dejar tirada —murmuró Abbie sin apartar la vista del hombre que, de brazos cruzados, les mantenía la mirada. No había una larga fila de gente esperando para entrar, alguna persona ocasional, cual cuentagotas, entraba de vez en cuando, sin mirar atrás. No tenían miedo de que los vieran allí, parecían habituales. El aspirante a guardaespaldas los conocía.

Tomó una profunda bocanada de aire y negó con aprensión. No debería estar aquí, un escalofrío recorría su cuerpo a modo de advertencia:

«Cuando abandones este lugar esta noche, no serás la misma persona».

Su afilada conciencia lo tenía muy claro. No era una mujer liberal. Había tenido dos relaciones serias en su vida y un solo amante. No había sido gran cosa, en realidad, suficiente para deshacerse de la molesta virginidad y no ser considerada un bicho raro, pero todavía se preguntaba por qué la gente le daba

tanto valor al sexo. Para ella solo habían sido quince minutos de molestia la noche de los sábados.

El único día que su aplicado novio tenía libre para compartir con ella.

Borró aquella imagen de su mente dejando el pasado donde estaba, bien encerrado en lo más profundo de su memoria.

—No te preocupes. No es más que un club. Tomaremos una copa, bailaremos un poco y quizá consigamos una visita guiada. Nos marcharemos antes de que puedas pensar en ello.

Abbie asintió secamente. No le habría servido de nada discutir con Morie de todas formas. Ella tenía una forma muy peculiar de ver la vida y las relaciones. No cargaba con los mismos prejuicios que ella, eso estaba claro.

—¿Has traído las invitaciones?

Morie las sacó de su bolso y las agitó en el aire.

—¡Qué suerte tengo de que mi editora tenga enchufe en todas partes!

Bárbara era una mujer con una buena cartera de inversiones, una ayudante personal y unas cuantas manías. Jamás conducía, siempre era trasladada en limusina y todos los días, sin excepción, un nuevo aspirante a Mister Mundo gravitaba pegado a su alrededor. Ni que decir tenía que la palabra discreción no existía en su diccionario. No tenía pudor alguno y ya había tenido que enfrentar un par de multas por exhibicionismo y alteración del orden público.

Su cartera de abogados había logrado que saliera impune y libre de mácula. El dinero lo podía todo, incluso comprar, en ocasiones, la justicia. Siempre que dieras con la persona adecuada. El juez que visitaba clubes nocturnos de élite para pervertidos sexuales.

Suspiró. Y esta noche estaba ella allí, ante aquella puerta que le daría la bienvenida al mismo infierno.

—Hagamos esto antes de que cambie de idea —susurró, más para sí que para su amiga, mientras intentaba insuflarse valor. Necesitaba dar aquel paso,

perder el miedo. ¡Trabajaba para el departamento de policía! No les gustaban los cobardes y demostraría, se demostraría a sí misma, que no lo era.

Morie caminó con decisión hacia el hombre que esperaba en la puerta y coqueteó descaradamente con él. Le entregó sus invitaciones y le dedicó lo que Abbie llamaba «la sonrisa», esa que conseguía que todos los hombres en varios kilómetros a la redonda cayeran rendidos a sus pies. Ella nunca había tenido su encanto.

Tendría que pensar en un modo alternativo para salir de allí. Antes de seguir a Morie dentro miró al hombre y preguntó:

—¿Ofrecen servicio de taxi?

El hombre se limitó a sostenerles la puerta y le dedicó un seco asentimiento, no pronunció ni una sola palabra y sus ojos no llegaron a posarse en su persona más de un minuto.

Abbie tomó una profunda bocanada de aire y dio un paso hacia el interior. El agradable aroma inundó su nariz al mismo tiempo que la calidez del local le daba la bienvenida. Se sintió un poco menos nerviosa ahora que podía ver la sala. No se distinguía de una normal. Las paredes estaban pintadas con gusto, no había estridentes colores rojo o rosa chillón. Los taburetes altos, en la docena de mesas que rodeaban la pista de baile, no tenían aspecto amenazador, sino que invitaban a sentarse un rato y tomar una copa. La luz no parpadeaba y la gente que disfrutaba dentro, no tenía aspecto de asesinos en serie o depravados sexuales.

Hombres con traje y corbata o vaqueros y camisa; algunos llevaban deportivas y otros lustrosos zapatos. Nada de cuero o cuerpos exhibiéndose. Ni una sola conducta inapropiada más allá de un beso un poco entusiasta o una mano cariñosa. Las parejas parecían realmente disfrutar de su entorno y el lugar era apacible, hasta el punto en el que un club podía llegar a serlo.

Siguió a Morie hasta la barra y observó de nuevo el modo en que desplegó sus encantos con el camarero. El hombre las recibió a ambas con la misma amabilidad, les sirvió sus bebidas, un *Martini* para Morie y un refresco de naranja para ella, con burbujas, odiaba las bebidas aguadas. No hubo un juicio

crítico en los ojos de él cuando le entregó su bebida, tan solo una sonrisa comprensiva.

Morie fue directa al grano y preguntó por las instalaciones. La risa brilló en los ojos del hombre, mientras sacaba un par de panfletos con una serie de normas y un pequeño plano.

—No lo necesito —dijo Abbie de inmediato empujando el papel hacia él como si quemara, tocándolo con apenas la punta de su dedo índice—. Solo soy la compañía —se apresuró a explicar, repentinamente nerviosa al leer ciertas palabras como «amo», «sumisa» o «mazmorra»—. Me tomaré mi refresco y esperaré aquí mismo a que ella termine su recorrido.

Morie rio de nuevo, sabía exactamente lo que estaba pensando, aunque no lo hiciera de forma dañina.

«La santa de Abbie que nunca ha tenido un verdadero orgasmo».

No le importó, cada cual tenía la vida que tenía. Quizá la que merecía. Desde luego las dos eran muy diferentes, pero no era necesario compartir opiniones o la visión del mundo para quererse y cuidarse la una a la otra como si fueran familia. Y, a pesar de toda su inquietud, no planeaba abandonarla. Esperaría hasta que explorara lo que tuviera que explorar y si por casualidad se sumergía en aquellas actividades y decidía quedarse a pasar la noche, pediría un taxi. El portero había admitido con disgusto que disponían del servicio.

—No voy a tardar mucho, cariño —dijo inclinándose sobre ella y besándola en la mejilla. Después miró al camarero—. Sírvele lo que quiera, yo lo pagaré.

El hombre asintió y deseó:

—Buena caza.

¿Buena caza? ¿Qué diablos era eso? ¿Algo tipo: *Que la fuerza te acompañe*?

Jugó con su vaso, dándole vueltas entre sus manos y se sintió tremendamente expuesta. Sola, en un club, con un montón de gente a su alrededor y sin

esperanzas de disfrutar de algún tipo de diversión esa noche. Solo quería volver a casa, tumbarse en el sofá y ver el nuevo capítulo de *Lucifer*. ¿Era tanto pedir? Estaba muy bien ver el Lux en la tele, pero este lugar que no se parecía en nada al otro, aunque fuera un antro de perversión... (lo de antro podía ser demasiado fuerte, era un lugar agradable), no era su sitio. No debería haber ido nunca, pero ¿cómo abandonar a su suerte a Morie? Se mordió el labio nerviosa, mientras se clavaba dos uñas en el pulgar sin darse cuenta.

—Va a estar bien.

—¿Perdón? —Levantó la vista para mirar al camarero que la observaba con el ceño fruncido y quizá cierta dosis de preocupación. Era un hombre guapo, no era su tipo, pero podría haber pasado las barreras de muchas mujeres. Alto, en forma, rubio y de ojos claros. El vello de sus brazos brillaba con la luz, como si los rozaran los rayos del sol, y la seguridad en sí mismo le procuraba cierto atractivo. No estaba mal, nada mal, pero se recordó que era un tipo dado a la perversión, aquel lugar era para amantes de lo erótico y lo prohibido.

Ella era una puritana y se moriría siendo así.

—Tu amiga va a estar bien —aclaró—. Es un lugar seguro, incluso si participa en alguna de las actividades que ofrecemos, nadie le hará daño. Bajo ningún concepto. Cuidamos de la gente aquí, tenemos empleados que se ocupan de la seguridad de nuestros clientes, especialmente de los sumisos y las sumisas. No debes preocuparte.

¿Sumisos? ¿Sumisas? ¿De qué le estaba hablando? Morie solo iba a hacer un tour, nada más. No iba a participar, iba a ver, a investigar para su artículo. Se dijo que se preocupaba por nada, el camarero tenía razón.

—Lo siento —se disculpó pensando que quizá su actitud le estaba resultando ofensiva—. Me siento fuera de mi elemento —explicó con sinceridad—. Es solo que no suelo salir mucho y este lugar es muy

agradable, pero...

—Te has puesto nerviosa cuando has visto la información de nuestro lado

más... ¿canalla? —Le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Todos tienen libertad de acción aquí, nadie está obligado a nada, preciosa. Te lo garantizo.

—Sí, estoy segura, no pretendía insinuar otra cosa. —De nuevo los nervios, la inseguridad. ¿Nunca iba a acabar eso? Era una profesional muy decente, muy buena en lo que hacía, pero inútil en las relaciones sociales. Si no fuera por Morie, viviría completamente sola, aislada, destinada al más puro y doloroso ostracismo.

—Mira, podría conseguir que te lleven a dar una vuelta por el club, una escolta, quizá eso te tranquilizaría y podrías asegurarte de que ella está bien.

Su cabeza negó incluso antes de que su cerebro procesara la oferta. No quería moverse de allí, no creía que fuera capaz de hacerlo. Sus piernas temblaban violentamente sentada, si se levantaba, colapsaría en el suelo y sentiría la vergüenza más salvaje de su vida.

—No es una buena idea. Gracias por intentar relajarme, soy nerviosa por naturaleza y me cuesta. Es una respuesta superior a mí. —Forzó una sonrisa tratando de que fuera tranquilizadora y tomó un sorbo de su refresco.

—Soy Gabe —dijo ofreciendo su nombre—, si necesitas algo o reconsideras aceptar la oferta, pregunta a cualquiera de los camareros por mí. Este lugar es para el placer, no para el miedo. Intenta relajarte, nadie te hará daño.

Abbie asintió, pero los nervios eran evidentes en su pose, por dentro sentía como si un terremoto estuviera haciendo papilla sus entrañas, pero iba a resistir. Lo haría por su bien y por el de su mejor amiga.

«Morie, más te vale que valores lo que estoy haciendo por ti», se dijo en silencio y prometió que la arrastraría a la siguiente convención de videojuegos, por más que odiara ir.

Esta vez... ¡se lo debía!

CAPÍTULO 2

Daniel estaba hastiado de su trabajo, de la vida en general y de lo que se

esperaba de él. Tenía ya treinta y ocho años y no había nadie a la vista con quien asentarse. Debería haber elegido una esposa hacía años, haberse casado, tener un par de niños y dejar a un lado su extraño apetito. No era sexual, a pesar del lugar en el que estaba esa noche, a pesar del papel que estaba desarrollando hoy aquí, en el *Pleasure's Club*, propiedad de su hermano pequeño. El descarriado Gabriel había cometido varias imprudencias en su vida, pero por primera vez en mucho tiempo, lo estaba haciendo bien. Maldito fuera por ello, pero se sentía muy orgulloso de él. Incluso de aquel lugar destinado a los placeres más oscuros.

No le iba la dominación, ese era Gabe, el amo. Sonrió pensando en lo que habría dicho su madre de saber la profesión y los intereses de su hijo. La mujer nunca había tenido tabúes en lo que al sexo respectaba, había hablado claramente con ellos y resuelto muchas de sus dudas, ella había anticipado que había algo dominante en el pequeño, pero si hoy lo viera en su papel, en su entorno, ganando más dinero del que él ganaba jugándose el pellejo... habría sido dichosa.

Pero no vivía para verlo, un desafortunado accidente de tráfico había acabado con su vida y la de su padre y ellos habían tenido que salir adelante solos. No eran unos niños cuando perecieron, pero tampoco habían asumido que eran adultos. Veintiocho había tenido él y su hermano veintitrés. No habían estado listos para vivir por su cuenta. Ni siquiera tenían trabajo por aquel entonces. Siempre habían pensado en que habría tiempo y la situación económica tampoco había ayudado.

Se removió en la silla de la oficina de su hermano mientras vigilaba las cámaras. Estaban repartidas por todo el local, a excepción de los baños, de los que solo tenían vigilancia auditiva. Ni siquiera tenían que molestarse en escuchar, el programa detectaba una serie de palabras y tonos que darían la alarma en caso de que alguno de sus invitados estuviera en peligro.

Hizo girar su asiento y observó la entrada. Lou seguía fuera asustando a los transeúntes y aburrido probablemente. El portero no tenía gran diversión, especialmente porque casi nunca había altercados.

Estaban en una buena zona de la ciudad, discreta pero lo suficientemente lejos de los suburbios como para tener muchas complicaciones.

Entonces recordó a la mujer que había encontrado casi muerta no muy lejos del club y el pelo de la nuca se le erizó. No estaban libres del mal, ni siquiera allí.

Trabajando como policía infiltrado durante la mayor parte de su vida laboral, sabía un poco de lo que se ocultaba en las sombras, pero había cosas que aún podían ponerle los pelos de punta.

Sin contar con el hecho de que su hermano había estado en el punto de mira de las autoridades y también su muy respetable club.

Por suerte, los clientes habituales habían mostrado su apoyo asistiendo con normalidad, incluso habían invitado a nuevos socios a unirse. El *Pleasure's* funcionaba bien y seguiría haciéndolo durante mucho tiempo.

—Eh, Dan. Tengo una situación en el bar —dijo su hermano entrando en la oficina, parecía molesto y puede que un poco inquieto.

—¿Ha pasado algo?

El más joven negó, descartándolo de inmediato.

—No, nada de lo que debas preocuparte, es solo que tengo a una paloma asustada en mi local, no es lo que pretendía cuando abrí este lugar —tocó un par de teclas para mostrar la cámara de la barra en el monitor principal y la señaló—. La acompañante —sonrió—. Su amiga debe estar dando una vuelta, quizá probando nuestros servicios, pero ella se sentó ahí y lleva al menos treinta minutos cabizbaja y mirando el reloj cada cinco segundos. Me pone nervioso, le ofrecí incluso una visita guiada para que se sienta segura y pueda ver con sus propios ojos que no herimos a nadie intencionadamente, que la gente disfruta aquí, pero la rechazó. Muy educadamente, eso sí. Me preocupa su angustia, Dan.

Su hermano, a pesar de sus muy dominantes tendencias, era un hombre muy empático. Realmente sentía desasosiego por aquella mosquita muerta. No parecía otra cosa, con aquel gesto tan devastado y el miedo reflejándose en aquellos ojos. Conocía de primera mano el terror, así que no le costó detectarlo.

Estaba rígida y pensando en salir de allí a la primera de cambio. Sin embargo, no sabía qué esperaba Gabe de él.

—¿Y me cuentas esto porque...?

—¿Por qué no vas y le haces compañía? Habla con ella, entreténla.

—¿Que la entretenga? No soy uno de tus *showman*, hermano. ¿Acaso has olvidado a qué me dedico?

Además, no es mi tipo.

No necesitaba verla en persona para saber eso. A él le gustaban las mujeres experimentadas de vez en cuando. Quizá dos o tres por semana, no algún tipo de mujercita inmadura e inexperta. No, ni hablar.

No iba a cruzar esa línea.

—No necesitas vigilar las cámaras, sabes que el programa se ocupa. Solo vienes aquí a esconderte y a ver un poco de porno desde la barrera. Vamos, Dan, haz esto por mí. Solo dale conversación, no te pido que la seduzcas.

Gabe no pedía nada, nunca lo hacía. Se dijo que era un tremendo error entrar en esa sala, era lo peor que podía hacer. La chica parecía a punto de saltar a la más mínima provocación y su humor últimamente era, cuando menos, taciturno. No creía que fuera a facilitarle las cosas, pero no podía negarse tampoco.

Se levantó antes de arrepentirse y negando lo señaló con el dedo.

—Esta me la debes.

La sonrisa de Gabriel fue brillante y enorme, tenía esa facultad desde pequeño, logrando que todo el mundo cayera rendido de amor a sus pies. Hombres y mujeres, mayores y pequeños. Tenía una facilidad

para el trato con las personas que a menudo envidiaba.

El policía antisocial, que había sido tantas cosas en su vida, no había tenido nada que ver con él.

Estafador, asesino, traficante... pero había hecho un buen trabajo pareciendo un tipo corrupto y peligroso, con lo que sentía también un profundo orgullo de sus propios logros.

Ser hermanos y ser tan diferentes. Como el día y la noche, aún así tenía cierta facilidad para entretener a una mujer.

Incluso si carecía del aura seductora de Gabriel.

—No lo olvidaré —Miró su reloj—. Hey, es la hora del show. Tengo que cambiarme y avisar a Roderick.

—Ese numerito no, maldita sea.

—Alégrate de que no vas a tener que verlo.

Salió tan rápido como llegó, como una exhalación, lo que logró provocarle una sonora carcajada. No tenía remedio, nunca cambiaría. Era un jugador y dudaba mucho que dejara alguna vez de serlo.

No, ninguno de los hermanos sentaría cabeza pronto. No había nacido la mujer adecuada para ellos.

Salió de la oficina con decisión, bajó las escaleras y cuando entró en la sala principal, no tuvo gran problema para localizar a su objetivo. Seguía sentada en el mismo lugar y parecía profundamente desdichada. El hielo de su vaso se había derretido hacía tiempo, pero no parecía importarle, seguía dándole pequeños sorbitos a lo que quiera que fuera que estaba bebiendo.

—Ey, Sam, sírvele otra consumición a la señorita, invito yo. Una cerveza para mí.

Trató de impedirlo, pero no fue lo suficientemente rápida. El camarero, un chaval de veinte años que trabajaba en el club a tiempo parcial para poder pagarse la universidad, sabía muy bien qué hacer cuando Daniel hacía acto de presencia. Sin preguntas, solo actúa y no te metas.

Sirvió lo que parecía ser un refresco sin alcohol añadido y le entregó el nuevo vaso, retirándole el anterior con una sonrisa afable, ella lo soltó a

regañadientes y cruzó las manos sobre la barra, en una postura monjil. Ni siquiera lo miró, mantuvo la vista en sus manos, evitando el contacto.

¿Qué haría ella en el club? No tenía aspecto de querer estar allí y estaba completamente fuera de lugar. A pesar del vestido que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, marcando unas curvas que en otro momento y lugar le habrían parecido interesantes, y los zapatos que hablaban de elegancia y experiencia, parecía una niña disfrazada.

—¿Y qué hace una mujer como tú en un sitio como este? —preguntó sonando a topicazo total. No le apetecía ligar con ella, pero una promesa era una promesa. Le daría conversación.

La chica lo miró y negó incrédula.

—Voy a imaginar que no has usado esa frase. Mira... agradezco tu intento, de veras, pero no me interesa. Voy a pagar yo misma por mi bebida, no soy de ese tipo de mujer. —Estiró la mano para tomar el vaso, pero él la interceptó.

Ella pareció estremecerse y no fue la única, una intensa chispa se incendió en su interior cuando le

rozó la piel. Era increíblemente suave y a pesar de la frialdad de sus manos, indicativo de que realmente estaba nerviosa, le gustó el contacto.

Sorprendentemente.

—Este no es mi entorno tampoco. Solo estoy de paso. Mi hermano me pidió el favor y pensé que podríamos hablar un rato. Pareces tan perdida como yo entre estas cuatro paredes.

Tenía muchos años de experiencia como infiltrado, era un excelente actor, capaz de hacer creer a cualquier persona, cualquier cosa, y la mujercita que estaba sentada a su lado, no sería inmune a sus habilidades. Estaba más que seguro de ello.

—¿También te liaron para venir?

—¿Quién te engañó? —preguntó simulando interés.

Quizá había algo más que simulación, empezaba a sentir cierta curiosidad. Cuando ella retiró la mano de la suya, sintió la pérdida y quiso pegarse un derechazo por eso. No tenía que excitarse al lado de una mosquita muerta, de ninguna manera. No había ni una maldita posibilidad.

—No llegaría a tanto. Morie no me engañó, sabía perfectamente a dónde venía. Solo me dejé convencer. Es mi mejor amiga y tenía toda esa curiosidad sobre este lugar. Es una mujer muy sensual y no cree en los tabúes, así que bueno... ella quería un tour por el lado oscuro y no quería venir sola.

—Así que te ofreciste.

¿Sensual? Supuso que la tal Morie era la guapa y la pobre infeliz, la amiga fea.

—Sí, no fue tan difícil convencerme. Haría casi cualquier cosa por ella. Es lo más parecido a una hermana que tengo. Le debo mucho, incluso venir aquí en contra de mi instinto.

—¿Tu instinto?

La desconocida se encogió de hombros.

—Todos lo tenemos, ¿no? Lo cierto es que el club no se parece nada a lo que me había imaginado.

Cuero y cadenas por todas partes. Es un lugar bastante elegante y no asusta tanto como pensé.

—Aún así, pareces nerviosa.

—No me gusta estar sola, especialmente cuando todos los demás están acompañados. Es como si todas las miradas recayeran sobre mí y sí... — empezó antes de que pudiera soltar el comentario sarcástico que tenía en la punta de la lengua— lo sé, a nadie aquí le interesa mirarme. Están ocupados en sus propios asuntos, pero la sensación persiste.

—Quizá deberías dar una vuelta para calmarte. Yo lo hice y aunque hay alguna cadena por ahí, tampoco es para tanto. De hecho, el camarero me ha hablado

de un *show* que va a empezar, ¿no tienes curiosidad?

La timorata mujer negó con vehemencia, casi apartándose de él. Una sonrisa se dibujó en sus labios ante su temor. Estaba mal burlarse de los miedos ajenos, pero pareció tan avergonzada solo por el hecho de haberle hecho la sugerencia, que no logró evitar la expresión.

Al menos no estalló en carcajadas, que era lo que en realidad quería hacer.

—Como le dije a Gabe, el camarero, paso de visita guiada. Lo agradezco mucho, pero todas esas normas, esas salas, esos... No es lo mío. Esperaré aquí a que vuelva mi amiga y eso es todo.

—Si ella participara en alguna de las actividades, podría ser invitada a pasar la noche. No sé si lo sabes, pero hay una zona de habitaciones temáticas perfectas para algo más íntimo.

Lo miró como si le hubiera propuesto desnudarse y hacérselo salvajemente. Nada más lejos de la realidad. Además, no era un exhibicionista. A veces le gustaba mirar, pero no al revés. Cuando él tomaba a una mujer, por el tiempo que estuvieran juntos, era solo suya. No la compartiría jamás, si tuviera intención de jugar a algo.

—Gracias por la compañía, pero creo que es mejor que... me vaya. Tienes razón, ha pasado mucho tiempo ya, Morie tiene su coche, el portero aseguró que podría conseguirme un taxi que me lleve a casa, así que haré eso. —Luego bajó la voz, con intención de que él no la escuchara, pero lo cierto es que tenía un oído muy afinado y no pudo ocultar sus palabras—. Antes de que me encierren en un manicomio por una crisis nerviosa.

Si ella abandonaba el *Pleasure's* tan desanimada y nerviosa, Gabe iba a mostrarle su decepción y él odiaba que su hermano lo mirara así. Siempre había sido su héroe, de alguna retorcida manera, no podía fulminar la imagen que tenía de él.

No tenía opciones, no podía dejar que se marchara.

—No te vayas, por favor. Este lugar es solitario para alguien como yo. No

logro compañía y hasta que mi hermano no termine con sus... perversiones — supuso que esa palabra le gustaría—, estoy atrapado aquí.

—No debería. No te conozco. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Daniel Grier, ese es mi nombre.

—Abbie Morrison —respondió en un acto reflejo.

Abbie, le gustaba ese nombre y supuso que le pegaba a la mujer que estaba delante de él. Parecía una niñita con los zapatos de su mamá.

—Puede que quieras terminarte tu copa.

—Sabes perfectamente que no es una copa —se rio ella, negando con la cabeza—. No tomo alcohol.

—¿Nunca?

—Soy abstemia.

¿Cómo no? Seguro que también era anti-sexo, parecía llevar un cartel colgado a la espalda que gritaba: anti-todo lo bueno que tiene la vida.

Arqueó una ceja en respuesta, ella lo miró con convicción cuando respondió.

—El alcohol altera la percepción del mundo, te desinhibe y consigue que te metas fácilmente en líos, así que no bebo. Respeto a la gente que lo hace. No me parece mal que te tomes un par de cervezas, siempre que seas capaz de tolerarlo. ¿Perder el control? No es lo mío.

Daniel se preguntó si había alguna manera de hacer que esa rigidez abandonara su cuerpo. Supuso

que logrando que se sintiera segura. Provocarle un par de orgasmos también debería funcionar.

No era su tipo, de ninguna manera, pero un hombre podía llegar a hacer un esfuerzo para mantener contento a su hermano pequeño, ¿verdad? Quizá

incluso disfrutara de la experiencia. Tumbiar las barreras de alguien tan moralista siempre resultaba excitante, un poco peligroso, pero para un tipo de su calaña sin duda sería una interesante muesca en el cabecero de su cama.

Incluso si no compartía la información con nadie y se limitaba a deleitarse en la privacidad de su dormitorio por el reto logrado.

—Hay una pequeña terraza interior que podríamos usar para estar más tranquilos. La noche es cálida y la zona está iluminada. Sin cuero ni cadenas, lo juro. Nadie nos interrumpirá allí, si es que todavía quieres hacerme compañía. No te haré daño, confía en mí.

Sus ojos parecían sinceros. Aquel intenso tono de azul zafiro, que brillaba cada vez que la miraba, la atrapaba peligrosamente en su hechizo. Era un hombre intenso, no guapo a la manera tradicional, no su tipo, pero la palabra atractivo no bastaba para hacer justicia a lo que estaba viendo.

Era intrínsecamente masculino.

Era la seguridad en cada uno de sus movimientos, la corbata floja y la camisa blanca desabrochada, que permitía percibir parcialmente el vello que poblaba su pecho. Era su actitud confiada, un desconocedor de la palabra inseguridad, algo en lo que ella siempre había sido una experta.

Parecía alguien que sabía qué quería, cómo y cuándo, estaba convencida. Le gustaría tanto poder tomar un poco de aquello, pedirle que compartiera con ella los secretos para dejar el temor a un lado, entregarse a la vida como si fuera un juego, sin darle tanta importancia a las pequeñas cosas que no significaban nada.

Nadie la había atacado allí, nadie la había obligado a hacer nada que no quisiera hacer, le habían hecho dos ofertas; la primera la había rechazado educadamente, pero ahora se encontró deseando tomar su mano y seguirlo al fin del mundo.

Se preguntó si el interés que percibía en él era sincero o no, decidió que lo

era. Bajó de su asiento y lo miró, supo que sus pensamientos se reflejaban en su mirada; ni siquiera le importó. No sabía mentir, nunca se le había dado bien.

—Podemos hacerlo. Salir a la terraza, quiero decir. Un rato. Quizá no debería porque...

Él no la interrumpió, a pesar de que estaba balbuceando, tan solo le dedicó una sonrisa ladeada y la tomó de la mano, mientras le indicaba el camino.

Incluso con aquellos tortuosos zapatos que Morie le había prestado, parecía una enanita a su lado.

¿Mediría dos metros? Seguramente, no tanto, ella apenas rozaba el metro sesenta, con lo que cualquier hombre de estatura media podía superarla sin esfuerzo.

Sin embargo, no había nada medio en él, era bastante entero. Se rio de su propio chiste, tan tonto que no merecía la pena repetirlo en voz alta.

Trató de caminar con normalidad, sin dejar notar que estaba fuera de su elemento. Sus zapatos habituales apenas superaban los tres o cuatro centímetros, usaba medio tacón y más por obligación que por elegancia. Por ella, habría llevado unos muy comunes y poco sexys zapatos planos, sin importarle parecer incluso más bajita.

—Te pongo nerviosa —comentó él, con aquella rica voz de barítono que se colaba en las profundidades de su cuerpo provocándole una revolución hormonal. No se suponía que eso debería pasarle a ella, no había manera, ni hablar. Tenía que disimular su inquietud, no era sexy.

¿Acaso pretendía seducirlo? ¡No! Claro que no, él estaba fuera de su liga. Era demasiado alto, demasiado masculino, demasiado todo para ella.

—No me pones nerviosa.

—Mentirosa —dijo divertido abriéndole la puerta e instándola a pasar en primer lugar.

Un caballero, siempre había pensado que ya estaban extintos. Fue reconfortable descubrir que no y que, al menos por una vez en su vida, alguien como él había tenido la deferencia de tratarla de esa antigua manera.

—Gracias.

Se estremeció al sentir la suave brisa en la piel y se colocó mejor el chal. No hacía frío, pero repentinamente el calor la había abandonado. No sabía exactamente por qué, no sabía si era su conciencia advirtiéndola de que aquel encuentro casi a solas, aislados en aquel pequeño espacio, iba a dejarla a merced de un lobo.

Parecía uno, sin duda. Uno terriblemente sexy.

—Si tienes frío...

¿Iba a echarse atrás? ¿Ahora? ¡Ni hablar!

—No tengo frío —contestó quizá demasiado rápido. Las palabras abandonaron sus labios atropelladamente, lo que provocó otra sonrisa satisfecha y conocedora en su interlocutor.

No iba a poder engañarlo, él la leía fácilmente y sabía que los escalofríos y la piel de gallina los estaba provocando él.

Lo había sabido todo el tiempo, no debería haber dejado su sofá esa noche.

—Mierda —masculló. Estaba fuera de su ambiente, no sabía cómo seguir a partir de ahí.

Tomó asiento y miró a todas partes excepto al hombre que la acompañaba.

—¿A qué te dedicas? —preguntó él en un intento por aligerar el ambiente, ayudarla a tranquilizarse, mientras dejaba con cuidado el botellín en la mesa central de cristal y posicionándose a su lado. Tan cerca que sus muslos se rozaban, haciendo que el frío se convirtiera rápidamente en calor, casi un sofoco que era imposible de contener.

—Forense, trabajo en la comisaría. Reúno pruebas, las estudio y organizo

patrones de

comportamiento, entre otras cosas. No soy esa que mete sus manos en los cuerpos, no ese tipo de forense.

La sorpresa destelló en los ojos de Daniel, lo comprendió sin necesidad de palabras. No tenía aspecto de policía y, a pesar de que no se paseara por ahí con el uniforme y una pistola en la cadera, era una pieza fundamental en su equipo de trabajo.

—Nunca lo habría imaginado.

—Todo el mundo me lo dice, estoy acostumbrada.

Se apartó el pelo de la cara, colocándoselo detrás de la oreja. Un tic nervioso que había desarrollado en su época universitaria, cuando tenía que enfrentarse a un aula llena de alumnos y profesores que planeaban evaluarla y ponerla en aprietos.

En su trabajo había aprendido a comportarse con la seguridad que le daba el saber lo que estaba haciendo, pero en su vida personal volvía a sentirse como aquella chica perdida de dieciocho años.

—Las apariencias engañan.

—¿A qué te dedicas tú? —preguntó a cambio. Sentía curiosidad, parecía alguien muy físico, quizá un entrenador personal, guardaespaldas o deportista profesional. Era de ese tipo.

—Me dedico a la seguridad.

Había dado en el clavo. Pocas veces se equivocaba.

—¿En qué terreno?

Daniel se encogió de hombros.

—En lo que me salga. Ahora estoy entre trabajos, tomándome un descanso. No planeaba pasar mi noche así.

Terminó de quitarse la corbata y la dejó sobre la mesa, señalándola con desagrado.

—Odio ese instrumento de tortura.

Abbie sonrió antes de poder evitarlo y levantó sus pies.

—También yo odio la tortura. ¿De verdad os gustan tanto los tacones? Llevo con dolor de pies desde que me los puse.

—Eso tiene remedio —comentó con ojos brillantes, mientras sus manos se adelantaban y la hacía girar para obligarla a poner las piernas en su regazo. Le quitó los zapatos con la habilidad de alguien que lo había hecho muchas veces y empezó a masajearle los pies—. ¿Mejor?

Podría haber gemido sin darse cuenta, no estaba segura. Sus manos eran mágicas, haciendo que el dolor quedara relegado al olvido, mientras intensos calambres de placer subían por sus piernas hasta el mismo centro de su ser.

Si seguía así terminaría volviéndola loca.

—Tienes unos pies muy bonitos, Abbie.

—No es verdad, solo son pies —contestó ella. Sin embargo el alivio estaba presente en su tono. Ese hombre era un dios con sus largos dedos—. ¿Hiciste un curso de masaje en el pasado, del que deba tener constancia?

Daniel le devolvió una sonrisa a cambio.

—Un hombre aprende ciertos trucos con la edad. —Sus ojos se oscurecieron cuando preguntó—.

¿Cuántos años tienes?

—Treinta, ¿y tú?

—Muchos más que tú, pequeña. —¿La había llamado alguna vez alguien así? No podía recordarlo, ni siquiera le importaba, su voz había sonado suave y un poco ronca cuando había pronunciado la palabra.

El miedo quedó a un lado entonces, quería volver a escucharlo, volver a sentir aquello tocando su corazón.

—¿Cuántos?

—Treinta y ocho. Demasiado mayor para ti.

—No me importa. —Sabía que había hablado demasiado pronto, no era eso lo que quería decir.

Quizá sí, pero no era lo que debía decir—. Me refiero a que para hablar está bien. Como amigos.

Conocidos que coinciden en un... —Sacudió la cabeza, en un intento por salir del lío en el que se había metido ella sola—. La edad es solo un número que no va a ninguna parte —concluyó, cortando su diatriba.

Daniel la miró con cierto aire misterioso, en ese momento le hubiera gustado saber lo que estaba pensando. Sus manos se habían detenido y ella lo vio como la señal para bajar las piernas. Volvió a ponerse los zapatos y, sin mirarlo, se levantó.

—Debería entrar, ver si Morie ha vuelto. No quiero que se vaya sin mí.

No hubo respuesta, solo el silencio. La miraba sin verla, así que nerviosa como estaba, se apresuró a salir de allí a toda prisa. Sin mirar atrás.

¿Habría hecho o dicho algo malo? Era una tonta, una completa idiota. Seguramente se habría asustado cuando se había derretido bajo su toque impersonal. Él no quería una relación con ella y más valía que se metiera esa idea en su cabezota.

Pero ser tocada por aquellas manos, probar su boca... Sabía que no besaría como Paul, con él todo sería ardiente. Pasión salvaje. Penetraría en su boca tomándolo todo de ella, sin permitirle retraerse.

Saquearía y dominaría y no habría nada en el mundo que ella pudiera hacer para evitarlo.

Su cuerpo se rendiría a él y al deseo, quizá pudiera sentir por primera en vez en su vida ese placer que te hacía hervir por dentro, convirtiéndote en una criatura sexual, que solo sentía, que ya no pensaba o existía, puro placer carnal.

Historias de ficción, la realidad no era tan buena, recordó. Ni siquiera lo sería con él.

Salió a toda prisa, se dirigió a la barra y preguntó si alguien había visto a Gabe, si sabían dónde estaba Morie y si podían pedirle un taxi.

Gabe estaba en situación no disponible, pero cualquier camarero podría guiarla en su visita si así lo deseaba, esas eran las órdenes, por supuesto que no iba a sumergirse entre aquellas salas misteriosas para ver a su mejor amiga haciendo algo que prefería no imaginar, así que se conformó cuando le

informaron de que la otra mujer había decidido tomar parte en las actividades y que pasaría la noche en el *Pleasure's*.

Se preguntó si estaba bien, se dijo que como buena amiga y protectora debería atravesar los pasillos y asegurarse con sus propios ojos de que estaba segura, pero cuando vio a Daniel por el rabillo del ojo, dirigiéndose a toda prisa hacia ella, salió al exterior y miró al guardia de seguridad.

No hubo sonrisas o despedidas por su parte y no le importó. Subió al taxi que llegaba en ese momento, sin preguntarse a quién se lo había robado, y salió despedida antes de que el hombre que había alterado su mundo por unos minutos pudiera llegar a ella.

Era mejor así, no tenían nada en común y no lo tendrían nunca. No era más que un desconocido muy sexy que estaría mejor lejos, donde no pudiera hacerle daño o desengañarla.

Iba a volver a casa, a ponerse su pijama de franela y a comer chocolate. Seguramente se quedaría dormida antes de terminar con su plan, pero no importaba porque al día siguiente sería otro día.

Escribió un mensaje rápido a su amiga para informarle de su marcha y por

primera vez en la última hora respiró tranquila, aunque con un extraño vacío arraigado muy profundo en su interior.

Sentía la pérdida, aunque Daniel nunca sería suyo.

Y eso era lo mejor.

CAPÍTULO 3

Se maldijo por enésima vez esa noche mientras, sentado frente a su hermano, tomaba un vaso de *whiskey*. Había dejado que Abbie se escabullera de sus brazos como un tonto. Se había quedado en shock con la respuesta de su cuerpo ante una mujer que no habría llamado en otro momento su atención. Perdido en la confusión del momento, se tornó en un adolescente inexperto que había olvidado cómo hablar en presencia de una chica.

—No te fustigues, Dan. Está bien, has hecho lo que has podido.

—Te he defraudado y lo sé. También me he defraudado a mí mismo. Es solo una mujer, maldita sea.

No sé qué me ha pasado.

—Quizá te gustó más de lo que esperabas al principio y te quedaste paralizado. A todos nos pasa a veces.

Daniel negó.

—A ti no y eres un bebé. Soy un hombre, debería haberla atrapado en una telaraña de placer, hacer que olvidara incluso su nombre, haberla metido en una de esas habitaciones tuyas hasta que hubiera suplicado que la dejara correrse y ¿qué hice en cambio? Dejar que escapara corriendo, de cabeza a un taxi.

—Si te sirve de consuelo, su amiga Morie es una gatita traviesa.

—¿Se ha quedado a pasar la noche? —preguntó como si no le diera importancia. Si la mujer estaba allí, quizá podría obtener un número de teléfono. Sabía dónde trabajaba, pero presentarse allí porque sí, podría ser

considerado acoso, además, aunque estaba técnicamente de vacaciones, no podía pisar la comisaría si no era esposado. Pondría en peligro su tapadera, si lo hacía.

—Rod y ella están teniendo un buen rato de diversión.

—¿No soléis compartir a las mujeres? —Lo miró sin expresar ningún tipo de aversión, era su hermano, lo conocía mejor que a nadie y sabía que entre sus intereses estaba el sexo en grupo. Si a él le funcionaba, no era quién para juzgarlo.

—La compartimos antes, pero él parece haberse enganchado, al menos temporalmente. Ya veremos

qué pasa más adelante.

—¿Te parece bien que estén a solas? ¿Nunca sientes celos? —Probablemente era una pregunta tonta conociendo a Gabe, pero no dejaba de resultarle curiosa su forma de ver la vida. Él no era dado a relaciones estables, más bien aventuras de una noche, una semana o hasta un mes, pero mientras la mujer estaba con él, era suya. Cuando terminaba, ya no era asunto suyo. Quizá para Gabe fuera igual. Quizá se la había follado y ya no le interesaba un segundo asalto.

—¿Celos por compartir o por el hecho de que mi mejor amigo y la mujer a la que me follé hace un rato delante de una entusiasta audiencia esté con él? —Sonrió con ese aire perverso espolvoreado con una intensa diversión—. Me gusta compartir, Dan. Sé que no lo entiendes, pero hay algo muy bello en ver cómo la mujer con la que estás, se corre mirándote a los ojos mientras otro la penetra.

—¿Bello? —dio un trago largo a su bebida y dejó el vaso sobre la mesa—. No lo creo.

—No hay celos. Nunca los hay. El hecho de que Rod y ella estén acostándose en este momento o lo que sea que estén haciendo, no es algo que me inquiete en realidad.

—¿Y a Rod no le importa que...?

No lo dejó terminar, la risa interrumpió su discurso antes de que completara su idea.

No, por supuesto que no le importaba. Ellos vivían por y para el sexo, viniera este en la forma que fuera y solo importaba el placer. De ahí el nombre de su exclusivo club.

—No lo entiendo.

—Lo sé, pero no necesitas hacerlo. No tienes que seguir mis pasos, ya lo sabes.

—Eres dominante, se supone que no deberías ser tan indiferente cuando otros hombres se interesan en tu pareja de cama.

—Soy dominante en el sexo, es verdad, pero ¿emocionalmente? Respeto mucho la independencia de mis sumisas. Son mujeres como cualquier otra y ellas disfrutan tanto como yo de lo que hago, si alguna sufriera, no lo haría. Jamás. El *Pleasure's* es para disfrutar, no para tener miedo.

—Por eso estabas tan disgustado por Abbie.

Gabriel asintió contrito. Una sombra pasó por su rostro cuando anunció.

—No ha sido culpa tuya ni mía, no ha sido culpa de nadie, pero voy a hacer algo para cambiar la percepción que ella tiene de mi casa. —Hizo un gesto a su alrededor, sabía la importancia que el lugar tenía para él, era su hogar y quería que el mundo lo viera a su manera, no como un lugar vetado, prohibido, tabú—. Voy a enviarle una invitación personalizada para que nos visite el día en que cerramos las instalaciones. Necesito que vea que no somos unos salvajes.

—No vendrá —aseguró Daniel—. Este no es su tipo de lugar y ahora que su amiga ha disfrutado de todo lo que ofreces, dudo mucho que necesite acompañante la próxima vez que asista.

—Encontraré una manera para que acepte mi oferta. Además, tengo su

dirección.

¿Que tenía qué? ¿Cómo diablos la había conseguido tan rápido? Lo miró como si fuera a fulminarlo con la mirada o estuviera a punto de pegarle un tiro.

—Tranquilo, hermano mayor. —Sacó un papel del bolsillo trasero de su pantalón y se lo entregó—.

Lo conseguí del taxista, no fue tan difícil, una invitación a presenciar el espectáculo y listo. Sé exactamente dónde encontrarla. Puede que me deje caer por su entorno en algún momento para seducirla.

—Maldita sea, no harás eso, ¿me oyes? Ni se te ocurra.

—No estoy hablando de sexo, mente sucia. En la seducción hay mucho más. Puedo cortejarla como amiga y mostrarle mi mundo a través de un cristal transparente, sin necesidad de alterar la realidad. Así

aceptará mi invitación y podré acabar con todas sus ideas preconcebidas. Soy un buen tipo y tengo conversación.

—No te quiero cortejándola de ninguna manera, Gabe. ¿Me oyes? Abbie es asunto mío.

Gabriel sonrió divertido y conocedor, ante lo que Daniel reaccionó de mala manera. Lo señaló con un dedo y advirtió.

—No es lo que tú crees.

—No he dicho nada, estás asumiendo cosas por tu propia cuenta y riesgo.

—Te conozco demasiado bien —se pasó una mano por el pelo exasperado, observó el papel con la

dirección y le sorprendió descubrir que eran casi vecinos.

Ahogó una maldición que le hizo mucha gracia a su ingrato hermano.

—No le veo la gracia, joder.

—En realidad, la tiene. Incluso si no lo ves. Pensar que te has cruzado con ella y nunca la habías visto y ahora, de pronto, ella parece ser todo tu mundo.

—No es todo mi mundo.

—Pero no quieres que la corteje, de ninguna manera. Tú mismo lo has dicho.

—Yo no... No me toques los cojones —advirtió y cogió su chaqueta—. Me largo. He tenido bastante con una noche.

—Eh, Dan.

Se giró, aunque de mala gana, su hermano disfrutaba apretándole las tuercas. No dijo nada, no había nada que decir, solo esperó.

Cuando el más joven habló, la calma volvió mínimamente a la sala.

—Gracias por intentarlo.

Con un seco asentimiento de cabeza abrió la puerta y desapareció. Había sido un día muy largo, con suerte el siguiente sería mucho mejor.

Y si no mejor, quizá sí más sencillo.

Sin club, sin Gabe y sin nada.

No estaba listo para una nueva relación, no desde lo que había pasado con su última cita. Y si lo estuviera, no sería con Abbie.

Ella no era su tipo.

Incluso si lo hacía portarse como un chaval imberbe.

Maldijo y desapareció. Al fin podía tomarse un descanso y estaba dispuesto a no permitir que nada ni nadie interfiriera en él.

Se lo había merecido después de resolver el último caso.

Gabriel no pudo evitar la sonrisa y la satisfacción que lo llenaron cuando se reclinó sobre el sillón de su oficina. El club había cerrado las puertas por esa noche, solo algunas parejas permanecían en sus salas temáticas disfrutando de un interludio amoroso. El guardia nocturno y sus ayudantes se ocuparían de que todo estuviera bien, podía retirarse a descansar.

Sin embargo, se sentía inquieto. Por un lado preocupado por el hecho de que Abbie hubiera abandonado el lugar en una maraña de confusión, por otro emocionado ante la perspectiva que emergía ante él. Nuevas posibilidades y su hermano enredado en lo que podría ser una bonita historia de amor.

A pesar de sus afirmaciones de no estar dispuesto a acostarse con la joven o a ligar con ella, había visto algo en él. Algo que había estado algún tiempo dormido, un abierto interés que luchaba por ocultar.

Sin embargo, ambos sabían que a él no podía engañarlo; eran hermanos, se conocían desde siempre y habían estado tan unidos como dos hombres podían estarlo. Conocían las fortalezas y debilidades del otro, sin excepción.

Y otra cosa no, pero Gabriel era capaz de detectar el deseo incluso si este se escondía bajo capas y capas de protección. Vivía por y para ello. Quizá tendría que ocupar un nuevo papel en estos días, celestino profesional.

Se preguntó qué diría Brenda cuando le contara su nuevo plan. La joven que vivía al otro lado del rellano y que se había convertido en su mejor amiga y protegida, a menudo amenizaba sus días.

Con charla, no con sexo.

No conocía la parte oscura de su vida, no por vergüenza, sino simplemente porque no quería mezclar su vida personal con la laboral. El club, aun siendo su hogar, era su medio de vida. Su pequeño apartamento, a unas calles de distancia, era su refugio. A donde se retiraba a descansar y dejaba a un lado toda la responsabilidad que suponía custodiar el placer ajeno. En ocasiones, resultaba agotador.

Echó un último vistazo a las pantallas, con la intención de asegurarse que todo estaba en orden antes de salir y se detuvo un par de minutos más de lo habitual

en la escena que representaban Rod y su nueva compañera.

¿Celos? No había nada allí, podía entender el punto de vista de su hermano, pero era algo ajeno a él.

Una sesión, un encuentro placentero entre dos, entre tres en realidad, y todo terminado.

Deseó que pasaran una grandiosa noche, algo digno de recuerdo, cogió su chaqueta y abandonó la habitación.

Era hora de llegar a casa, darse una larga ducha y obtener su sueño reparador.

Al día siguiente sería otro día y si todo salía tal cual empezaba a planear, sería uno prometedor.

CAPÍTULO 4

—Morrison, te necesito en mi despacho ya. —La estruendosa voz de su jefe atravesó la oficina e hizo que todos los presentes giraran su vista y se concentraran en ella. Probablemente preguntándose en qué lío se había metido ahora. No era que a menudo le recriminaran su proceder o su actitud, pero no por primera vez era requerida de malas maneras.

Jim Calvert no era un hombre amable, pero supuso que con un trabajo como el suyo, en el que tenía que presenciar a menudo auténticos desastres, era muy difícil parecer una dulce palomita o tener un carácter más suave.

Necesitaba la dureza de su porte, la seriedad, la mirada asesina y aquel ceño fruncido que cada día era más grande. Quizá tuviera que ver con su pronunciada alopecia. El hombre estaba prácticamente calvo, a pesar de que en otro tiempo debía haber sido alguien bastante atractivo.

Recogió las fotos y documentos con los que había estado trabajando y caminó con decisión a la oficina. Llamó a la puerta con los nudillos, ante lo que recibió un «entre» bastante desagradable.

—¿En qué puedo ayudarle, jefe?

—Necesito todo lo que tengas sobre el caso de la mujer encontrada en las inmediaciones de ese club de perversos —espetó sin diplomacia alguna—. Ha habido novedades en la investigación.

Le sorprendió escuchar eso, porque ella era una de las responsables y, hasta ese momento, no le había llegado ninguna información.

—¿Qué tipo de novedades?

—Otra mujer.

Un agujero negro se abrió a sus pies y su corazón se saltó un latido. ¿Otra mujer? ¿Malherida?

¿Quizá muerta? ¿Morie? No la había llamado antes de salir al trabajo, temerosa de despertarla. ¿Y si alguien en aquel club le había hecho daño? ¿Y si por no asegurarse la noche anterior, la había dejado morir?

Los nervios hicieron un nudo en el estómago y la bilis subió por su garganta. Se sintió mareada de pronto y se sostuvo del respaldo de la silla con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos.

—¿Te encuentras bien? —¿Era preocupación lo que percibía en el tono de Jim? No podía ser, no tenía corazón. Eso era lo que todos los detectives del departamento de policía decían.

—La mujer que han encontrado... ¿está viva?

—Apenas —murmuró el jefe, lanzando unas fotos sobre la mesa, que mostraban varias marcas de cuerdas en sus muñecas y tobillos, oscuros hematomas y varios puntos de sutura en un rostro desconocido.

El alivio que sintió por dentro la hizo sentir incluso peor. No era Morie, pero era una mujer inocente.

Una mujer a la que habían apaleado hasta dejar tirada en algún rincón, dada por muerta. O quizá era un mensaje para alguien. Puede que diversión sin más. Le gustaría saber quién estaba detrás de aquello, coger una pistola y pegarle un tiro.

Pero había que respetar la ley y su trabajo consistía en investigar las pautas y crear un modelo, intentar prevenir el siguiente movimiento.

—¿Quién puede hacer algo así?

—Un depravado sexual —espetó agrio. Su postura era rígida, la furia reflejada en su posición y sus facciones. Supuso que él también optaría por descargar su cargador en el pecho del culpable.

Revolvió entre sus papeles hasta que encontró una nueva carpeta, la abrió y la empujó en su dirección.

—Quiero que vayas a este club y busques a este hombre. Conócelo, hazte su amiga, fóllatelo, lo que sea necesario. ¿Entiendes? Tenemos sospechas fundadas para creer que él está detrás.

—No soy agente de campo —se apresuró a recordarle, ignorando la inadecuada alusión sexual.

Desde luego, no estaría pensando en serio que se acostara con él. Ni siquiera en nombre de la justicia llegaría tan lejos, no era su estilo.

El hombre que la miraba sonriente desde la fotografía no era otro que el camarero de la noche anterior. Gabe.

—Por eso te quiero allí. No vas a estar sola. He conseguido infiltrar a un par de agentes. Uno como camarero y el otro como vigilante de seguridad. —La miró—. Estudias el comportamiento, la manera de moverse y prevés acontecimientos futuros, una pauta, así que te necesito aquí, sobre el terreno, viéndolo de primera mano. Tengo que pillar a este cabrón, Morrison. No voy a tolerar que otra mujer sea malherida en mi ciudad. Ni una más.

—Pero no tengo entrenamiento, nunca he trabajado de esta manera, se supone que yo solo estoy en la oficina y...

—Como todos los que estamos en la comisaría, sabes cómo disparar un arma y posees entrenamiento básico. Voy a necesitar que desempolves tus conocimientos —rodeó el escritorio, abrió la puerta y llamó a voces—,

Jackson.

No tuvo que decirlo dos veces. El policía más oscuro de la oficina (y el que más inquietud le provocaba debido a sus bruscas maneras) entró, miró al jefe, le dedicó una rápida mirada carente de emoción a ella y esperó.

Cuando Jim lo miró, los dos supieron que iban a estar atrapados juntos. Y eso era algo que tenía la facilidad de ponerla muy nerviosa.

—A partir de ahora, vas a ser la sombra de Morrison. ¿Entendido?

La sorpresa golpeó al hombre que casi se sacudió como si hubiera recibido un puñetazo. Empezó a negar incrédulo, después sonrió y finalmente estalló en carcajadas.

—No estás hablando en serio, Jim. ¿Me vas a mandar ahí fuera con una secretaria?

—No soy una secretaria —pronunció molesta entre dientes. Su trabajo era tan importante como el de él, había prevenido ataques, ayudado a resolver asesinatos y había visto tantas cosas horribles como el detective que ahora la despreciaba.

—No es una secretaria —espetó el hombre mayor—. Necesito que te pegues a ella como una lapa,

que la ayudes a refrescar su formación física y que vayáis al campo de tiro a practicar. Tienes dos días, después ella va a estar visitando ese club y acercándose a Gabriel Grier.

—Jefe, creo que no es una buena idea. Has visto cómo han quedado esas dos mujeres. Si Grier está detrás...

—Morrison, quiero tu informe sobre el caso en mi mesa para ayer, ¿entendido? Ahora déjanos, tengo que hablar con mi subordinado —lo miró, dejándole claro que no iba a haber cambios de ningún tipo.

Cuando salió, Abbie escuchó la maldición de Jackson y también la respuesta del jefe.

—No puedo poner a una agente allí, lo sabes. Se delataría, ella no es policía, al menos no en sentido literal, por lo que su presencia no resultará sospechosa. Además, nuestro contacto nos ha informado de que es una cliente habitual...

Pudo sentir las miradas a través del cristal y se sonrojó como una colegiala, preguntándose en qué tesitura la estarían imaginando. Se apresuró a entrar en su oficina y cerrar tras ella. Soltó un largo suspiro una vez dentro de su escondite y negó sin poder creer lo que acababa de escuchar.

Esperaba que el rumor no se extendiera por la oficina. Era lo último que le hacía falta.

¿Cliente habitual? Solo había estado una noche en ese lugar y aunque había sido toda una experiencia, no se veía capaz de repetir. Tratar de ignorar lo que había sentido cuando encontró a Daniel, ya iba a ser bastante difícil sin volver a pisar en ese club, volver allí, con la posibilidad de cruzarse con él de nuevo... No creía estar preparada para hacerlo. No podía. Era demasiado anodina para él.

Gabriel Grier era sospechoso de golpear y destrozar a dos mujeres. No había leído el informe todavía, pero sospechaba que no había nada bueno allí, nada que quisiera saber, por más que fuera consciente de que era su obligación conocer hasta el más mínimo detalle.

Odiaba esa parte de su trabajo. Había conocido al hombre y sus alarmas no habían saltado con él,

¿podría estar tan equivocada como para haberlo juzgado tan mal? Estaba segura de que no.

Habría sentido algo incorrecto en él, de haber sido así. Tenía un sexto sentido para los matones y, como su padre siempre le había dicho, podía ver la oscuridad de las personas. Gabe no era su hombre, no el que estaban buscando. Ni siquiera necesitaba interrogarlo para saber eso.

Sin embargo, su jefe necesitaría pruebas para sacarlo de su lista de sospechosos, lo que además plantearía otra enorme duda. Si no era él quién

estaba tras aquellas brutales palizas, ¿quién era? ¿Y por qué habían tenido lugar en las inmediaciones del *Pleasure's*?

Tenía un montón de interrogantes y ninguna respuesta cuando cierto dato se deslizó en su mente: Gabriel Grier. Conocía a otro Grier, más salvaje, con la facilidad de poner cada célula de su cuerpo en

movimiento. Daniel debía estar emparentado con él. ¿Primo? ¿Hermano?

Quizá era mejor no descubrirlo. Porque existía la posibilidad de que descubriera algo que estaba mejor profundamente enterrado.

Tenía la fuerza para hacer lo que había hecho. Tenía el carácter violento necesario y, si era sincera consigo misma, había algo en él que le daba miedo.

¿Y si no era Gabe sino Daniel el aspirante a asesino?

Porque vistas las dos mujeres, el siguiente paso era la muerte. Y una vez que cruzara la línea, ninguna víctima estaría a salvo.

¿Podía entrar en aquel club y no delatar el pánico que ya amenazaba con provocarle un infarto? No lo sabía, no quería saberlo.

Quizá era mejor renunciar a intentarlo.

Pero sabía que su conciencia no le permitiría hacerlo. Era su deber proteger y prevenir, era su obligación mantener a las mujeres de su ciudad a salvo.

Daniel estaba de un humor de perros. No solo su superior le había recordado que estaba de vacaciones, sino que le había vetado el acceso a la información de un caso que implicaba a su hermano.

Pensó que ya habían terminado con la conexión entre Gabe y el depravado que atacaba mujeres, pero al parecer, con la aparición de una nueva víctima, no solo se había reabierto, sino que lo habían separado de la investigación, obligándolo a mantenerse fuera de juego hasta nueva orden.

Sin nada que hacer, además de volverse loco pensando no solo en la mujer que la noche anterior lo había abandonado en un estado lamentable de indecisión, que para nada iba con él, sino que ahora su hermano pequeño, el único ser humano que le importaba tanto como para matar por él, estaba bajo vigilancia.

No había recibido confirmación ni dato alguno, pero era consciente de que debía haber varios compañeros en las inmediaciones, quizá trabajando en el propio club. Conocía el procedimiento, él mismo hacía trabajo encubierto.

Tenía que hablar con Gabe, tratar de llegar al fondo de esto. Descubrir qué estaba pasando y ver si él tenía alguna idea. El sistema de seguridad del interior del club era infalible, no así en los alrededores.

Aparte de una cámara en la puerta principal, no había vigilancia externa. No era necesaria. Una vez fuera de las puertas del *Pleasure's*, no solo existía la violencia, sino que no tenía nada que ver con ellos. Era solo la vida pasando.

—Hmmmmmm —preguntó una adormilada voz masculina, nada más descolgar el teléfono, haciéndole

reír. Gabe no era un tipo de mañanas, solía dormir hasta tarde, se levantaba, tomaba un café y hacía tiempo para cruzarse con su insumisa vecina, con pelo azul y lentillas de colores, que cada día era una

experiencia. Divertía a Gabe y la quería de verdad, más como una amiga que otra cosa, había encontrado en ella una confidente—. Si no es el fin del mundo, llama más tarde.

—Puede que sea el fin de tu mundo. El *Pleasure's* y tú volvéis a estar en el ojo del huracán. Han encontrado a otra mujer, Gabe.

La seriedad de su tono lo sacó de su entumecimiento. Lo sintió despierto un instante después, incluso a través del teléfono. Escuchó el ruido de sábanas y la voz de su hermano teñida de preocupación.

—¿Otra mujer? No es posible. He reforzado la seguridad.

—No en tu club, a un par de calles. Pero tenía marcas de ataduras, había

tenido relaciones sexuales con varios tipos y sabes cómo son estas cosas. Una chica es mala cosa, ¿dos? No puede ser una coincidencia.

—¿Me estás acusando de algo? —El horror en el tono de voz de su hermano consiguió que se le retorcieran las tripas. Jamás pensaría algo así de él. Era imposible. No había nadie con un corazón más grande que el bruto de su hermano.

—Ni borracho. Sin embargo, no puedo dejar de preguntarme quién te odia tanto como para poner tu nombre y tu vida entera en entredicho.

—Así que soy sospechoso, ¿no? Mierda —Maldijo. No por el hecho de ser el involucrado principal en una investigación policial, sino por lo que aquello significaba. Mujeres heridas durante el acto sexual,

¿qué tipo de hombre hacía aquello? Ni siquiera en sus más salvajes fantasías, Gabe había sobrepasado los límites. Todo era un juego, la dominación, la sumisión, incluso la parte del dolor. Nada tan extremo.

—Me han apartado del caso, estoy de vacaciones hasta nuevo aviso. Intenté formar parte pero el jefe cree que estoy demasiado implicado en esto.

—Conociéndote como te conozco sé que no te vas a quedar de brazos cruzados, ¿verdad?

Había un tono de esperanza en su voz. Lo necesitaba de su lado, incluso si no lo decía.

Tampoco es que necesitara pedirlo. Nunca lo abandonaría, sin importar lo difíciles que se pusieran las cosas.

—Creo que podemos localizar a los responsables si mejoramos nuestra seguridad. Quizá sean clientes del club. Antiguos, nuevos, habituales... — Sabía que él no querría saber nada de eso, pero tenían que valorar todas las posibilidades—. Puede que la gente, las mujeres que han visitado tu club estén en peligro. Si hay alguien con acceso a los registros...

—¿Sabes si la segunda víctima ha estado previamente en el *Pleasure's*?

—Solo puedo suponerlo. No tengo acceso a la investigación.

Gabe maldijo en voz baja. Podía imaginarlo frotándose la cabeza, medio aturdido y pensando en qué hacer para remediar aquel tremendo lío. No solo estaba en juego la permanencia del club o su propia libertad, también la seguridad que tanto se había esmerado en defender desde que abrió sus puertas al público. No podía permitir que algo así acabara con el esfuerzo de tantos años de trabajo y no podía consentir que sus clientas estuvieran siendo víctimas de algún loco, que usaba el sexo para castigar, no

para dar placer.

No tenía cabida la palabra consentido allí, había visto a la primera mujer, incluso hablado con ella.

Estaba destruida. ¿Qué habría pasado con la segunda? Probablemente, algo parecido.

—Siento que te esté pasando esto, hermano. No lo mereces.

—Quienes no lo merecen son las mujeres. Voy a poner a mi gente a ello, vamos a ver si hay algún lazo en común entre ellas o conmigo. Algún ex-cliente insatisfecho. Hay algunos que ocasionaron problemas y fueron expulsados del club.

—No quiero que nadie a excepción de nosotros se inmiscuya en esto. No podemos estar seguros de que el responsable no siga trabajando en el *Pleasure's*.

—Confío en mi gente, Dan, no voy a poner en tela de juicio la integridad de ninguno de ellos —

advirtió casi con agresividad.

—A lo mejor tienes que hacerlo, incluso si no quieres. No tenemos muchas opciones. Si queremos resolver esto, vamos a tener que extremar cuidados. No puedes incluir a tus hombres en esto.

—¿Ni siquiera a Rod?

Daniel maldijo para sí. Roderick y Gabriel eran uña y carne, más incluso que eso, compañeros de juegos y de juergas. Roderick tenía la fuerza para herir a las mujeres de la forma en que habían sido heridas, pero lo que había llegado a conocer de él, estaba realmente lejos de una actitud agresiva.

Dominante sí, ¿dañino? En realidad, parecía un oso fiero con un corazón de gominola.

Incluso si eso sonaba cursi en la mente de un curtido policía como él.

—Supongo que podemos incluir a tu amigo siempre y cuando puedas constatar que anoche no abandonó el club o a su cita.

—Puedo probarlo, si es necesario. Rod nunca abandona el club cuando toma una de las habitaciones temáticas hasta mediodía del día siguiente. Se vaya la mujer o no, le gusta dormir después del sexo.

Como si le interesaran sus hábitos sexuales o cualquier otra cosa del gigante. Ni hablar, prefería no tener demasiados datos de aquellas ilícitas actividades.

—Confírmalo y él está dentro.

—¿No tienes algún contacto en el departamento que pueda pasarnos información bajo cuerda? Algún confidente o algo así.

—Nadie en quien pueda confiar —apretó los dientes, odiando los recuerdos que esa pregunta le traía. No iba a entrar en eso, hoy no. No tenía tiempo para dejarse arrastrar por los recuerdos tristes del pasado. No quería pensar en Laura y en la última vez que la había visto, a pesar de que aquella imagen permanecería en su memoria para siempre—. Ya no.

Gabe debió darse cuenta en ese momento de lo que había pedido y se apresuró a maldecir una disculpa.

—Joder, lo siento. No quería... No fue tu culpa. Lo sabes, ¿verdad? Ni aunque hubieras estado con ella, las cosas habrían sido diferentes.

—Si no hubiera estado con ella para empezar, las cosas nunca habrían

terminado tan mal y los dos lo sabemos. Ahora ella está muerta y yo tengo que vivir con la culpa —soltó en un tono carente de emoción.

No iba a permitir que el dolor volviera a emerger y a atraparlo en sus garras. No tenía tiempo para eso

—. Tenemos mucho de lo que preocuparnos ahora. Tu pellejo está en juego y tu futuro. Comprueba a Rod y avísame cuando esté fuera de sospecha.

—¿Sabes lo que pides? —preguntó con un leve toque divertido en su voz.

—¿Qué pido?

—Que espíe a mi mejor amigo teniendo sexo toda la noche con una dulce mujer. ¿Estás seguro de que no te gustaría hacerlo en mi lugar? Quizá aprendas algo.

Mierda. No había pensado en ello. Comprobar a Rod significaba acceder a las cámaras de seguridad. Acceder a la cámara significaba ver un intento de película porno.

—Maldita sea —gruñó más para sí que para su hermano—. Es tu amigo, es tu club, es tu pellejo. Voy a pasar de la sesión x en tu beneficio. Que te diviertas, capullo.

—Oh, sí. Ya lo creo que lo haré.

Colgó entre risas, acentuando su mal humor. Sabía que Gabriel estaba preocupado, pero también lo conocía muy bien. Le gustaba ponerle entre la espada y la pared. Hacer que se sonrojara.

Y no era ningún inexperto. Había tenido mujeres, más de las que podía recordar, pero por algún motivo tener una charla sobre sexo con su hermano pequeño, seguía haciendo que sintiera un atisbo de vergüenza.

Para Gabe, el granuja, aquel era un juego divertido.

CAPÍTULO 5

—Oh, Dios mío —gritó Morie dejándose caer en el sofá de su mejor amiga—. ¡Qué noche, Abbie!

No puedes ni imaginar lo sexy que es Rod. Adoro ese club, tenemos que volver.

—¿Tenemos? No me necesitas para nada.

—Puede que yo no te necesite, pero tenemos que volver para que tú pruebes. No había tenido tanto placer en una sola noche en toda mi vida. Y sabes muy bien que no me corto nada en mis relaciones con los hombres —le recordó mirándola con ojos brillantes.

Parecía realmente feliz, emocionada, como si el hecho de tener sexo con desconocidos le hubiera recargado las pilas.

—Mi editora va a estar encantada con mi artículo. ¡He conseguido una entrevista con el dueño de club y su mano derecha! Claro que también me los he follado... Son dioses, Abbie, dioses.

Abbie se sirvió un vaso de agua helada que sacó de la nevera y se lo bebió de un trago. Tan solo se permitió un escalofrío antes de girarse hacia Morie.

—Tienes que dejar eso, no quiero que vuelvas allí.

—¿Por qué no?

—Porque es peligroso, Morie. Muy peligroso.

Su mejor amiga observó incrédula su seriedad y terminó estallando en carcajadas.

—Vamos, marmota, ven aquí, siéntate a mi lado. Cuéntame qué es lo que tanto te preocupa.

—No puedo hablar de mis casos cuando hay una investigación abierta, lo sabes. Solo quiero que te alejes de ese club hasta que las cosas se aclaren. Si algo te pasa...

La sonrisa de su amiga titiló en su rostro hasta apagarse.

—¿Qué investigación?

—No puedo, lo siento.

—¿Sobre Rod? Ese hombre parece duro y dominante, pero en el fondo es un quesito.

—Creo que no tenemos los mismos parámetros para hablar de quesitos, Morie.

La mujer fue hasta ella y la abrazó con fuerza, reconfortándola. Abbie quería llorar, no sabía por qué.

De pronto había tenido uno de sus bajones y no le apetecía hacer aquel trabajo que le habían encomendado y mucho menos estar con Jackson, aquel hombre que la había hecho sentir tan pequeña como una hormiga y tan incapaz de manejar un arma como un hipopótamo.

No entendía por qué Jim la había elegido a ella para volver al club, además de haber estado una vez, una sola noche que parecía suficiente para convertirla en habitual, no tenía mucha experiencia en ese terreno.

Ni en clubs ni en investigaciones sobre el terreno y, mucho menos, sobre el sexo.

—Estás asustada por algo que has visto en el trabajo. ¿Es eso?

—Muy asustada. No quiero que te pase nada y si vas allí y alguien te hace daño, no me lo perdonaré nunca.

—¿No puedes contarme nada? ¿Nada de nada? Quizá te ayudaría a desahogar toda esa angustia que cargas sobre los hombros hoy.

—Tengo un compañero, un policía. Supuestamente está desempolvando mi entrenamiento, pero es un capullo mayor. Me hace sentir insignificante. —Sus hombros cayeron bajo el peso de la realidad. Así la habían hecho sentir toda su vida. Menos su amiga, que solo se metía con ella con cariño y a quien

siempre se las devolvía todas.

—Dime su nombre, voy a ponerlo a parir. ¡Nadie se mete con mi chica!

Abbie sonrió. ¿Cómo no hacerlo? Morie era su defensora fiel. Podía meterla en mil y un líos, pero siempre cuidaba de ella como si fuera una pollita y ella, la mamá gallina.

—Sí, claro. Vas al rescate y ya no me libro de las burlas en toda mi vida. En vez de solo Jackson, se lo contará al resto de la oficina y no pararán de mirarme, señalar con el dedo y decir alguna joya que hará que quiera sumergirme en lo más profundo de la tierra. —La miró y advirtió con más seguridad de la que sentía en ese momento—. Ni se te ocurra hacerlo, hablo en serio. No puedo pasarme toda la vida dependiendo de otros para luchar mis batallas.

—La familia se cuida.

—Y te lo agradezco, pero tengo que sacar esa fiera interior que sé que tengo, antes de que Jackson se me coma con patatas para cenar.

—¿Y está bueno ese Jackson? —preguntó con cierto interés.

—Ah, no. Ni se te ocurra pensarlo. Además, no se llama Jackson, ese es su apellido. Ni siquiera sé su nombre y no voy a ligármelo para acabar con su animosidad en mi contra.

—Quizá podría ligármelo yo.

—¡Pero si acabas de acostarte con otro hombre!

—Lo sé, cariño. Soy una zorra y ¿sabes qué es lo mejor? Me gusta. Soy adicta a los orgasmos y el placer, no lo puedo evitar.

Abbie negó. Morie no tenía vergüenza alguna y ella solo quería que se la tragara la tierra. ¿Cómo iba a mirar a la cara a Jackson ahora? Estaría imaginando a Morie y él... ¡No! Deja esas fantasías a un lado.

No va a pasar y de todos modos ella no era una mujer dada a las fantasías.

Presionó su sien, tratando de aliviar el dolor de cabeza que ya empezaba a formarse.

—Me gustaría ser más como tú, así no estaría siempre tan asustada.

—No creo que estés asustada y no necesitas ser como yo —Le apartó el pelo de la cara y la miró—.

Abbie, eres preciosa y perfecta siendo tú. Quizá un poco chapada a la antigua, pero eso no es malo. Es bueno porque te hace ser única.

—Me convierte en un dinosaurio.

—A muchos hombres le gustan los dinosaurios. No hay nada malo en eso. A mí me gustas. Lo que espero es que puedas dejar a un lado tu angustia. Estás en un caso difícil, estás preocupada por mi integridad, pero no tienes que dejar que todo eso te haga daño. Llévalo contigo, pero no te recrees en ello. —La observó, como decidiendo qué decir a continuación y finalmente soltó un largo suspiro—.

¿Vas a estar más tranquila si te prometo que no volveré al club hasta nuevo aviso?

Abbie la miró, apenas podía creer que estuviera dispuesta a dejar de lado algo que realmente le apetecía solo para que ella se sintiera mejor. No debería haberle sorprendido, no era la primera vez, Morie la quería de verdad. Era su familia.

—¿Harás eso?

—Haría cualquier cosa por ti y lo sabes, pero déjame decirte que es un desperdicio. No estoy en eso del dolor, ya sabes, pero la restricción e incluso un par de azotes y la dominación de un par de machos —

la miró y aclaró con insistencia— y atiende bien porque digo machos con conocimiento de causa, te hagan correrte una y otra vez hasta que olvidas incluso tu nombre... Bueno, déjame decirte que es una experiencia que todas las mujeres deberían probar al menos una vez.

—Pero te quedaste a pasar la noche —recordó en ese instante Abbie—. ¿Con dos hombres?

Morie rio con diversión, no pudo evitarlo. Negó, mirándola compasiva.

—No, cariño. Participé en el show con dos hombres muy dominantes y que sabían perfectamente qué hacer.

—¿Dejaste que un montón de gente te viera tener relaciones sexuales?

—Yo diría que follé delante de media docena de extraños con un par de machos alfa, pero sí, como tú lo dices también sirve.—Se encogió de hombros—. No es nada del otro mundo y realmente todos llevábamos máscara, así que no es como si pudieran señalarme por la calle y decir: «A esa le he visto las tetas».

Abbie rio, no pudo evitarlo. ¿Cómo podría Morie hacer un chiste de todo, incluso de cosas importantes, y hacerla sentir mejor en el camino? ¿Por qué tenía que hacerla sentir mejor? El sexo no era malo, era algo inherente al ser humano, pero para ella de alguna manera era tabú. Morie hacía que todo pareciera muy natural.

—A veces me das mucha envidia, me gustaría ser capaz de hacer las cosas que tú haces.

—No te gustaría, Abbie. Las dos lo sabemos. Te pasarías días llorando después de intentarlo y cargarías con ello en tu conciencia. Te tomas la vida muy en serio y la vida solo es vida. Nada más.

—Supongo que sí. —Un suspiro abandonó las profundidades de su alma y se levantó—. Voy a preparar la cena, ¿te quedarás?

—¿No vas a trabajar esta tarde?

—El capullo de mi nuevo compañero asegura que necesita recuperarse después de la sesión de esta mañana. Como si yo fuera una inútil, me llama secretaria y me pone de los nervios. —La miró

señalándola con el cuchillo que acababa de coger para cortar la carne—. No

soy una jodida secretaria.

Soy forense, he trabajado muy duro para obtener mi título y mi puesto de trabajo como para que un capullo sin estudios me toque la jodida moral.

—Suenas como un caballero —ironizó Morie—. Deberías dejarme ponerlo en su sitio.

—Debería haberlo mandado a la mierda, pero tengo más educación que él. Sin contar que tiene la facilidad de producirme esa sensación inquietante. Da un poco de miedo, la verdad.

Recordó la forma en que la había mirado en el campo de tiro y cómo había estado a punto de dejar caer la pistola. El tipo le había gritado, le había dicho algo horrible que ni siquiera quería repetir, como si fuera una niña tonta que no tuviera idea detrás de lo que andaba.

—Me hizo sentir pequeña. Muy pequeña.

Morie se movió con la elegancia afín a su carácter y la estrujó entre sus brazos cariñosamente.

—Oh, cariño. No dejes que te hiera.

—No quería esta asignación. No quiero volver al *Pleasure's*, no quiero un compañero y no quiero llevar una estúpida pistola. Con la suerte que tengo alguien me la quitará y acabará disparándome, eso si no me pego un tiro en un pie por error antes.

Nunca había sido especialmente habilidosa, le había costado mucho superar el entrenamiento básico y no había vuelto a preocuparse por el deporte. No era para ella y no le importaba demasiado, la verdad.

No iba al gimnasio, no tenía el culo duro ni brazos o vientre de atleta. Era fofucha y suave. Blandita.

Como una chica del Renacimiento, con curvas donde había que tenerlas. Desde luego estaba muy lejos de ser tan sexy como Morie, incluso si lograba embutirse en sus vestidos y zapatos. No les quedaban igual.

—No vas a pegarte un tiro y no quiero que pienses que eres torpe. No lo has sido nunca. Así que saca esa idea de tu mente antes de que tenga que...

El timbre interrumpió su aseveración. Las dos se miraron con sorpresa. Nunca tenía visita o muy pocas veces. Los únicos que de vez en cuando se dejaban caer eran sus padres y ahora estaban haciendo un crucero por el Mediterráneo. No podían ser ellos.

Se limpió las manos en un trapo de cocina y se acercó a la puerta. Se puso de puntillas para alcanzar la mirilla e identificar a su visitante, cuando todo su cuerpo entró en colapso.

¿Cómo era posible que la hubiera encontrado? ¿Sería un acosador? ¿Un asesino? ¿Un secuestrador de mujeres?

Se dio la vuelta y se apoyó en la puerta, sintiéndose inestable. Morie le lanzó una inquisitiva mirada y emitió una pregunta sin sonido alguno.

«¿Quién es?».

Abbie negó con la cabeza, dejando claro que era mejor que no supiera nada. Llevó el dedo índice a sus labios, pidiéndole silencio. Con suerte el inesperado visitante se cansaría de esperar y se largaría.

Los golpes sonaron atronadores esta vez, calando hasta lo más profundo de su sistema y alterando sus hormonas. Si fuera sincera consigo misma, se moría de ganas de enfrentarlo, de arrastrarlo dentro y

besarlo, pero no quería que conociera a Morie. Eso acabaría con todas sus posibilidades.

¿De dónde había salido ese pensamiento? ¿Acaso estaba buscando una oportunidad con él?

¡De ninguna manera!

—Vamos, Abbie. Abre la puerta, sé que estás ahí.

—¿Cómo has descubierto mi dirección? —preguntó a través de la puerta—. ¿Eres un acosador?

Una grave risa llegó apagada hasta las dos mujeres de la habitación. Los ojos de Morie brillaron de curiosidad, mientras que el estómago de Abbie saltó de anticipación.

Eso estaba muy mal.

—No soy un acosador. Ya te dije que me dedico a la seguridad.

—¿Y si no te creo?

Un suspiro cansado llegó desde el otro lado de la puerta.

—Mira, Abbie, no acudiría a ti si tuviera opciones.

Las dos mujeres se miraron por un momento. Morie le hizo un gesto para que abriera y Abbie la miró como si se hubiera vuelto completamente loca.

«Ni hablar» articuló en silencio.

—Vete. Ni siquiera me conoces.

—Sé lo que necesito saber de ti. Trabajas en la comisaría, pareces una mujer íntegra y sé que hacía tiempo no disfrutaba de una atracción tan intensa como la que sentimos anoche en el club —dijo y parecía ser sincero, lo que logró que Morie la mirara con suspicacia.

—O abres tú o abro yo, pero no voy a quedarme con las ganas de ver a ese tipo con voz de infarto y que parece que conectó contigo, nena.

Abbie elevó los ojos al cielo y murmuró una plegaria.

—Está bien —aceptó—, pero si es un asesino en serie y acaba con nosotras, te perseguiré durante una eternidad en el purgatorio.

Y con esas palabras abrió la puerta hacia un futuro incierto y el hombre que tenía todas las papeletas del mundo para convertirse en la cruz de su

existencia.

Porque estaba claro que después de hoy, ya no querría saber nunca nada más de ella.

CAPÍTULO 6

Daniel no sabía qué demonio se había apoderado de su cuerpo, cuando salió a la calle y se dirigió directo hacia el edificio de apartamentos en el que vivía la aparentemente sosa mujer que había conocido la noche anterior.

Ni siquiera preocupado como estaba por su hermano, debería haber pensado en sonsacarle información sobre el caso. Lo más probable es que ni siquiera le hubieran asignado el asunto del club en cuestión. ¿Qué jefe en su sano juicio escogería a una mujer de aspecto monjil para involucrarse en un tema tan vicioso como aquel? No daba el perfil, pero una parte de sí pensó que era una excusa lo suficientemente válida como para acercarse a ella.

Tampoco es que se estuviera entendiendo a sí mismo. ¿Acercarse a ella? ¿Por qué infiernos querría hacer algo así, en primer lugar? No era su tipo, físicamente no destacaba en medio de una multitud y parecía bastante estrecha de miras.

No, no le gustaba. No había nada entre ellos que pudiera servir de base para cualquier tipo de relación.

Pero seguía teniendo una deuda con su hermano. Le había encomendado una misión y había fracasado.

Aprovechó la salida de un vecino para colarse en el portal. Subió por la escalera, odiaba los ascensores. No era claustrofóbico, pero había visto suficientes películas de miedo como para preocuparse no solo por quedarse atrapado, sino por caer al vacío sin tener ningún control sobre la situación.

La escalera serviría, además esa mañana no había tenido tiempo de ejercitarse, con todo el lío de la acusación a su hermano y la charla con su jefe, bien podía hacer un pequeño esfuerzo que compensara su distracción.

Cuando llamó al timbre, no esperó que ella titubeara al abrir, aunque debió suponer que alguien de su estilo, tendría mucho cuidado respecto a quién dejaba entrar en su casa. Parecía una mujer temerosa, hasta cierto punto. Y más sabiendo a qué se dedicaba, a pesar de que no era agente de campo, pues ya había investigado un poco sobre su situación laboral, habría visto los suficientes ataques como para ser cautelosa.

Eso le gustaba y le irritaba a partes iguales.

Nadie debería ponerse en peligro por descuido, pero cuando él era el enemigo, por llamarse de alguna forma, la sensación no era, de ninguna manera, agradable.

Le costó una breve charla convencerla, pero al fin estaba ahí, justo frente a él, con aspecto relajado.

Lo primero que llamó su atención fueron sus pies descalzos, los *leggings* oscuros que se pegaban a su piel, dejando constancia de sus curvas, y la larga camiseta que se aferraba a su cuerpo lo justo como para que él pudiera intuir sus senos.

Debería mirarla a los ojos, pero su aspecto lo sorprendió. No porque fuera la mujer más atractiva del mundo, sino porque aquella imagen no parecía afín a la monjita que había imaginado en su mente desde el primer momento en que cruzó una palabra con ella.

La imaginaba cubierta de pies a cabeza, con algún atuendo antierótico. No como una mujer... normal.

Esa era la palabra. No había nada de monja en ella, tan solo realidad. Y maldito fuera, porque esa mujer real le gustó más de lo que nunca hubiera pensado.

—Necesito tu ayuda, Abbie.

—Vaya hombre, nena. Qué callado te lo tenías.

No había sentido la presencia de la otra en la sala. Cuando la miró, la

reconoció como la mujer que había estado con su hermano la noche anterior. La había visto brevemente en una pantalla de la oficina y era más impresionante en persona, pero por algún extraño motivo su cuerpo no reaccionó ante su presencia.

Quizá porque había sido amante de Gabe y participado en sus perversiones.

Seguramente era por eso. No podía estar pensando en que Abbie era todo lo que necesitaba. Lo único que quería de ella era información. En realidad, sabía que había pocas probabilidades de que pudiera decirle algo interesante o de que estuviera dispuesta a contarle algo incluso aunque lo supiera. Por lo que había escuchado sobre ella, era una fiel seguidora de las normas. Lo que no le sorprendía y no tenía nada que ver con él.

Su especialidad era romperlas, a pesar de los disgustos que le había dado en diversos momentos de su carrera profesional.

Y había tenido una mala experiencia en el pasado, haciendo que otra mujer de su vida se saltara la normativa por él. No quería tropezar dos veces con la misma piedra.

Esta vez no sería igual. No estaba infiltrado, no había matones deseando eliminar a cualquier agente demasiado curioso para su propio bien.

O quizá lo había, pero ella no era una policía de verdad. Estaba lejos de serlo.

—Morie —advirtió a su amiga, en sus ojos pudo leer una leve amenaza. Le divirtió su reacción.

¿Celos u otra cosa? Quizá solo un puñado de incomodidad por el hecho de que la otra mujer hubiera interferido. Era más de su tipo, si hubiera tenido interés en un rápido encuentro sexual, pero no era el caso—. ¿Y qué clase de información necesitas?

—Gabriel, el dueño del *Pleasure's*, es mi hermano y está en un aprieto. —Ofreció la información libremente, con el objetivo de ganar puntos con ella. Sabía que le gustaría la sinceridad; era de ese tipo de personas—. He pensado que quizá podrías echarnos una mano, investigar si alguno de nuestros

empleados puede realmente estar involucrado en las agresiones a las mujeres que se han encontrado en

las inmediaciones del club.

—No puedo dar datos sobre una investigación en curso.

—No te pido que lo hagas. Solo que nos ayudes a descartar a algunas personas como sospechosas.

—Se detuvo un momento, pensando detenidamente qué decir a continuación—. Ni Gabe ni yo queremos que estos ataques se repitan y si se están haciendo de alguna manera gracias al club, queremos erradicarlos desde la base. Estamos dispuestos a permanecer cerrados un tiempo mientras revisas los historiales. Sabes que me dedico a la seguridad, pero soy más del tipo de acción. El papeleo no es lo mío y recordé lo que me contaste anoche sobre tu trabajo. Es tu campo de experiencia, ¿verdad?

Lo miró con cierta incredulidad, como si le costara creer lo que estaba escuchando. No la conocía lo suficiente y lo que estaba pidiendo podía ir en contra de todos sus instintos. No tenía la certeza de que ellos fueran inocentes y sabía que la policía había marcado a Gabe como principal sospechoso.

—Lo que me pides...

—Sé que es un favor muy grande, que no sabes nada de mí. Dale a tu jefe mi nombre y pregúntale quién soy. No puedo darte datos, pero él tiene la autoridad para hacerlo. —La miró con una leve pizca de desesperación. No fue simulada, realmente estaba necesitado de un poco de ayuda y sabía que allí podía tener una oportunidad de conseguirla—. Por favor, no quiero que acusen a mi hermano injustamente. No ha tenido nada que ver con esto.

—No puedo descartar a nadie. Si quieres mi ayuda, tendrás que estar dispuesto a que investigue a tu hermano, igual que al resto. Y necesitare acceso a todos los historiales y medidas de seguridad del club.

Cámaras, registros de clientes...

La ratita había caído en la trampa del gato, pero fue lo suficientemente inteligente como para no mostrar su satisfacción. Quizá podría haber resuelto el asunto sin su intervención, pero lo cierto es que había mucho más en sus intereses que el hecho de descartar a un puñado de empleados, que sospechaba no tenían nada que ver con el asunto.

Morie carraspeó, tratando de llamar la atención e interrumpiendo tanto la charla como el hilo de sus pensamientos.

—Creo que estorbo aquí, será mejor que me vaya. —Miró a su amiga un instante después, con censura—. A pesar de que hayas sido lo suficiente maleducada como para no presentarme a tu amigo.

Abbie pareció horrorizada repentinamente.

—Mierda, lo siento.

Dio un paso a un lado, para apartarse y permitir que los dos se midieran en silencio.

Podría haber sido una interesante compañía en otro momento y otras circunstancias, pero ninguno de los dos parecía especialmente interesado en el otro. Morie lo miraba con advertencia. Lo evaluaba, casi como si conociera sus intenciones y hubiera descubierto que no eran honestas. La preciosa mujer se preocupaba sinceramente por su amiga, debía hacerlo, pues había visto la lealtad de Abbie para con ella.

Le gustó que no la estuviera utilizando para destacar ante la mirada de los hombres y resultar aún más

bella, una vez hecha la comparación.

—Mi amiga Morie —le explicó con resignación. Quizá viendo que sus ojos habían quedado atrapados en la imagen de la otra, pero no por los motivos que ella estaba pensando. Solo intentaba analizar el vínculo que las unía a las dos.

—Casi su hermana —espetó la otra, pero no le ofreció la mano, solo permaneció a distancia, expectante.

—Daniel Grier —ofreció él con un leve asentimiento de cabeza adoptando la misma actitud, después la descartó como si no estuviera allí—. ¿Cuándo puedes pasarte por el club? ¿Esta noche?

—No creo que pueda hasta mañana. Preferiría ir durante el día, si no te importa. Voy a estar a primera hora en la puerta, si puedes estar allí para recibirme y podemos hacer una primera revisión de los historiales.

—No vas a ir tú sola —advirtió Morie, cogiendo su bolso y dirigiéndose a la puerta—. Será mejor que pases a buscarla y que la invites a desayunar.

—No es necesario, yo puedo...

—¿Coger el autobús? —le preguntó un instante antes de interponerse entre ambos, para abrazarla—.

No quieres que yo vaya a ese club, no te quiero sola allí tampoco. Si él no te lleva, yo lo haré.

—Tienes que trabajar.

—Avisaré a Bárbara y le diré que sigo con mi artículo. Sabes que no es tan estricta con los horarios.

Cogeré mi coche y te recogeré.

—No será necesario —interrumpió Daniel—. Me queda de camino, pasaré por ti a las ocho.

Morie sonrió con satisfacción, consciente de que se había salido con la suya. ¿Tendría alguna intención oculta? Probablemente, no. No se conocían. Incluso le sorprendía que no se mostrara más protectora, impidiéndole ir con él a solas. ¿Y si era un perverso? ¿Y si él era el asesino?

Frunció el ceño, quizá no debería haber ido en primer lugar. Quizá debería advertirle que no cediera tan fácilmente. Podía estar metiéndose en la boca del lobo sin saberlo.

—Está bien —aceptó Abbie—, pero si descubro algo que no me cuadre con lo

que has dicho, mañana no abriré mi puerta.

De vuelta la chica racional y timorata. Extrañamente, le gustó eso. No es que estuviera yendo a ciegas, estaba dándole una simple oportunidad. ¿Y qué decía eso de ella?

A primera vista, decía que no era tan estricta como pudo suponer en un primer momento, aunque sí precavida. Le gustaba esta versión de Abbie mucho más que la asustadiza de la noche anterior.

—Perfecto. Mañana a las ocho entonces. —Sacó una tarjeta de visita de su cartera y se la entregó—.

Mi número personal y mi dirección. Así estamos en igualdad de condiciones.

Morie se interpuso de nuevo entre ambos y lo empujó a la puerta.

—Vamos, guaperas. Dejemos que ella se ocupe de investigarte mientras te acompaño fuera.

Trató de esquivar a la decidida Morie, pero fue un caso perdido. Era más fuerte de lo que parecía,

teniendo en cuenta su forma física. Era más pequeña y delgada que él, pero capaz de hacer bailar a un hombre con su son.

—Recuerda que esto es importante. Danos una oportunidad.

—Mañana a las ocho. Lo apuntaré en mi agenda.

Le dedicó una sencilla sonrisa, que incendió algo cálido en su pecho.

—Por cierto, toma. —Esquivó a la flaca guardaespaldas y le entregó un sobre—. Un pase VIP para el club, por si en algún momento necesitas acercarte y Lou te pone algún problema. Hablaré con él, pero con esta tarjeta tendrás acceso ilimitado.

Morie siguió empujándolo. Insistiendo en que abandonara el lugar en contra de su voluntad.

Quería quedarse un poco más, pero quizá no era una buena idea. Quizá era mucho mejor sumergirse en aquella aventura poco a poco. Probar el agua con la punta del dedo gordo del pie, para lentamente ir sumergiéndose hasta lo más profundo.

Si quería que su plan funcionara. Si quería además de limpiar el nombre de su hermano, satisfacerlo, mostrándole que la asustada mujer de la noche anterior había logrado descubrir lo fascinante del sexo al que tanto miedo parecía tenerle, gracias en parte a su club, mataría dos pájaros de un solo tiro.

Y lo cierto era que se moría de ganas de hacerlo, incluso si iba en contra de todo lo que había creído hasta la fecha.

—Gracias —dijo Abbie, cogiendo temerosa la llave directa a la perversión.

Y algo en su interior quiso saltar de alegría al ver que no se la había lanzado a la cara. Algo le dijo que pronto, muy pronto, la tímida mujer podría mostrarle al mundo en el que estaba a punto de sumergirse, que había mucho más en ella.

CAPÍTULO 7

Recibió la llamada en mitad de la noche y eso nunca eran buenas noticias. Miró la hora antes de contestar, las cuatro de la mañana, demasiado pronto para levantarse todavía. Se incorporó y miró el identificador de llamadas de su teléfono móvil.

—¿Qué pasa, Gabe?

La voz de su hermano sonó rota cuando contestó.

—Tienes que venir, tienes que ayudarme. No puedo hacer esto solo. Dios... —¿eran lágrimas lo que escuchaba al otro lado del teléfono? ¿De Gabriel? ¡Imposible!

Salió de la cama y buscó sus vaqueros. Se los puso con una mano sin soltar el teléfono.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo... Tienes que verlo. No puedo hablar de ello. Ya no está, Dan. No está. Se la han llevado. Se la han llevado por mi culpa y no puedo hacer nada para salvarla.

¿Se la han llevado? ¿A quién se habían llevado? ¿Abbie? No, no era posible, porque todavía no habían hecho nada.

—¿De quién estás hablando?

—Brenda. Llegué a casa y encontré el sobre en el felpudo, no iba a abrirlo, pero algo me dijo que tenía que hacerlo y lo hice. Dios, lo hice. No podía creer lo que habían escrito hasta que cogí la llave de repuesto que siempre tengo en mi casa y entré en su piso. —Su voz se convirtió en un susurro apenas comprensible, su hermano era un hombre seguro, nunca balbuceaba, nunca lloraba, siempre tenía soluciones a cada problema. Veía el lado bueno de la vida y ahora parecía devastado.

—Voy de camino —puso el manos libres—. Voy a estar ahí en diez minutos. No cuelgues, no quiero que te quedes solo. Si alguien se ha llevado a Brenda, la encontraremos.

—¿Y si está...?

—No lo pienses. —Se puso la camiseta del día anterior y cogió las llaves. Sin soltar su móvil bajó a toda prisa hasta su coche y arrancó de golpe. No respetó ni un solo semáforo, la calle estaba desierta, la gente en sus camas, el mundo recogido en sus refugios, a excepción de unos cuantos chavales que iban de juerga. Fue lo suficientemente cauto como para no atropellar a ningún borracho y se detuvo con un frenazo frente al portal de su hermano. No se molestó en aparcar bien, salió a toda prisa y corrió hasta el segundo piso

Colgó cuando vio a Gabe, estaba sentado en el suelo en la oscuridad, parecía como si le hubieran dado una paliza.

Cuando encendió la luz, cerró los ojos, los tenía rojos e hinchados. Su gesto era una máscara de

desesperación.

Se acercó y tiró de él para levantarlo.

—No puedes quedarte aquí, vamos. Entremos, prepararemos café y podrás contarme qué es lo que ha pasado exactamente.

Gabriel lo miró.

—Soy un puto egoísta de mierda. No quería que ella supiera nada de mi vida. De mi trabajo. Por mi culpa estará sufriendo a merced de un loco o varios. Esto es una vendetta personal, Dan. No sé quién está detrás, pero me lo dicen las tripas.

—No vas a ganar nada culpándote, vamos a ver ese sobre y llamaremos a la policía.

—Tú eres policía.

—No de ese tipo.

—Me detendrán, me encerrarán en una celda y me culparán de lo sucedido.

Daniel negó, quizá precisamente tuvieran en sus manos una prueba que permitiera su exculpación, pero era demasiado pronto para pensarlo.

Primero necesitaba toda la información, después avisaría a Jim directamente y pondría el asunto en sus manos. Gabriel estaría bien, incluso si lo llevaban a la comisaría para interrogarlo, iba a cuidar de su hermano, iba a descubrir quién estaba detrás de todo aquello.

—El sobre está ahí.

Sacó un pañuelo para evitar dejar sus huellas en él y lo observó embebiéndose de los detalles. Un sobre marrón, acolchado, la dirección estaba impresa por medios mecánicos, así que no podría estudiarse la caligrafía del remitente, lo abrió y volcó el contenido. Una nota breve, sin marcas que pudieran identificar a quién la había escrito:

«Brenda va a pagar por lo que tú has hecho. Igual que las otras. Ninguna mujer a tu alrededor estará a salvo».

Un escalofrío recorrió la espalda de Daniel al leerlo, concisa pero inquietante. La amenaza directa se alojó en su pecho y se preguntó quién y por qué estaba haciendo esto. ¿Qué motivos podía tener?

El portátil de su hermano estaba abierto sobre la mesa y aunque la pantalla estaba apagada, una pequeña luz parpadeaba indicando que la sesión había quedado suspendida. Inició el equipo y se quedó paralizado al ver la imagen que llenaba la pantalla.

—¿Qué es esto?

—Había una memoria USB en el sobre, no pude mirar más. Salí corriendo a casa de Brenda, tenía que comprobar...

Daniel sintió su estómago revolverse. La mujer que aparecía en la imagen estaba maniatada, tenía una venda sobre los ojos y una mordaza. Había rastros de lágrimas en las zonas perceptibles de su rostro y una marca morada en la mejilla. Había sido golpeada violentamente. Iba en pijama y solo llevaba una zapatilla. Su pelo azul destacaba, a pesar de la mala calidad de la foto.

—¿Reconoces el lugar?

—No —contestó Gabriel sin mirar una segunda vez. Sabía que no era capaz, aquella mujer le importaba. Su hermano era otro hombre cuando estaba con ella, más suave, menos dominante. Más complaciente.

Daniel sacó su móvil sin preguntar nada más, Jim contestó al segundo toque.

—¿Qué quieres, Grier?

—Tengo una situación aquí. Puede que esté relacionado con el caso del club.

—Estás fuera de ese caso, ni siquiera deberías llamar. Menos a estas horas. — Lo conocía lo suficiente para saber que tenía intención de colgarle y dejarlo con la palabra en la boca. Así que se apresuró a hablar.

—Escucha, han secuestrado a una mujer. Mi hermano ha recibido una nota y un lápiz de memoria, he pensado que quizá quieras traer a tu equipo aquí y comprobar todo por ti mismo. —Le dio la espalda a su hermano y caminó

hasta la cocina. Quería hacer café, pero también evitar que Gabe escuchara lo que tenía que decir—. Tiene mala pinta, Jim.

—Mandaré a mis muchachos ahora mismo, mantente apartado del caso. ¿Me has oído?

—No creo que mi hermano pueda ser considerado sospechoso en estas circunstancias.

—Lo que tú creas me importa una mierda. Por lo que a mí respecta, él mismo pudo escribir la nota y secuestrar a la chica. Más te vale que estés fuera de ahí para cuando lleguemos o vas a tener más problemas de los que puedas soñar.

Maldito fuera. Sabía que era un buen policía, lo había demostrado en incontables ocasiones y egoísta o no, no podía dejar solo a Gabe. No tenía a nadie más.

—Haz lo que tengas que hacer, Jim. Estaré esperándote aquí.

—Maldita sea, Grier. Te gusta tocarme los cojones.

—Es mi principal afición.

Colgó ignorando al otro hombre. No lo necesitaba para despotricar a gusto, por él podía gritarle cuanto quisiera el teléfono, incluso a él, uno hacía lo que tenía que hacer y punto.

Cuando tuvo listo el café, cogió dos tazas y con el móvil guardado en el bolsillo de sus vaqueros, le llevó una a su hermano. Estaba en el sofá, la cabeza sobre sus manos, mostrando un aspecto completamente abatido.

—Bebe, te ayudará.

—Brenda nunca le ha hecho daño ni a una mosca. ¿Por qué le hacen esto? ¿Por qué a ella?

Tomó la taza y dio un sorbo largo, después tosió y lo miró. Daniel sonrió. No le había puesto ni una gota de azúcar, eso debería despertarlo de golpe y sacarlo de su ensimismamiento.

—Joder, ¿acaso pretendes envenenarme?

—Cualquier cosa que te quite ese aspecto de perro apaleado. No puedes cambiar lo que ha pasado, pero sí estar alerta para ocuparnos de descubrir al culpable.

—Los dos sabemos que esa nota me inculpa, de alguna manera.

—Sabemos que hay por ahí un loco que cree que eres culpable de algo que solo él sabe.

Gabriel lo miró perdido. No solo había preocupación en sus ojos, sino mucho más. Una genuina desesperación.

—Brenda es la única amiga mujer que he tenido en mi vida. Me meto con ella y sus gustos de cine, hablamos durante horas de chorradas, me entiende de alguna manera en que ni yo mismo lo hago, ¿por qué ella, Dan? Nunca le ha hecho nada malo a nadie. No puedo comprender cómo en la mente de ese loco, puede estar bien herir a un alma pura como la suya.

—Tú lo has dicho, está loco. No creo que haya meditado en sus actos. Está cegado por la ira. Quiere golpearte, así que ha ido a por tu punto débil.

Y así como odiaba pensar en ello, sabía que no había ninguna otra cosa en el mundo con la que pudieran hacerle más daño a Gabriel. Era un hombre con las ideas claras, duro en el dormitorio pero un ser que se preocupaba genuinamente por los demás. La satisfacción, el placer y el bienestar de sus compañeros de juego eran los pilares que sustentaban toda su vida. Ese mundo creado para disfrutar, para dar rienda suelta a las necesidades de su oscuro interior y poder tener una vía de escape. Él mismo había usado el sexo en incontables ocasiones para liberarse de la tensión que le provocaba su trabajo. Podía entender la motivación de Gabriel, que en otro tiempo había estado inquieto e insatisfecho con lo que hacía, que una vez descubierta la manera de dar rienda suelta a esa necesidad, hubiera luchado para lograr hacerlo con seguridad y respeto para todos los implicados.

Hasta que un loco había decidido jugar a este juego macabro con él.

—Estaba durmiendo cuando se la llevaron.

—¿No encontraste el sobre al llegar a casa?

—Me refiero a Brenda. Estaba dormida. En cuanto vi esa imagen tuve que comprobar que no era algún tipo de broma pesada. Crucé el rellano con mi llave de repuesto, pero la puerta había sido forzada.

No sé cómo no me di cuenta al llegar. Entré sin pensar, recorrí su casa. Los muebles estaban volcados, la cama deshecha...

—Vamos a encontrarla, Gabe.

Los ojos de su hermano pequeño se llenaron de lágrimas una vez más, el dolor había hecho mella en su cuerpo. Estaba tenso, con el rostro contraído y un rictus de la más cruda desesperación. Solo tenías que mirarlo para certificar que no había tenido nada que ver con aquello.

Esperaba que Jim viera las cosas a su manera, porque no sabía qué haría si decidían mantener la acusación.

—Si me detienen, me lo tendré merecido. Nunca debí incluirla en mi vida. Debí darme cuenta de que podía ser un objetivo. Hemos recibido amenazas en el club de parte de algunos vecinos, de clientes que fueron despedidos tras una primera visita, pero nunca pensé que pudieran llegar tan lejos. ¿Acaso no vivimos en el siglo XXI? Se supone que la libertad es el bien supremo de nuestro tiempo.

—No siempre es así, ambos lo sabemos. A veces la vida se tuerce. El bien y el mal tienen que estar en equilibrio, no existe uno sin el otro. Por eso me hice policía, quería marcar la diferencia.

Además de cuidar de su disoluto hermano. Tras la muerte de sus padres había tenido un par de encontronazos con la ley, con lo que era consciente de que cuando los agentes destinados al caso lo investigaran, darían con sus antecedentes penales. En ninguno de ellos había sido acusado formalmente, se había librado una vez finalizada la investigación, pero conocía a Jim. Era duro, un sabueso que no planeaba soltar el hueso hasta que estuviera

completamente seguro.

—Pase lo que pase esta noche, mañana voy a empezar a investigar a tus trabajadores. Después, empezaremos con la lista de clientes y trataremos de reducir las posibilidades.

Gabe lo miró, pasándose las manos por la cara para secar los restos de las lágrimas.

—¿Tú y quién más? Has hablado en plural.

La tensión asoló su cuerpo y se puso a la defensiva incluso sin darse cuenta. Gabriel lo conocía tan bien que podría leer entre líneas de cualquier cosa que dijera. No sabía cómo distraer su atención de un tema que ni siquiera él tenía claro.

—No te preocupes por eso. ¿Has tenido tiempo de revisar las cámaras de seguridad?

—Vas a meter a la chica de anoche en esto, ¿verdad?

Daniel apretó los dientes y repitió.

—¿Has tenido tiempo de revisar las cámaras? ¿Está tu amigo libre de sospecha o no?

—He revisado las cámaras. Rod estuvo toda la noche y parte de la mañana con la mujer, después durmió como te dije que haría. Él no fue.

—A no ser que mandara a alguien a hacer el trabajo sucio.

—No es de ese tipo de hombre, Dan. Te lo aseguro.

—Nos estamos jugando tu pellejo aquí. ¿Confías tanto en él como para arriesgarte a equivocarte?

Gabriel lo miró con fiera determinación cuando respondió:

—Le confiaría mi vida. Sé que no entiendes nuestra relación, pero créeme,

nunca haría nada que pudiera perjudicarme.

Tenía razón en lo de que no comprendía la amistad de esos dos. Ni siquiera quería pensar detenidamente en ello por las conclusiones a las que podría llegar. Y no se trataba de homofobia, se trataba de otra cosa. Si su hermano quería liarse con un hombre o una docena, no era asunto suyo.

—Entonces tenemos nuestro equipo de trabajo.

El timbre sonó interrumpiendo la conversación, Daniel fue quien se levantó a abrir la puerta para dejar entrar a una pareja de policías. Conocía a Jackson. Coltraine y él habían trabajado juntos hacía tiempo. El otro policía, un hombre joven, probablemente una reciente incorporación del departamento, parecía decidido y dispuesto a hacer cumplir la ley.

Tuvo que darle crédito a Coltraine Jackson cuando no se inmutó al verlo. Quizá Jim le había avisado de que probablemente estaría allí.

—Buenas noches, nos envían para comprobar los datos de una supuesta desaparición.

Odiaba la palabra «supuesta», siempre lo había hecho, por más clave que fuera en todo proceso judicial.

—Así es, pasen por favor —les dio libertad y Gabe se reunió con ellos a mitad de camino. Tendió su mano para saludar y ambos agentes se presentaron.

Siguieron las preguntas de rigor que él escuchó apoyado en la pared a medio metro de ellos. Su mente divagaba, tratando de pensar la mejor manera de acercarse a la cuestión. No solo se trataba de descubrir al culpable, sino de rescatar a la chica antes de que fuera agredida hasta tal punto que no pudiera volver a ser ella misma. O quizá hasta que estuviera muerta.

Con esos locos nunca se sabía. No sería la primera vez que iban demasiado lejos.

Tenía una conexión entre los casos de las mujeres: el club y ahora, con la desaparición de Brenda, no solo era el club, sino también su hermano. Tenía

dos buenos puntos por los que empezar, pero nada más.

Esperaba que Abbie fuera realmente buena uniendo cabos. Había hecho una pequeña investigación sobre ella y lo que había leído le había gustado. Era despierta y sagaz, había ayudado a resolver varios casos complicados en el pasado.

Se preguntó cuál habría sido su motivación para escoger esa rama de la ley en particular y si podría descubrirlo en el tiempo que durara su asociación. También se preguntó si una vez en el club, sería capaz de mirar el lugar con algo más que el temor que había percibido en ella la noche anterior.

Tenía ganas de resolver los problemas de su hermano y también de darle el pequeño placer de conseguir arrastrar a su intenso mundo a una no creyente, pero sobre todo quería ver hasta dónde sería capaz de llegar ella con un pequeño empujón por su parte.

Y lo más extraño de todo, era que se moría de ganas de empezar aquel peligroso juego.

Gabe repitió una y otra vez la información para los agentes, que se llevaron las pruebas para analizarlas en busca de huellas en el laboratorio. Sabía que encontrarían solo las suyas, tenía esa impresión, no tenía duda de que quienquiera que estuviera detrás de aquello habría sido cuidadoso y pondría todas las señales posibles para guiar a la justicia en su dirección.

Pensó en lo injusto de la vida, no ya por su propia situación, sino por Brenda. La dulce y agria Brenda. Dulce porque siempre estaba dispuesta a dedicar una sonrisa a cualquiera que la necesitara y agria, porque no se cortaba cuando tenía que dar su opinión, a veces llenas de un ácido humor y una brutal sinceridad.

La primera vez que la había visto, había sentido una intensa atracción hacia ella. Su aspecto no era corriente, su pelo azul, sus ojos, aquel día un combinado de los colores del arco iris, y su ropa, a medio camino entre lo *hippy* y lo gótico, le habían provocado una erección y una sonrisa. Dos cosas

que no

solían ir de la mano muy a menudo, pero Brenda no era una mujer típica.

Había caminado hacia él, se había presentado como su nueva vecina y le había entregado una lista de normas de buena convivencia. Si iban a compartir rellano y ruidos, lo normal era que se pusieran de acuerdo.

Habían hablado sobre las posibles fiestas locas que alguno de los dos podía dar y también sobre las emergencias y casi dos horas después, se habían dado cuenta de que habían acabado sentados en el suelo riendo y tomándose un par de refrescos ecológicos que ella había llevado en su bolsa.

Se habían hecho amigos de inmediato y desde entonces habían compartido momentos inesperados y llenos de una camaradería que él no había querido perder.

Así que había ignorado su dura polla y se había concentrado en la sonrisa de la mujer, que tenía la facilidad de derretir su corazón. Se sentía protector con ella, como si fuera su misión en la vida mantenerla a salvo y había fracasado.

Peor aún, por su culpa estaba en peligro.

Brenda, la luz de su existencia. La mujer que hacía que el mundo tuviera más brillo, no solo para él, sino para todos aquellos que entraban en contacto con ella.

Su trabajo como diseñadora gráfica y publicista la ponía en contacto con todo tipo de personas y su gran facilidad para dibujar e ilustrar le había proporcionado unas buenas charlas llenas de risas.

Recordó la caricatura que había hecho de él, un día que habían discutido por alguna tontería, caricatura que aún conservaba y que había llegado a enmarcar. Los dos se reían cada vez que sus ojos se posaban en el infeliz dibujo de Gabe, para nada atractivo y sexy, como muchos le acusaban de ser.

Nada más lejos de la realidad. El aspecto no dictaminaba los sentimientos o la forma de vida. Él había decidido abrir un club para disfrutar libremente del

placer sexual, su apariencia ciertamente había ayudado a que la gente sintiera interés. Cuanto más se había involucrado en los shows, más éxito habían tenido y cuando conoció a Rod y lo incluyó, así como a otros cuantos hombres y mujeres con la capacidad de deslumbrar los sentidos de los espectadores, el *Pleasure's* había despegado como un cohete.

Y se sentía orgulloso de lo logrado. De su segundo hogar, de su trabajo. Aún así, no había hablado con Brenda de ello. Había pensado algunas veces en confesar, pero había temido que su forma de mirarlo cambiara cuando descubriera sus tendencias sexuales.

Además, no había parecido muy acertado confesar entre bocado y bocado de pizza: «Oye, Brenda.

¿Sabes algo? Soy dom y me encanta poner culos rojos y exhibirme delante de una audiencia mientras follo con desconocidos y comparto a mis mujeres».

No, desde luego no era una conversación fácil. Sin importar que, en el fondo, supiera que a ella no le importaría. No creía que cambiara la manera en que se relacionaba con él, porque era la persona menos superficial que había conocido. Seguramente se habría burlado de él, en broma, y le habría sugerido que se dejara poner el culo rojo alguna vez.

Y si ella hubiera pensado en darle un poco de su propia medicina, quizá hubiera estado dispuesto a suprimir, solo temporalmente, su lado tan dominante.

—Nunca hemos tenido sexo —confesó en voz alta, ante un distraído Daniel—. Brenda y yo, quiero decir. No nos hemos acostado.

—Sabes que tienen que preguntar —dijo su hermano, sentándose una vez más a su lado. Con los agentes fuera, ahora podían charlar sin miedo a interferencias—. Es parte del procedimiento.

—La deseaba, Dan, creo que como nunca he deseado a una mujer, pero estaba más hambriento aún de su calidez.

—Brenda no parece...

Gabe sonrió, incluso sin ganas. Sabía lo que estaba pensando su hermano.

—Es la mujer más insumisa que he conocido jamás.

—No funcionaría entre vosotros —aseguró Daniel.

Gabriel no lo tenía tan claro. ¿Realmente necesitaba tanto mantener el poder en el sexo como para necesitar someter a cada mujer que había en su vida?

Sí, en el trabajo. ¿En la realidad?

Ni siquiera necesitaba pensarlo, ninguna mujer aceptaría que su hombre se acostara con otras mientras esperaba tranquila en casa, dibujando o trabajando en una campaña publicitaria, a que él llegara.

Brenda no podría soportar esa clase de vida y él jamás podría causarle semejante daño.

—En realidad no importa, porque nunca va a pasar. Brenda es como una hermana para mí ahora y tengo que encontrarla y traerla sana y salva a casa. Si algo le sucede, yo...

—La encontraremos.

—¿Crees que me detendrán cuando analicen el sobre? Los dos sabemos que lo más probable es que solo estén mis huellas.

Daniel negó.

—No pueden hacer eso, aunque sí pueden cerrar el club hasta que el asunto se aclare y retirar tu pasaporte.

—Sí, bueno. Tampoco es que vaya a irme de vacaciones. No en estas circunstancias.

Necesitaba una pista, algo que le indicara dónde estaba ella, dónde podía encontrarla. No podía quedarse sin hacer nada. De brazos cruzados, esperando a que otro la localizara.

—¿Cómo puedo resolver esto? ¿Cómo descubrimos dónde la retienen?

—Has recibido una nota, el tipo juega contigo. Creo que volverá a ponerse en contacto, quizá con indicaciones, con peticiones o con una dirección.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. No quería pensar en las posibilidades. No podía hacerlo.

Necesitaba el control, siempre lo había necesitado, sobre todo desde el accidente de sus padres, y ahora estaba allí esperando desesperado, con su hermano tratando de tranquilizarlo. Un hermano que

siempre había estado a su lado, pero que no siempre podía arreglarlo todo.

Era solo un hombre, no un superhéroe, incluso si él se empeñaba en idolatrarlo.

Cerró los ojos y elevó una plegaria al de arriba, a pesar de que hacía años que no se hablaban. Le prometió todo lo que tenía si a cambio mantenía a Brenda a salvo.

Y le hubiera gustado sentir algo, cualquier signo de que había escuchado, pero solo hubo silencio y resignación.

Estaba en manos de los hombres arreglarlo.

CAPÍTULO 8

Brenda tenía frío y apenas sentía las manos. Las tenía entumecidas, un cosquilleo desagradable recorriendo sus dedos y las muñecas en carne viva.

La habían colocado en un duro colchón que olía a moho y tenía los ojos vendados, pero todavía podía escuchar. Y lo que oía logró estremecerla. Alguien estaba jugando con algún tipo de cuchillo sobre alguna superficie dura, mientras canturreaba alguna tonada sin sentido típica de alguna película de terror.

Odiaba las películas de terror, prefería la animación y la comedia.

«Al menos no es un musical», pensó para sí, tratando de animarse. Desde que había visto sonrisas y lágrimas en el teatro cuando era una adolescente, había quedado traumatizada y desde entonces no había sido capaz de asistir a otro. Su mejor amigo, Gabe, se burlaba de ella por su aprensión. Decía que cada vez que tarareaba alguna melodía, se le ponían ojos de asesina.

Quiso llorar, había gritado hasta desgañitarse cuando la sorprendieron en la cama y la ataron, arrastrándola a través del salón, con una venda en sus ojos. Había luchado cuanto había podido, había llamado a Gabe con desesperación, a pesar de que sabía que era inútil. Por más que trató de entretener al secuestrador, era demasiado pronto para el hombre, que nunca llegaba antes de las dos o las tres de la mañana. No había podido ver la hora, pero sospechaba que no había pasado mucho tiempo desde que se había acostado hasta que se la llevaron, porque había despertado casi tan rápido como el intruso se coló en su casa.

No podía identificarlo porque no le había visto la cara. Llevaba un pasamontañas oscuro y ropa negra lo suficientemente holgada como para impedir percibir claramente su constitución y más en la oscuridad. Su voz había sido un susurro violento, distorsionado por algún tipo de aparato electrónico, que había provocado un violento estremecimiento en todo su ser.

Sabía que era muy difícil que saliera de esta, no era rica y nadie podía pagar un rescate por ella.

Sus padres se habían divorciado había mucho tiempo, su madre vivía en una comuna y su padre viajaba por el mundo en caravana. No tenían cuentas bancarias o más dinero que aquel que utilizaban para sobrevivir el día a día. Eran espíritus libres, siempre lo habían sido, incluso cuando ella era pequeña.

Sin hogar permanente o tiempo suficiente como para hacer amigos en las diversas escuelas a las que la habían arrastrado al menos dos o tres veces al año, cuando tuvo edad suficiente se independizó.

También era lo que esperaban que hiciera.

Y había estado a su aire desde entonces. Hacía amigos con facilidad, aunque ninguno tan cercano como Gabriel. Ambos tenían un lazo profundo en común, quizá por la pérdida. Gabe había sobrevivido al

accidente de coche de sus padres y ella a la vida disoluta de los suyos. Tras horas y horas de charlas inacabables, habían conectado.

Y sí, podía admitir que sentía algo más por él. Si le hubiera dado una pequeña señal, habría saltado a su cama sin remordimientos. Al menos al principio, ahora su amistad era mucho más importante para ella.

Gabe la rescataría, si pudiera. Estaba segura. Todavía tenía una pequeña esperanza.

—Vaya, vaya. Veo que nuestra invitada ya se ha despertado.

No era una buena señal que no hubiera un distorsionador de voz esa vez, ¿verdad?

Mejor no pensar en ello.

Se revolvió en la cama, tratando de escapar, pero estaba totalmente amarrada. Sus movimientos eran muy limitados y lo que fuera que le habían inyectado durante el camino, le había restado fuerzas.

—Vamos, vamos. Tranquila. Aquí nadie va a hacerte daño —una segunda voz, también desconocida.

Una mano se posó en su muslo y ella se estremeció. Procuró encogerse para hacerse más pequeña, incluso desaparecer.

—Habéis sido rudos con ella —gruñó un tercero al tiempo que sentía algo frío rozar sus muñecas.

¿Acaso era la hoja de un cuchillo? Debió serlo, porque pronto las tuvo libres y pudo frotárselas con dificultad—. No te preocupes, belleza, no permitiré que estos brutos vuelvan a hacerte daño.

Una mano masculina acarició su rostro y le quitó la venda de los ojos. Cuando logró enfocar la visión, pudo descubrir por qué, todos llevaban máscara. En realidad, no podría identificar a ninguno de ellos.

—No vamos a hacerte daño, siempre que sigas nuestras instrucciones —dijo el de la derecha, atrayendo su atención. Sus ojos brillaban llenos de malicia y apetito sexual. Cuando bajó la vista de su rostro, pudo percibir su cuerpo desnudo. Una burda erección apuntando en dirección a su cara.

Los nervios la asolaron una vez más, trató de escapar, pero aún tenía las piernas sujetas.

—No nos obligues a atarte de nuevo, tus manos libres van a ser un placer mucho mayor, nena.

—Vamos a ponerte más cómoda.

Habló el que le había cortado las ataduras de las manos. Con el mismo cuchillo rajó su pijama con facilidad y la dejó en ropa interior. Silbó con apreciación y miró a los otros.

—Hay que ver lo que escondía debajo.

—Quítale las bragas, quiero follármela ya —gruñó el de la mirada perversa, mientras con su mano derecha se acariciaba el duro pene y se movía de sitio—. Dios, voy a correrme solo mirándola. Qué buena está.

—No seas malhablado, la vas a asustar —dijo el tercero.

Los tres estaban desnudos, cada máscara de un color. La del último en hablar era negra.

—¿Crees que ese cabrón ya la ha probado?

—Da igual que lo haya hecho, ahora es nuestra y, cuando terminemos con ella, no recordará ni su nombre. —El más suave la miró y la acarició por encima de la ropa interior.

Brenda trató de cerrar sus piernas, pero las ataduras a ambos lados de la cama, lo hicieron imposible.

—Por favor, no hagas esto. Por favor... —sonaba débil, aterrada, las lágrimas presentes en su voz.

—Pero si vas a disfrutarlo, te lo prometo. No dejaré que sean bruscos contigo. —Se acercó a ella y la besó. No fue duro, fue incluso dulce, lamió las lágrimas que rodaban por su rostro y la miró a los ojos, muy cerca—. No dejaré que te golpeen otra vez o vuelvan a atarte las manos. Sé buena, sigue mis instrucciones y mañana por la noche estarás en tu cama sana y a salvo. Tienes mi palabra.

No creía que aquello significara mucho, en realidad. ¿Soportar una violación para ser libre?

¿Cooperar o luchar? No tenía muchas posibilidades, ¿verdad? No, si quería sobrevivir. Quizá incluso ni aún así lo consiguiera.

El hombre besó el lóbulo de su oreja, lo mordisqueó y murmuró.

—Abre la boca, cariño. Será bueno para ti.

Y como no tenía opción, supo que no le quedaba otra que obedecer.

Aunque lo odiara.

CAPÍTULO 9

Abbie estaba terminando de tomarse el segundo café de la mañana cuando

llamaron a la puerta de su apartamento. No necesitaba mirar para saber quién era, así que abrió y le dio los buenos días al hombre que esperaba al otro lado.

Tenía mal aspecto, como si no hubiera dormido mucho.

—Pasa y sírvete un café. La cafetera está en la encimera y las tazas en el armario de la derecha.

Cogeré mi bolso y estaré lista en un minuto.

—Me vendrá bien, ha sido una larga noche.

Cerró la puerta tras él y no se entretuvo en ver si hacía caso o no. Recogió sus cosas y cuando volvió lo encontró con la mirada perdida. Supuso que pensando en el caso que quería resolver, preocupado por su hermano.

Esa mañana no se había afeitado y no llevaba corbata o traje. Unos vaqueros, una camiseta que mostraba más de lo que ocultaba y unas zapatillas que no parecían pegar con su personalidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó interrumpiendo sus pensamientos.

—¿No te ha avisado tu jefe? Se han llevado a una amiga de mi hermano, probablemente los mismos hombres que asaltaron a las mujeres que encontrasteis en las inmediaciones del club.

—¿Una amiga? —Un estremecimiento la recorrió. ¿Acaso sentía miedo? Le había dicho a Morie que se mantuviera lejos de ese lugar y había aceptado, ahora ella iba al avispero. Por un lado, quería ayudar al hombre que parecía casi desesperado por encontrar una solución, lo que iba más allá de un mero interés pasajero; por otro, tenía la obligación de realizar lo mejor posible su trabajo. El jefe la había querido infiltrada y cuando le había hablado del grupo de trabajo la tarde anterior y del hombre que le había hecho la propuesta, Jim había visto una oportunidad.

Le había dicho que el historial de Daniel Grier era confidencial y que no podía darle datos, pero le aseguró que era un buen hombre y que si permanecía

cerca de él, estaría a salvo.

No tenía motivos para dudar de la palabra del hombre mayor, así que se había tranquilizado hasta cierto punto con esa información. Necesitaba pensar más en la relación que iba a desarrollarse entre ellos a un nivel personal, pues la había afectado profundamente, pero en el ámbito laboral, era un tipo confiable.

Y le daba la excusa perfecta para estar en el *Pleasure's* incluso si este no estaba abierto.

—Tratamos con un loco o quizá más de uno. Gabriel está devastado.

—¿Va a cerrar el club?

Daniel negó.

—No, no quiere hacerlo a menos que la policía lo ordene. No creo que sea una buena idea cerrarlo, de todos modos. Dentro del club contamos con un buen sistema de seguridad, todo el mundo está a salvo y va a haber más agentes por la zona vigilando.

—¿Y la amiga de tu hermano?

—Se llama Brenda y la encontraremos. —Dejó la taza en el fregadero y la llenó de agua, después la miró—. Será mejor que nos vayamos y empecemos cuanto antes. El tiempo apremia.

Estaba de acuerdo con él y más si había una mujer desaparecida. Tenían que encontrarla antes de que le hicieran daño.

Cuando llegaron al coche, se compadeció de él. Parecía tan perdido.

—¿Quieres que conduzca yo?

Daniel la miró y su gesto cambió de serio a siniestramente sonriente en un latido del corazón.

—Sube —cuando se abrochó el cinturón, con él tras el volante, comentó—. Hay tres cosas que jamás comparto. Mi coche, mi chica y el mando de la

televisión.

—Vamos que eres el típico macho tradicional. Yo macho, tú hembra; obedece, mujer.

—Lo has resumido perfectamente, aunque no me niego a que una mujer tome la iniciativa en la cama

—la miró brevemente mientras esperaban a que la luz roja del semáforo se tornara verde—. Así que si alguna vez tienes un interés particular en estar encima, cariño, puedes tomar lo que quieras.

¿De dónde había salido ese lado gamberro y bromista? ¿A salvo con él? ¡Ja! Ni en un millón de años.

Era un peligro andante. Un peligro para su mente, para su libido y, si se dejaba llevar, incluso para su corazón.

—No va a pasar.

—Solo lo digo para que conozcas la información. Por si acaso te lo estabas preguntando.

—El hecho de que trabajemos juntos en esto ya excluye cualquier posibilidad de tener una relación de índole personal —aclaró. Era mejor poner los puntos sobre las íes desde el principio, para que no hubiera confusión más adelante—. Además, no eres mi tipo.

Daniel no se molestó por el comentario, más bien al contrario. Su sonrisa se hizo más grande.

—No sabes lo que has hecho, Abbie. Nunca me rindo ante un reto.

—Pues es un caso perdido. No me conoces, pero te puedo instruir fácilmente: no tengo relaciones con hombres.

—¿Entonces te gustan las mujeres?

—¡Por supuesto que no! ¿De dónde has sacado esa idea?

Se sintió mortificada. Le parecía muy bien que otras mujeres se enamoraran de personas de su mismo sexo, pero ¿ella? Ni hablar.

—Parecías tan segura con tu aseveración de que no tienes relaciones con hombres.

—Quiero decir que no tengo relaciones. Ni con hombres ni con nadie, no me interesa. ¿Podemos cambiar de tema?

—Entonces por eso estabas tan incómoda anoche, ¿verdad? —inquirió mientras estacionaba en el aparcamiento del club—. Eres asexual.

¿Asexual? ¿Asexual? ¿Quién podía serlo? Todos tenían apetitos, quizá había alguna excepción, pero seguramente se debería algún tipo de trauma. No podía imaginarse la vida sin pensar, por poco que fuera en sexo.

—Creo que el no dormir afecta a tus neuronas.

—Solo hago deducciones de la información que me das.

Abbie suspiró, mejor dejar el tema de una vez. ¿Qué importaba lo que pensara sobre ella? Era solo un hombre que la intimidaba. Sí, podía ser guapísimo, podría haber protagonizado sus sueños esa noche, pero nada más. Eran como el agua y el aceite, totalmente diferentes, no del tipo que se mezclan.

—Guarda tu ingenio para el trabajo, vamos a acabar hasta el gorro de papeles, fichas e historiales.

Te lo garantizo.

—En realidad, puede que el trabajo sea un poco más interesante de lo que estás pensando.

—¿De qué hablas?

Había sonado una alerta en su cabeza, algo que no le gustaba ni un pelo. Miró a la puerta del club, al guardaespaldas de la noche anterior y sintió un estremecimiento. Casi idéntico al que había sentido la primera vez, cuando ignoraba lo que iba a encontrar al otro lado.

Había pensado que pisar el *Pleasure's* la cambiaría para siempre y ahora estaba segura de que casi era un hecho.

Pero... ¿qué cambiaría en ella y su mundo? ¿Se sometería aquel extraño placer? ¿O sería más un cambio de mentalidad?

Tenía miedo de descubrirlo, pero no planeaba ser una cobarde. Tenía que dar una lección de motivación a todos. Tenía que demostrar a su jefe que podía hacer aquello y al idiota de Jackson lo equivocó que había estado cuando la llamó secretaria.

Había mucho en juego allí y nada tenía que ver con el enorme atractivo sexual del hombre que la acompañaba. Que la miraba como si supiera algo que ella desconocía y eso le provocara un gran placer.

—Ya lo verás —contestó después de haberle dado unos instantes para ponerse nerviosa.

Y casi quiso escapar.

Los nervios de Abbie no podían ser un secreto. Ni para él ni para ninguno de los hombres que los rodeaban. La llevó de la mano todo el camino hasta la segunda planta, el lugar en el que se encontraba la oficina con un pequeño archivador y un montón de pantallas, que mostraban las diferentes salas.

Quizá debería haberla guiado en el tour que había rechazado la noche anterior, ahora que todo estaba limpio y solitario, pero había pensado que verlo todo a través de un simple monitor, le haría las cosas

más fáciles. Al menos en ese primer contacto.

Sabía que la sala impresionaba, él mismo se había sentido impactado la primera vez que había entrado allí. Su hermano sabía muy bien cómo hacer las cosas y antes de pensar en abrir el local al público, se había ocupado de que el lugar fuera de verdad seguro.

Cámaras de última generación, guardias (tanto hombres como mujeres, que a

menudo participaban en los shows y mantenían un ojo en todos los participantes), hacían que todo fuera bien.

Las pocas veces que había habido alguna incidencia, se había resuelto sin complicaciones, vetando la entrada al cliente en cuestión o dando una amable advertencia.

Todos allí dentro tenían que conocer y respetar el reglamento, todos estaban sujetos a esa serie de normas, basadas sobre todo en el respeto mutuo y la diversión sin complicaciones.

Había parejas y solteros, incluso grupos *poliamorosos* en ocasiones. En algunos casos se empleaba el uso de antifaces u otros complementos, como plumas o esposas y también un código de colores.

La zona temática estaba restringida a parejas previamente seleccionadas por Gabe o sus trabajadores, siempre con una lista de advertencias clave para poder hacer uso de las mismas. No podía entrar cualquiera y casi todos los habituales habían sido investigados minuciosamente.

La seguridad era clave y en la intimidad, a pesar del avanzado equipo electrónico, siempre era más difícil de valorar.

—Vaya. Parece que acabo de entrar en la NASA —murmuró Abbie observando la sala de máquinas,

como le gustaba llamarla, mientras la instaba a entrar en primer lugar.

—He pensado que es un buen lugar por el que empezar. Podrás familiarizarte con las distintas salas.

A través de las pantallas no resulta tan intimidante.

—¿A ti te intimida? —preguntó girándose y mirándole directamente.

—No.

—Puedo soportar un poco de cuero rojo, si es necesario —dijo ella con un tono algo molesto.

Esa mañana parecía un poco diferente, más fresca y segura. Como si el hecho de entrar en su piel profesional, hubiera cambiado las cosas. Y quizá así era. No se comportaba como una cliente potencial, sino como una investigadora que se empapaba de todos los detalles.

Le gustó esa parte de su personalidad, había inteligencia en sus ojos unida a una gran decisión. Quizá pretendía demostrar algo, suponía que ni siquiera a él, sino a sí misma.

No tenía nada que ver con la mujer asustadiza a la que no le apetecía conocer. Esta vez quería estar muy cerca de ella, descubrirla. Había más en Abbie de lo que él había previsto la primera vez.

Incluso con aquella intensa atracción que había surgido momentánea y transitoriamente en la recatada terraza.

—Quiero que veas el sistema de seguridad y las fichas de los empleados, después te mostraré el lugar.

—¿Por qué tantas cámaras? —preguntó observando las pantallas. No había nadie en las diversas

salas, a excepción del equipo mínimo que se encargaba de verificar que todo estaba listo para la siguiente apertura.

—Mi hermano quiere mantener un ojo en todo lo que pasa en el club. Siempre hay algún encargado en la sala, custodiando que los shows y los intercambios entre interesados se hagan con seguridad, pero también es cierto que no pueden ocuparse personalmente de cada uno de los invitados, por lo que este equipo emite una alerta en caso de que se produzca algún altercado específico.

—Le hizo un gesto para que tomara asiento justo tras el teclado y se movió cerca de ella para tocar un par de teclas y mostrar una serie de puntos verdes y secuencias sonoras, que aparecieron en la pantalla—. Hay un sistema de reconocimiento de palabras, tonos de voz y acciones. No me preguntes cómo, porque soy ateo en lo que a nuevas tecnologías se refiere, pero gracias a esa capacidad, mi hermano y su equipo de seguridad reciben un aviso en el móvil y pueden ocuparse de resolver la incidencia, si la hay. A veces han tenido falsas alarmas, pero es mejor prevenir que curar.

—¿Alguna vez el sistema ha dejado pasar alguna situación violenta de la que tengáis evidencia por otros medios? —Abbie observaba los puntos y las imágenes que aparecían en la pantalla, pero cuando habló lo miró directamente.

Estaba en desventaja frente a él, justo debajo, pero por un instante se quedó atrapado en aquellos ojos que tan comunes le habían parecido y que ahora descubría como fascinantes. Como un cielo estrellado lleno de secretos.

Carraspeó y fijó su atención de nuevo en el equipo. Necesitaba concentrarse en lo que tenían entre manos. No podía permitirse distracciones, por su hermano y por Brenda, a quien algún desarrapado tenía retenida en alguna parte, haciéndole solo Dios sabía qué.

—El sistema siempre ha dado la alerta, al menos hasta donde tenemos constancia —aseguró—. No

se han producido fallas. Además, uno de los empleados es ingeniero informático, muy bueno, actualiza y mejora con cada actualización el equipo y su programación. Facilitando que tengamos todo el control posible.

—¿Tenéis cámaras de vigilancia en el exterior?

—Solo una en la puerta principal y no ha captado nada específico que podamos relacionar con el caso.

Abbie se quedó pensativa, como si estuviera tomando nota mental de cada una de sus palabras. Quizá analizando cada pequeño fragmento de su discurso.

—Vamos a revisar los historiales de los empleados y contrastaremos la información que obtengamos con la base de datos de la policía. Es posible que la información no sea determinante, en cualquier caso, pero nos puede dar alguna pista. Ya veremos.

—Pensaba que no querías compartir información sobre el caso.

Abbie lo miró, negando.

—No es información sobre el caso, es información sobre tus empleados.

—Los de mi hermano, yo no me dedico a esto.

La mujer asintió.

—Lo sé. A eso me refería. Lo que quiero decir es que necesitamos descartar posibles amenazas y aunque los antecedentes solo nos pueden dar una pista, quizá nos indiquen el camino. Es la primera parada de nuestra investigación.

Daniel se acercó al archivador para sacar una carpeta. Seleccionó el dossier de Rod y lo puso delante de ella.

—Mi hermano se ha asegurado de que podamos descartar a este hombre. Es su mejor amigo y confidente, estaba entretenido en el club en las horas en las que las dos mujeres fueron atacadas y su vida es transparente. Quiero que empecemos con él, le prometí incluirlo en la investigación y creo que podemos confiar en que sea un aliado y participante del equipo.

—Primero haré algunas investigaciones por mi cuenta y te daré una respuesta.

—Creo que sería buena idea que lo conocieras. Está aquí, esperando a que te familiarices con el sistema y con el club para poder verte.

Se preguntó qué pensaría cuando descubriera exactamente la función del hombre en el club y, sobre todo, después de saber que había pasado la noche con su amiga Morie. Decidió no comentárselo de momento, quería darle la oportunidad de conocerlo, antes de que se creara un juicio preconcebido sobre él.

—Me parece una buena idea. A veces un contacto personal es más revelador que un puñado de información reflejada en un papel. —Se levantó con cuidado de no arrollarle al apartar la silla y sonrió

—. Vamos, creo que estoy lista para sumergirme en el lado perverso de la vida.

—¿Acaso va a probar los servicios, señora?

—Señorita y no, no planeo probar los servicios, pero sí ver. Creo que puede

ayudarme a crear una escena más realista.

Salió con ella hacia el pasillo y la guio hasta la zona de recreo de los empleados. Roderick estaba sentado tomando un café, pensativo y con una expresión oscura invadiendo su rostro. Supuso que estaría pensando en Gabe y en lo que le había pasado a Brenda. Si alguien sabía y entendía la posición de su hermano respecto a la mujer, ese era el hombre que se había convertido en un apéndice constante de Gabriel. Lo sabían todo el uno del otro, se entendían, compartían cosas que él no podía comprender y sufrían unidos.

A veces había llegado a sentir celos de la relación entre los dos, aunque sabía que no tenía derecho a hacerlo.

—Pasa, no seas tímida —la instó.

Roderick levantó la mirada y forzó una sonrisa que no se extendió a sus ojos.

—¿Vamos a empezar con la investigación?

—Antes quiero que conozcas a Abbie Morrison. Trabaja para el departamento de policía y vamos a

trabajar en estrecha colaboración con ella. Nadie debe saber quién es y qué hace aquí.

Roderick asintió, se levantó y le ofreció la mano, dándole su nombre y la bienvenida, después se dirigió de nuevo a él.

—¿Y qué le vamos a decir a la gente cuando pregunte? Porque lo harán. ¿Vas a hacerla pasar por tu chica, quizá?

—Todavía no lo hemos decidido.

A pesar de que Abbie estaba a su lado y no frente a él, se dio cuenta del instante en que enrojeció hasta las raíces del pelo. Le daba un aspecto entrañable y casi inocente.

Rod lo detectó también y sonrió. Conocía muy bien a las mujeres y no le habría resultado complicado deducir que Abbie Morrison era una puritana,

que probablemente hasta temía pronunciar la palabra sexo y utilizaría algún eufemismo del tipo «cositas». ¿Qué sentiría él si una mujer atractiva, a la que quería llevarse a la cama, le decía en el momento álgido de la pasión: «hazme cositas»?

Casi se atragantó con la risa, porque podía imaginar la escena perfectamente.

Rod arqueó una ceja, aunque no dijo nada, sino que salvó el momento atrayendo a la mujer a la mesa y preparándole una taza de café.

Abbie le dirigió una mirada asesina, pero tampoco pronunció una palabra en su dirección.

—Entonces, señor Roderick, ¿cuánto tiempo lleva trabajando en el club?

—Nada de señor, cariño. Eso lo reservo para otros momentos —le guiñó un ojo y tomó asiento no frente a ella, sino a su lado. Tan cerca que se rozaban, causándole cierta incomodidad.

A él le provocó una extraña molestia a la que se obligó a no dar importancia y mucho menos algún fatídico nombre. No iba a pensar que estaba celoso, porque no, no había manera en el mundo en el que lo estuviera.

—¿Para qué tipo de momentos?

Los ojos del otro hombre brillaron con travesura y la sonrisa lobuna que se dibujo en su rostro, despertó la alerta suficiente en Daniel para intervenir antes de que soltara algún comentario que ofendiera a su única intermediaria con la policía.

—No quieres saberlo, Abbie.

—Te equivocas, Daniel, sí que quiero. Es más, necesito saberlo —lo ignoró, la tensión reflejada en todo su cuerpo—. ¿Y bien?

—Soy... ¿cómo decirlo suavemente? Uno de los activos de Gabe en el club.

—¿Un guardia de seguridad? —preguntó con cierto aire de confusión.

—No, cariño. Soy uno de los amos, participo en el show. En diferentes shows. En ese contexto, es obligado por norma del club que las mujeres con las que interactuamos se dirijan a nosotros como «amo»

o «señor».

—Co-cómo am-o —tartamudeó aturdida.

—Es solo un juego, pequeña. No tienes que ponerte nerviosa por nada de eso.

—La trató con una

delicadeza inusitada en un hombre con su aspecto e inclinaciones. Incluso Daniel se mostró sorprendido ante su reacción.

Rod tocó su mano con cuidado y le sonrió mostrándole una confianza que nunca le hubiera dirigido a él.

—Lo siento, es que no estoy acostumbrada a este tipo de cosas, pero soy una profesional y me disculpo si mi actitud le ha disgustado.

—Tutéame y por favor, no lo hagas. Cada quién tiene derecho a reaccionar en función de sus emociones. Especialmente entre estas cuatro paredes. Nosotros creemos en la sinceridad y en decir un no a tiempo, así que nunca, jamás, te avergüences o arrepientas de haber mostrado tu incomodidad en cualquiera de los temas o situaciones que se muestren aquí.

Roderick atrapó la atención de Abbie. La mujer parecía casi hipnotizada, hecho que se clavó como un puñal en sus tripas. Carraspeó e interrumpió el momento.

—Quizá estaría bien que la guiáramos por el club y le presentemos al resto de empleados presentes.

Puede que ayude a que podamos situarnos todos en el entorno y tener un punto de partida.

—Sabes que no tenemos ningún problema con mostrar las instalaciones a nadie y menos a Abbie.

Sobre todo ahora que vas a formar parte del equipo. No te preocupes, te caerán todos muy bien y el ambiente es bastante acogedor. Incluso para los que desconocen este mundo.

—Gracias. ¿Hay mucho personal a estas horas habitualmente o es algo ocasional, debido a lo que ha pasado?

Al parecer no dejaba de lado su trabajo ni siquiera sintiéndose incómoda. Otra cosa que le gustaba de ella. Quizá se trataba de que quería acabar lo más pronto posible para largarse de allí con viento fresco o quizá Roderick había logrado engancharla con su discurso y suaves maneras.

Si antes no le gustaba especialmente el hombre, ahora sentía que la acritud respecto a él crecía a pasos agigantados.

—Hemos decidido mantener las rutinas, al menos por el momento. La única excepción es la ausencia de Gabe, me ha avisado de que esta noche va a quedarse en casa, por si recibiera algún tipo de aviso o llamada de los cabrones que se han llevado a Brenda. Yo voy a ocuparme de las comunicaciones aquí y dejaremos que otra pareja nos sustituya en la mazmorra esta noche.

Daniel vio el momento en que ella se quedó pálida, así que posó una mano en su hombro y susurró en su oído.

—Tranquila, no dejaremos que nada te suceda. Estás a salvo.

Roderick sonrió.

—De momento vamos a decir que eres la chica de Dan, si estás de acuerdo. Eso evitará preguntas incómodas.

—Es lo mejor —aceptó el aludido—. Sé que no lo habíamos hablado, pero creo que podría interesarte mantenerte en un segundo plano. Todos aquí saben que yo no me involucro en el club, más allá

de tomar una copa o echar una mano a mi hermano con la seguridad. Pensarán que estás aquí para hacerme compañía y nada más.

Rod la miró y sacó una pulsera blanca de cuero que le colocó en la muñeca, la abrochó con rapidez y explicó.

—Ahora está cerrado, pero abierto o no, cualquiera de los clientes habituales o trabajadores del club, sabrán que no te pueden tocar o invitar a participar en cualquiera de nuestras actividades, sin haber mostrado un interés explícito y solicitado de forma verbal a uno de los responsables de la sala por tu parte.
—Acarició su mejilla con el dorso de su dedo índice y susurró—: No te la quites.

Abbie asintió, pero el temblor de sus manos no logró pasar desapercibido ante la intensa y escrutadora mirada de Daniel, que le frotó la espalda casi sin darse cuenta, tratando de animarla.

Estaba allí tan fuera de lugar que tenía la necesidad de tomarla entre sus brazos y protegerla de todo ese mundo grande y malo. Como si fuera algún tipo de supermán.

Sacó esa idea de su cabeza. No estaba allí para enamorarse o para iniciar una relación sentimental de cualquier tipo. Lo único que quería era acabar con los problemas de su hermano, encontrar a su amiga y cerrar un caso que tenía la facultad de perturbar todo su mundo tal y como lo conocía.

Y si realmente había alguien ahí arriba, velando por él, entonces no permitiría que cayera en las garras de una relación que estaba más que destinada al fracaso.

No solo no eran compatibles, sino que eran polos opuestos y no estaba dispuesto a comprobar si era cierto el dicho y se atraían o no.

Abbie y él seguirían caminos diferentes cuando todo aquello acabara y no había que decir ni una cosa más.

CAPÍTULO 10

Abbie no sabía cómo había sido capaz de mantener el tipo desde que había entrado en el *Pleasure's* esa misma mañana. Incluso antes. Ver a Daniel había supuesto un duro golpe para su libido. La asustaba, sí, pero la excitaba de

mala manera y llegar a ese lugar que existía por y para el placer, hacía que su mente se llenara de imágenes traviesas de ellos dos juntos.

Y más que traviesas.

Cuando lo siguió a la sala de vigilancia, respiró con calma durante diez minutos, hasta que percibió ligeramente los ambientes que mostraban las diversas instancias mostradas en las pantallas. Entonces empezó a pensar en los modos en los que se relacionaba la gente allí. Alcanzó a ver una especie de cruz en la pared, algunos ganchos y hasta un potro de tortura. Eso le pareció a ella, al menos.

Trató de mostrarse profesional todo el tiempo, pero aún así le temblaban las piernas, hecho que trató de disimular tras una máscara de fría profesionalidad.

No estaba allí para juzgar, sino para comprender el comportamiento de los clientes y empleados del club, así como para hacerse una imagen mental de posibles situaciones que hubieran llevado a un loco no solo a maltratar y abusar de dos mujeres, sino a secuestrar a alguien cercano al dueño del local. Tenía que haber algo personal en todo aquello y para dar con la conexión, necesitaba aprender más de ellos.

Quizá incluso contemplar en primera persona uno de sus espectáculos, que Dios la ayudara.

No se veía capaz, pero aún así, era consciente de que no podía evitarlo. Su trabajo era más importante que sus temores o restricciones mentales y físicas, había vidas en peligro allí, así que no quedaba otra que hacer de tripas corazón y portarse como una chica mayor.

Cuando Roderick, el mejor amigo del principal sospechoso del caso, habló de amos y mazmorras, su corazón se aceleró a mil por hora. Hasta llegó a preguntarse si sus dos acompañantes no estarían escuchando los fuertes latidos.

Afortunadamente, no era carne de infarto. De haberlo sido, no habría salido viva de esa confrontación.

Y no era que el hombre no fuera atractivo, incluso dulce, pero era evidente que tenía ciertas tendencias sexuales que no solo la habrían hecho sonrojar en el mejor de los casos, sino salir corriendo y sin mirar atrás.

Ahora, los seguía en silencio. Roderick explicaba tranquilamente qué podían encontrar en las diversas salas y qué tipo de espectáculo se representaba. Nunca habría pensado en la actividad sexual como un show, especialmente desde que sabía por propia experiencia, que no era para tanto, pero podía ver la excitación bajo las palabras de su guía.

No se atrevió a mirar su entrepierna, pero parecía ansioso por retomar el trabajo, incluso a pesar de que ya había comentado que iba a tomarse un descanso por esa noche.

¿Qué podría ser tan bueno para que hombres y mujeres por igual, se aventuraran en aquel mundo, que parecía una realidad totalmente diferente, para dejarse llevar por placeres prohibidos?

—En muchas de las representaciones, por no decir que en un noventa por ciento de ellas, nuestros participantes y espectadores llevan máscaras, para proteger su identidad —comentó Rod, mirándola con un brillo especial en los ojos—. Algunos de nuestros visitantes tienen curiosidad por presenciar una sesión en la mazmorra, pero no participar activamente. Llámalo voyeurismo o morbo, lo cierto es que tiene mucho éxito en sus dos modalidades.

Abbie sabía que estaba a punto de descubrir en vivo y en directo aquel lugar de tortura. Podía imaginar las celdas, frías y oscuras, con látigos por doquier y seguramente algún loco con una máscara como si de un verdugo se tratara.

Se frotó los brazos, sintiéndose repentinamente fría. Era una tonta, una tonta reprimida que tenía miedo de todo lo que tenía que ver con aquel ambiente sexual y daría cualquier cosa para poder estar en cualquier otro lugar, a un millón de kilómetros de distancia.

Sin embargo, unos decididos brazos la arroparon repentinamente. Esperaba ver a Rod, pero entonces recordó que Daniel seguía allí, probablemente atento a cada una de sus reacciones. Se preguntó si se había puesto en ridículo, incluso si los temblores que sentía por dentro, eran perceptibles, pero se negó

a darle forma a ese pensamiento. No lo necesitaba en ese momento.

—Tranquila. No tienes que entrar si no quieres, Abbie.

—Tengo que hacerlo. Me ayudará a sacar conclusiones, el desconocimiento en un caso de este tipo nunca es una opción.

La fuerte mano apretó sus dedos en un tierno toque lleno de seguridad.

—Deja que sea tu pilar, sin miedo.

—No te tengo miedo.

Dan sonrió e hizo un gesto en dirección a la puerta.

—No de mí, de esto. Abre los ojos y mira, no es tan malo.

Roderick esperaba paciente para abrir la puerta. Era una puerta normal, no había nada que indicara a simple vista lo que iban a encontrar al otro lado.

Tomó una inspiración profunda y asintió.

—Estoy lista.

Cuando el lugar apareció ante su vista, el aire que había contenido abandonó sus pulmones de golpe y casi soltó una carcajada. Tonta asustadiza, no era para tanto. Era mucho peor lo que ella había imaginado, tras un rápido avistamiento a través de la cámara, que lo que en realidad había en el lugar.

Un delicioso aroma a lavanda fresca llenó sus sentidos, las gruesas cortinas que decoraban en rojo y negro diversas zonas de la pared de piedra, daban al lugar cierto tono acogedor, que te hacía sentir casi

en paz.

Sí, alguno de los instrumentos distribuidos en las distintas zonas imponían, tal cual había imaginado, pero un divertido trono, al estilo de algún líder vampírico, la hacía recordar una serie que había visto hacía mucho tiempo. *True Blood*, recordaba haber estado enganchada a ella, a pesar de que en

ciertas ocasiones había llegado a ser bastante impactante.

—Solo falta Eric Northman —murmuró para sí.

Daniel la miró como si se hubiera vuelto loca, pero Rod pareció entender la referencia.

—¿Una amante de los vampiros?

—De las series de televisión en general.

—Aquí no tenemos vampiros... de momento. Aunque en Halloween hemos llegado a representar alguna escena que podría haberte gustado.

—¿Con látigos y cadenas?

—No necesariamente. No todo lo que se hace aquí implica esos dos elementos que nombras, aunque puedas pensarlo.

Sabía que estaba pecando de mantener sus ideas preconcebidas y precisamente si estaba allí, era para hacer lo contrario. Para comprender su mundo a través de los ojos de un habitual.

—Ilústrame. Quiero comprender.

—No es tanto el hecho de sentir o procurar dolor, en realidad, es más sobre la dominación y el sometimiento. Nunca se pasan los límites de los sumisos o sumisas. Un amo o ama, porque también hay mujeres que disfrutan dominando, siempre va a velar por el bienestar y la satisfacción de aquellos que están bajo su cuidado.

Era una manera extraña de decirlo, como si se tratara de una relación respetuosa e incluso cariñosa.

Cuidado significaba que te preocupabas por el otro, no solo por tu propio placer. ¿Realmente podía llegar a creer en sus palabras? Ella no lo veía así, le parecía que se trataba de una humillación tras otra, de hacer sentir mal a aquel que confiaba lo suficiente en ti como para darte ese tipo de poder.

Sabía que nunca podría someterse a alguien, no de esa manera.

Su subconsciente le recordó su última relación y se preguntó si no había sido un poco así. Nunca había encontrado la satisfacción y había llegado a sentirse sucia y utilizada. Cada vez había alargado más los encuentros con su ex, hasta que un día, simplemente, él había dejado de llamarla.

Tampoco había perdido gran cosa. No había habido una emoción sincera entre los dos y la atracción sexual brillaba por su ausencia.

Sabía que él la había culpado, había llegado a decirle que se aguantara y abriera las piernas. Que ya se correría más tarde y para ella había sido un atentado contra todo lo que creía, pero sobre todo, contra su amor propio.

Perdida y sin saber qué hacer, había decidido que no merecía la pena implicarse de nuevo con cualquier tipo de hombre, más allá de los protagonistas de sus series favoritas.

Ni siquiera sentía una atracción abierta hacia el actor en cuestión, se trataba de personalidad, sobre todo.

—Me cuesta verlo de la manera en que tu lo ves —confesó.

—¿Alguna vez has estado presente en una representación de este tipo o has leído sobre ello?

—Lo he intentado, pero me pone los pelos de punta.

—Esta noche Ania y Raphael van a ocupar el liderazgo de la mazmorra. ¿Te gustaría presenciarlo?

Quizá te ayude a comprenderlo mejor, que tan solo con mis explicaciones.

—No sé...

—Estaré contigo —dijo entonces Daniel—. No nos quedaremos hasta el final si no puedes soportarlo. Si crees que puede ayudar, sería una irresponsabilidad por nuestra parte no intentarlo, ¿no crees?

—Sí, por supuesto que lo sería. Lo que pasa es que yo... —Se mordió el labio nerviosa al tiempo que, sin darse cuenta, se clavaba las uñas en la palma de la mano. —La verdad es que me cuesta mucho estar con la gente, no soy precisamente una mujer social.

—Nadie va a molestarte —aseguró Rod, tocando la pulsera que le había puesto en la muñeca—. Esto te mantendrá segura. No van a relacionarse contigo de ninguna manera en la que no les permitas hacerlo, además Daniel va a estar a tu lado y, si necesitas ayuda, solo tienes que acudir al responsable de sala.

—¿Hay normas, verdad?

—Las hay, pero no te preocupes por eso ahora.

—¿Por qué hay que llevar una pulsera? No lo entiendo.

El hombre sonrió y se explicó.

—Cuando nuestros clientes se inscriben en el *Pleasure's* reciben un cuestionario con una batería de preguntas. Deben contestar a qué prácticas están dispuestos a someterse y a cuáles no. Como no podemos llevar un registro minucioso y recordar qué gusta y qué no a cada persona que pisa el club, creamos un código de pulseras de colores, entre otras cosas. Blanco es para los observadores que no participan de forma activa ni en la mazmorra ni en ninguna de nuestras salas alternativas.

—¿De qué color es la pulsera de aquellos que participan?

—Depende del grado de implicación y aceptación de las diferentes premisas. Por ejemplo, un visitante ocasional al que solo le interese un poco de sexo público, quizá con dos o tres participantes al mismo tiempo y un rango mínimo de sumisión, llevaría una pulsera naranja. Todos los participantes conocerían sus límites y, además, antes de iniciar la escena, se pactaría qué sí y qué no puede incluirse en el show. Siempre dentro del rango que le ha sido asignado desde el principio. El naranja tiene una serie de premisas muy concretas, el participante tendrá que acordar cuáles acepta y cuáles no y siempre, en caso de que quiera detener la escena, tendrá a su disposición una palabra de

seguridad, previamente acordada en la sala. También habrá una segunda palabra de seguridad, a la que atenderá directamente el responsable de sala, en caso de que los implicados no interrumpan ciertas conductas no aceptadas por

nuestro cliente.

—¿Suele pasar? ¿Que se propasen?

—Raras veces. Todo el mundo conoce la norma prima aquí: sentir placer. Todos están implicados en el buen funcionamiento del club y saben que transgredir el reglamento es una expulsión inmediata.

—¿Tienes una lista de los clientes que fueron expulsados?

Rod la miró y asintió.

—Por supuesto, llevamos un registro minucioso. Identificación y conducta censurada. A Gabe le gusta tener todo atado y bien organizado, para evitar que en el futuro puedan intentar acceder de nuevo.

Aquí no hay una advertencia previa. Te propasas y estás fuera, no vamos a permitir ningún tipo de acoso o agresión intencionada.

—¿No es causar dolor a otra persona una agresión? —preguntó Abbie, no quería atacarlo sino establecer una pauta.

—No cuando ha sido previamente acordado. Y nosotros tenemos nuestros límites. En el club no se permite la sangre. Si golpeas tan duro a alguien como para herirlo hasta ese nivel, estás fuera. Tampoco toleramos la asfixia, porque puede irse rápidamente de las manos y causar heridos de gravedad.

—Sé que voy a odiarme por preguntar esto dentro de diez minutos, pero necesito saberlo para crear mi escena del crimen. ¿De qué tipo de dolor estamos hablando? ¿Qué permite el *Pleasure's*?

Rod se pasó la lengua por los labios, estaba apoyado de forma casual sobre una de las paredes y la miraba tranquilo. Sabía que solo estaba organizando sus ideas, para explicárselo de una manera que pudiera llegar a comprender.

—Te voy a poner un ejemplo. Tenemos un cliente al que le gusta ser azotado por nuestra ama estrella. Ella ni siquiera usa un látigo o una fusta, lo hace con la palma de la mano abierta. ¿Le causa dolor? Sí, pero solo lo suficiente como para que él disfrute de la dominación. No sobrepasa ningún límite, ni lo lleva a un extremo salvaje de dolor. Es una especie de regalo que el sumiso realiza a su ama y a la vez que esta le hace. Es un modo de interacción placentera entre ellos dos, que les complace.

Abbie no podía imaginar cómo podía gustarle a alguien que le dieran azotes en el trasero. Se preguntó si no sería algún tipo de actitud de gente que se encontraba sola y necesitaba sentir que alguien se preocupaba tanto por él como para aleccionarlo cual niño rebelde. ¿Podía ser eso? ¿O podía haber algo más?

—¿No crees que sea una necesidad oscura? Como un asesino que tortura a su víctima, antes de acabar con ella. Solo el placer de causar dolor.

Rod negó.

—No se trata del placer de causar dolor, se trata del placer que genera ver cómo otro disfruta de la acción. Incluso si eso te convierte en alguien que da lecciones.

Daniel estaba en un segundo plano. No había intervenido en la conversación, pero sentía sus ojos clavados en la espalda. ¿Qué pensaría él de todo esto? ¿Estaría dentro del juego o no? ¿Y por qué le

importaba? Lo cierto era que no era relevante para el caso. Su jefe le había dicho que estaba fuera de toda sospecha y que se concentrara en ofrecer su ayuda y trabajar con él.

Si Jim creía en él, ¿quién era ella para juzgarlo?

—Creo que empiezo a entenderlo, más o menos —contestó a Rod—. Gracias por responder mis preguntas, aunque hayan sido un poco incómodas para ti.

Su interlocutor sonrió, se irguió y negó.

—No hay nada incómodo, cielo. Pregunta todo lo que necesites. —Su gesto se tornó serio cuando añadió—. Queremos coger a ese tipo y recuperar a Brenda. Ella es nuestra prioridad ahora, ni siquiera el club.

—Lo sé. Por eso estamos aquí y vamos a encontrarla.

—Queda la zona-dormitorio. La llamamos así porque es un conjunto de habitaciones temáticas en las que algunos seleccionados pueden quedarse a pasar la noche. —El móvil de Rod sonó, respondió y los miró—: un minuto —pidió educadamente y se retiró, saliendo al pasillo.

Daniel la miró entonces, ella procuró ignorar algunos aparatos que tenían la facultad de ponerla nerviosa.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu opinión hasta el momento?

—Sabía que habías permanecido en silencio por algo... —empezó. Él le había dado tiempo para acostumbrarse al lugar, para comprender su funcionamiento y descubrir cómo estaba estructurado y cómo funcionaba todo allí.

—Me declaro culpable, agente.

—No soy específicamente un agente, en realidad.

—Lo eres. Incluso si no vas vestida de uniforme y conduciendo un coche patrulla.

Vio la sinceridad de sus palabras en sus ojos y eso la tranquilizó más que cualquier otra cosa. Se alegró de que no fuera del estilo de Jackson, que seguía empeñado en llamarla secretaria.

Nada más lejos de la realidad.

—Todavía no puedo hacer una presuposición sobre el caso, no conozco a todos los empleados y tampoco he presenciado una de estas... escenas, como dice Roderick, pero si sus palabras son ciertas, yo apostaría por algún cliente poco satisfecho. Es pura especulación, también podría ser un trabajador descontento o incluso alguien vinculado a alguno de los trabajadores o clientes habituales, que no comparta su afición.

—¿De verdad crees que un familiar de un cliente es una posibilidad?

—¿Por qué no? Entiendo la manera en que Roderick lo ve y puedo llegar a aceptar que tú, que estás de alguna manera vinculado al *Pleasure's* puedas verlo del mismo modo, pero ten en cuenta que para personas ajenas puede sonar un poco peligroso. Quizá incluso a que alguien ha lavado el cerebro a la persona en cuestión. Piensa en un padre que descubre que su hija es sumisa y que viene los viernes por la noche para dejar que tres o cuatro hombres tengan relaciones sexuales con ella, la azoten o la sometan de

cualquier manera. ¿Qué harías?

—No tengo hijos, así que no estoy seguro de cómo actuaría.

—¿Crees que te gustaría que ella viniera? ¿Crees que pensarías que lo está haciendo por propia iniciativa?

Rod interrumpió en ese momento.

—Solo aceptamos a mayores de veintiún años —explicó, mirándola pensativo. Había una sombra reflejada en sus ojos—, pero maldito sea si no entiendo tu punto. Voy a revisar nuestro registro y trataré de hacer una posible selección para ti.

—Gracias.

Daniel asintió.

—Supongo que entra dentro de las posibilidades.

—Nuestro trabajo ahora es ver el panorama completo, no de forma parcial. Probablemente podremos descartar a un grupo para cuando termine el día, pero no quiero hacerlo hasta estar completamente segura de ello. Nos jugamos mucho aquí.

—Así es —aceptó Daniel y miró nuevamente a su guía—. ¿Seguimos con la visita?

—Lo siento, pero tengo que ocuparme de un imprevisto. —Se dirigió entonces a Abbie—. Alguien

ha lanzado algunas piedras contra los cristales del segundo piso y tengo que ponerme en contacto con el cristalero para repararlo antes de esta noche o tendremos que clausurar la zona spa, es una de las más solicitadas, así que realmente necesito ocuparme de esto —miró a Daniel entonces—. ¿Por qué no le enseñas la zona temática? La conoces tan bien como yo.

Les guiñó un ojo y tras darle una palmadita cariñosa en el brazo, salió a toda prisa.

Abbie miró a Daniel y sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Quedarse a solas con él, en un lugar con tanta sensualidad en el ambiente era probablemente el error más grande de su vida, pero no tenía opción.

Y lo cierto es que se moría de ganas de disfrutar de un rato de intimidad, de ver cómo se desenvolvía y cómo afrontaba la tarea que le habían encomendando.

—Vamos, Abbie, sígueme. Voy a mostrarte mi parte favorita del *Placer*.

Y con la intención impuesta en el tono empleado en pronunciar la palabra, supo que estaba haciendo referencia a algo más que al nombre del club.

Y una parte de ella no podía esperar para poner a prueba su teoría.

CAPÍTULO 11

Gabe estaba en casa de Brenda. La policía ya había terminado de fotografiar la escena del crimen y recoger pruebas, así que le habían dado permiso para reorganizar los muebles y recoger los cristales rotos. Era una tontería, pero quería que cuando ella volviera a casa, porque volvería, ya que no estaba dispuesto a aceptar ninguna otra cosa, encontrara su hogar confortable y no como un escenario que le recordara los horrores por los que había pasado.

Había estado muchas veces allí. Había pasado tardes de domingo tumbado en el sofá, dándole masajes en los pies y riendo de las cosas más absurdas que a

cualquiera se le podrían ocurrir. Se habían hecho confesiones de todo tipo, habían hablado de sus ex-parejas y de lo que esperaban de una futura relación.

Brenda incluso le había hablado de sexo, aunque él hubiera permanecido callado. Sabía que era del tipo vainilla y eso estaba bien, porque no planeaba cruzar nunca jamás esa línea con ella. Sin embargo, no se había atrevido a hablarle sobre sus gustos de dominación.

Y quizá debió haberlo hecho. ¿Qué clase de amigo confiaba parcialmente en la mujer que era casi todo para él? Se sentía terriblemente culpable, especialmente ahora que había sido arrastrada a su mundo de la peor manera posible.

Cuando su móvil sonó, avisándole de que tenía un correo entrante, estuvo a punto de no mirar.

Después recordó que podrían ser los secuestradores, haciendo alguna petición.

Les daría incluso su vida, si la ponían en libertad. Si la dejaban volver a casa a salvo. Se intercambiaría con ella sin pensarlo.

La quería tanto que le dolía saber que estaba en algún lugar asustada y herida. Perdida y quién sabe qué más.

Sus dedos temblorosos tocaron la tecla que encendía la pantalla, apenas podía moverse con la habilidad suficiente para desbloquearla mientras observaba la desconocida dirección del remitente.

Cerró los ojos y tomó aire tratando de infundarse un valor que no sentía. No quería ver lo que mostraría la pequeña pantalla, pero tenía que hacerlo.

Las palabras se grabaron a fuego en su retina cuando leyó:

«Esto es lo que pasa cuando tocas a una mujer que

no es tuya. Que te devuelven el favor».

A continuación, adjuntado al mensaje, una imagen de Brenda desnuda, con tres hombres sometiéndola.

El móvil resbaló de sus manos y un grito de angustia abandonó su garganta. No podía estar pasando

esto, no a él, menos a ella. ¡No se lo merecía! ¿Por qué el mundo era tan cruel? ¿Por qué existía gente sin escrúpulos? Nunca, desde que se había sumergido en el mundo del BDSM, había causado dolor a una mujer o a un hombre. Nunca había tomado nada que no le hubiera sido entregado libremente.

Y tampoco había permitido que ese tipo de conductas tuvieran lugar en su club.

¿Entonces por qué aquel loco estaba torturando a la luz de su vida de esta cruel manera? Maldito fuera. ¡Ella no tenía nada que ver con su mundo! ¡Nada!

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, mientras sus dedos se aferraron a su pelo, ansioso por sentir algún dolor. Una mínima parte de lo que su amiga estaría sintiendo.

»Lo siento tanto, Brenda —dijo con la voz rota a la vacía habitación. Se sentía destrozado, perdido en la abrumadora y negra oscuridad, que se esforzaba en reclamarlo—. Todo es culpa mía. Todo.

Si hubiera sido un hombre más inteligente, nunca se habría acercado a ella en primer lugar. No habría bebido de su luz como un hombre sediento en el desierto.

Había sido egoísta, tomando todo y dando muy poco a cambio. Sin embargo, la culpabilidad de hoy no iba a cambiar los hechos del pasado, tampoco el presente o el futuro. Tenía que hacer frente a esta situación y conseguir resolver las cosas. Encontrar la manera de llegar a su chica, la única mujer de su vida que se había colado profundo en su corazón y se negaba a abandonarlo.

Tocó el móvil casi con temor, pero no tenía opción. Tenía que llamar a Dan y a la policía. Avisar de que había nuevas noticias, por más que odiara que un montón de desconocidos vieran el momento más terrible de la vida de Brenda.

No se merecía ser el centro de ese espectáculo siniestro. La necesitaba tanto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Daniel al otro lado de la línea. Su tono de voz era serio, a pesar de que parecía tranquilo. No entendía cómo podía abstraerse de sus emociones tan fácilmente, mientras él era poco más que un trapo arrugado, que no era capaz de sobreponerse a lo que estaba pasando.

—He recibido un correo electrónico con... —tragó saliva, su voz simplemente se había desvanecido, como si no tuviera fuerza suficiente para salir de su garganta. Y quizá no la tenía.

—¿Con...? —inquirió su hermano, animándole con su tono a continuar.

—Una imagen. Una foto de Brenda con tres hombres que... —Cerró los ojos y procuró darse ánimos.

Si ella podía soportarlo, entonces él debería ser capaz de pronunciarlo en voz alta—. Tres hombres abusando de ella, Dan. No puedo quedarme quieto sin hacer nada, tengo que encontrarla.

—Al menos está viva, concéntrate en eso.

—¿Y de qué manera? No la conoces como yo, esto la destrozará y yo soy el culpable.

—Envíame el correo y remíteselo también a Jim, voy a ponerme en contacto contigo tan pronto como tenga alguna novedad. Estamos haciendo avances aquí, Abbie tiene tres líneas posibles de investigación, pero rápidamente vamos descartando candidatos. Para esta noche estaremos un poco más cerca de la verdad.

—¿Y si para entonces es demasiado tarde? —susurró con el dolor filtrándose de cada sílaba

pronunciada—. ¿Y si esta vez van demasiado lejos y Brenda no lo consigue?

—No puedes dejarte llevar por la desesperación. Todavía estamos a tiempo de salvarla y lo haremos. Confía en la policía y, sobre todo, confía en mí. No dejaré que muera.

En todos los años en los que llevaban juntos desde la muerte de sus padres,

Daniel nunca había fallado en cumplir una promesa. Sin embargo, no era idiota y esta vez la resolución no tenía que ver con su capacidad para mantener su palabra, sino con el dolor y la depravación de uno o varios tipos que habían decidido jugar a costa de una mujer inocente.

Y tendrían que pagar por lo que estaban haciendo, no sabía cómo o cuándo, pero pagarían.

Incluso si él mismo tenía que matarlos con sus propias manos.

Brenda quería llorar, pero se había quedado seca; las lágrimas se negaban a acudir en su auxilio. Era como si todas las emociones que había sentido durante las últimas horas, hubieran sido tan intensas que tan solo se habían esfumado, demasiado para su maltratado corazón, convirtiéndola en poco más que un objeto usado y roto.

Ya no se sentía como una persona. El sordo dolor que recorría su cuerpo de cabeza a pies se estaba convirtiendo lentamente en un fiel amigo, su única compañía, la única prueba que garantizaba que seguía respirando, que la vida no se había escapado de entre sus dedos, al menos por el momento.

Los tres hombres habían abusado de ella de maneras en las que no quería ni siquiera pensar. Había recibido golpes, pellizcos, salvajes acometidas que habían desgarrado su misma alma.

Todo había contribuido para hacerle perder la esperanza de ser salvada.

No se trataba de que las promesas vanas del hombre, que había prometido que la dejaría en casa a la noche siguiente, se hicieran realidad, sino de que no estaba segura de que, aún regresando a su hogar, fuera capaz de seguir como si nada. Su vida había acabado repentinamente y ni siquiera había tenido la fortaleza suficiente para luchar contra lo que le estaba sucediendo.

Se había rendido voluntariamente, temerosa de que fueran mucho más lejos, hasta el punto de matarla.

Tenía miedo a morir y maldita fuera, porque ya era una muerta en vida. Su cuerpo dolorido se sentía extraño y su mente encerrada en una conciencia que vagaba perdida, abstraída de la realidad, no era lo suficiente fuerte.

Estaba destinada a la locura, a la más intensa oscuridad, la única capaz de ofrecerle el olvido.

Había soportado los toques, los ultrajes, los videos, las amenazas. Lo había soportado estoicamente, pero sabía que, si ahora se mirara en un espejo, sus ojos estarían tan vacíos que incluso se daría miedo.

Quería gritar, escudarse de alguna manera en esa desesperación, volver a sentir, incluso temor.

Ya no sentía nada. La habían borrado de la existencia.

—¿Has terminado con ella? —preguntó uno de los hombres al líder, siempre enmascarado y con un distorsionador de voz, para ocultar su identidad. Siempre en la sombra, no se implicaba directamente, pero daba las órdenes. Él era el que había fraguado su dolor y, si algún día se liberaba, lo mataría con sus propias manos. Incluso si eso la convertía en una asesina. ¿Qué más le daba? Ya no tenía nada que perder.

—Casi —contestó la voz artificial—. Todavía quiero que sepa cuál es el motivo, quién es el auténtico culpable de que esté aquí.

—No creo que le importe —soltó una tercera voz—. Creo que se ha vuelto loca.

¿Estaría él en lo cierto? ¿Habría perdido la razón? No lo creía. Podía no ser capaz de sentir, pero todavía tenía su cerebro intacto, era lo único que le quedaba.

Un frío racional que le aseguraba que a pesar de no haber luchado mientras la sometían, sería capaz de empuñar un arma y acabar con los responsables de su tortura.

—Creo que ya es suficiente —dijo el primer hombre—. Nunca dijiste que ella

no estaba involucrada en este tipo de actividades. No como las otras. ¡Es una inocente, maldita sea!

—Cierra la puta boca, eres tan culpable como todos los demás. Fuiste el primero en tirártela.

—Nuestro problema es con ese club y con sus fanáticos, no con una chiquilla inocente que no tiene culpa de lo que ese cabrón haga, ¿entiendes? ¡Nunca debiste involucrarla en esto!

La furia se desprendía de su voz, también una onza de arrepentimiento. De los tres que la habían herido, él había sido incluso dulce, a pesar de que había tomado sin invitación todo lo que había querido de ella.

No sabía de quién o de qué hablaban, pero la habían elegido por algo.

—No es inocente del todo —murmuró nuevamente el líder—. Le permitió entrar en su vida, se convirtió en su confidente. ¿Acaso crees que no conoce la doble vida del hombre? No seas ingenuo.

—No tiene por qué hacerlo y lo sabes. Y aunque lo hiciera, no tiene nada que ver con ella. Maldita sea, he comprobado los registros del club y no hay ni una vaga referencia a esa mujer.

¿Qué registros? ¿Qué club? ¿Qué confidente?

Una idea daba vueltas en su mente, pero no conseguía alcanzarla. Estaba demasiado apaleada para que la luz se abriera camino en su intelecto, al menos por ahora. Quizá era mejor escuchar y tratar de averiguar lo posible. Creían que dormía, nada más lejos de la realidad.

Dudaba ser capaz de conciliar el sueño de nuevo. Los demonios se sumergirían en su subconsciente y plagarían su descanso de tenebrosas pesadillas que no estaba dispuesta a tolerar.

—¿Es eso cierto? —preguntó la segunda voz, había sido agresivo y salvaje desde el primer momento, tratándola como basura, ahora había una sombra de duda en su tono—. ¿Ella no es habitual del club?

—Como si eso os hubiera hecho cambiar de opinión. Apenas podías aguantar la polla dentro de tus pantalones en cuanto la viste —espetó el líder sin contemplaciones—. Vete a otro con tus

remordimientos, no creo que estés arrepentido y aunque lo estuvieras, ya no tienes salvación. Si yo caigo, caemos todos. ¿Entendido?

No hubo respuesta, solo algunos gruñidos masculinos que le hicieron preguntarse si no serían más animales que humanos.

—¿Tú también vas a rebelarte?

El tercer acosador, que aún no se había manifestado verbalmente, respondió entonces, su voz vacía de emoción.

—No es mi puto problema. —Se dirigió a los otros dos y espetó—. A lo hecho, pecho. Yo no me arrepiento. Me lo he pasado bien y creo que ha sido un golpe maestro. Independientemente de lo mal que salga ella, a él le afectará y para mí eso basta.

—Sois un par de cabrones sin escrúpulos —dijo el primero de los tres—. Voy a sacarla de aquí, voy a llevarla a su casa y acabaré con esto de una puta vez. Y si alguno de vosotros vuelve a joder conmigo y a mentirme, vamos a tener un problema.

—Si haces eso, acabarás en la cárcel antes de lo que canta un gallo —dijo el líder— y no puedo permitir eso.

—¿Me estás amenazando?

—Una mera advertencia. Hemos estado los cuatro unidos en esto desde el principio. ¿Acaso olvidáis lo que él nos hizo? Debe pagar.

—Sí, debe pagar, pero no así. No a costa de otros. ¿Acaso no lo veis? Estamos haciendo exactamente lo mismo que él. Utilizar a una mujer inocente.

Brenda se atrevió a mirar en la dirección de la que venían las voces y a pesar de que le costó un par de parpadeos adaptarse a la intensa luz, cuando lo logró pudo observar al grupo reunido.

Sus rostros seguían tapados, pero la tensión del hombre que trataba de liberarla, no podía ser fingida.

—Silencio, nuestra invitada ha despertado.

De nuevo el líder se levantó. Permaneciendo siempre oculto, lo suficiente como para que le costara hacerse una idea de su altura y constitución, pero no le importaba. Sospechaba que sería capaz de identificarlo solo por su olor. Era característico, una mezcla de tabaco, lejía y licor. Muy desagradable.

Su defensor lo agarró y negó.

—Déjala en paz.

—Lo haré, pero cuando termine. —Se dirigió hacia ella entonces—. Casi eres libre, Brenda, solo necesito que mires esa pantalla de televisión, hay un mensaje para ti.

Había obedecido lo suficiente, así que cerró los ojos. No quería ver lo que fuera a enseñarle. No tendría nada que ver con ella, con lo que le habían hecho y si era un video de la hazaña, prefería pasar sin retener esas imágenes en su mente.

—No lo hagas difícil ahora, estás a punto de quedar libre.

Lo miró sin verlo, sin creer en nada más que en la necesidad de que todo terminara.

—No dejaré que rompa su promesa —prometió con vehemencia su único defensor en aquel grupo—.

Lo juro por mi vida, no debiste pasar por esto. Tú no eres culpable.

Fulminó con la mirada al otro, sus puños apretados a sendos lados de su cuerpo.

El líder hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Tienes mi palabra también. Esta es la última parada de esta aventura, no volverás a saber nada de ninguno de nosotros. Serás libre.

Sabía que probablemente todo era una mentira y que podía estar cometiendo el peor error de su vida, pero fuera como fuera, no tenía mucha capacidad de elección.

Fijó sus ojos en la oscura pantalla y cuando esta se iluminó, apareció un sonriente hombre enmascarado, desnudo y follando con una mujer que compartía con otros hombres, ante una interesada audiencia.

La chica gemía complacida, mientras la golpeaban y le decían auténticas barbaridades que hizo que se encogiera por dentro, cuando el hombre descendió sobre la mujer y terminó sobre su espalda, llenándola con su esperma, se apartó y salió de la sala.

Un mal presentimiento se alojó en su bajo vientre en el instante en que llevó la mano derecha al antifaz y cuando este cayó, supo que si aún le quedaba una esperanza a la que aferrarse, todo se había terminado.

Gabriel estaba allí, desnudo y sonriendo a la cámara, pero casi como si no fuera consciente de que estaba siendo grabado.

Se alejó con un sonrisa, satisfecho por su hazaña.

Y ella sintió que su vida, había llegado a su fin.

CAPÍTULO 12

Abbie supo, nada más escuchó el teléfono de Daniel, que algo terrible había pasado y rezó para que no fuera de todos los escenarios posibles, el peor. Esperó paciente a que terminara la llamada, incluso le concedió un par de minutos de silencio que parecía necesitar mientras organizaba sus ideas.

El pitido de su teléfono no tardó en sacarlos a ambos de su estupor y cuando su acompañante observó lo que fuera que había llegado, ahogó una maldición. Incluso le pegó un puñetazo a la pared.

No pudo evitar posar la mano en su hombro, con la intención de procurarle su apoyo.

—¿Estás bien?

En ese momento pareció recordar que no estaba solo y la máscara de desesperación que por un momento había mostrado su rostro, se convirtió en algo neutro, ajeno a cualquier tipo de emoción.

—Lo estaré cuando atrape a ese hijo de puta.

Le pasó el móvil para que pudiera ver el motivo de su agitación y ella elevó una plegaria al cielo, pidiendo a quien fuera que la estuviera escuchando, que velara por la seguridad de la pobre mujer.

—Esto es personal, Daniel. Muy personal.

—¿Y eso qué nos dice a nosotros, además de mostrarnos que estamos hasta el cuello de mierda y no sabemos por dónde empezar?

—Por el principio. Nos remontaremos al tiempo de la apertura y haremos una selección de todos los clientes que tuvieron algún problema con el club o fueron expulsados.

—Lo haces sonar fácil. ¿Sabes la cantidad de gente de la que estás hablando?

Abbie se encogió de hombros. No importaba cuántos fueran, tenían que hacerlo, así que supuso que les esperaban largas noches sin dormir y no precisamente ocupados en las supuestamente placenteras actividades del club.

—¿Crees que podemos trabajar en una zona sin distracciones?

—La sala de máquinas —empezó él—, quiero decir, la sala de seguridad. Desde allí podemos acceder a todo tipo de información y a los historiales.

—¿No hay otra opción? Creo que allí hay bastantes distracciones con todas esas imágenes taladrando nuestros sentidos en tiempo real.

No quería sonar asustada o reprimida, pero lo cierto es que no se sentía capaz

de hacer que su cerebro funcionara, mientras trataba de evitar aquel asalto a sus sentidos.

—Puedo conseguir una de las habitaciones temáticas y quizá un par de ordenadores con acceso al sistema, para poder entrar en las bases de datos del club.

—¿Se te da bien la informática?

Daniel se encogió de hombros.

—A mí no, pero mientras Rod nos dé acceso, no debería ser muy difícil.

—Creo que eso podría funcionar, no tendríamos tantas distracciones y avanzaremos más deprisa.

Tengo un par de ideas que quiero descartar antes de nada.

—¿Qué ideas?

—Te lo contaré más tarde. Todavía estoy pensando en ello, no me gusta exponer mis argumentos hasta no tener una idea clara de qué decir.

Supuso que comprendía su punto, porque no insistió.

—Creo que vamos a tener que concluir nuestro recorrido por ahora.

—Tengo suficiente para hacerme una idea del funcionamiento y la manera de pensar de algunos de los participantes.

—Sigues necesitando participar activamente para poder comprender mejor lo que Rod te explicó. Te lo digo por experiencia propia, he intentado ver uno de esos espectáculos y aún así, no he conseguido comprender no solo sus motivos, sino el interés que puede suscitar en dos hombres adultos el hecho de exponerse y compartir a su amante.

—¿Tú no lo haces?

Daniel negó.

—Jamás. Me gusta mirar, no lo niego, pero no comparto a mis mujeres. Nunca. Bajo ningún concepto.

—Eres un hombre posesivo.

—Posesivo, sí, pero respetuoso. Jamás le haría a nadie lo que le están haciendo a Brenda, si es que has pensado en ello.

Abbie negó. Podía tener un aura de oscuridad rodeándolo y generar una intensa atracción en ella, pero sabía que había bondad en su corazón y respeto. Cuanto más tiempo pasaba con él, más lo notaba, incluso si hubiera llegado a pensar en otra posibilidad en el pasado.

A su manera, tenía un alto código de honor y ella respetaba eso.

Incluso si le iba el voyeurismo de vez en cuando.

—Lo sé. Está bien, presenciaremos el show esta noche. Espero que para entonces al menos hayamos descartado alguna de mis teorías.

Daniel la miró.

—Desde la otra noche hasta ahora, he visto un cambio en ti. —Sus ojos se oscurecieron bajo su escrutinio. No quería conocer sus pensamientos, suponía que no iban a gustarle, que serían peligrosos—.

¿Por qué huiste de mí?

—Creo que los dos lo hicimos. Vi tu mirada aturdida y supe que había estado demasiado cerca de dejarme llevar por algo que no quería. —Quizá sonó agresiva, pero la verdad era la mejor medicina para cortar cualquier tipo de atracción entre los dos—. Lo que dije antes iba en serio, no soy muy sociable. He tenido amantes, como todo el mundo en el siglo XXI, pero lo cierto es que nunca le he visto el punto de

interés que parece encontrarle una gran parte de la gente —se encogió de hombros—. Probablemente, no soy de ese tipo de mujeres. No quería llevarme otra decepción. No quiero.

—¿Crees que si te dejas llevar y te acuestas conmigo sentirás decepción?

¿Había herido su orgullo? Supuso que sí, pero era irrelevante. Cuanto antes supiera con quién trataba, mejor para los dos.

—No pretendo ofenderte, no creo que sea tu problema, es mío. Como dijo mi ex, debería ir al médico y hacer que me vean. —Intentó bromear, pero incluso ella sintió la inseguridad en su voz.

—A ti no te pasa nada, Abbie, y voy a demostrártelo.

La decisión que percibió no solo en su tono, sino también en su postura le hizo dar un paso atrás.

—Será mejor que nos concentremos en lo que tenemos entre manos. Los dos sabemos que no soy tu tipo y tú no eres el mío. Me va más... mmm Lucifer. Sí, Lucifer.

—¿Qué Lucifer? ¿El diablo?

—Hay una serie que... —Negó—. Da igual, ignora lo que he dicho.

Se dio media vuelta y avanzó sin rumbo. No tenía idea de hacia donde se dirigía y en ese momento, no le importaba especialmente. Solo quería alejarse de él.

—¿Abbie?

—¿Sí?

—Es en la dirección opuesta, nena.

Odiaba esa palabra, sonaba prepotente y machista.

—No soy tu nena.

Tiró de su blusa y elevó el mentón. Con toda la dignidad que logró reunir, dio media vuelta y pasó de largo. Sin embargo no lo hizo antes de ver la sonrisa satisfecha que se había dibujado en sus labios. Una sonrisa llena de promesas

por cumplir.

Y lo peor de todo era que, muy dentro de su cuerpo, una parte de ella suplicaba: no me hagas esperar.

¡Tómame ya!

A Daniel le costó ocultar la intensa satisfacción que sentía, después del breve intercambio con su nueva compañera de investigación. Era cierto que habían acabado reuniéndose por otros motivos, pero no le cabía duda de que antes de que terminara esa historia, ella se habría rendido en sus brazos.

Y maldito fuera por ello, pero la deseaba.

Y sobre todo deseaba el reto que suponía derribar todas y cada una de sus defensas. Hacer que se dejara llevar por el ambiente del club, por el placer.

Tenía que investigar quién era el tal Lucifer. Se dijo que, probablemente, Rod sabía a quién se refería. Más tarde cuando hablara con él, le preguntaría.

—Abbie, espera. Vamos, no te enfades. ¿Qué te parece si te invito a un café y hacemos las paces?

Creo que has tenido suficientes emociones y solo son las diez de la mañana. Recarguemos las pilas y

olvidemos por un momento lo que está pasando.

—No puedo olvidarme de una mujer que está siendo agredida en este momento, quizá incluso herida de forma irremediable o muerta.

Sabía que era egoísta por su parte, pero necesitaba un momento de reflexión, sin ponerle rostro a la víctima. Separarse lo suficiente para ver puntos que ahora se le estaban escapando.

—Si tú no lo necesitas, yo lo hago. Mira, los dos sabemos que estoy muy implicado en esto y que si no se tratara de mi hermano, no estaría aquí.

También sabemos que Jim no me permitiría estar cerca de ti mientras dure el caso de no ser porque le chantajeé para permitirte entrar en el club y darte acceso fácil a todos los registros, pero por media hora necesito sentarme, tomar algo caliente y cambiar de tema.

Después podré centrarme en el caso y avanzaremos más deprisa.

Dudó un instante, lo vio en sus ojos, pero también vio que estaba dispuesta a sentarse con él y acompañarlo. Ya era algo por lo que empezar.

Y estaba seguro de que ambos necesitaban un respiro.

—¿Por qué no me cuentas más sobre ese Lucifer que tanto te gusta?

Abbie se rio.

—En realidad, yo nunca estaría con él. Es atractivo, guapo, tiene un punto de maldad y es un mujeriego sin remedio. No es tanto mi tipo, pero luego está ese otro lado, la ternura, el ser capaz de ayudar desinteresadamente solo por curiosidad. Tiene una curiosidad innata, algo que me encanta en la gente y esa pasión. —Se encogió de hombros—. Es un tipo interesante.

—¿Con qué hombre estarías?

—Con ninguno, te lo dije. No me interesa y antes de que sueltes la típica bromita que tanto te gusta, tampoco las mujeres. Supongo que tenías razón cuando dijiste que soy asexual.

—Eso es un cuento chino.

—No, es una tendencia cada vez más extendida. Deberías estar al día de los datos, ya que fue sugerencia tuya en primer lugar.

—Tu mejor amiga, Morie, es una criatura sexual. ¿Cómo podéis llevaros aparentemente tan bien y ser tan diferentes? —inquirió descartando rápidamente sus palabras.

—Yo creo que por eso nos llevamos bien.

Lo precedió en la cafetería y se dirigió hacia la barra, iba a sentarse en uno de los taburetes, pero él señaló una mesa apartada.

—Quiero mirarte a los ojos mientras hablo contigo y que no haya intermediarios.

Abbie pidió un *capuccino* y con un suspiro lo siguió, después de que pidiera su café solo y sin azúcar.

Le retiró la silla, podía ser un caballero cuando quería y tomó asiento frente a ella, después decidió interrogarla. Solo un poco.

—¿Cómo te convenció Morie de ir al club?

—Su jefa es habitual del *Pleasure's* y le dio un pase. Esa es la historia.

—No es muy habitual que se admitan visitantes que no han sido investigados previamente. ¿Te investigó mi hermano, Abbie?

La mujer se encogió de hombros, como si no le diera importancia.

—No lo sé, pero no me preocupa. No tengo nada que ocultar. Sé que Bárbara habló por nosotras, para que nos permitieran entrar y sé que, de vez en cuando, hay invitaciones concretas para amigos de clientes. Hasta dónde llega el proceso de investigación en estos casos, es algo que escapa a mi juicio.

—Voy a tener que hablar con Gabe y Rod sobre esto. Podríamos tratar con un amigo de un cliente que no fue sometido a una investigación exhaustiva.

—Quizá, aunque no lo creo. Creo que es alguien cercano, alguien a quién quizá tu hermano ve a diario y alguien que lleva planeando hacerle daño desde hace tiempo.

Daniel la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿Y en qué te basas para afirmar eso?

—Llámalo intuición femenina. He pasado muchas horas con el caso de la primera mujer, hablé con ella en varias ocasiones y recabé alguna información

específica.

—¿Información que no vas a compartir?

Abbie lo miró. Sabía que en un principio no había tenido ninguna intención de hacerlo partícipe, pero tenía la sensación de que eso había cambiado en las últimas horas.

—Si la historia se repite, tenemos a cuatro hombres implicados en el primer ataque y, por la información que me ha enviado Jackson, el número coincide en el segundo. Con lo cual podemos deducir que no son atacantes diferentes, hay una pauta. Tendríamos que hablar con Brenda, pero te apuesto lo que quieras, a que se trata de los mismos cuatro tipos de las dos veces anteriores.

—El camarero llegó con sus cafés y una vez entregados, volvió a marcharse. Abbie sopló el suyo y dio un sorbito, se lamió la espuma de los labios, provocándole cierta incomodidad y el inicio de una molesta erección.

No estaba dispuesto a comportarse como un adolescente con ella, ni hablar. Si ni siquiera era su tipo y él podía afirmar que no lo era, tenía la suficiente experiencia, a diferencia de la mujer que estaba sentada frente a él.

—No hay una descripción clara, siempre llevan máscaras o antifaces y se mantienen en la sombra.

Solo tres participan en las agresiones sexuales, el cuarto es el cabecilla. El nivel de agresión fue en aumento cuando las víctimas lucharon por escapar, hasta llegar a dejarlas en la inconsciencia.

—Y las abandonaron en una calleja oscura, fría, desnudas y al borde de la muerte.

—No tenemos motivos para pensar que vayan a actuar de forma diferente esta vez, así que crucemos los dedos para que Brenda aparezca pronto y en mejores condiciones que las dos víctimas anteriores porque...

Daniel sabía lo que se había callado. Lo que quedó colgando entre los dos y que ninguno se atrevería a pronunciar en voz alta.

Si los atacantes iban más allá, no quedaría mucho de Brenda que recoger. Lo que era inconcebible porque además de perder una preciosa vida, acabaría con la de su hermano.

—¿No hay alguna pista sobre el lugar al que las llevaron?

—Nada —soltó abatida—. Estaban inconscientes cuando llegaron y cuando se las llevaron. Así que no hay ningún lugar para empezar a buscar, por ahora.

A pesar de la irritación que parecía sentir por no poder recabar más datos, sabía que tenía esperanza de encontrar algo que los guiara en la dirección correcta.

—Volvamos al punto en el que dices que es alguien cercano a mi hermano. ¿Quién podría ser? ¿Rod?

No lo creo.

—Parece un hombre dulce y no creo que pueda estar involucrado en esto, pero todavía quiero investigar un poco más sobre su pasado antes de llegar a una conclusión. Como te dije, necesito meditar bien mis posibilidades antes de compartirlas contigo.

—Si crees que es alguien de su entorno cercano, estás descartando a todos los clientes insatisfechos.

Ellos no han vuelto a pisar el club.

—¿Estás seguro de que no lo han hecho? ¿Hasta qué punto se comprueba la identificación y el historial de los clientes o trabajadores del club?

Daniel dudó por un momento. Solo un instante y entonces se dio cuenta de a qué se refería Abbie.

—Crees que es un trabajador, ¿verdad?

La mujer se encogió de hombros.

—No puedo probar nada. Me muevo por intuiciones, eso es todo.

—Estás presuponiendo muchas cosas, Abbie. ¿No alterará tu juicio?

—No. Es mi trabajo y sé cómo hacerlo, vas a tener que confiar en mí en esto. Llevo muchos años resolviendo casos, solo necesito descubrir cuál es la relación entre los cuatro atacantes y por qué tu hermano y no Rod o cualquier otro en el club, si todos se mueven dentro del mismo tipo de actividad.

Permaneció en silencio mientras meditaba en sus palabras. Tomó un sorbo de su café y casi quiso escupirlo, casi. Lo necesitaba para mantenerse alerta, por más amargo que resultara el sabor, además, hasta que aquello no terminara, no se permitiría nada mejor.

Era un tipo de motivación autoimpuesta habitual en su trabajo. Le ayudaba a mantenerse frío y centrado, aunque pareciera una locura.

Supuso que también él tenía sus tendencias obsesivo-compulsivas.

—No sé dónde nos llevará tu intuición, Abbie, pero cualquiera que sea ese lugar. Espero que encontremos nuestro final feliz. No tenemos margen de error en esto.

—Lo sé, estoy de acuerdo contigo. Vamos a pillarlos y cuando lo hayamos hecho, pagarán.

—Cuando los encontremos, los llevaremos ante la justicia y más les vale que los lleven a la cárcel, porque si quedan libres, yo mismo me ocuparé de darles una lección.

—¿Recuerdas que trabajo para la policía?

—Yo también.

Y aunque sabía que no debería haber hecho esa confesión, supuso que no importaba. Ella había confiado en él y le devolvería lo mismo. Se lo debía.

—Pero conozco a unos tipos que me deben un favor.

CAPÍTULO 13

Abbie no había dejado de pensar en la última declaración de Daniel mientras se habían tomado el café esta mañana. Y ahora, que ya llevaban horas instalados en una habitación que parecía algún tipo de oficina pervertida, sumidos entre papeles y pantallas de ordenador, su afirmación retumbó en sus oídos y se preguntó qué tipo de trabajo haría para la policía, para tener contactos en los más bajos fondos.

Así lo había contado y así lo había comprendido. Él tenía claro qué hacer si las cosas no iban como querían. Y que Dios la perdonara, porque ella entendía su punto. Incluso estaría de acuerdo con él.

A menudo, los violadores y estafadores tendían a eludir la ley con excusas insostenibles en la calle, pero que al parecer, la justicia consideraba óptimas para fallar a su favor. Testimonios del tipo: «lo estaba deseando», «lo pidió», «gemía de placer mientras nos la tirábamos» entre muchos otros, eran demasiado habituales y lo peor era que las nuevas tecnologías, en ocasiones, podían ser manipuladas lo suficiente como para apoyar ciertas afirmaciones.

Todo era falso, ¿quién en su sano juicio podría pensar que una mujer u hombre, que para el caso era lo mismo, quería ser golpeado casi hasta la muerte y agredido sin control? Podía comprender que para algunas mentes retorcidas, un club como el *Pleasure's* pudiera ser una excusa válida. Si les gusta recibir golpes y compartir su cuerpo con varios participantes a la vez, ¿quiénes son para decir después no? Pero la verdad es que, por lo poco que llevaba visto de aquel lugar, era un entorno muy seguro y reglado y nunca se pasaban ciertos límites. No era una violación, sino un contrato previamente estipulado y con una vía de escape: la palabra de seguridad. Si alguien la pronunciaba, todo se detenía, sin importar hasta dónde hubieran llegado.

No lo había presenciado en la realidad... no todavía, pero después de hablar con Rod y meditar en todo lo que le había dicho, en su mente empezaba a formarse una especie de código de comportamiento que iba a asimilando y revisando en los diversos casos de expulsiones pasadas.

Todos los informes tenían una descripción detallada de los incidentes y, en la mayor parte de los casos, había una grabación adjunta, por lo que no solo tenía que fiarse de la opinión subjetiva de alguien, sino que podía ver los hechos por sí misma.

—Las primeras grabaciones no tienen buena calidad —comentó Daniel, a su lado. Cada vez que se movía rozaba su brazo generando una oleada de calor que recorría todo su cuerpo y la ponía nerviosa, pero era peor cuando sus piernas se rozaban.

Mucho peor. Era un hombre fuerte y atractivo, por más que intentara no darse cuenta de ello.

Necesitaba poner distancia entre los dos cuanto antes, pero no podía hacerlo. No habían terminado con su tarea y sería muy revelador que se levantara o se abanicara. Incluso si tan solo desabrochaba un par de

botones de su blusa, le estaría dando demasiada información.

Lo cierto era que en aquella habitación había subido demasiado la temperatura.

Y no era que le fuera la fantasía de jefe y secretaria o cualquiera que fuera la que representaran en aquel interesante entorno.

Procuró no pensar en lo que se habría hecho en la mesa sobre la que estaba trabajando y contempló con el ceño fruncido las imágenes.

—Tu hermano no deja que vaya lejos el problema. En cuanto alguien muestra algún tipo de conducta agresiva o fuera de norma, interviene y lo expulsa.

—Gabe le da mucha importancia a la seguridad. Es la clave para que un lugar como este funcione.

Sin el reglamento, todo se iría a la mierda —comentó mientras pausaba la imagen—. Mira, es Lou el que se encarga de sacar la basura. Mi hermano solo hace un gesto a Rod y deja que el equipo se ocupe.

—No lo hace personalmente.

—En este caso, no.

—Tampoco en los otros que hemos revisado —murmuró ella, pensativa—. ¿Habrá algún motivo para

ello?

Daniel se reclinó contra el respaldo de la silla giratoria con un gesto de concentración reflejado en la cara. Supuso que estaba meditando en ello, pensando.

—¿Y si avanzamos en el tiempo? Veamos algunas de las grabaciones del año pasado, quiero comprobar si sigue siendo Lou y su equipo o si interviene alguien más.

Abbie pensó que era una buena idea. Estaba cansada de revisar aquellos historiales, le dolían las cervicales por la postura y le escocían los ojos. Necesitaba un descanso, pero ninguno de los dos se lo podía permitir.

Habían revisado los primeros tres años sin encontrar evidencia, al menos habían establecido una pauta. Gabriel no intervenía de forma directa en la expulsión, lo que no lo convertía en algo personal y ella estaba segura de que había algo que vinculaba al hombre directamente con el agresor. Había pensado que él mismo habría tomado en sus manos el asunto, pero ¿y si se equivocaba? Y si todos aquellos que había considerado aceptable descartar, estaban involucrados. Podía ser que de una retorcida manera hubieran culpado a Gabe, por lo que ellos mismos habían hecho, no sería la primera vez...

Sin embargo, su instinto no le decía nada. Permanecía en calma, silencioso y sin darle una señal de alarma. No creía que ninguno de aquellos hombres y mujeres estuvieran involucrados. Estaba convencida de que todavía no habían visto el rostro de su delincuente. Todavía no.

Cuando Daniel dio al play al nuevo video, Abbie contuvo un jadeo. La calidad de imagen había evolucionado tanto que podía apreciar cada detalle de la imagen que se estaba desarrollando frente a sus ojos. Parecía una peli porno, se esforzó en no mirar a su compañero de investigación y permanecer impasible, aunque sentía cómo todo el calor subía a sus mejillas y suponía que ya estaba completamente roja.

—Esto es de lo que te hablaba. La calidad de la imagen cambia radicalmente, cuando mi hermano se lo pudo permitir, actualizó todo el sistema y contrató seguridad adicional. Este lugar es más seguro que Fort Knox, nadie puede

herir a nadie dentro de estas paredes.

—Pero no implica que no puedan hacerlo fuera —murmuró, sin perder de vista las imágenes. Gabriel ocupaba uno de los planos principales, estaba completamente desnudo y erecto, podía percibir cada detalle de su esculpido cuerpo. Su cabeza dio vueltas, su corazón se agitó y se preguntó si los dos hermanos se parecerían en algo. A pesar de que no miraba directamente a la cámara, podía ver la emoción que desprendían sus ojos: anticipación, placer, sensualidad... Cualquiera mujer podría caer rendida a sus pies y permitirle hacer lo que fuera que quisiera hacer con ella.

—No mires fijamente, se te van a salir los ojos de las órbitas —espetó cortante Daniel.

Entonces había notado la manera en que se había quedado clavada en la imagen de su hermano.

—No es lo que piensas.

—Se han dilatado las aletas de tu nariz, tu pecho se mueve desacompañado y estás jadeando, Abbie.

Es exactamente lo que pienso.

Y sonaba realmente molesto. ¿Estaría celoso? Lo dudaba, no había nada entre ellos.

—Solo me ha sorprendido, eso es todo. No esperaba...

—¿Qué no esperabas? ¿Que todos estuvieran desnudos? ¡Por Dios, Abbie! Es un club sexual.

—Lo sé. Llevamos viéndolos desnudos toda la mañana y parte de la tarde —añadió mirando el reloj digital en la parte baja de la pantalla del portátil—. Ya sé el aspecto que tienen. Quiero decir, que ya sé lo que iban a estar haciendo.

El hombre entrecerró la mirada sobre ella con una muda advertencia.

—Quizá será mejor que revise yo solo estos vídeos, no pareces ser capaz de concentrarte y analizarlo desapasionadamente. Esto es trabajo, no placer.

—¿Acaso crees que no lo sé?

—¿Acaso has percibido a este tipo? —preguntó él alzando la voz y señalando a un hombre en una esquina, al que, si era sincera, ni siquiera había mirado.

—Claro que lo había visto. Tengo los ojos abiertos, ¿no?

—Estabas mirándole la polla a mi hermano y los dos lo sabemos.

La furia se desprendía de su voz, cual chorros calientes, que la dejaron fría, completamente helada.

Porque tenía razón y si se atrevía a admitirlo, no había hecho un buen trabajo desde que había empezado esta última proyección. Tendría que volver al principio si quería comprobar la escena completa con la actitud del desconocido.

—Solo estoy cansada. Llevamos horas aquí y no hemos avanzado nada. No tenemos nada, Daniel.

—¿Quieres un descanso? Podríamos bajar a comer algo. Rod y los trabajadores se reúnen en la cantina. No es especialmente grande, pero suficiente para todos.

—Necesito salir del club, solo un rato. Creo que sería bueno que diera un paseo, me despejara y en

un par de horas volver y retomar lo que estamos haciendo.

Estaba pensando en comer una hamburguesa, un refresco y un buen helado de chocolate, dar un paseo por el parque, contemplar a los patos del estanque y dejar su mente vagar. Dejar a un lado todo el tema del sexo y concentrarse en lo que había visto hasta ahora. En las actitudes reprendidas, en la manera de hacerlo, en el tipo de cliente que se había desviado de la norma, quizá hubiera algo allí. Algo que se le estaba escapando.

Más allá del perfecto cuerpo de Gabriel y la aparente excitación que le provocaba disfrutar de los placeres que él mismo ofrecía a la entusiasta audiencia. Nunca había visto a alguien tan sexy, a excepción de Daniel, al que no había tratado de imaginar desnudo... hasta ahora. Porque repentinamente, mientras había estado tratando de disimular, el rostro del hombre había cambiado en su mente, transformándose en el de su acompañante y la chica que recibía todas esas atenciones había sido ella.

Se levantó antes de que pudiera ser pillada infraganti, antes de que Daniel pudiera de alguna manera ver las imágenes que poblaban su mente y cogió su bolso.

—Volveré a las siete y lo retomaremos donde lo hemos dejado.

—Estás loca si crees que voy a dejar que salgas sola. Mientras estemos involucrados en este caso, voy a ser tu sombra.

—Sé defenderme por mis propios medios —espetó molesta colocándose la cinta del bolso con firmeza en el hombro—. No necesito un guardaespaldas.

—Me importa una mierda, nena. Vas a tenerme pegado a ti como una lapa, te guste o no. Y vas a hacer como que estás total y desesperadamente enamorada de mí, porque es la manera en la que va a funcionar esto. Si es que pretendes seguir implicada en el caso y resolver el secuestro.

—¿Por qué eres tan irritante? En el siglo XXI la mujer...

—Conozco toda esa mierda de feministas y me parece muy bien, pero este club es de mi hermano y Brenda su mejor amiga, no voy a ponerte también en peligro solo por pura cabezonería o por ideas progresistas.

—Eres un mamón controlador.

—Lo soy y te lo advertí. Agradece que no me van las fustas, encanto.

Abbie apretó los dientes y lo fulminó con la mirada.

—No soy tu encanto.

—Todavía no.

Tan prepotente, tan soberbio. Nunca jamás se acostaría con él. ¡Ni siquiera le gustaba! Puede que hubiera estado fascinada durante un diminuto instante por él, pero ya había pasado. Y había sido por culpa del entorno, del club, de la gente besándose, abrazándose, de los videos sensuales, de su hermano desnudo.

Oh. Dios. Mío.

¡Necesitaba respirar ya!

Se dirigió a la puerta con paso decidido, sin mirar atrás. Podía seguirla o hacer lo que le diera la gana, pero tenía que salir sin esperar ni un segundo más, porque no podía responder por sus actos. Si esperaba, acabaría arrojándose sobre él y desgarrando su camisa. Mordiéndole para dejar claramente sus dientes marcados y que cualquier mujer de los alrededores supiera que él era suyo. Solo suyo.

Mierda. Iba a volverse loca.

—No sin mí, Abbie. —Aferró su muñeca antes de que tocara el pomo y la atrajo a su pecho. La miró, se concentró en sus labios, provocando que su boca se secara repentinamente. Dudaba que fuera muy sexy darle un beso a alguien que sabía a cartón.

Cuando los masculinos labios descendieron, giró su cara, y acabó besándola en la mejilla.

Escuchó su risa, profunda, saliendo desde lo más hondo de su abdomen, junto al clic de la puerta al abrirse.

—Testaruda.

—No eres mi tipo —espetó altiva. Necesitaba mantener su orgullo intacto, su fachada de fría profesionalidad, lo tenía que hacer, porque el hielo se iba derritiendo a marchas forzadas y pronto no le quedaría ni un milímetro de protección de su duro escudo autoimpuesto.

—Ya veremos, cariño.

—No soy tu cariño —volvió a defenderse.

Pero él no contestó, tan solo salió con ella al pasillo y casi la arrastró hasta la calle.

Cuando estuvo bajo el cielo azul, en el que el sol aún brillaba con fuerza, no sintió el alivio que esperaba. Seguía la tensión sexual que amenazaba con convertirla en alguien diferente, alguien que necesitaba tocar y ser tocada, besar y ser besada. Poseer y ser poseída.

Y aquello la asustaba como el infierno.

Tuvo que dar las gracias a la oportuna intervención de sus tripas, que escogieron ese preciso momento para llamar la atención y dejar muy claro que se moría de hambre.

Aunque no solo de comida, pero eso todavía podía guardarlo para sí un poco más.

Abbie creía que podía engañarlo, pero era difícil confundir a un maestro. Y no se refería a nada ceremonial, sino a la mera realidad. Era un hombre con mucha experiencia, había tenido a mujeres de todos los tamaños, nacionalidades y razas, había disfrutado de ellas y les había dado placer de todas las formas que había imaginado. Había aprendido cómo seducir y cómo descubrir los botones exactos para volver a su compañera de cama loca y, por más que se dijera que no quería eso de la inocente Abbie, sabía que se estaba engañando.

Quería mucho de la mujer que temblaba a su lado, más de lo que habría imaginado en otra vida.

Todavía sentía los celos que le había provocado aquella intrigada mirada sobre el cuerpo de su hermano.

Lo había visto desnudo tantas veces que a él no le afectaba de ninguna manera.

Ni siquiera se sentía violento. Los dos habían crecido juntos con todo lo que eso suponía y en un ambiente bastante liberal. No había habido pudor o tabúes en su hogar. Ni cuando vivían sus padres ni después.

Quizá eso había provocado que Gabriel fuera tan desinhibido, con su cuerpo y su sexualidad; aunque el efecto que había tenido en él hubiera sido distinto.

Podía comprender en parte la fascinación de Abbie, pero eso no significaba que no le molestara. Le había jorobado ver el interés en sus ojos y se preguntó si habría mostrado el mismo de haber sido él quién hubiera estado en aquella posición.

No era que se hubiera permitido hacer algo así. No era un exhibicionista como otros, pero por un instante, deseó ser el objeto del anhelo que se había reflejado en los femeninos ojos. Quería tenerla, quería reclamarla para sí, al menos por un tiempo.

Estaba convirtiéndose en un tonto excitado la mayor parte del tiempo. Se había acostumbrado a convivir con la semidespierta erección. Todo en ella tenía la capacidad de volverlo loco: su aroma, su suavidad, su calidez, la arruga de concentración que aparecía en su entrecejo mientras revisaba informe por informe... y eso era muy raro en él. No solía interesarse más allá de temas superficiales cuando se trataba de una amante.

Las típicas frases de primera cita, los intereses sexuales de ambos, la aspiraciones emocionales para dejar claro que se trataba de algo temporal y la norma clave de «nada de familia o amigos». No le gustaba mezclar una parte de su vida con la otra. Incluso si eso lo convertía en un capullo sin sentimientos.

Hasta la fecha, las mujeres habían aceptado el trato. Era cierto también que se había alejado del tipo de chica que sueña con cuentos de hadas y príncipes azules, como seguramente era el caso de Abbie. No se creía ni por un momento el tema ese de la asexualidad, así que suponía que iba a tener que tensar el arco hasta que fuera capaz de confesar la verdad: que no había encontrado al amante adecuado.

Y él no podía ser el típico novio que le presentabas a tus padres, pero en la

cama podría darle todo el placer que no había conocido hasta entonces.

Algo que se moría de ganas de alcanzar, porque no quería esperar ni un instante para demostrarle que estaba muy equivocada. Que nadie podía querer vivir sin contacto, sin sexo. Era una faceta más de la vida y una muy importante.

—¿Dónde quieres comer? —preguntó tratando de ignorar el tono ronco que había en su propia voz.

Sentía excitación y deseo, se moría de ganas por probar un poco más de ella. Besarla y dejarse llevar, ver hasta donde llegaban.

Aunque tenía claro su objetivo, quería saber si ella estaría dispuesta o se mostraría cual víctima entregada a un sacrificio.

—Algo sencillo. Hamburguesa, patatas fritas, refresco, helado de chocolate... y por favor, necesito aire. Estoy cansada de estar encerrada.

—¿Cómo te las arreglas para trabajar todo el día en la comisaría? Supongo que tu oficina es incluso más reducida que el club, eso si no tienes un diminuto cubículo compartido con media docena de agentes más.

—Tengo una oficina, aunque es poco más grande que un armario —confesó, dirigiéndose hacia el parque que había tan solo un par de calles más allá, había un puesto de hamburguesas en la explanada, supuso que querría comprar allí el sustento. No era muy forofo de la comida basura, creía en la comida sana. Una buena ensalada de hortalizas frescas, un bistec, una copa de vino... Supuso que algunos pensarían que era un snob, no le importaba, cuando estaba de incógnito comía lo que hiciera falta, pero en su día a día, en la intimidad de su hogar, se agasajaba como le gustaba.

Algún día la invitaría a cenar, cocinaría para ella y le mostraría la otra cara del tipo duro.

O quizá no.

—Odio el trabajo de oficina.

—Yo no lo odio, me gusta atar cabos sueltos y dar con pistas que de otro modo hubieran pasado desapercibidas —lo miró sin disimulo, buscando sus ojos—. Los policías de campo como tú se burlan del trabajo que hago, pero al final muchas veces, les ayudo a salvar el día. Puede que sean ellos los que ponen su vida en juego, la cara de la justicia, pero no están solos. Tienen nuestro apoyo y dedicación.

Créeme, es un trabajo agotador, pero no lo cambiaría por nada. —Miró al parque con gesto soñador, provocando una extraña sensación de tensión en su corazón—. Hay un pequeño jardín justo al otro lado de la calle. Cuando estoy muy saturada de papeles, tomo mi comida, cruzo, me quito los zapatos y solo piso la hierba verde mientras me alimento y uno cabos. Algunos compañeros creen que estoy loca, pero no me importa. Jim me lo permite, mientras resuelva casos, mis manías no le incomodan, algo que agradezco y mucho.

—Parece un tipo duro, pero es un buen hombre —comentó Daniel, siguiéndola. Había posado sin darse cuenta una mano en el hueco de su espalda y la guiaba con suavidad y caballerosidad. Se dijo que debería romper el contacto, pero ni quería ni podía hacerlo. Le gustaba demasiado tocarla y ella se lo estaba permitiendo.

—Lo es. Está casado y tiene tres hijos. Jenny, su hija mayor, tiene quince años y le pone las cosas muy difíciles, pero los he visto juntos. La quiere con locura.

—¿Cómo es que conoces a su hija?

—Fácil, me pidió un favor hace tiempo, porque no se fiaba de uno de los chicos con los que salía.

No fue un asunto oficial, llegó todo gruñón y solo dijo: «tengo un trabajo extra para ti, si haces esto por mí te daré libre ese viernes que me pediste». Así que ayudé. Resultó que Jim tenía razón, el chico trató de aprovecharse de Jenny, lo descubrí en el último momento posible. En realidad, estaba en casa, en la cama, en mitad de la noche, cuando uní un par de cabos. Recuerdo que ni siquiera me vestí, tomé prestado el coche de Morie y salí a la calle en pijama. Llegué a casa de Jim en tiempo record, no sé cómo no me pararon los compañeros de tráfico, pero tuve suerte. Encontramos a Jenny a media hora de

casa, estaba asustada y helada, había salido para encontrarse con el chico en cuestión y cuando él trató de convencerla para que probara ciertas sustancias para divertirse con sus «amigos», un grupillo de cuatro o cinco chicos y un par de chicas más, se asustó y corrió tanto como pudo.

—Jim debía estar fuera de sí.

—Lo estaba. Cuando yo llegué, acababa de descubrir que no estaba en su cuarto, creo que pensó que yo era ella al principio, cuando le dije lo que había descubierto sobre las sustancias que usaban con las chicas y dónde podríamos encontrarlos, salió a toda prisa. Recuerdo que ni siquiera se puso los zapatos, solo cogió su pistola. Era aterrador, parecía dispuesto a matar a alguien.

Daniel lo conocía muy bien, hacía algunos años, habían trabajado juntos en un caso. Antes de que fuera ascendido, cuando el jefe anterior aún no se había jubilado. Tenía un instinto afilado y aunque mayor que él, había estado en forma. Suponía que aún se mantenía en forma.

—Puedo entenderlo. No tengo hijos, pero haría cualquier cosa por mi hermano.

—Eso hizo él. Cuando encontramos a Jenny pensé que iba a gritarle o enfurecerse al menos, pero solo la abrazó. La abrazó tan fuerte y con tanta emoción que se me puso un nudo en la garganta y tuve que apartar la vista. No tardó en meter a la niña en el coche y me dio mis órdenes: «llévala a casa, voy a acabar con esto». Por un momento pensé que iba a dispararle a los chicos —empezó, sin embargo su rostro mostró una sonrisa, Daniel suponía lo que había hecho Jim pero quería escuchar el final de su historia, así que se limitó a esperar, sin interrumpir—. Estaba allí, descalzo en la calzada, hacía frío y solo tenía una pistola. O eso pensaba yo, de algún lugar sacó un móvil e hizo una llamada. Me fui, así que esa noche no vi el final de la escena, pero me lo contaron al día siguiente. Jim llamó a un juez de menores y a un trabajador social, se ocuparon de los chicos, les retiraron las drogas y logró un castigo ejemplar para cada uno de ellos. Para todos los que participaron, Jenny no se libró, tuvo que venir a la comisaría a hacer fotocopias, el trabajo más aburrido del mundo, y a pegar sellos. Nos hicimos amigas.

Sí, parecía de ese tipo de mujer. Amiga de una adolescente. Ella no era más

que una chiquilla, sin importar su edad. Supuso que Jenny la comprendería mucho mejor que cualquier otra persona, además, en cada gesto y palabra se mostraba que era una mujer generosa, que se preocupaba por los demás, también inteligente. Sus ojos brillaban con ese intenso brillo que le daba una calidez especial.

Cuando llegaron al camión de las hamburguesas, casi había olvidado todas sus normas en lo que a relaciones se refería, tan solo quería embeberse un poco más en ella. Descubrirla más profundamente.

Porque sospechaba que había mucho más allí, cosas que no veía y que, de pronto, sentía necesario conocer.

—¿Entonces va a ser una hamburguesa? —le preguntó.

Abbie sonrió, miró al cielo, guiñando los ojos por los fuertes rayos del sol y respondió:

—Sí. Hamburguesa, patatas fritas, refresco de naranja y helado de chocolate. Mmmm. Y mi jardín, necesito pisar la hierba y pensar.

—Entonces que así sea.

Y contra todo pronóstico, él, el tipo duro. El policía que había sobrevivido a mil y un casos en la parte más perversa de la ciudad, se encontró anhelado esos pequeños placeres.

Jardín. Comida rápida. Buena compañía.

Y todo ello podía resumirse en una sola palabra: libertad.

Por más contrario que pareciera, estando junto a una mujer, Abbie había despojado, al menos temporalmente, un intenso peso de sus hombros. Pronto, muy pronto, volvería a sentirlo, pero mientras durara ese pequeño intermedio de placer, iba a disfrutarlo.

Además, ¿qué otra opción tenía? Había empezado a anhelar algo real, algo diferente a lo que había tenido.

Alguien como Abbie. Sincera, directa y de verdad.

CAPÍTULO 14

El timbre de la puerta de Gabriel sonó con insistencia tres veces, después se hizo el silencio. Se apresuró a acercarse, preguntándose si sería de nuevo la policía, a pesar de que no hacía más de una hora que se había marchado, o si sería algún tipo de mensaje.

No se molestó en mirar a través de la mirilla, sino que abrió. Un repartidor con el logo de una famosa empresa de mensajería lo miró tecleando algo rápidamente en su PDA y tendiéndosela para que firmara, un instante después de asegurarse de su identidad.

Había dejado la caja de cartón en el rellano, era de grandes dimensiones y parecía pesada, tenía su dirección impresa en la parte superior y una pegatina que avisaba: «Fragil. Mantener este lado hacia arriba».

No tenía ni idea de quién podía haber enviado aquello ni qué podía ser. Tenía la cabeza en otra parte, en Brenda, en su secuestro, en las imágenes que le habían bombardeado el móvil una y otra vez, en los videos, en los ojos tristes y silenciosos de la mujer risueña que había conocido durante todo el tiempo que habían vivido puerta con puerta.

Un gemido dolorido provino del interior de la caja, que se movió ante sus ojos y tuvo un terrible presentimiento.

Se apresuró a arrancar la tapa sin ceremonias y a descubrir su contenido. Lo que vio lo dejó helado.

Brenda, maniatada, desnuda, con algunos golpes que se reflejaban en su rostro y el resto de su cuerpo, una mordaza en la boca y un vibrador sumergido en su entrepierna, lo miraba aterrada, asustada, herida, dolorida.

No le importó el olor ni la suciedad de otros hombres sobre ella, sino que la tomó en sus brazos con rapidez y la llevó a su sofá. Le quitó la mordaza, cortó las cuerdas, cuando iba a quitar el juguete sexual, ella encontró fuerzas para apartarse, tiró de él y lo arrojó lejos, se acurrucó en una esquina y lo miró

como si tuviera miedo de él. Sus ojos estaban vacíos de vida y de lágrimas, solo quedaba desesperación.

Gabriel cogió la manta que tenía sobre el sofá y se la puso por encima. Quería abrazarla, pero sabía que en ese momento solo le causaría daño.

—Voy a llamar una ambulancia y a la policía. Te están buscando, Brenda. Dios, siento mucho todo esto. —Hizo amago de tocarla, pero ella trató de hacerse incluso más pequeña para evitar el contacto.

Gabe ahogó una maldición para sí, mirándola a los ojos con toda la ternura que logró reunir, a pesar de la rabia que sentía por lo que había tenido que sufrir, por su culpa.

—Todo va a estar bien, nadie va a volver a tocarte. No lo permitiré.

No parecía creer en sus palabras, no dijo nada. Parecía aturdida y perdida, nunca la había visto así,

tan ida, como si le costara concentrarse en sus palabras, en él. Solo luchaba desesperadamente por alejarse, por evitar cualquier tipo de contacto.

Llamó primero a Daniel, pero no contestó al móvil. Ahogó una maldición y dejó un mensaje directo:

«Lláname. La tengo». Después informó a la policía y a los servicios de emergencia.

Le dio espacio, tomó asiento en un sillón lo suficientemente alejado de ella y procuró darle la calma que sabía que necesitaba.

—Todo irá bien. No voy a dejarte sola de nuevo.

—¿Por qué?

Gabe sintió su pregunta como un golpe certero en su estómago. ¿Cómo que por qué? Ella era un pilar fundamental de su vida, haría cualquier cosa para garantizar su seguridad y protección. Debería haberlo hecho hace tiempo, haber evitado que estuviera en una posición de vulnerabilidad total. La habían

secuestrado en su casa, en su propia cama, maldita sea.

—Porque te quiero.

Y esas eran palabras que nunca había pronunciado más que cuando era un niño a sus padres, ni siquiera se lo había dicho a su hermano, aunque él lo supiera.

Quería a Brenda de una manera que le dolía, que le impedía pensar o respirar. No era amor, era algo incluso más profundo que eso. Un sentimiento tan intenso que tenía la facultad de darle la vida o quitársela.

—Me mentiste —sus palabras abandonaron sus labios en un suspiro dolorido, apenas perceptibles para su oído. No lo miraba a los ojos, su mirada estaba perdida en los hilos de la manta en la que se había acurrucado, usándola de barrera protectora contra el mundo.

—No te dije toda la verdad y lo lamento. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo, no quería que tu forma de mirarme cambiara.

Y eso sonaba como el hombre egoísta que le habían acusado de ser en incontables ocasiones. Cada vez que había enfrentado a alguien que no se había sometido a sus reglas.

—Sabía lo del club —dijo buscando entonces sus ojos—. Te vi.

¿Lo había visto? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? No era una cliente, hubiera sido consciente de ello.

Su estupor debió mostrarse en su cara, porque ella se rio. Una risa carente de humor, mientras negaba.

—Te vi en la tele, cuando atacaron a aquella chica. No te enfocaron en primer plano, estabas de espaldas, pero igualmente te vi. Incluso pensé que era un error, que si hubieras estado allí voluntariamente, por lo que fuera, me lo habrías contado.

Había un reproche en sus labios. Uno que se merecía y que estaba dispuesto a aceptar.

—Soy el dueño —confesó, admitiendo finalmente la verdad—. Soy uno de los maestros, un amo, participo en el desarrollo de algunas de las escenas y placeres que ofrece el *Pleasure's*, además de encargarme de la seguridad. Hay un reglamento, nadie sufre nada que no haya sido pactado previamente.

Las mujeres y los hombres deciden qué hacer, cómo hacerlo y cuándo parar. Jamás he herido a nadie o forzado a participar a alguien que no estuviera dispuesto. No soy un violador, Brenda.

—Lo sé, Gabe. Sé que no lo eres. —Había lágrimas en su voz, pero no en sus ojos. Era como si no pudiera llorar, como si ya se le hubieran terminado—. Sin embargo, siento que no te conozco. Se aseguraron de que supiera que todo lo que me hicieron era una venganza contra ti y contra lo que tu club representa. Querían hacerte daño a través de mí, solo fui un objeto, un medio para llegar hasta el premio gordo. Mi dolor, mi sufrimiento, nada importó. Yo no importé. Solo era alguien prescindible en ese macabro juego.

Se le rompió el corazón, con cada una de sus palabras. No le recriminaba nada, en realidad no lo hacía, pero sentía que se estaba despidiendo y no podría soportarlo. No podría estar lejos de ella. Menos ahora. Necesitaba asegurarse de que se recuperara, de que volviera a reír y recuperara el brillo travieso de sus ojos.

—No me dejes fuera, por favor.

—Pero tú lo hiciste, tú lo hiciste. Confiaba en ti, sabes todo lo que hay que saber de mí, yo no sabía nada.

—Me conoces mucho mejor que cualquier otra persona de mi vida.

—Solo las partes que tú has querido compartir conmigo.

Ese dolor lo destruía, no podía soportarlo, pero tenía que hacerlo. Lo merecía, merecía su desprecio incluso si era demasiado buena como para hacerlo. Quería gritar perdón, volver atrás, pero dudaba que fuera capaz de confesarlo.

Había intentado hacerlo antes, varias veces en realidad, pero se había quedado mudo, sin palabras, temiendo perder el cariño, la complicidad entre

los dos. Temiendo perder esa relación especial y al final, la había perdido de todos modos.

Ahora solo importaba ella, su recuperación, su bienestar y si tenía que estar lejos para permitirlo, entonces eso haría.

Pero incluso en la distancia, iba a velar por ella.

—No puedo decir que si volviera atrás lo confesaría. Temía perderte y actué en consecuencia.

—No puedo pensar, ahora no. Necesito... tiempo. Necesito estar lejos de ti, lejos de todos, necesito recuperar lo que me han arrebatado.

Se levantó, descalza y temblorosa. Sus piernas fallaron y él la sostuvo antes de que llegara al suelo, pero ella gritó de dolor.

La dejó de nuevo en el sofá, sin saber qué pasaba. ¿La habían herido de gravedad? Quería explorarla, descubrir dónde estaba el problema, pero no podía hacerlo. No él, no era el más indicado.

Gracias a alguna fuerza superior, los médicos llegaron entonces. Se acercaron a ella, mientras dos agentes de policía lo interrogaban. Les contó todo lo que pudo recordar, pero sin romper el contacto visual con Brenda.

Un rictus de dolor poblaba su cara, dejando claro que estaba sufriendo con el reconocimiento. Poco después entró una camilla, la ayudaron a colocarse en ella y se la llevaron. Hizo el amago de seguirla, de acompañarla, pero Brenda apartó la mirada como si no pudiera soportarlo.

El puñal que se había clavado desde el instante en que descubrió que se la habían llevado, se retorció más profundo en su corazón, haciéndolo sangrar.

No se movió. Se quedó donde estaba, tratando de atender a sus interrogadores. Cuando se despidieron, siguió mirando el lugar por el que Brenda se había marchado y preguntándose qué podía hacer él para cambiar las cosas. Para mejorar su situación.

Su móvil vibró entonces alertando de un mensaje, no pensó en nada al abrirlo,

cuando lo leyó supo por qué su hermano había elegido el bando de la ley, por qué estaba entre asesinos, porque por primera vez en su existencia, quiso ser él el que estuviera entre aquellos para ser capaz de pegarles un tiro y borrarlos de la faz de la tierra.

De la existencia.

Leyó las palabras una última vez y sintió toda la ira emerger en su interior:

«Disfruta de tu nuevo juguete. La hemos entrenado para ti.

Que continúe el espectáculo».

Gabriel lanzó el móvil contra la pared, la máquina se hizo añicos, ni siquiera le importó. Podía reemplazarlo, lo que no podía arreglar era la inocencia de Brenda, que la había perdido para siempre, ni la perversa maldad de los hombres que la habían herido.

Pero todavía podía hacer muchas cosas y estaba dispuesto a todo. Los encontraría, les daría la venganza que estaban esperando y cuando tuviera todo lo que quería, acabaría con ellos de una vez por todas y evitaría un gran sufrimiento a la humanidad.

El mal debía ser erradicado de la tierra para siempre.

CAPÍTULO 15

Daniel no podía apartar los ojos de su nueva compañera. Habían encontrado una zona despejada del césped y se habían sentado allí a comer, cuando terminaron, Abbie se quitó los zapatos y se levantó.

Caminando pensativa, en silencio, mirando al cielo en ocasiones y al horizonte en otras. Sabía que no debía interrumpirla y no deseaba hacerlo.

Verla en su habitual ritual, le hizo sentirse parte de su vida de una extraña manera. Los ruidos del parque, las risas de los niños, las advertencias de los padres, los ladridos de los perros... todos ellos quedaron opacados por ella. Como si gracias a esa visión, hubiera sido trasladado a algún otro lugar, muy

lejos de allí, donde solo estaban los dos y un montón de respuestas al alcance de la mano.

La respiración de Abbie era profunda y rítmica, al igual que sus pasos. Su mente parecía un torbellino reflejado en sus ojos y su postura hablaba de decisión y concentración.

Sabía que estaba tratando de encontrar una respuesta, una vía nueva, una pista que les indicara el camino. Un nombre, una dirección, una explicación.

Nada era tan sencillo, pero si a ella le funcionaba esa manera de trabajar, no iba a decir nada. Jim había asegurado que era la mejor atando cabos y él estaba más que dispuesto a darle un voto de confianza.

Y no tenía nada que ver con el deseo que empezaba a sentir por la mujer, nunca dejaría que un puñado de lujuria interviniera en su trabajo. Menos ahora que todo, incluida la vida de una persona, estaba en juego.

El móvil sonó rompiendo su concentración, no identificó el número que apareció en la pantalla, pero aún así contestó. La voz al otro lado hizo que se pusiera inmediatamente alerta.

—Nunca vas a pillarme. La siguiente será ella. Tan bonita bailando descalza en ese jardín. Dime,

¿estás cachondo? ¿Estás pensando en tirártela delante de esos niños? Eres tan depravado y egoísta como tu hermano, vas a pagar. Los dos lo haréis por meteros en mis asuntos.

—No vas a llegar hasta ella, no te lo permitiré. Y te voy a pillar, antes de que puedas terminar de pronunciar su nombre.

Una risa macabra atravesó la línea, logrando ponerle los pelos de punta.

—¿Crees que no sé lo que haces? ¿Qué dirían tus amiguitos de la mafia si descubrieran que eres un puto policía de mierda, eh? ¿Quieres que comprobemos cuánto tiempo sobrevives?

Un escalofrío recorrió su cuerpo. No estaba infiltrado en ningún caso, pero no

significaba que no pudiera ganarse unos cuantos enemigos si su identidad real quedaba descubierta en los bajos fondos. Lo que eso significaría para él y cualquiera que estuviera a su alrededor...

—No sabes de qué hablas —su tono se mantuvo neutro, sin dejar mostrar la inquietud que repentinamente había empezado a sentir.

—La dulce Brenda ha aprendido el significado de la dominación y la esclavitud, tu hermano debería darme las gracias por entrenarla. ¿No es eso lo que él hace? Entrenar a putas para su placer.

—Voy a pillarte y va a ser doloroso para ti.

—Abbie será la siguiente y no podrás hacer nada para impedirlo. Porque dime, ¿qué muerto es capaz de salir de su tumba para proteger al amor de su vida?

—No vas a tocarla, no...

La comunicación se cortó y él se levantó de golpe completamente frustrado. Caminó hacia Abbie y la atrapó sin consideración alguna.

—Tenemos que largarnos de aquí, ahora mismo.

—¿Qué? ¿De qué hablas? Me haces daño —se quejó mientras trataba de liberarse de su fiero agarre.

—Tenemos que irnos. Ya —espetó sin delicadeza arrastrándola hacia el árbol en el que había estado apoyado mirándola y lanzándole los zapatos.

Un escalofrío en su espalda le advirtió que no estaban solos y un mal presentimiento logró que todo su cuerpo se erizara listo para la acción.

El primer disparo le rozó la oreja, abrasándole con el contacto. Maldiciendo se tiró al suelo buscando refugio y arrastrando a Abbie con él.

La mujer empezó a temblar, sin comprender qué pasaba.

—¿Daniel?

—Nos están disparando, maldita sea. No pensé que pasaría tan rápido, fue muy mala idea venir aquí.

Buscó a su alrededor. La gente asustada había empezado a correr por todas partes y el parque se estaba vaciando a marchas forzadas.

—¿Crees que los secuestradores...?

Pero no la dejó terminar, le hizo pegar la cabeza a la hierba, quizá con más brusquedad de la que pretendía, mientras un nuevo disparo fallaba el objetivo por escasos centímetros.

Se arrastró como pudo hasta el cercano camión de comida rápida, era el único refugio posible en aquel lugar descubierto. El cocinero se había agazapado en su interior, protegiendo su cabeza. Daniel sacó su arma de la parte trasera de sus pantalones y quitó el seguro mientras llevaba a Abbie hasta el improvisado refugio. La hizo subir junto al hombre que se ocultaba allí y les advirtió.

—Manteneos agachados, voy a tratar de sacarnos de aquí de una pieza.

El hombre lloriqueaba, Abbie estaba tensa, su rostro mostraba el temor que sentía, pero también la decisión de no ser una víctima colateral. No estaba dispuesta a morir y él no planeaba permitirlo.

Se acercó al cocinero y sacó su identificación.

—Trabajamos con la policía, no se preocupe. Todo irá bien.

—Llama a Jim y pide refuerzos. Dile que se ha descubierto el pastel, él comprenderá.

—¿Que le diga qué?

—Tú solo dilo, maldita sea.

Apuntó en la dirección en la que llegaban los disparos y apretó el gatillo, una, dos, hasta tres veces.

Sabía que le había acertado, pues escuchó un gemido, eso no importaba.

Podría haber ganado un par de minutos como mucho, pronto habría otro tirador preparado, quizá ya estaba apuntando desde otro lado.

—¿Dónde están las llaves de este cacharro? —preguntó al cocinero.

—En la guantera, están en la guantera. Por favor, no quiero morir.

—¿Cómo se llama? —preguntó con dulzura Abbie.

—Heracles.

—Un nombre precioso. Como un gran héroe. No va a pasarle nada, vamos a sacarle de aquí y todo quedará en un mal recuerdo.

¿Cómo podía ella estar tan aparentemente tranquila en la superficie, cuando él sabía que estaba aterrada en lo más profundo de su pecho?

Maldito fuera, se moría por besarla y era el momento más inoportuno de todos.

—Voy a sacar este trasto del parque. Avisa a Jim, ya.

No tenían tiempo para consolar a nadie. El pellejo de los tres ya estaba en tela de juicio. No sabía quién era el tirador, pero sospechaba de unos cuantos posibles. Algunos de ellos muy buenos. De hecho, estaba sorprendido de seguir vivo aún. ¿Sería algún tipo de advertencia o habían perdido puntería en los últimos años?

Llegó hasta el asiento del conductor, procurando no darles un blanco fijo y consiguió arrancar aquel cacharro.

Escuchó a Abbie hablando con Jim y aplaudió para sí el hecho de que no le temblara la voz.

—Jackson está en camino, viene con refuerzos. Jim dice que salgamos echando leches de aquí.

—Voy a intentar llegar al club, no estamos muy lejos.

—Vas a poner a todos ellos en peligro —reprochó ella—. Deberíamos ir directos a comisaría, no se atreverán a llegar hasta allí.

Podría tener razón, pero lo cierto era que la comisaría estaba muy lejos y estaba bastante seguro de que no llegarían vivos hasta allí. Su última esperanza era contar con Lou y su equipo. Abbie no lo sabía todavía, pero había varios ex-agentes de las fuerzas especiales en plantilla, así como un par de agentes de la policía infiltrados, que serían un ejército mejor que cualquier logo policial. Especialmente tratando con tipos que no tenían conciencia como aquellos.

—Al club, Abbie.

Un nuevo disparo que estuvo a punto de alcanzar a la atolondrada mujer.

—Joder, agáchate ya.

Condujo el cacharro con destreza, por las estrechas calles. Dio gracias por no haberse alejado demasiado y para cuando llegó a la parte trasera del *Pleasure's*, el lugar del almacén, ya tenía un pequeño contingente de amigos preparados para ponerlos a salvo.

—Vamos a activar el protocolo de seguridad —murmuró Miles subiendo al camión con ellos. Se

movió como un fantasma y estaba seguro de que había pasado desapercibido para sus atacantes. Un momento no estaba, al siguiente, trataba de ponerle a Abbie un chaleco antibalas—. Vamos, señora, tiene que salir de aquí. Esto se va a convertir en un colador en cuestión de segundos. Esos tipos no se andan con tonterías.

Los disparos volaban alrededor de ellos. Daniel consiguió bajar por el asiento del copiloto y atrapó al vuelo el chaleco que le lanzaron. Sin dejar de disparar

en la dirección en que llegaba la amenaza.

No podía verlos, pero los sentía. Sabía cómo se movían, cómo pensaban.

Hizo un gesto apenas perceptible a Lou y su matón favorito lo entendió al vuelo. Inició un ataque constante contra los atacantes, dándoles tiempo para sacar a Abbie y el cocinero del camión. Cuando estuvieron todos a cubierto. Bajaron las rejas automáticas y clausuraron la entrada trasera del club.

—Esto está a punto de convertirse en una ratonera. Si intentan llegar hasta aquí...

—Mi hermano tiene un sistema de seguridad excelente, no llegarán.

Abbie no parecía estar convencida.

—En la comisaría podríamos haber...

—No habríamos llegado hasta allí. Los mafiosos saben perfectamente cómo cometer un asesinato a sangre fría, más cuando les mueve la venganza.

—¿Mafiosos? Se trata de secuestradores.

—Ahora ya no, nena. Ahora ya no.

Pasó de largo, dejando a Miles a cargo de los dos y se acercó a Lou, maldiciendo.

—Esos cabrones han descubierto mi tapadera, no sé cuánto tiempo aguantaremos.

—¿Has pedido refuerzos?

—No soy un novato, pero os estoy poniendo en peligro —le pegó un puñetazo a la pared—. Joder, se supone que estoy aquí para resolver lo de Brenda, no para destruir todo lo que tanto trabajo le ha costado a mi hermano construir.

—Tenemos hombres entrenados y algunas mujeres, no tienes nada de lo que preocuparte, hombre.

Rod ha cerrado el acceso principal también, en cuanto recibimos tu SOS. Cuando escuchen las sirenas de la policía, volverán a sus cloacas.

—¿Por cuánto tiempo, Lou?

—El suficiente para que demos caza a todas esas comadrejas.

—Lo tenía todo bajo control. ¿En qué momento se torcieron tanto las cosas?

Rod apareció entonces, su rostro era una máscara imposible de leer, pero sus ojos... sus ojos estaban llenos de desolación.

—Ha llamado Gabe —les informó a ambos.

—¿Qué ha pasado?

No irían por él, ¿verdad? Esos cabrones no se atreverían a tocar un pelo de la cabeza de su hermano.

No sería inteligente hacerlo, les arrancaría los miembros uno a uno, lentamente, hasta que suplicaran

piedad y, entonces, se los haría tragar mientras se reía viéndolo.

—Brenda ha aparecido. Viva. Está en el hospital.

Daniel sintió un gran alivio por la noticia, a pesar de saber que todavía no había terminado de hablar.

Seguramente, no todo era bueno, estaba guardando lo peor para el final.

—¿Y? ¿Qué es lo que no me estás contando?

—La han destrozado. Físicamente, han abusado de ella y se recuperará, pero Gabe teme que su mente y emociones... —El enorme cuerpo de Rod mostraba la tensión, sentía el dolor de su hermano. Estaban conectados hasta ese punto, nunca comprendería el porqué, pero lo cierto era que estaban tan enlazados que a veces esa emoción tenía la facultad de asustarlo—. No cree que sea capaz de volver a llevar una vida normal, no a corto plazo.

—Se recuperará —aseguró Lou con su tono sentencioso. No era un tipo de muchas palabras, pero cuando decía algo, todo el mundo escuchaba—. Y Gabriel lo sabe.

—¿Pero qué daño causará en ellos esta experiencia? —Todos sabían que era una pregunta retórica, no merecía respuesta, porque sería tan terrible que ninguno de ellos estaba listo para escucharla.

Daniel supo que con el tiempo las cosas se resolverían. Encontrarían a los atacantes, Brenda resurgiría de sus cenizas, era una chica fuerte y la naturaleza humana era así, resistente. También sabía que los mafiosos que habían puesto precio a su cabeza no se detendrían fácilmente, pero no le importaba.

No era la primera vez que su vida estaba en juego. Lo único que necesitaba era un buen plan.

Y lo encontraría.

—Estás sangrando. —La voz femenina lo sacó de sus pensamientos. Abbie, con la cara manchada de hierba y barro, el pelo revuelto y la ropa arrugada, lo miraba con angustia. En sus ojos se reflejaba la preocupación sincera por él, quizá alguna emoción más que no estaba listo para descifrar.

Llevó la mano a la oreja y negó. Iba a matar a esos cabrones por desfigurarla, pero sobreviviría. Tan solo quedaría una pequeña marca.

—Estoy bien.

—No, no lo estás —reclamó ella, caminando hacia él y negando.

Pudo ver sus ojos llenos de lágrimas apenas contenidas, brillaban atrapándolo en sus profundidades, haciendo que anhelara más de ella, que quisiera tomarla entre sus brazos y besarla desesperadamente.

Decirle que si morían hoy no importaría, porque lo harían juntos.

«Vaya mierda de discurso, joder. ¿Qué eres, un mamón sentimental?».

Dio un paso atrás marcando las distancias y ella bajó la mano que había

alzado para contactar con él.

Sabía que estaba marcando una distancia que ninguno de los dos quería, pero ahora mismo no podía pensar y necesitaba tomar decisiones apropiadas.

Sería un cabrón egoísta de arrastrarla con él al fango. Ya tenían suficiente con los secuestradores, como para meterla también en sus jodidos problemas.

—Lo siento —dijo ella.

—No hay nada que sentir.

Y le dio la espalda, dejándola sola, rodeada de aquellos hombres que podrían mantenerla segura.

Él necesitaba una ducha, necesitaba un plan y hablar con Jim. Estaba claro que tenía que informar sobre la llamada recibida, sobre la aparente implicación de antiguos enemigos y sobre su imposibilidad para seguir poniendo en peligro esa operación.

Iba a tener que hacerse a un lado y dejar la seguridad de Abbie en manos de Rod. Iba a tener que alertar a todos de que ella era un objetivo y de que él, probablemente, no viviría mucho más para contarlo.

Pero era un riesgo que llevaba asumiendo gran parte de su vida y si había llegado su hora ya, estaba dispuesto a aceptarlo.

Abbie no comprendía por qué le dolía tanto la distancia instaurada por aquel hombre que no significaba nada para ella. Ni siquiera le conocía, habían pasado unas cuantas horas juntos, nada más.

Sabía que las emociones tendían a magnificarse en ese tipo de escenarios. La psicóloga de la policía había trabajado con todos los integrantes del departamento hablando sobre estos temas para facilitar su trabajo y evitar relaciones complicadas entre compañeros. No era que estuviera prohibido confraternizar entre ellos, pero era recomendable no hacerlo.

De hecho, si era detectada alguna relación más que profesional entre ellos, tendían a forzar el traslado de uno, para garantizar la integridad y neutralidad de las actuaciones.

Estaban en juego las vidas de incontables inocentes y dejarse llevar por la emoción, pondría a todos en peligro. Un riesgo que no estaban dispuestos a correr.

Pero Daniel y ella no era compañeros, no literalmente, al menos. Sin importar que les hubieran endilgado la tarea de comprobar los datos juntos.

No se suponía que iban a tener que esquivar balas y ocultarse con un pequeño ejército entre las paredes de un club que era poco apropiado como sede policial.

—¿Se encuentra bien? —Miles había sido correcto y amable desde el instante en que hizo que se pusiera el chaleco y la sacó del camión de comida. El cocinero estaba siendo atendido por una mujer de unos cuarenta años, con más músculos de los que jamás había imaginado posibles en una fémica. Se movía como una experta, así que supuso que su labor consistía también en la seguridad.

No dejaba de sorprenderle que tuvieran un equipo tan preparado y no pudo evitar preguntarse si todos aquellas caras que la rodeaban ahora, formaban parte de los espectáculos del club o estaban implicados de alguna manera en el secuestro de Brenda.

No podía ser, no la habrían tratado tan educadamente y con tanto respeto, ¿verdad? ¿O todo era una fachada?

—Estoy bien, un poco impresionada nada más. Nunca me habían disparado.

—La primera vez siempre es dura —dijo Miles con una sonrisa tranquilizadora—. ¿Por qué no la acompaño a una de las habitaciones para que pueda cambiarse de ropa y descansar? Tiene aspecto de necesitarlo.

Un escalofrío la recorrió. No por la sugerencia, ni siquiera por la posibilidad de que el hombre estuviera implicado en aquella trama, sino por el hecho de

estar sola en aquel lugar. En un entorno sensual en el que muchas parejas habrían disfrutado de una parte de la vida que ella tan solo se había limitado a soportar.

—No tengo ropa de recambio y tengo que seguir buscando conexiones, no creo que...

Rod se acercó a ella y posó su enorme mano sobre su antebrazo, con delicadeza.

—Déjame ayudarte con eso, Abbie.

Confiaba en él. No sabía por qué, pero le daba una seguridad que no sentía con cualquiera.

Aunque mejor no pensar en que lo había visto desnudo en los videos y manteniendo relaciones con una variada cantidad de mujeres y hombres. No podía ni debía quedarse mirándolo fijamente.

—Siento este lío.

—No es culpa tuya —la tranquilizó el hombre, que dio algunas instrucciones a su equipo y se internó con ella en la zona más tranquila. Cuando estaban lejos de oídos indiscretos la miró con preocupación—.

¿Has hecho alguna conexión con el caso de Brenda?

Abbie lo miró, se preguntó qué decir, todavía no había hablado con Daniel sobre eso, aunque no parecía muy interesado en hablar con ella sobre nada a corto plazo.

—No paro de preguntarme por qué a Gabriel y no algún otro de vosotros. Todos estáis aquí, haciendo lo mismo. Él no ha participado más que tú, por ejemplo, en las escenas o expulsando a los rebeldes. Es vuestro equipo de seguridad quién se ocupa. Entonces, ¿cómo podemos determinar la causa que mueve a estos hombres? ¿Por qué están haciendo esto? Me pregunto si en realidad es el club el motivo de los ataques o es algo más personal aún.

—¿Te refieres a la vida sexual de Gabriel? Fuera del *Pleasure's*.

—Podría ser. Aunque ignoro cómo alguien podría tener más que esto, especialmente después de ver algunas de las... emmm ¿sesiones?

Rod sonrió abiertamente mientras abría la puerta del cuarto que le habían asignado para trabajar.

Cerró tras él y la miró.

—¿Qué piensas de lo que has visto?

—En realidad, no estoy muy segura. No soy una mujer sensual, mucho menos sexual. No disfruto del sexo como vosotros, Rod, esa es la única verdad en esto. Me cuesta comprender la motivación de muchas de esas mujeres y de los hombres, pero sí entiendo que todos somos diferentes y que tenemos necesidades y objetivos distintos. Eso está bien, pero me resulta difícil atar cabos de algo que no termino de...

—Necesitas sentirlo —decretó él mirándola de una forma diferente. Como si estuviera valorando la posibilidad de mostrarle en sus propias carnes la pasión de esos encuentros.

—¿Acostarme con un grupo de hombres frente a toda una audiencia? No lo creo. Soy asexual.

Rod negó.

—No lo creo.

—No me vengas con eso de que no existe la asexualidad...

—No te digo que no exista, te digo que tú no lo eres. Te he visto. Temor y excitación. Desconoces esto, a pesar de que lo hayas visto, no has mirado de verdad lo que hay detrás de los decorados, de los grupos, de las sesiones. Desconoces el auténtico placer.

Abbie lo miró. Entendía su punto, pero no estaba dispuesta a comprobarlo. No era así, no podía acostarse con cualquiera y simplemente hacer como que no importaba. Era una mujer muy chapada a la antigua. ¡Quería y necesitaba un

príncipe azul!

—No puedo experimentarlo. No sentiría nada. No soy Morie.

Rod sonrió con conocimiento, negando.

—No necesitas ser Morie, ni necesitas practicar sexo en grupo o frente a una audiencia. Lo que necesitas, Abbie, es encontrar tu sensualidad. Tu placer. —
La miró con un cálido interés en sus ojos—.

Podría enseñarte, si tú quieres.

—¿Qué? —No estaba proponiendo lo que suponía, ¿verdad? Nunca podría hacer lo que ese hombre

deseaba. Dejarse atar o golpear o convertirse en algún tipo de cautiva sumisa. No, ni de coña. No era su rol. Y estaba Daniel, que alteraba sus hormonas y su cuerpo. Él no estaría de acuerdo con que experimentara con Rod ni con cualquier otro en aquel club y ella no quería decepcionarlo.

No tenía idea de por qué, pero lo cierto es que necesitaba que la mirara y viera en ella algo diferente.

—No puedo.

—Quizá no conmigo —susurró y acarició su mejilla con una ternura inusitada —, pero sí hay alguien con quién podrías y deberías intentarlo.

—Daniel no quiere saber nada de mí, me ha apartado.

—No lo ha hecho, solo está preocupado por la nueva situación. Todo se complica, Abbie, pero te desea y tú a él.

—No va a pasar. Es imposible. No soy así. Además, necesitaría estar enamorada para... para tener relaciones, ya me entiendes, y no creo que lo esté. Vamos, sé que no lo estoy. Quiero decir, acabo de conocerlo...

Estaba titubeando como una adolescente, lo sabía, y lo peor de todo es que se sentía igual de inexperta y perdida.

Rod siguió siendo suave y cariñoso.

—Si me necesitas y me quieres, te ayudaré. Puedo enseñarte lo que es el placer, puedo ayudarte a

comprenderlo. No tiene que incluir nada que tú no quieras, Abbie. Es una oferta sincera. Brenda está a salvo ahora, va a tener custodia policial y Gabe va a colaborar en todo lo que pueda para atrapar a los culpables. Todos lo haremos. Si necesitas sentir para ver de verdad, para encontrar las conexiones que te faltan, toma mi oferta y acéptala.

La dulzura, la sinceridad, el cálido aroma de su piel casi bastaron para convencerla. Puede que hubiera aceptado si en ese momento no hubiera entrado Daniel, una muy enfadada versión del hombre, y lo hubiera alejado de ella con saña, casi violento. Lo miró de un modo en que dejaba claro que no iba a permitir que se acercara a ella.

—No va a aceptar ninguna propuesta, Roderick. ¿Lo has comprendido?

—Por supuesto. Solo quiero ayudar.

—De esa manera, no. —Se dirigió a Abbie—. Dúchate y ponte esto —le dio una larga camiseta oscura y unos pantalones de deporte—. Es todo lo que he podido encontrar que no dejara partes estratégicas de tu cuerpo al descubierto —se dirigió a Rod—. Aléjate de ella, yo voy a ocuparme de su protección.

—¿Y de su educación?

—Lo que sea necesario.

Abbie quiso gritar, pero no lo hizo. Malditos hombres neandertales, hablaban de ella como si no estuviera allí. Que le dieran a los dos.

Se metió en el baño y cerró de un portazo, no estaba dispuesta a ser un hueso entre dos perros. No iba a haber sexo ni seducción ni nada. Se asearía, se pondría a trabajar de nuevo y acabaría con el caso de una vez.

Y después no echaría la vista atrás de nuevo.

Por ella, ellos podían irse al infierno.

CAPÍTULO 16

—Deberías empezar a pensar en dejar el pasado atrás —dijo una voz a la espalda del hombre que iba a limpiar la ciudad de las depravaciones ese club del placer y, en especial, del cabecilla: Gabriel.

Había planeado algo doloroso para él, su plan era sencillo, consistía en arrebatárselo todo y eso haría.

Primero la inocencia de su amiga. ¿Qué clase de hombre tenía una mujer como amistad? Solo uno que se creía superior a los de su propio sexo. Con más altura moral. Malnacido...

No le había importado destruir la belleza de la inocencia en otro tiempo. ¡Brenda era una burla a la memoria de Anastasia! Se merecía todo lo que había sufrido, quizá debería haberla herido más duro y profundamente.

No la había tocado, no iba a mancharse con los mismos pecados de su enemigo. No iba a ser como las sabandijas que hacían el trabajo sucio por él, era un hombre puro, sin necesidades terrenales, toda su vida era el mundo espiritual. La purificación. El amor de verdad, lejos de lo carnal.

Volvió a acariciar el rostro que aparecía reflejado en la fotografía. La dulce sonrisa, la mirada llena de luz y esperanza, los sueños de amor sincero. Todo lo bueno del mundo había estado encerrado en ella, en un futuro prometedor que se había visto truncado por la más oscura depravación de un hombre que ni siquiera le daba importancia a lo que había hecho.

¡Ni siquiera la recordaba!

Solo era una más, en una larga lista.

—No hasta que termine con él, de la misma manera en que ese malnacido terminó con ella.

—Has sobrepasado el límite —espetó su subordinado, mirándolo con rencor

—. Esa mujer no era culpable de nada. Nos engañaste, nos utilizaste para herirla profundamente, solo para saciar tus ansias de venganza.

—Tú también quieres acabar con ese lugar. Incluso más que yo. ¿No fue tu novia, la víspera de vuestra boda, la que tras recibir una invitación folló como una loca con ese grupo de salidos? Porque puedo mostrarte el video, para refrescarte la memoria.

—Hiciera lo que hiciera Claire, Brenda no merecía lo que recibió. Estoy harto de esto.

—Estamos dándoles a esas zorras lo que quieren.

—Quizá con las dos primeras lo hicimos, pero no esta última vez. Yo... lo dejo. Me retiro. Se acabó.

No cuentes conmigo para ir detrás de esa policía.

—Esa policía, como dices, estuvo en el club.

—Los dos sabemos que ella no ha participado en ninguna de las actividades, sabemos que si estuvo allí no fue por propia iniciativa y que si permanece allí solo es para pillarte.

—Pillarnos. No te olvides que estás tan metido en esto como yo y, si yo caigo, caemos todos.

Se atrevía a desafiarlo, a retirarse ahora, cuando todo estaba tan cerca de terminar. No iba a permitirlo.

—No voy a herir a una mujer inocente más. Estaba resentido por lo que hizo Claire, pero no es culpa de nadie más que de ella. Lo tengo muy claro ahora.

—Me decepcionas, pensé que habías comprendido la importancia de nuestra misión, pero que no se diga que soy un líder sin compasión. Ve y encuentra tu camino.

—¿Así sin más?

—No hablarás si sabes lo que te conviene —espetó sin ningún tipo de confesión—. Tengo pruebas de lo que has hecho, si tratas de levantarte contra mí, caerás.

—A Anastasia no le gustaría lo que estás haciendo, hermano. Los dos lo sabemos.

—Cállate, tú no sabes nada. ¡Nada en absoluto!

—Sé que te está carcomiendo la ira y que pronto no serás capaz de distinguir entre el bien y el mal.

Ya no lo haces. Déjala libre, deja que descanse en paz de una vez por todas.

—Gabriel es el culpable de su muerte y por mi vida que pagará por ella. Con cada gota de sangre de su cuerpo, pero no antes de que pierda y vea morir la esperanza de todos aquellos a los que ama.

—Te equivocas de camino.

—No tienes tu suerte, porque nuestro vínculo familiar no salvará tu cuello si me tocas las pelotas.

Anastasia merece justicia y si no eres lo suficiente hombre para lograrla en su nombre, yo lo haré.

No le importaba tener que llevar hasta el final su plan él solo, podía hacerlo. Tenía los medios y la información. Tenía el motivo más puro para continuar con aquella lucha al final. Tenía que ganar, porque perder solo significaba una cosa: la muerte.

La suya, pero también la de todos aquellos que pudiera arrastrar con él.

—¿Vas a volver al club?

—Como cada noche —corroboró. Nadie sabía quién estaba detrás de los ataques. Nadie conocía su nombre real, a pesar de que todos conocían su cara.

No había sido tan fácil burlar la seguridad, a pesar de que el cabrón mayor se

vanagloriaba de su sistema.

Esa noche tenía una misión especial, conseguir llegar a la asustadiza Abbie, ¿qué sentiría y cómo reaccionaría cuando sus dos hombres más violentos tomaran de ella todo lo que Gabriel y sus secuaces habían tomado de su inocente Anastasia?

Quizá esa noche la rompería. Quizá les permitiría matarla y así cumplir con la venganza que había prometido.

Lo que sin duda haría sería torturar un poco más al supuesto amo que destruía vidas y no miraba atrás.

Y cuando ya no pudiera soportar más el dolor por la pérdida y la destrucción del mundo que tanto se

vanagloriaba de haber creado, entonces sería más compasivo que él y lo mataría.

Lo mataría quizá rápido quizá lento, pero le entregaría la liberación que él nunca podría tener. No hasta que se reencontrara con ella, de nuevo.

Su hermano abandonó la sala, mirándolo con decepción. Sabía que se odiaba por lo que había hecho, por ese rastro de conciencia que tenía, que mantenía como si temiera convertirse en un monstruo.

Pero ninguno de los dos eran monstruos, eran ángeles salvadores que iban a recuperar la paz de la ciudad. La pureza de sus hombres y mujeres.

La depravación terminaría y pronto, muy pronto, el mundo volvería a ser puro de nuevo.

Incluso si tenía que sacrificar a unos cuantos inocentes para lograrlo.

CAPÍTULO 17

—No deberías darle alas a Roderick. Pensé que no te interesaba el sexo.

Estaba furioso por todo, por la situación, por la revelación de identidad a los

tipos más peligrosos de la ciudad, por la situación de Brenda y Gabe, que, de alguna manera, se habían perdido el uno al otro y cuya relación sería difícil, si no imposible de restaurar, pero sobre todo por lo que había visto en los ojos de Abbie cuando había entrado de improviso en su intento de oficina de trabajo.

Ella había estado a punto de aceptar la oferta de placer sin límites, de un hombre desconocido al que no quería. Un hombre al que habían visto follar sin control en un montón de videos de mala calidad de varios años atrás.

Odiaba los celos que lo habían inundado, odiaba la sensación de impotencia que había sentido. Si hubiera llegado media hora después, ¿qué habría encontrado?

Iba a tirársela en algún momento, lo sabía. Iba a hacerlo y en sus términos, después de darle el placer que parecía estar suplicando, la dejaría atrás, sin rencores contra sí mismo, ni contra ella. La llevaría al mundo del placer y le haría un regalo. La ayudaría a descubrir que era una mujer con un gran apetito incluso en contra de sus creencias.

Y la seduciría, ella caería en sus brazos sin darse cuenta, porque había sentido la química entre los dos, ambos la sentían. Incluso si se empeñaban en negarlo.

Sabiendo que ella no era su tipo, pero que igualmente la deseaba. Que quería descubrir cada secreto de su cuerpo y también de su alma. Desnudarla por dentro y por fuera.

No iba a permitir que nadie se acercara lo suficiente para hacerle daño, ni tampoco para conquistarla.

Era suya y lo sería hasta que los dos se cansaran.

Sospechaba que ese momento tardaría llegar, pero no importaba. Iba a tener mucho tiempo libre cuando todo terminara. Tendría que reubicarse en el departamento, quizá incluso retirarse. Poner en peligro a un nuevo compañero estaba fuera de toda lógica. Repetir el pasado y que una mujer acabara en medio del fuego cruzado... ¡Nunca lo permitiría!

Abbie iba a salir físicamente ilesa, incluso si le rompía el corazón.

No era que planeara hacerlo, pero las mujeres tendían a enamorarse y él no. Fin de la historia. No le iban los emocionalismos baratos ni el compromiso eterno.

—Mira, Daniel, no tengo ganas de ser doña amabilidad ahora. Estoy física y emocionalmente agotada. He revisado un montón de expedientes, de videos, me han disparado, me han vapuleado, atentan contra todo lo que creo y siento con la mera existencia de este club y no paras de atacarme. ¡Estoy harta!

No necesito tu aprobación —lo miró y lo dejó inmóvil en el sitio—. No la quiero, solo déjame en paz un ratito, majó, y métete en tus jodidos asuntos.

—Tú eres mi jodido asunto.

—No, no es verdad.

—Lo es cuando ese violador sin escrúpulos te ha marcado como su próxima víctima.

Mierda. No pretendía decirlo así, pero ella le apretaba constantemente las tuercas. Lo enfurecía como nadie había sido capaz de hacerlo, sacándolo de sus casillas.

—Lo es cuando la mafia de media ciudad quiere mi cabeza y te has quedado atrapada en medio. Así que no me digas que me meta en mis asuntos y me aparte de ti, nena, porque eso no va a pasar.

—No voy a acostarme contigo, sea o no un objetivo.

No le tembló la voz aunque sí lo hacía su barbilla. Había conseguido asustarla.

—¿No tendrás miedo de que sea tan bueno que te haga cambiar de opinión?

—No seas tan soberbio. No creo que pudieras hacerlo ni aunque te esforzaras. Soy una mujer de ideas claras y no quiero ni necesito nada de ti.

—Joder, cállate de una puta vez. —Avanzó hacia ella y la besó de la manera en que había deseado hacerlo desde el principio. Saqueó su boca sin contención, tomando su lengua, mordisqueando y succionando sus labios, exigiendo con cada acometida, mientras sus manos sostenían su trasero y la pegaba a su dura erección—. Cállate, Abbie, solo bésame.

Ella pareció transformarse en ese momento en que rodeó su cuello con los brazos y con un pequeño impulso acabó completamente pegada a su cuerpo. Elevó sus piernas, mientras se envolvía en torno a él, tentándole tanto que no pudo evitar amasar su trasero entre sus manos. Probar más de ella, quería devorarla, necesitaba sexo con ella y lo quería ya, sin esperas.

Pero antes de dar cualquier paso en una dirección u otra, tenía que mostrarle un placer como nunca antes había conocido y como nunca más encontraría.

Tenía que hacerla tan adicta a él, como él lo era a ella. Se necesitaban mutuamente, se necesitaban con desesperación y eso estaba quedando claro.

—No podemos hacer esto aquí —gimió ella apartando su boca de sus labios. Tenía los ojos cerrados pero seguía aferrada a él. Todo su cuerpo gritaba por el suyo, ambos necesitados—. Las cámaras. No quiero...

—A la mierda las cámaras —dijo llevándola a la cama y dejándola caer suavemente sobre el cálido edredón. Subió sobre ella, sin dejar de rozar su piel con los labios ni un solo minuto.

—Nos verán.

No era un exhibicionista, pero ahora, en ese lugar y momento, ni siquiera le importó.

—Que miren y aprendan —espetó al tiempo que tiraba de la amplia camiseta de ella hacia arriba, exponiendo su vientre.

La piel era tersa, suave y pálida, como si se tratara de un pedazo de luna. Gimió. El contraste de sus

manos morenas contra su piel hacía que su erección engrosara un grado,

urgiéndole a enterrarse en ella, a encontrar la liberación que tanto necesitaba.

Física y emocional.

El estrés acabaría con él si no terminaba de una vez lo que había empezado hacía un par de días.

Pero no iba a apresurarla, tenía que recordar sus temores, sus afirmaciones respecto a la intimidad, tenía que mostrarle que el sexo entre ellos iba a ser diferente a lo que había conocido.

—Te haré gemir y llorar de necesidad por mí. No podrás evitar rendirte en mis brazos y olvidarás todo, Abbie, todo lo que no seamos tú y yo en este momento.

—Daniel... por favor.

No sabía qué era lo que estaba pidiendo exactamente, pero no importaba, porque en el fondo, ambos eran conscientes de lo que necesitaba el otro.

—Lo que tú quieras, cariño.

Bajó a su ombligo y lo besó, subió embebiéndose en su piel, disfrutando del contacto y la reacción de ella. Las femeninas manos se enredaron en su pelo guiándolo. Cuando llegó a sus pechos, que se erguían orgullosos ante él, disfrutó de su visión un instante, para probarlos antes de volverse loco.

Lamió y probó, dulcemente, sería una buena manera de demostrarle placer, si lograra provocarle un orgasmo tan solo succionando sus pezones. ¿Sería ella tan sensible?

Presionó su duro miembro contra su centro. Los dos seguían vestidos, pero no importaba. La fricción entre ambos lo volvía loco, mientras su boca seguía probando y sus dedos explorando rincones comunes de su cuerpo.

Una cadera, el costado del pecho, su brazo, el cuello, sus labios. Cualquier lugar tenía la facilidad de incrementar su deseo de una manera que nunca hubiera imaginado y ella se estremecía bajo él, retorciéndose, necesitando más, pidiéndolo todo.

—Por favor, Daniel. Por favor.

—Dime, cariño. ¿Qué quieres?

—Quítate la camisa, quítatela. Quiero tocarte, necesito tocarte.

Primero la ayudó a liberarse de la camiseta, tirándola por los aires, para después desabrochar un par de botones de su camisa y sacársela por la cabeza. Cayeron al suelo, descuidadamente, haciendo un ruido, más susurro que otra cosa, erótico. Y tuvo la facultad de provocar una intensa mirada que logró engancharlos aún más el uno al otro.

—Tócame.

Tomó sus manos para posarlas en su torso. Abbie enredó los dedos en su vello dando un ligero tirón, suavemente, sin causarle dolor, mientras sentía la caricia en lo más profundo.

El contacto era electrizante, atrayente, necesario.

—Vas a volverme loco, cariño.

—Eres diferente. Tu cuerpo es... diferente.

Rio, no pudo evitarlo. No había mucho humor allí, pero sí una tensión que tenía la facultad de trastornarlo. Necesitaba tenerla ya, necesitaba conseguirla de una vez por todas, entrar en ella.

Pero primero era lo primero.

Retomó el asalto que había quedado olvidado momentáneamente, deleitándose en ella. En el contacto y el sabor.

Sus manos presionaban y dirigían, mientras gemidos indiscriminados abandonaban su garganta, su nombre susurrado, pequeñas exigencias que ni siquiera llegaban a sus oídos.

No las necesitaba, solo quería que sintiera. Sentir ambos la pasión que los

unía y volvía locos de necesidad por el otro.

Sin importar quién estuviera mirando.

—Daniel.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Solo déjate llevar, Abbie.

Su cadera se movía contra ella, ayudándola al tiempo que su boca la poseía. No sabía si habría experimentado alguna vez el orgasmo, no le importaba. Sospechaba que era un camino desconocido, pero que estaba dispuesto a mostrarle.

Continuó con sus falsas acometidas mientras Abbie iba cada más alto, más cerca, ya casi lo rozaban con los dedos.

La animó, alentándola a que lo aceptara, a que se dejara llevar.

—Vamos, nena. Tu puedes. Estoy contigo, te sostengo, no voy a dejarte caer.

Y entonces sucedió, como un millar de fuegos artificiales, pudo ver el instante en que su cuerpo se estremeció mientras acogía el intenso placer. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su respiración jadeante casi se detuvo por un instante mientras toda ella se entregaba al abismo que le había descubierto.

La besó, como si no hubiera un mañana, como si todo lo que necesitaba para sobrevivir estuviera en su dulce boca.

Y la acompañó, a pesar de no permitirse la liberación, en esa nueva experiencia.

Sintió una felicidad inusitada, a pesar de no haberse corrido y supo, en ese instante mismo tuvo la constancia de que ese solo era el principio.

Y que sin querer y sin darse cuenta, había perdido completamente el control de la situación.

Pero sin importar qué sucediera, lo aceptaría. Solo por ella.

Abbie apenas podía respirar, no después de lo que acababa de pasar. Tampoco comprendía cómo era posible que pudiera haber sentido tanto con tan poco.

Nunca había sido así. No con su ex-novio. Tampoco era que se hubiera esforzado mucho con ella.

Solo había buscado su propio placer, a diferencia de Daniel, que ni siquiera lo había intentado.

No había tomado nada para él, solo le había ofrecido. Supuso que en eso radicaba la diferencia entre el pasado y el presente. Entre la insatisfacción sexual y el más intenso e inesperado placer.

—No lo sabía —confesó antes de poder pensar en lo que estaba diciendo.

Él salió de encima de ella y sintió su ausencia como un puñal profundo en su corazón. No había nada romántico entre los dos, supuso que había sido poco más que una demostración y se sintió, repentinamente, avergonzada. Se cubrió los pechos con los brazos y evitó mirarlo.

—Lo siento —murmuró bajándose de la cama con toda la dignidad que logró reunir y atrapando la camiseta. Le dio la espalda para ponérsela y se preguntó en qué lugar estarían ubicadas las cámaras y si todo el club estaría viéndola.

Se moría de vergüenza y ahora solo quería llorar. Había sido tan tonta. No debía haber permitido aquello, pero en su defensa podía alegar un cansancio tal que apenas si podía enlazar dos pensamientos seguidos.

—Abbie —la mano masculina se apoyó en su hombro. No le provocó dolor, pero sí incomodidad.

Porque le había permitido hacer algo que no debería, porque eran diferentes y no tenían nada en común, porque sin que él lo dijera en voz alta sabía que no era su tipo—. Cariño, mírame.

—No soy tu cariño —su voz sonó tan baja que dudó que la hubiera escuchado, pero lo hizo.

—Oh, yo creo que lo eres.

La hizo girarse con facilidad pero sin causarle dolor, alzó su barbilla con dos dedos y la miró a los ojos. Esperaba que se riera o burlara de ella, pero no hizo ninguna de las dos cosas, ni siquiera pronunció un solo sonido, tan solo bajó a sus labios y la besó dulcemente, sin lengua, sin exigencias, solo a modo de consuelo, sabiendo que ella lo necesitaba.

—Eres un bocado muy dulce, Abbie, y si alguien te ha hecho pensar alguna vez lo contrario, es que no merecía tenerte.

No le había parecido un hombre considerado, si leal, pero no respetuoso con los sentimientos. Decía tacos, la miraba con lo que parecía ser odio un instante, al siguiente con el más intenso de los deseos y no entendía nada, estaba fuera de su elemento.

Necesitaba hablar con Morie y pedirle consejo. No podía seguir así por más tiempo. Tenía que hacer algo ya. Algo que le devolviera el control que había terminado perdiendo solo por encontrarse cerca de este hombre.

—Deberíamos seguir...

—Soy de la misma opinión —dijo él agarrando el borde de la camiseta que se había puesto de nuevo.

—Trabajando —terminó. No estaba lista para nada más con él, no debía, porque iba a terminar enganchada a un hombre que no podría darle amor. Lo sabía tan claramente como que el sol se ocultaría y saldría la luna al llegar la noche.

—Hemos trabajado suficiente por hoy.

La abrazó sin obligarla a nada. Con una facilidad y un cariño ajenos a la situación y a ellos dos. No había romance entre ellos, no había pasado tiempo suficiente y ni siquiera eran compatibles. Tenía que descartar cualquier intención romántica con aquel hombre, tenía que forjar un muro que le permitiera mantener su corazón a salvo.

—No creo que sea una buena idea cambiar la naturaleza de nuestra relación —le dijo tratando de mantener un tono eficiente.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso. Ya ha cambiado. Acaba de hacerlo.

—Pero...

—Hagamos algo. No voy a forzarte, Abbie, creo que has visto lo suficiente de mí como para comprender eso. Vamos a dormir un par de horas, aclarar la mente, descansar y después, veremos a dónde nos lleva lo que sea que haya surgido entre nosotros.

—¿Y la mazmorra de esta noche? En la que íbamos a estar presentes.

—Rod comprenderá. Con lo que ha pasado, tengo mis dudas sobre la apertura del club.

Probablemente, permanezca cerrado hasta que la policía encuentre a los tiradores y cerquemos un poco más la identidad de nuestro secuestrador.

Y además, debía haber visto lo que acababan de hacer. Qué vergüenza, no debería haber permitido que sucediera, no allí.

—Creo que necesito dormir un rato para poder aclarar mis ideas, todo esto... Tengo un caos tan grande en mi cerebro que dudo ser capaz de hacer una conexión decente.

—Dormiremos entonces —abrió la cama y la ayudó a entrar, él fue por el otro lado. Se deshizo de sus zapatos y se acomodó a su costado. La miró, abrió sus brazos y no pudo evitar acurrucarse contra su pecho, incluso si iba en contra de su profesionalidad y de todo lo que parecía correcto.

Con Daniel nada era normal, todo era intenso y salvaje y quería descubrir ese lado de su personalidad que apenas había empezado a atisbar, quería descubrirse a sí misma y que él también la viera.

—Gracias —murmuró cerrando los ojos y perdiéndose en el aroma a hombre. Se había duchado con

el mismo gel que ella y aún así olía diferente. Más picante y salvaje, atrayente.

—Descansa —contestó besándole la cabeza y apretándola un poco más, mientras los cubría a ambos con las mantas.

No supo en qué momento perdió la conexión con la realidad o cuando comenzó su sueño, pero cuando sus ojos se abrieron de nuevo varias horas después, tenía un motivo, una idea y un sospechoso.

Y no podía evitar culparse por no haberse dado cuenta antes.

Despertó a Daniel y lo miró.

—Lo tenemos.

CAPÍTULO 18

Gabriel paseaba de un lado a otro del pasillo del hospital, tratando de decidir si entrar o no en la habitación en la que Brenda se recuperaba. Había dos policías en su puerta y empezaban a mirarlo con cierta sospecha.

No por el hecho de que pensarán que fuera capaz de atacarla, sino más bien, como pensando que se había vuelto completamente loco.

Y podía ser cierto. Porque temía mirarla a los ojos y volver a ver el vacío en su mirada.

Podía lidiar con su odio, al fin y al cabo era una emoción, pero la nada y la indiferencia solo lograrían minar la relación que hubiera entre los dos.

Fuera esta la que fuera, porque ahora ya ni siquiera tenía idea de los pilares que la sustentaban.

—Eh, amigo —dijo uno de los agentes—. Vas a hacer un surco en el suelo. ¿Por qué no entras de una vez? Cuanto antes lo afrontes, antes terminará.

Quizá ese era el problema, que no quería que terminara.

—No estoy seguro de si es una buena idea.

—Las víctimas de violación siempre necesitan un periodo de aceptación, pero es cierto que los familiares y personas cercanas, son un apoyo. Puede que al principio te rechace, porque teme que a tus ojos ella ahora sea diferente, pero te necesita a su lado. Sea capaz de pronunciarlo o no.

El hombre lo miraba con seriedad, en sus ojos había comprensión y pena. Se preguntó cómo era posible que supiera tanto del tema. ¿Sería psicólogo?

El otro agente, una mujer con gesto duro, asintió conforme a las palabras de su compañero.

—No va a hablar con un desconocido. Ya la han tocado y examinado suficientes personas. Para poder abrirse a alguien, va a necesitar a un buen amigo.

—¿Incluso si ese buen amigo es culpable del infierno que ha vivido?

—No creo que ella lo vea así —dijo el primer policía. La placa del uniforme lo identificaba como Thomas y parecía un hombre afable—. Tengo mujer y dos hijas adolescentes, sé de lo que hablo.

Se preguntó si alguna de ellas había sufrido una violación del tipo que había soportado Brenda, pero él solo trataba de calmarlo y de ayudar, no iba a atacarle como el animal herido que era en este momento.

Quería pensar que era un tipo decente, incluso si sus perversiones, si eso era lo que sus tendencias sexuales eran, habían herido directamente a la persona más importante de su vida.

—Entraré —decidió antes de poder arrepentirse.

Y ellos se lo permitieron a pesar del nudo que sentía en el estómago. Cuando escuchó la puerta cerrarse tras él, se sintió atrapado, pero se obligó a poner un pie tras otro y dirigirse hacia la cama en la

que Brenda descansaba.

La habitación era amplia y aséptica. Las paredes blancas tenían algunos ronchos oscuros, probablemente huellas de pisadas, de acompañantes inquietos. El sillón que había para descansar al lado de la cama tenía un aspecto realmente incómodo y la ventana estaba cubierta por una verja de seguridad.

Se preguntó si habrían llevado allí a Brenda a propósito, si acaso los facultativos que la atendían temían que tratara de poner fin a su vida.

No podría vivir sin ella. No podría soportarlo si moría. No iba a permitir que sucediera jamás.

—Hola Bren, ¿qué tal te encuentras?

Aunque tenía los ojos cerrados sabía que no dormía, tan solo trataba de evitar al que hubiera entrado en la habitación. Se preguntó si sabía que era él.

Supuso que no, pues en cuanto escuchó su voz, abrió los ojos y lo miró. Había algo más en ellos, algo que no había estado allí antes cuando abrió la caja y la sacó de ella.

—Gabe, has venido.

—¿Acaso pensabas que iba a dejarte pasar sola por esto? Incluso si me echas, voy a estar justo al otro lado de esa puerta.

Ambos sabían que había sido completamente sincero con sus palabras. Que la quería tanto que haría cualquier cosa por ella. Sabía que de estar en su posición, Brenda también cuidaría de él.

—Pensaba que serías otro de esos médicos, palpando y preguntando. Pidiendo detalles. Solo quiero que esto acabe.

Los vendajes de sus muñecas le recordaron que había sido maltratada, el moratón de su rostro seguía destellando como un semáforo en rojo colándose en su corazón.

—No dejaré que nadie vuelva a hacerte daño.

—No hay ningún lugar seguro, Gabe. Estaba en mi cama, en mi casa, detrás de una puerta blindada cuando esto pasó. ¿De qué sirvió esa seguridad? De nada. Ni siquiera pude defenderme. No pude.

—Si tan solo hubiera estado contigo...

Se culpaba porque debería haberla protegido. Era su deber, su obligación como amigo.

—No puede ser.

—¿Han llamado a tus padres?

—Sabes lo difícil que es localizarlos, así que todavía no. Prefiero que no lo hagan, no los necesito aquí. Con su optimismo y sus flores, sus «pon la otra mejilla». No estoy preparada.

—Entonces no dejaré que lleguen a ti.

—¿Y cómo lo impedirás? —preguntó.

—Como sea necesario.

—No quiero volver a mi casa —dijo Brenda cubriéndose aún más con la ropa de su cama—. No me

sentiría segura allí.

—Pues vendrás a la mía y yo cuidaré de ti.

—No. No puedo —lo miró, sus ojos decididos parecían dispuestos a hacerle una difícil petición—.

Quiero quedarme en el club.

—¿Qué?

Apenas podía creer lo que acababa de decir. Había sido atacada a causa del *Pleasure's* y le pedía ir allí. ¿Por qué? ¿Acaso el ataque la había cambiado de

alguna manera? ¿Había despertado en ella alguna necesidad dormida?

Por Dios, no. No iba a pensar eso de ella, sabía que no era posible.

—Brenda...

—Por favor, Gabe. No me buscarán allí, estaré a salvo. No quiero estar con desconocidos, quiero estar contigo. No te pido que me conviertas en una de tus atracciones, no soportaría que nadie me tocara, pero... pero tengo la sensación de que allí estaré segura.

—Tengo un sistema de seguridad muy bueno y un pequeño ejército, Brenda, pero no sé si es una buena idea después de lo que has pasado. La policía podría ubicarte en una casa segura y ponerte escolta, el club es...

—El club es una parte de ti que nunca has compartido conmigo —había una dolorosa recriminación en su voz—. Si de verdad quieres ayudarme, no me ocultarás nunca más quién eres.

—¿Estás segura de querer venir a mi mundo?

—Lo estoy.

—No estoy seguro de que sea bueno para ti, Bren, pero si me pides eso... no voy a negártelo.

—Solo tengo una condición, Gabe.

—La que me pidas.

—Pase lo que pase a partir de ahora, no me pidas nunca que te cuente los detalles de lo que me ha pasado. No creo que pueda hablar de ello ni recordarlo otra vez. No es que quiera ocultarlo, es que no puedo soportar volver a revivirlo de nuevo. No quiero que tú sepas lo que me hicieron.

—Bren, yo...

—Prométemelo, Gabe. No quiero que lo descubras nunca.

¿Debería hablarle de los videos y las imágenes que había recibido? ¿Las llamadas y los correos? ¿El juego que aquellos depravados habían jugado con los dos?

Le había ocultado información antes y no había salido bien, pero no creía que fuera el mejor momento para confesarlo. Aún así...

—Lo prometo.

Algo parecido a la relajación pareció llenar el cuerpo de su chica. Y sí, era su chica, y lo sería por siempre.

Solo quería darle un poco de paz y si para conseguirla tenía que permitir que viera al hombre tal cual era, era un pequeño precio a pagar.

Solo quería devolverle la vida que se merecía.

CAPÍTULO 19

—¿Cómo que lo tenemos? —preguntó Daniel aturdido aún por el sueño. Tenía los ojos rojos e hinchados, no estaba precisamente atractivo en ese momento. Su ropa arrugada, pero aún en su lugar, le hizo pensar que no habría descansado muy cómodamente. Sin embargo, no se había quejado. A pesar del descuido de su apariencia, su corazón dio un inesperado vuelco.

Supuso que ella con pelos de loca y legañas, tampoco era la candidata ideal a Miss Mundo, pero le gustaría ser capaz de averiguar si, al igual que le sucedía con él, Daniel sentía algo diferente cuando la miraba, sin importar que su apariencia fuera descuidada.

Fuera como fuera, ahora no importaba. Tenían asuntos mucho más serios de los que ocuparse.

—Lo tenemos, ven.

Se levantó a toda prisa y encendió el equipo, rebuscó en las carpetas que habían revisado y seleccionó algunas capturas que habían tomado de los videos, señalando.

—Había algo que me descolocaba y no sabía qué era.

—No sé si estoy todavía demasiado dormido o simplemente lento, pero no veo lo que ves.

Abbie sonrió ante su estupor. Comprendía que no lo viera, en las primeras imágenes, el rostro del hombre aparecía un poco pixelado, pero apostaba sus ahorros a que era el mismo en todas las fotos.

—Tenía la sensación de que habíamos estado perdiendo el tiempo, que aquí no había nada, pero me equivoqué. Ha estado ahí, desde el principio —agrandó la parte de la imagen en la que quería concentrar su atención y guió su mirada—. ¿Ves? Este hombre siempre está entre el público, no usa máscara en ninguna de las secuencias y su mirada en ningún momento se aparta de tu hermano.

Buscó el video para ilustrar lo que acababa de decir y lo reinició.

—Fíjate. Hay algunos momentos en los que no se le ve tan bien, pasa desapercibido, no llama la atención y cuando hay algún tipo de movimiento de los miembros de seguridad, simplemente se aparta de su camino.

Buscó un segundo video, de varios meses después, y volvió a señalarlo.

—Al principio pensé que podría ser algún miembro del club, pero no recuerdo haber visto su ficha, sin embargo siempre está presente. En todas y cada una de las escenas en las que participa tu hermano y en las que han surgido problemas. Y siempre cerca de la persona que inicia el altercado.

Daniel la escuchaba y seguía las imágenes, tratando de enlazar sus pensamientos. Podía ver cómo las conexiones se formaban en su mente, listo para dar un paso más.

—¡Qué cabrón! Los azuza. —Se sentó a su lado y le quitó el mando, buscando más videos, tratando de localizar en todos ellos al mismo tipo.

Abbie sentía su presencia allí, incluso antes de verlo. El clima se caldeaba y la sonrisa siniestra en aquel rostro, era un reflejo de pura maldad satisfecha.

—Al principio no era consciente de haberme fijado en él. No llama la atención, queda en un discreto segundo plano y no participa. Creo que el hecho de que no use máscara significa algo, quizá está retando a Gabriel de alguna manera o mostrándose superior. Distinguiéndose del resto.

—El hecho de que no la usa solo demuestra que es un idiota. No deberíamos tener mucho problema para identificarle.

Abbie negó.

—No va a ser fácil, la calidad de la imagen no es buena y si no me equivoco...

Le apartó las manos del teclado con suavidad, sintiendo un escalofrío de placer que decidió ignorar por ahora, y reprodujo el último video que habían recuperado antes de salir a comer.

—No sabía que había cámaras. Creo que el reto era contra tu hermano, en el momento en que el sistema de seguridad fue más evidente, empezó a utilizar un antifaz que cubre parcialmente su rostro —

adelantó la secuencia hasta que la cámara le enfocó, de nuevo en el centro del disturbio—. Aquí está.

—¿Estás segura de que es el mismo tipo?

—No vemos su cara completa, pero fíjate en sus movimientos y en su boca. Esa sonrisa que pone los pelos de pelos de punta y es exacta a esta otra.

Ubicó dos imágenes en la pantalla para que pudieran comparar.

—¿Cuánto tiempo lleva en el club sin que nadie se dé cuenta y por qué no se ha detectado que es el instigador de los problemas?

—Creo que el sistema de seguridad de tu hermano se concentra en determinado tipo de conductas violentas que reconoce como agresiones, él se mantiene frío, solo dice un par de frases y después se retira. No es una amenaza, es fácil pasarlo por alto incluso para los guardias. A mí no me sorprende, parece ser un cliente fiel desde el principio de las reproducciones.

—Su cara me resulta familiar —contestó Daniel, tratando de establecer la conexión que se le escapaba—. Sé que lo he visto en alguna parte, pero ahora mismo soy incapaz de determinar dónde.

—Quizá aquí mismo. Tú dijiste que a veces presenciabas... ya sabes, algunos shows.

—Sí, bueno. No tan a menudo como puedas pensar, casi siempre desde la sala de máquinas, quizá por eso me resulta conocido.

—¿Puede ser un trabajador del *Pleasure's*?

—Que yo sepa no, pero voy a avisar a Rod para que nos lo corrobore.

Sacó su móvil y mandó de inmediato un mensaje al hombre, que no tardó más de diez minutos en llamar a la puerta y entrar.

—¿Lo habéis encontrado?

—No es algo certero, pero es un punto de partida —expuso Abbie, que a pesar de tener la corazonada de que había encontrado al hombre, no quería entusiasmarse antes de tiempo. Pasarse de lista

podría poner a un hombre inocente en el punto de mira y tampoco quería eso.

Daniel lo miró.

—Bastante convencidos. Yo lo estoy. Lo había pasado por alto, pero al parecer la experta en pruebas lo tenía en su cabeza y ha atado todos los cabos sueltos —la miró con una ternura que no esperaba de él y una sonrisa interesante. En sus ojos una promesa erótica que le recordó lo que habían hecho antes de dormir y que seguramente Rod habría presenciado.

Un intenso rubor cubrió sus mejillas provocando en ella el deseo de hacerse pequeña y desaparecer o esconderse bajo la mesa.

Ni Rod ni Daniel debían de estar pensando lo mismo que ella, porque la siguiente pregunta la dejó por un instante aturdida. Ni siquiera la escuchó, hasta que recordó dónde estaba y qué estaban haciendo.

—Sí, aparece en todos los videos que hemos revisado. No siempre se le ve nítidamente ni aparece enfocado en primer plano, pero está incluso en los más recientes.

—No lo reconozco. Quizá Gabe podría dar más detalles o quizá Lou, voy a avisarlos para que se pasen por aquí a ver la imagen en cuanto puedan.

—No sé si es una buena idea mezclar a más gente en esto, podrían hablar sin darse cuenta —empezó ella—. A veces se hacen comentarios bienintencionados, para ayudar, y acaban complicándolo todo más o poniendo a los sospechosos sobre-aviso.

—Mi hermano está al corriente de todo, no podemos mantenerlo aislado.

—Lo sé, pero él está pasando por un momento crítico. ¿Crees que podrá pensar con claridad? ¿Y si lo reconoce y decide tomarse la justicia por su mano?

Daniel se pasó la mano por la cabeza, en señal de frustración. Podía entenderlo, en estos casos el tiempo era importante, pero también la cabeza fría y ambos sabían que Gabriel no sería capaz de mantener sus emociones apartadas en esto. No, sabiendo lo que Brenda había sufrido, lo que le había hecho a otras mujeres.

—No lo haría.

—Lo haría —contradijo Rod a la vez—. Es tu hermano, pero lo conozco casi tanto como se conoce a sí mismo. He hablado con él después de que encontrara a Brenda y está dispuesto a todo, Dan. Creo que tu chica tiene razón, no en ocultarle la información, pero si en la postura que va a tomar.

—No soy su chica.

—No es mi chica.

Los dos hablaron al mismo tiempo y se mostraron avergonzados casi instantáneamente. Había algo entre ellos, pero nada serio. Nada que los convirtiera en una pareja.

Eso era imposible. Eran tan incompatibles como el agua y el aceite y ambos lo sabían. Sin importar lo que hubiera pasado hacía unas horas.

—Sé que después de lo que seguramente hayas visto antes...

Rod la miró con una sonrisa y negó.

—Desconecté las cámaras de esta habitación desde el instante en que empezasteis a trabajar aquí.

Confío en que ninguno de vosotros herirá al otro y no quiero que quien sea que esté detrás de esto, si es que tiene acceso al club, pueda descubrir lo que estáis haciendo. Así que no he visto nada, pero me alegro de que Daniel por fin muestre un poco de sentido común.

—Cállate —espetó malhumorado el policía—. No es asunto tuyo.

—Lo es, si está preciosa mujer sale herida. No querrás vértelas conmigo —se cruzó de brazos, mostrando una pose amenazadora, pero cuando Daniel no miraba, le guiñó un ojo a ella.

Debía estar más roja que la grana a esas alturas, pero, de alguna manera, se sintió reconfortada.

—No voy a hacerle daño y creo que Lou debe de saberlo.

—¿Qué? —preguntó Abbie aturdida—. ¿Por qué debería saber Lou lo que pasa entre nosotros?

Daniel puso los ojos en blanco y sonrió divertido.

—Lo de ese tipo. El caso, ¿recuerdas?

«No, no lo recuerdo, porque me estoy convirtiendo en una imbécil hambrienta de orgasmos».

Y eso que solo lo había sentido una vez. Una sola vez y bastaba para convertirla en una tonta sin cerebro.

Aunque quizá hubiera sido precisamente eso lo que había iluminado su mente. Podrían probar de nuevo y ver si encontraba un nombre propio y una dirección, ¿no?

«Céntrate, Abbie. Antes de que cometas alguna estupidez».

—¿Lou se lo dirá a alguien? ¿Compañeros, clientes, familiares, amigos...?
¿Estamos seguros de que no tiene relación con nuestro sujeto?

—Lou es una tumba. De todos modos, podemos imprimir una de esas imágenes y preguntar sin dar

detalles —aclaró Rod—. Sea como sea, confío completamente en él. Le debo mi vida.

El cuerpo del enorme hombre se tensó, como si hubiera recordado de pronto algo doloroso. En sus ojos apareció una sombra de preocupación que hasta el momento no había vislumbrado en él y, durante un instante, pareció sumido en la oscuridad de algún pasado lejano.

—Puede funcionar, Abbie. Si necesitas que Jim lo corrobore, puedo llamarlo para que nos dé el visto bueno. Eres intuitiva con las pruebas, pero yo conozco a la gente. Si te digo que Lou es de confianza y que no hablará, es que así es.

—A veces la gente te traiciona, incluso en contra de su voluntad.

—Deberías tener un poco más de fe. Si no en los demás, tenla en mí. Tengo instinto, me ha salvado el pellejo en varias ocasiones, esta tarde, la última vez.

Sabía que tenía razón, pero le costaba creer que nadie en el club estuviera implicado. Quizá se había equivocado en sus primeras suposiciones, sí era alguien presente en la vida de Gabriel, pero no alguien con quien trabajara, sino alguien que frecuentaba las secuencias que él representaba para aquel público hambriento de sexo.

—Está bien, Daniel. Hazlo a tu manera, al menos tenemos la imagen.

—Y con suerte un nombre antes de que acabe la noche.

—¿Aquí nadie duerme?

Rod sonrió, de nuevo en el mundo de los vivos.

—Es un club nocturno, preciosa.

—Pero llevas en pie desde esta mañana, ¿no estás cansado?

—¿Quién podría dormir con todo lo que está pasando?

Abbie se sintió culpable, ellos habían estado durmiendo durante al menos cuatro horas, después de tontear sobre la cama.

—Además, solo es medianoche.

—¿Vais a abrir?

—Hoy no. Después del tiroteo de esta tarde y de que Miles lidiara con la policía, cuando se presentaron buscando a tu hombre, para evitar que os molestaran, lo más seguro para todos es echar el cierre por hoy. Gabriel está de acuerdo, pasará la noche en el hospital con Brenda y quiere que prepare una habitación para ella aquí. No se siente segura en su casa.

Abbie se preguntaba cómo era posible que se sintiera mejor en aquel lugar, que le recordaría lo que había pasado. Puede que en apariencia fuera un lugar elegante y bien cuidado, pero de alguna manera la sensualidad y el erotismo estaban pegados a aquellas paredes tan profundamente como los ladrillos, el cemento y la pintura.

Dudaba que fuera una buena terapia para la chica, pero no la conocía, no sabía nada de ella y quizá el hecho de afrontar aquello, facilitara su etapa de transición, facilitándole el acceso a la vida que le habían arrebatado sin pedir permiso.

—Mi hermano se ha vuelto loco.

—No ha sido cosa de tu hermano. Se lo ha pedido y, como comprenderás, no ha podido negarse —

explicó Roderick—. Personalmente, me parece una buena idea. Aquí podemos mantenerla segura.

—Siempre y cuando ningún miembro del personal trabaje directamente con nuestro sospechoso.

Porque, ¿cómo es posible que nadie detectara algo extraño en él?

—No es tan difícil que alguien así pase desapercibido —adujo Rod, encogiéndose de hombros—.

No causan problemas aparentes y no intervienen directamente con las chicas o los chicos. ¿Recuerdas lo que te dije del código de colores? —preguntó señalando la pulsera blanca que le había entregado y luego la muñeca del desconocido, que portaba una idéntica—. Normalmente, esta gente solo viene, mira, murmuran algunas palabras y se van. No mantienen relaciones ni con otros clientes ni con nuestros trabajadores y nunca hacen uso de las instalaciones. No es el único que actúa así.

—¿Crees que haya podido equivocarme? —inquirió Abbie con preocupación.

—Creo que tu instinto es bueno, no me habría dado cuenta si tú no lo hubieras visto —la animó el hombre; Daniel asintió vehemente, como reforzando sus palabras—. Y me parece que es un buen punto de partida para iniciar una investigación.

—Pero no es fácil que podamos implicarlo en los ataques y secuestros.

—Y sabemos que no trabaja solo.

Segundo problema de la noche, ¿cómo averiguar quién estaba en aquello con él? ¿Y qué lo motivaría para hacer lo que había hecho? Suponiendo que tuvieran al hombre en cuestión y no hubiera cometido un terrible error.

Las dudas surgieron en su cabeza, como muchas veces antes, pero había algo en ella que seguía diciéndole que él estaba implicado, de alguna manera.

—Quizá deberíamos tenderle una trampa.

—¿Qué tipo de trampa? —preguntó el policía.

—Con Gabriel. Parece ser el impulsor de su odio. Quizá podemos advertir a Lou de que avise si llega, en vez de involucrarlo en busca de su identidad y, cuando lo tengamos, retenerlo para poder indagar en su ficha personal. ¿Todos los clientes han sido investigados, no?

—Podría ser una manera de hacerlo, pero necesitaremos algún tiempo para ocuparnos de eso. Un par de días, al menos —les informó Roderick—. Gabriel necesita ese tiempo para ser capaz de volver, es posible que más.

—Mi hermano hará lo que tenga que hacer para pillar a ese cabrón.

—¿Incluso bajo la atenta mirada de Brenda? —inquirió el otro hombre, fulminándolo con la mirada

—. No sabes lo que siente por ella, no creo que ni siquiera él sea consciente de lo profundo que esa mujer está clavada en sus entrañas.

—¿Mi hermano enamorado? Te equivocas.

—Puede que sí, que esté equivocado, o puede que seas tú quién no conoce tan bien como cree a su hermano.

Los dos se midieron con las miradas, así que Abbie decidió intervenir para poner paz.

—Sea como sea, lo cierto es que es la mejor manera de hacerlo. Imprimiremos la imagen de este hombre para que se la des a Lou, solo a él. No queremos a toda la plantilla alerta, quizá alguien le facilite información —los dos la miraron con el ceño fruncido. Ellos confiaban en aquella gente, ella no los conocía, así que podía mantenerse en un inteligente terreno neutral—. No me miréis así, como he dicho, cuanta menos gente esté involucrada será mejor para todos.

—Está bien, lo haremos a tu manera —aceptó Daniel—. No es tan descabellado y mi hermano actuará mañana mismo, no podemos alargar más la situación, puede que en este momento ya haya otra mujer en peligro.

—Creo que tiene un objetivo claro en mente y ambos sabemos que aún no la ha conseguido.

Abbie sintió un escalofrío, porque sabía que hablaban de ella. Tenía miedo, si esos hombres la pillaban, si la secuestraban y abusaban de ella, ¿sería capaz de sobreponerse? ¿Sería capaz de levantarse y luchar? ¿O se rendiría para evitar el dolor e incluso la muerte?

Sabía que lucharía, porque lo había hecho siempre y no estaba dispuesta a que nadie le arrebatara su

dignidad y su vida, pero era cierto que pronunciar palabras en una situación abstracta era fácil, cuando estabas en el momento, la cosa cambiaba, el instinto de supervivencia podía llevarte a cometer cualquier locura.

—No tengo miedo, sé que no llegarán a mí. Vamos, este club es casi una fortaleza.

Los hombres se miraron entre sí y Daniel dio una orden:

—Quiero las fichas de los primeros clientes que pisaron el club. De todos ellos, no solo los que cometieron alguna infracción.

—¿Sabes de cuánta gente estás hablando?

—No me importa, Roderick. Quiero esa información y la quiero para ayer.

—Como usted diga, señor agente.

La burla cayó en saco roto, tan solo recibió un inesperado dedo corazón por parte del policía que lo despidió casi de inmediato.

Instantes después, se giró hacia Abbie y la miró. En sus ojos había una clara intención.

—Creo que tú y yo tenemos algo pendiente, preciosa.

Y entonces todo su mundo empezó a girar, porque sabía de qué estaba hablando y deseó que todas sus fantasías se hicieran realidad.

CAPÍTULO 20

—¿Alguna novedad? —preguntó el líder del oscuro grupo. Seguía reclinado en su silla observando algunas imágenes y documentos sobre su escritorio, cuando el más joven de sus tres secuaces se personó ante él. Era el más agresivo también y el que mejor empatizaba con sus intenciones. Comprendía, de una manera visceral, que debían castigar a aquellas mujeres por desear lo que deseaban y a los hombres, por permitírselo.

—Varias. Esta noche el club va a permanecer cerrado, esta tarde hubo un tiroteo en las inmediaciones, buscan al poli —explicó. Era demasiado joven para hablar con propiedad, pero lo perdonaba porque era uno de sus más prometedores activos. Sin olvidar que nunca sospecharían de él, estaba allí, justo bajo sus narices, relatándole sus acciones y movimientos, y ninguno de ellos se daría cuenta. El chaval sabía actuar como un chiquillo inocente y agradable.

Sonrió con satisfacción, estaba haciendo un gran trabajo.

—¿Se sabe cuándo reabrirá sus puertas?

—Cuando decidieron que esta noche permanecerían cerrados, me dieron el día libre. Roderick mencionó que al menos en un par de noches no necesito ir al club.

Eso le molestaba. Lo irritaba y retrasaría sus planes. Si sus ojos allí dentro no estaban para informarle de lo que sucedía, iba a tener que encontrar otro modo de llegar a Abbie, aquella feúcha policía que se había atrevido a meterse en sus asuntos. ¡A ir contra él, cuando no era culpable de nada!

Debería comprender su misión, ayudarlo. ¿O acaso había sido seducida por el lado oscuro de la pasión?

Si todavía no la habían convertido, sería especial entrenarla y ver cómo suplicaba para que todo terminara. Quizá después de que sus muchachos terminaran con ella, la reclutaría en su exclusivo equipo y le permitiría no solo acabar con Gabriel y aquel mundo de depravación, sino convertirse en su compañera.

No podía negar que, a pesar de que su aspecto no era especialmente atractivo, había sentido la tentación de tomarla. Algo raro en él, pues no tocaba ni se dejaba tocar, no mantenía relaciones sexuales con nadie. Era la única manera posible de mantenerse fiel a sus principios y ser capaz de ejercer la justicia.

Pero ella podría ser una excepción, casi podía saborearla, lo que lo enfermaba e intrigaba a partes iguales.

—Lo has hecho bien, encontraremos otra manera. Nuestros amigos de la mafia han hecho un buen trabajo, estuvieron a punto de volarle la cabeza a ese malnacido. Con un poco de suerte, no tendremos que preocuparnos mucho más por él.

—No sé si fue inteligente mezclarlos. Esa gente no se anda con tonterías. Si queda un cabo suelto lo eliminan.

Era consciente de ello y no le preocupaba. Sabía cómo funcionaban, ojo por ojo y favor por favor. Él les había revelado una información de incalculable valor para ellos y a cambio conseguiría su ayuda en lo que su mente iba planeando.

No le molestaba que el chico lo cuestionara, sabía que estaba preocupado por su propio pellejo y no lo culpaba. La vida era algo único y precioso, él era como un dios que le daba forma y que la modificaba a su imagen y deseo. Esas mujeres no volverían a ver el mundo con tanta despreocupación.

—¿Sabes qué ha pasado con Brenda?

—Solo que está en el hospital y que el jefe está con ella. Al parecer tiene escolta policial.

—Temen que vayamos a buscarla de nuevo, pero ya hemos terminado. Brenda puede dormir tranquila, aunque no lo sepa. Nunca volverá a hacerlo —una dicha plena lo llenó por dentro, la sonrisa tiró de las comisuras de su boca, haciéndolo sentir satisfecho y poderoso. Le gustaba influir en la vida de la gente, cambiarla.

Y esperaba que algún día le agradeciera lo que había hecho por ella. Le había

quitado la venda de los ojos, mostrándole lo equivocada que estaba con aquel que llamaba mejor amigo.

No le agradaba el hecho de que él estuviera en el hospital velándola, pero supuso que era algo normal y que la pobre chica no tenía por qué estar de acuerdo. El tipo era dominante y salvaje, impondría su voluntad y con el tiempo ella lo odiaría.

Cuán dichoso se sentiría él entonces.

—Está muy buena, jefe. Fue estupendo tirármela. No me importaría repetir.

—Tendrás una nueva chica para jugar muy pronto, debes ser paciente, muchacho.

El joven no podía estarse quieto, estaba excitado por la caza de lo que llegaría y por los recuerdos de lo que acababa de pasar.

—Gracias, jefe. ¿Qué más puedo hacer hoy?

—Has cumplido bien con tu cometido, avisa a tu primo y buscad a esa mujer de la que me hablaste.

—Katharina, una de las amas del *Pleasure's*.

El líder asintió.

—No es nuestra nueva alumna, pero creo que podríais enseñarle unos buenos modales, una forma alternativa de hacer las cosas. ¿Qué me dices?

—Digo que no le defraudaré. ¿Qué hacemos cuando terminemos con ella?

Se quedó pensativo, meditando las opciones. Le había gustado enviar a Brenda en una caja de cartón, le había parecido muy original y divertido, pero Katharina era una pecadora por méritos propios, merecía un desenlace adecuado a sus pecados.

—Sorpréndeme, muchacho.

Sabía que haría algo cruel, pero justo. Era el mejor de los tres, el que más dolor causaba y el más

dominante. Haría justo lo que él habría imaginado de estar en su lugar, confiaba plenamente en él.

—Lo haré, jefe. No le defraudaré.

—Por cierto, deja a William fuera de esto. Está teniendo un ataque de conciencia que no nos podemos permitir.

—¿Quiere que nos ocupemos de él?

Era su hermano, pero quizá por eso podría ser una cabeza de turco muy buena. Desviar la atención de él y sus futuras intenciones, hacerle creer que tenían al culpable, cuando tan solo había sido un títere en sus manos.

—¿Tienes todo lo que te pedí?

—Oh, sí. Lo tengo, señor. Incluso archivado por fecha.

—Magnífico.

Quiso frotarse las manos, pero tan solo lo hizo mentalmente. Sería demasiado vulgar para alguien de su clase, manifestar ese tipo de actitud frente a su subordinado.

—Envíaselo a nuestra querida analista. Creo que lo encontrará muy interesante.

Era posible que decidieran investigarlo, por su relación con él, pero nunca descubrirían su escondite ni sus aspiraciones. Había aprendido a ser invisible, olvidable y nunca encontrarían nada que lo incriminara. Siempre era muy cuidadoso.

Guantes, máscara, distorsionador de voz...

No, era imposible ser descubierto. Había organizado el crimen perfecto y nadie llegaría hasta él.

CAPÍTULO 21

Abbie retrocedió sin apartar la mirada de Daniel, en el mismo instante en que él pronunció las palabras y Rod desapareció. Sabía de lo que hablaba y no estaba segura de estar lista para dar ese paso.

No podían comportarse como conejos hambrientos de sexo, tenían una misión.

«No niegues que te mueres por verlo desnudo y tocar ese magnífico cuerpo. Parece un héroe griego a punto de acometer una gran hazaña».

Solo había tocado la piel de su pecho, sentido sus músculos. Su miembro se había presionado contra su sexo hambriento, pero siempre con la ropa puesta. No habían sobrepasado el límite en ningún momento.

Y ella se moría por hacerlo, pero también estaba aterrada.

No tenía ni idea de cómo complacer a un hombre, más allá de quedarse inmóvil para que el tomara lo que quisiera hasta saciarse.

Se preguntó si Daniel se correría y después se daría la vuelta para dormir como si no hubiera pasado nada, dejándola completamente insatisfecha. Sabía que no, de alguna manera era consciente de ello, pues su encuentro anterior había sido cualquier cosa menos aburrido o esperado. Se había preocupado por el placer de ella, sin tomar nada para él. Le había hecho un regalo.

—No creo que sea una buena idea que nosotros... que tú...

Como respuesta se quitó la camisa y la dejó caer sin ceremonias al suelo.

—Me deseas y lo sabes.

—Eso no cambia nada. No soy como las mujeres a las que estás acostumbrado, no suelo hacer esto con desconocidos. Lo que hicimos antes fue... no creo que sea una buena idea. Además, tenemos trabajo, nos hemos dormido durante horas y creo que deberíamos ponernos a trabajar. Eso es, trabajo. Para eso estamos aquí.

Daniel sonrió y se desabrochó los vaqueros, bajó la cremallera y ella se

esforzó en mirarlo a los ojos.

—¿Qué pasa, Abbie?

—Que te has vuelto completamente loco, eso pasa. Vuelve a subirte los pantalones y concéntrate en el trabajo, por Dios. ¡Sé profesional!

Se detuvo solo un momento, como si lo hubiera ofendido, contuvo la respiración, pero la risa bailoteaba en aquellos ojos que tenían la facultad de ponerla del revés.

—Loco de deseo. Mírame.

—No.

—Abbie...

—No, no voy a mirarte.

—¿De qué tienes miedo? —Avanzó hacia ella, obligándole a retroceder, pero pronto se topó contra la mesa y mil imágenes de escenas de alto voltaje se colaron en su cabeza, incendiando su imaginación.

¿Tendría memoria sensorial el objeto, de otras parejas haciendo el amor?

No, nada de hacer el amor. follando. Follar. De eso iba todo esto. El club, Daniel, todos. No se trataba de una relación seria y comprometida, se trataba solo de obtener placer.

—No tengo miedo, lo que pasa es que esto no está bien. No estamos aquí por placer, ¿recuerdas?

—Recuerdo todo desde el primer momento en que puse mis ojos sobre ti. Recuerdo que te deseé y sé que te necesito, estoy duro por ti y cuando me excito soy incapaz de pensar. Deberías ayudarme con esto, por el bien del caso.

Negó. Eso no iba a pasar.

—De ninguna manera. Me niego a ser algún tipo de conejita playboy.

El hombre tuvo el descaro de reírse, como si fuera gracioso. Abbie no encontraba el chiste por ningún lado.

—Hablo en serio.

—Lo que pasa es que tienes miedo de no estar a la altura de una conejita, pero no te preocupes, puedo enseñarte tantas cosas que quedarás más que satisfecha. Te lo garantizo. Quítate la ropa.

—No.

—¿Solo existe esa palabra en tu vocabulario? Está bien, seré yo quién te la quite.

—No, no lo harás. No te atreverías.

En respuesta, sonrió. Claro que se atrevería; era un maldito donjuán. Allí estaba, claro como el agua cristalina.

Sus ojos bajaron a la masculina entrepierna antes de darse cuenta. Tragó saliva con fuerza y trató de disimular. No lo consiguió.

—Tienes tanta hambre como yo. Solo déjate llevar, Abbie. Disfruta de lo que te ofrezco. Antes lo disfrutaste, quedará entre tú y yo. Las cámaras fueron desconectadas, nadie va a estar mirando.

No podía, no quería.

Él la arrastró a sus brazos y la pegó a su pecho, le besó la frente y acarició su rostro, tranquilizándola. Después, bajó a su cuello y lo expuso para procurar un cálido camino de besos, que provocaron que todo su cuerpo reaccionara, incluso contra su voluntad.

No podía negar que sabía lo que hacía, que sabía dónde tocarla y cómo hacerlo. Tenía la facultad de volverla completamente loca.

—¿Te gusta?

Tan solo emitió un gemido que le dio alas para continuar con lo que estaba haciendo. Debía de estar volviéndose loca, porque no se movió, tan solo se limitó a sentir lo que aquel hombre le estaba

provocando.

Sintió sus manos por debajo de la camiseta y recordó que no llevaba ropa interior. Él también debía hacerlo, porque alcanzó sus pechos y los sopesó en sus manos un instante antes de que sus pulgares se atrevieran a estimular sus pezones. Eran toques suaves, para nada insistentes, pero su cuerpo reaccionó como si hubiera entrado en trance.

Toda ella se erizó, ansiosa por la boca que ya había sentido antes. Por el exigente reclamo, la posesión completa.

—Daniel...

—Puedes tocarme, Abbie. Tócame.

Nunca se había aventurado, siempre temerosa de interrumpir a su compañero de cama. Siempre preocupada por acabar con la excitación. Su ex-pareja no había sido comprensiva con su afán exploratorio, por lo que al final, simplemente había ignorado la necesidad de reconocer cada centímetro del masculino cuerpo que se encontraba con ella.

Ahora, sin embargo, tenía vía libre para hacer lo que quisiera. Él se lo había permitido expresamente.

Al principio lo tocó de forma experimental, sin ejercer mucha presión, tan solo rozándolo con las puntas de sus dedos. Recorrió su espalda a ciegas, disfrutando de su fuerza, de los músculos que le recordaban que él podría hacer lo que quisiera con ella y no podría impedírselo.

Sin embargo, era suave en sus atenciones. Cuidaba de ella y le mostraba el camino. Era un juego travieso, pero también considerado. Al menos de momento.

Cuando bajó hasta su cintura y se aventuró a palpar su interesante trasero,

sonrió. No se había quitado los calzoncillos, supuso que para darle tiempo para acostumbrarse a la idea de tenerlo desnudo.

—Abbie, cariño, ¿por qué te detienes?

—Pensaba...

—¿Qué?

Se apartó de ella el tiempo justo para mirarla a los ojos. Tenía la camiseta subida por encima de los expuestos senos, que él intentó no mirar mientras escrutaba sus ojos en busca de arrepentimiento o quizá algo más.

¿Se reflejaría el deseo? ¿La necesidad atronadora que la asaltaba cuando estaba con él?

—Que eres un hombre considerado.

Una mueca llena de travesura se dibujó en su cara, cuando le quitó la camiseta y tomó sus tetas sin decoro.

—¿Lo soy? No lo creo.

—¡Daniel! —gimió.

La sorprendió, pero disfrutó de la sorpresa. Dios, cómo lo deseaba, necesitaba fundirse con él.

—Te deseo.

¿Había dicho eso en voz alta? Sí, lo había hecho, en vista de que la presión que su boca estaba ejerciendo en su pecho derecho se incrementó mientras sus manos tiraban de los pantalones de chándal hacia abajo, hasta que cayeron en cascada a sus pies y la miró.

—Quiero descubrir todos los rincones de tu cuerpo, besarte hasta que no recuerdes más nombres que el mío y entrar duro y profundo en ti, hasta que los dos seamos solo uno. Quiero mostrarte el mundo del placer del que reniegas, abrirte los ojos a la realidad. No a la de los demás, sino a la tuya propia. ¿Me

lo permitirás?

¿Cómo iba a negarse? Ni podía ni quería hacerlo. Necesitaba descubrir si era capaz de hacer todas esas promesas realidad. Si su cuerpo era normal, si ella lo era. Ser capaz de sentir placer como cualquier otra persona, sin verse sometida a la vergüenza y la insatisfacción.

No pudo pronunciar ni una sola palabra, pero decidió que podía demostrárselo. Se puso de puntillas para llegar a su boca y lo besó, mostrándole todo lo que sentía por él y lo que deseaba. Sus manos lo acariciaron con urgencia, llegando a su entrepierna y frotando el bulto que tensaba la tela de su ropa interior.

—Eh, nena. Tranquila. Vayamos despacio o esto durará un suspiro y no quieres eso. —Apartó la entrometida mano hasta ubicarla en medio de su velludo pecho, donde podía sentir los acelerados latidos de su fuerte corazón.

Rítmica y tranquilizadoramente, engatusándola en el hechizo de seducción que Daniel tejía para los dos.

—Eres tan hermosa, Abbie.

Sabía que era mentira pero no le importó. Ahora nada llegaba a su intelecto, era un animal de sensaciones, una criatura que se dejaba llevar por la intensidad de lo que su propio cuerpo reclamaba.

—Quiero probarte —pronunció en apenas un susurro, no supo si la había escuchado, pero debió hacerlo, pues su boca volvió sobre la de ella en un segundo. Dándole todo lo que era, succionándola como si quiera devorarla.

Necesitaba más, su cuerpo ardía, su sexo mojado exigía las atenciones del hombre que estaba compartiendo aquella abrasadora pasión con ella.

—No me hagas esperar.

—No estás lista —renegó él y la levantó en brazos para llevarla a la cama. La posó con un exagerado cuidado y esperó allí, a un lado, sin apenas rozarla con nada más que los ojos, embebiéndose en su imagen, como si nunca quisiera

olvidarla.

La vergüenza hizo que todo su cuerpo se sonrojara, causando una divertida sonrisa en Daniel.

—Ignoraba que una mujer pudiera ponerse completamente roja.

Subió a la cama con ella y su mano se internó entre sus piernas, instándola a separarlas para él, quedando expuesta.

—No creo que pueda...

La tensión había retornado a su cuerpo. Nunca la habían tocado de esa manera, no con suavidad, siempre habían sido intentos torpes de calentarla lo suficiente como para penetrarla y terminar. Nadie había procurado su placer, no le había importado a nadie lo suficiente.

—Shh, tranquila. Mírame. Mira con quién estás y deja el pasado atrás. Ahora solo somos tú y yo, te gustará. Confía en mí, no dejaré que te pase nada malo.

—Daniel...

No se detuvo, ni siquiera cuando ella tomó con su mano más pequeña la de él, temerosa de no reaccionar como su compañero de cama necesitaba.

No la apartó, le permitió parte de control mientras mordisqueaba el lóbulo de su oreja y exigía su rendición.

—Vamos, cariño, solo siente.

—Odio los apelativos —empezó, se estaba distrayendo, estaba concentrándose en el dolor emocional que había sentido antes, mientras su cuerpo se negaba a ceder al control de su mente.

Daniel sabía cómo tocarla, no presionaba demasiado, no la llevaba muy lejos.

—Abbie, sé perfectamente con quién estoy. No uso palabras para olvidarte, sino para agasajarte.

¿Cómo había sabido eso? ¿De qué manera había accedido a ese rincón vetado de su mente, que le recordaba que los hombres de su vida tan solo la habían utilizado, una vez tras otra? Por eso los odiaba, por eso no se dedicaba a acostarse cada noche con un tipo diferente. Ella tenía que importar, porque era una persona con sentimientos.

Las caricias y la sinceridad de Daniel obraron el milagro y su cuerpo empezó a ganar, adormeciendo los oscuros pensamientos. Su cerebro quedó relegado a un segundo plano, casi hecho papilla. Sabiendo que ahora no era su momento, que debía dar rienda suelta a lo físico, a la emoción, ignorando por un latido del corazón esa razón que se empeñaba en empañar un paraíso desconocido.

—Me deseas, tu cuerpo lo grita a voces, incluso si tú no eres consciente de ello. No voy a hacerte daño, voy a cuidarte, Abbie.

—Cállate ya —exigió y entonces se convirtió en agresora. Estaba cansada de permanecer pasiva, toda su vida lo había sido y ahora, con la revelación que su subconsciente le había hecho llegar, estaba dispuesta a todo.

Sobre todo a explorar sus límites, si es que existían en algún rincón de su memoria.

Subió sobre él, rompiendo apenas el contacto, lo besó y bajó por su pecho. Su boca recorriendo, probando, dándole pequeños mordisquitos de amor, mientras sus manos rebuscaban dentro de la apretada tela hasta hacerse con su botín.

El duro miembro tembló entre sus dedos, nunca había hecho aquello, pero cuando apretó un poco, solo lo justo para dejarle notar la tensión que ella sentía, el gemido masculino le garantizó que le gustaba la caricia.

Se sintió liberada, salvaje, tentadora. Casi como una de aquellas mujeres desinhibidas que

disfrutaban de sus cuerpos y del intercambio sexual con hombres desconocidos.

Porque eso era Daniel para ella, un desconocido que en cuestión de horas se

había metido en algún lugar de su interior, alguno desconocido, no creía que fuera su corazón.

Estaba segura de que el amor a primera vista no existía.

Cuando su boca llegó al borde de los boxers, se los quitó y pudo observarlo por primera vez. Sabía que las comparaciones eran odiosas, pero no tenía nada que envidiar a Gabe. Más bien al contrario, su tamaño era más que aceptable y sobresalía entre sus dedos con facilidad, recordándole que por ahora era todo suyo.

Nunca había pensado en hacerlo, no lo hizo ahora, pero cuando la punta de su lengua decidió saborearlo y embeberse de su aroma, se dio cuenta de que había fantaseado con ello desde que se lo había visto hacer varias veces a las protagonistas de los videos.

Si lo hubiera pensado fríamente, habría pensado que era algo desagradable, pero todo su cuerpo se inflamó en cuanto lo dejó descansar en su boca, cuando tomó un poco más de él, gimió a cambio, sintiendo el río de calor recorrer todo su cuerpo, buscando su centro, necesitando las caricias del hombre que compartía su cama hoy.

—Dios, Abbie, si sigues así no podré contenerme.

—No me importa, quiero volverte loco como tú haces conmigo —murmuró soltándolo apenas, él se

rio, no sabía si por el temor a que sus dientes lo machacaran o por lo cómico de la situación.

La mujer que se había descrito por un breve lapso de tiempo como asexual, no solo estaba gozando como una loca de aquel hombre, sino que estaba desesperada por sentir sus caricias.

—Está bien, pero esto no es justo, nena. Deja que te muestre cómo hacerlo.

Lo miró confusa, sin comprender a qué se refería. Tan aturdida se había quedado por sus palabras que lo había soltado lo suficiente como para que con

habilidad él la hiciera girar sobre él, ayudándola a acomodar sus piernas en torno a su rostro y acariciándola tanto con los dedos como con el aliento.

—Oh, Dios mío... —gimió la mujer, que nunca había sentido nada parecido.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones.

Y sin una palabra más, separó sus suaves y empapados pliegues con los dedos y hundió su boca en ella.

Un grito abandonó su garganta, cerró los ojos y por instante olvidó el premio que tenía entre sus dedos, hasta que sintió una ligera palmada en el trasero, recordándole que aquello no había terminado, que su asalto debía continuar.

Se relamió, sintiéndose poderosa, y retomó su actividad. Cuando lo tuvo en ella, cuando lo sintió profundo, casi rozando su garganta, supo la verdad: que deseaba aquello, que había nacido para disfrutar del sexo y que cuando todo terminara tendría tiempo suficiente para llorar.

Porque Daniel no iba a quedarse a su lado y dudaba ser capaz de volver a sentir algo parecido con alguien más.

Él iba a traerle el cielo y, en su futuro, quedaría relegada al más oscuro de los infiernos, pero ahora no importaba, nada lo hacía, solo los dos en aquella habitación y el placer que habían decidido descubrir unidos.

CAPÍTULO 22

Después de pasar toda la noche en aquella silla de tortura que el hospital se empeñaba en catalogar como cama improvisada para el acompañante, se alegraba de que el médico asignado a Brenda hubiera sido lo suficientemente inteligente como para concederle el alta.

Pareció dudar por un instante, hasta que él le garantizó que no estaría sola ni cinco minutos. Siempre habría alguien con ella, manteniéndola a salvo y segura. Impidiéndole cometer alguna estupidez y recordándole que debía tomar los calmantes y antidepresivos.

Gabe dudaba que eso ayudara, más allá de aturdirla temporalmente. Había escuchado sus gritos durante la noche, las pesadillas. Deseó acercarse a ella y abrazarla, pero se conformó con sostener con firmeza su mano y susurrar: «estoy contigo, Bren, no voy a dejar que nada te suceda» y entonces simplemente se quedaba dormida. Su respiración profunda lo había tranquilizado y, por más que había intentado echar una cabezadita, no había podido ignorar el sordo dolor que taladraba su pecho. Ella ignoraba que le habían mantenido informado de muchas de las cosas que le habían hecho, que había visto videos de su violación, que habían disfrutado torturándolo, sabiendo que no podía llegar a ella para evitarlo.

También ignoraba que era culpa suya. Si hubiera sido más avisado, no la habría metido en su mundo. Nunca había tenido problemas, pero desde que intentaron inculparle con los abusos a aquellas mujeres, debería haberse dado cuenta de que la dulce mujer que le había abierto su corazón sin barrera alguna, podía convertirse en un objetivo potencial.

Pero no lo había pensado y ahora había sido pagado un precio demasiado alto. Deberían habérselo llevado a él, haberlo torturado, si hubiera sido capaz de evitarle el dolor...

Sin embargo, era imposible cambiar el pasado. Por más que lo intentaran, no podía ser hecho.

—Entonces este es el lugar. He pasado algunas veces con el coche por aquí, no parece un club.

—¿Qué esperabas exactamente?

—Lo había visto en las noticias, así que sabía que tenía este aspecto, pero... en persona, no sé, quizá imaginaba que habría un cartel de neón o algo por el estilo.

—¿Habitaciones por horas? ¿Chicas calientes? —procuró bromear, aligerar el ambiente. Antes no habría tenido problema en hacerlo, pero ahora se sentía un poco inquieto, pisaba con cuidado alrededor de ella, temeroso de despertar algún recuerdo.

Brenda sonrió. Fue una sonrisa pequeña y que le habría pasado desapercibida si no la hubiera conocido tan bien.

—Supongo. Nunca había estado en un lugar así, no sé qué esperaba.

—Jefe, es mejor que entréis cuanto antes. Hemos tenido algunos problemas — dijo Lou, abriendo la puerta, mientras otro par de hombres mantenía una estrecha vigilancia en los alrededores.

—¿Qué ha pasado?

—Dentro. Rod espera para ponerte al día.

Lou era discreto con las palabras, pero eficiente. Sabía que no le sacaría nada más por el momento y le parecía bien. Rod lo pondría al día y hacerlo delante de Brenda, después de todo lo que había pasado, no le parecía el movimiento más inteligente.

Esperaría para enterarse de las novedades. Conocía algunas, pero no todas, solo había pasado un día fuera de aquellas paredes, pero había parecido una década.

—Vaya, qué elegante —dijo Brenda, entrando a la sala de fiesta. La zona de la barra estaba iluminada con luces suaves, que proporcionaban un ambiente acogedor.

—Gracias.

Se esforzó por no tocarla, aunque le hubiera gustado hacerlo. Pasarle el brazo por los hombros para advertir a todos los hombres y mujeres que estaban allí, que le pertenecía y que no iba a compartirla con nadie.

No hizo nada de eso, era mejor así.

—Eh, Gabe. Al fin muestras tu fea cara. —Roderick atravesó la sala a grandes pasos, hasta llegar a ellos. Miró a Brenda y sonrió como si no hubieran pasado meses desde la última vez que habían coincidido en una cena—. Me alegra mucho ver que estás bien, Brenda. Te hemos preparado la suite del jefe. La que usaba antes de conseguir ese coqueto apartamento del centro. —Miró a

Gabe llamándole maricón en silencio. Era una broma entre ellos, se conocían tan bien que todo valía entre los dos.

Y esa mirada consiguió que Brenda se removiera incómoda, como si sospechara que Rod y él eran algo más que amigos. No se equivocaría, eran mucho más, habían compartido todo tipo de experiencias y secretos. Él era el único que conocía el triste pasado del otro hombre y Rod... bueno, él había estado a su lado en su peor momento. Cuando la vida lo había sobrepasado y había estado a punto de mandar todo a la mierda.

Ni siquiera su hermano conocía el verdadero motivo de los tatuajes de sus muñecas.

Rod sí, lo había encontrado cuando sangraba como un cerdo y había cargado con él, como si fuera un peso pluma, llevándolo al hospital más cercano. Se había asegurado de que lo arreglaran y después habían decidido abrir juntos el club.

Había pasado mucho tiempo desde entonces, muchos momentos. Sus pasados habían sido una mierda, habían estado metidos en los peores escenarios posibles y habían sobrevivido.

Brenda era su luz, desde el momento en que sus caminos se cruzaron y ahora él había mancillado esa inocencia, esa calidez que le entregaba sin pedir nada a cambio con su oscuridad.

No estaba seguro de ser capaz de equilibrar la balanza de su vida de nuevo alguna vez.

—Ignoraba que también formabas parte del *Pleasure's*.

—Se supone que así debe ser, tú no deberías estar aquí, Brenda —Rod habló con sinceridad, raras veces guardaba sus pensamientos, a pesar de la sutileza de la que solía hacer gala—. Gabe y yo queríamos que estuvieras a salvo de nuestras depravaciones.

—¿Y Katharina también? —inquirió refiriéndose a la que siempre había creído era la pareja de Rod, pero cuya relación empezaba a dudar.

—Es una larga historia, chiquilla —expresó con un suspiro mientras le ofrecía la mano. No la tomó a la fuerza, sabiendo que era ella quién debía elegir, especialmente ahora, que el contacto parecía causarle cierto dolor.

Brenda dudó, lo vio en sus ojos. Lo buscó, no dijo nada, pero quería saber si iba a permanecer con ella.

Asintió para garantizarle que no iba a librarse tan fácilmente de él. No planeaba abandonarla en ningún momento, menos allí. Advertiría a todos sus hombres y mujeres de que era intocable, aún así debía explicarle ciertas normas, para evitar que pudiera meterse sin querer en algún lío.

Quizá debería mantener el club cerrado para siempre.

Brenda tomó una respiración profunda, se llenó los pulmones de aire y tomó la mano de Rod que le dio un apretón de ánimo.

Gabe nunca había sentido celos de aquel hombre, formaba parte de sí mismo, desde que había salvado su vida era como parte de su alma. Pero una sensación de incomodidad despertó hoy en lo más profundo de su estómago, dándole ganas de vomitar. ¿Qué había diferente en esta escena? ¿Era por la estancia de Brenda en el club? ¿Por el contacto entre los dos? ¿Qué provocaba la incomodidad que se había alojado tan profundo en sus entrañas?

—No va a pasarte nada, Bren —le aseguró Gabe. Quizá recordándose a sí mismo con quién estaban y la naturaleza de su relación con Rod.

Llegaron al ascensor y pulsó el botón de la tercera planta. Estaba restringida tanto al personal como al público, había sido su refugio durante un tiempo y era el lugar en el que Rod vivía. Un lugar que habían compartido durante mucho tiempo y que trajo grandes recuerdos a su memoria.

—Nadie te molestará en esta planta. Es necesario el uso de una llave específica para subir y solo hay dos copias, la de Gabe y la mía. Ni siquiera el equipo de seguridad puede acceder aquí arriba, pero no te preocupes, porque o Gabe o yo vamos a estar cerca de ti en todo momento, no van a hacerte daño. Nos vamos a asegurar de eso.

Brenda no pronunció palabra alguna, tan solo lo siguió, escuchando sus explicaciones.

—La primera puerta es la de mi hogar. —Abrió para mostrarle el lugar. La sala no era demasiado grande, estaba dividida en dos partes, a un lado una pequeña cocina americana, equipada con todo lo necesario: nevera, armarios, vitrocerámica, horno, microondas y en la barra, un cómodo fregadero. Al otro lado había una mesa blanca de madera y un par de sofás de cuero negro. Un cuadro de un enorme jaguar descansaba sobre la pared encima del tresillo y quedaba iluminado por los rayos del sol que

entraban por el ventanal. En una de las columnas había un montón de fotos de Rod y Gabe, en algunas salía también Katharina con un niño y le sorprendió encontrarla en otra. Gabe ignoraba que Rod hubiera conservado aquella foto con Brenda. Sabía que tenía un lugar especial en su corazón también, quizá como una hermana, pero nunca pensó que llegara tan lejos como para brindarle un lugar especial en su hogar.

—La puerta que ves da a mi dormitorio y desde él se puede acceder al baño.

Brenda permaneció donde estaba, sin hacer amago de entrar en la zona más privada de Rod y él comprendió el silencioso mensaje, aunque no dijo nada al respecto. Salió con ellos y la guio hasta la otra puerta.

—Esta era la de Gabe, antes de que se convirtiera en un señorito —bromeó, abrió con otra llave y la miró—. No te preocupes porque nadie además de nosotros puede acceder a este lugar. Incluso si logran subir hasta aquí, que es muy difícil, para que la llave funcione, hay que teclear un código en este panel,

¿ves?

La sorpresa destelló en los femeninos ojos, Gabriel apretó los dientes y preparó su cuerpo para el impacto y la lluvia de preguntas. Había muchos secretos tras tanta seguridad y sospechaba que ella sentiría curiosidad. Después de todo lo que le había ocultado... pero estos no eran suyos para contarlos.

No como sus tendencias a la dominación sexual, pensó.

No era quién para desvelar el pasado de Rod y no iba a hacerlo, no sin su permiso, si él quería ponerla al tanto, lo haría. Era su derecho.

—Puedes modificarlo si te hace sentir más segura, te enseñaré cómo hacerlo —la tranquilizó, abriendo la puerta.

El lugar había estado cerrado durante años, pero habían hecho un buen trabajo de limpieza. Los muebles estaban impecables y olía a limpio. Supuso que habrían llenado la nevera de víveres y que todo estaría dispuesto para que Brenda pudiera permanecer allí el tiempo que deseara.

Rod nunca dejaba nada al azar.

—Voy a quedarme contigo, Bren. Dormiré en el sofá y la puerta de la habitación tiene pestillo.

—Si cierro no podrás usar el baño.

—No te preocupes por eso, me las apañaré.

Brenda lo miró y asintió conforme.

—No he traído ropa ni mis artículos de higiene.

—Espero que no te moleste —empezó Rod—, pero Katharina se ha ocupado de eso. Encontrarás parte de tus cosas en el armario del dormitorio y el baño. Creo que dejó tu portátil sobre la cama, si necesitas cualquier otra cosa, nos ocuparemos de ello.

—Gracias a los dos. Y también a Katharina, no sé cómo... No creo que hubiera sido capaz de volver a casa.

—No hay problema. Este lugar está vacío, estuvo un tiempo ocupado después de que el capullo de Gabe decidiera dejarme tirado, pero desde que Kat consiguió un piso compartido, no ha querido volver

aquí. Creo que me tiene miedo —le guiñó un ojo divertido—. Si se queda

mucho tiempo a mi alrededor, al final tendrá que casarse conmigo.

La tensión instantánea que había aparecido en Brenda, desapareció con la aclaración final. Gabriel sabía que iban a tener que ser cuidadosos con las palabras.

—Bren, tengo que contarte algunas de las normas de seguridad del club. Es importante que las conozcas, incluso si no formas parte de él.

—Te escucho —dijo ella caminando hasta el sofá y sentándose. La mirada de Rod era suave, hasta que se giró y sus ojos se encontraron. Supo lo que estaba pensando sin necesidad de palabras. Su ceño se había fruncido en cuanto los dos se comunicaron en silencio, ambos habían visto el daño que le habían causado. No físico, sino interior, porque los dos lo habían sentido. No iba a ser fácil que pudiera salir de la espiral en la que había caído. No sin ayuda.

—Voy a dejar que te instales, Bren, y tú, cuando puedas tengo que hablar contigo y ponerte al día.

Avisaré a tu hermano de que habéis llegado. Hay novedades.

—¿Qué tipo de novedades? —preguntó bajando la voz tratando de que no llegara a oídos de Brenda.

—Mira, tío, no quieren que te entrometas, pero no me parece bien. Después voy a contarte las cosas, pero más tarde, ahora explícale lo que necesitas aclarar a Brenda. Estaré abajo. —Hizo una señal hacia la llave—. Es toda tuya, preciosa. Si necesitas algo, marca el dos, y vendré a toda prisa.

—Gracias, Rod.

Gabriel esperó a que abandonara la sala, para tomar asiento frente a su mejor amiga, la miró y se preguntó sobre la mejor forma de asaltar el asunto que debía aclarar.

—Brenda, yo...

—Háblame de las reglas. Vamos, puedo soportarlo.

Gabe asintió.

—En realidad, hay una norma clave en el *Pleasure's*. Todo el que entra por sus puertas, tiene que descubrir el placer. No dolor, no incomodidad, no temor. Solo placer —se pasó una mano por la cabeza

—. No quiero decir que en tu caso tengas que...

—¿Sentir placer?

—No es algo sexual, es algo más espiritual. Sí, hay sexo, no voy a mentirte, Bren, pero es más que eso.

—Te conozco bastante bien, somos amigos desde hace mucho tiempo, no necesitas estar tan nervioso.

No estoy juzgándote, no podría hacerlo. Menos ahora que estoy... sucia.

Gabriel sintió como si hubiera recibido un puñetazo en la boca del estómago.

—Ni siquiera lo pienses. No hay nada sucio en ti, Bren. Nada. Eres preciosa. Tu pelo azul me vuelve loco y esas lentillas de colores que siempre te pones... Eres como una duendecilla traviesa.

—Quizá esa Brenda se haya perdido para siempre, quizá la nueva no te guste.

—No hay nada que no me guste de ti. Yo caí muy bajo en el pasado, lo pasé mal, cometí errores.

Todos lo hacemos, pero no implica que perdamos nada por el camino, nos transformamos. Eres una preciosa mariposa, Bren. Eso es todo. Has evolucionado.

—No siento placer.

—Eso no lo sabes. Lo que sea que te hayan hecho no puede considerarse...

—No me refiero a eso, me refiero a el hecho de estar viva o no. Me da igual. No siento nada. Quería llorar, lo he intentado, pero no puedo. Es como si me

hubiera secado y ya no quedara nada dentro de mí.

Gabriel se negaba a aceptar sus palabras. No estaba dispuesto a hacerlo.

—Solo necesitas una manera diferente de acceder a tus emociones, eso es todo. Estás en shock, el ataque ha sido reciente y vas a salir de esta, te lo prometo.

—Me gustaría ver lo que hacéis aquí.

Estaba negando antes de pronunciar el sonido. No quería que ella viera lo que él era. Lo que hacía.

Nunca había sentido vergüenza o arrepentimiento por sus tendencias sexuales, pero ahora... ahora se imaginaba que con ella allí, no iba a ser capaz de hacer nada. Su cuerpo se negaría a reaccionar y quedaría en ridículo.

El amo Gabe, la principal atracción del Pleasure's, arruinado por la disfunción eréctil.

Tampoco es que tuviera ganas de excitarse, solo necesitaba abrazar a la mujer y asegurarle que todo iba a salir bien.

—No. No creo que te gustara. Hay tres niveles, la mazmorra en el sótano, la zona principal por la que hemos llegado, que no es diferente a cualquier club musical de la ciudad. Baile, copas, nada de sexo.

Los camareros informan sobre las normas que hay que respetar y entregan las pulseras o complementos necesarios para aquellos que deciden sumergirse en alguna de las zonas temáticas y la segunda planta. Es un conjunto de habitaciones donde una pequeña porción de nuestros clientes pueden mantener encuentros más íntimos. Es una zona temática, con espacios específicos. También hay una pequeña zona de cabinas para juegos más sexuales, cámaras, voyeurismo, *role playing* y está el ascensor.

—¿Qué pasa con el ascensor?

—No importa, basta que sepas que no debes usarlo a determinadas horas. Te pasaremos el horario.

De todos modos, permanece bloqueado mientras dura la actuación, así que no debería haber problema.

Brenda se removió incómoda en su asiento, ignoraba si estaba comprendiendo o imaginando lo que contaba, esperaba que no pensara detenidamente en ello, era mejor que lo viera en abstracto, nada específico, para que no se diera cuenta de hasta que punto desconocía sus gustos.

—¿Y cuáles son mis normas?

Si de él dependiera, no la limitaría, pero no le quedaba más remedio que hacerlo, por su seguridad.

—Jamás bajes a la mazmorra. Si por cualquier motivo necesitas internarte en alguna de las zonas del club, hazlo siempre llevando esto —se levantó para sacar de uno de los cajones, una de las pulseras blancas de cuero del club—. Así todos los habituales y responsables de sala sabrán que no has dado tu consentimiento para participar en nada de lo que aquí suceda.

—¿Por qué no debo bajar a la mazmorra? ¿No es allí donde tú estás?

Gabriel no quería tener esa conversación, pero no tenía opciones.

—Sí. Las escenas de BDSM se desarrollan en el sótano.

—¿No quieres que te vea? ¿Te molesta que esté aquí? Sé que te presioné para que me trajeras.

Podría buscar algún otro lugar y...

—No quiero que alguien te haga daño, incluso con las normas, a veces tenemos que intervenir. La mazmorra es la zona más reglada del club, pero también es dónde más veces se producen disturbios.

Incluso con mi equipo, que son los mejores en seguridad, no te quiero herida ni física ni emocionalmente.

—Ya estoy rota, dudo que puedan hacerme más daño.

Quería gritar que no lo estaba, que saldría de ello, pero era consciente de que el dolor que aparecía en sus ojos, dejaba claro que Brenda tenía razón y él era el que estaba equivocado.

—Te prometo que sanarás. Haré lo que sea necesario para que lo consigas.

—¿Y si lo que necesito es algo que no quieres o no puedes darme?

—Pídemelo y haré cualquier cosa que necesites.

La mujer lo miró directamente, sin ambages, dejando claro que lo que decía era algo en lo que había pensado antes.

—Quiero bailar.

—¿Bailar?

Brenda asintió.

—En una plataforma, donde nadie pueda alcanzarme, pero donde yo pueda...

Su voz se rompió, sabía que lo que quería decir, lo que no había sido capaz de pronunciar:

«Donde yo pueda sentir».

Y lo sabía, porque él había estado en un lugar muy parecido al que ahora habitaba ella y podía comprender la desesperación que sentía.

—Cuando tus heridas sanen, tendrás tu plataforma, Brenda. Tendrás tu show.

Incluso si tenía que vivir para arrepentirse de la decisión tomada.

CAPÍTULO 23

—¿Acaso te has vuelto completamente loco? —Roderick lo miraba incrédulo, mientras le explicaba la petición de Brenda que él había aceptado.

—Sabes tan bien como yo que a veces la única manera de superar el miedo es

enfrentarse a él.

—Esa chica acaba de ser violada y maltratada. No voy a permitir que se exponga para una audiencia de babosos, a los que quizá no puedas controlar.

—Lo hacemos bastante bien en la mazmorra.

—Maldita sea, Gabriel. Brenda es poco más que una niña.

—Tiene mi edad. No es una niña.

—Lo es, no ha vivido lo que tú o yo. Incluso ahora, después de lo que ha soportado —Rod parecía fuera de sí, los nervios lo estaban matando. Sabía que él comprendía lo que sentía por la joven y también que él mismo sentía una ternura especial—. Creo que es un error, Gabe. Y creo que vas a lamentar esa decisión.

—Sea como sea, voy a ponerle una plataforma, habilitaremos uno de los salones que usábamos al principio para la cama redonda, ¿recuerdas?

—¿Que sí lo recuerdo? ¿Te acuerdas tú de por qué liquidamos ese show? Porque yo sí.

La chica estrella, que solía bailar junto a la barra y animar a su público a tocarse e iniciar el intercambio erótico entre los participantes, había desarrollado algún tipo de patología sexual. Una adicción y habían tardado un tiempo en darse cuenta. Para cuando lo hicieron, ambos se sintieron culpables, le consiguieron un tratamiento psicológico en una clínica de recuperación, que se ocuparon de pagar, pero cuando a los dos meses volvió, supuestamente curada y la informaron de que la zona había quedado clausurada, la escena había sido épica.

Lágrimas, recriminaciones, exigencias...

No habían vuelto a saber nada de ella, salió por la puerta y se acabó la relación entre la bailarina y el *Pleasure's*. Supuso que habría acabado en algún otro club de la ciudad, quizá menos recomendable.

—Brenda no es así.

—No, precisamente por eso, no lo es.

—Solo será un show de baile, nada más.

—Te engañas si piensas así, pero no voy a interponerme en esto. Tampoco necesitamos hablarlo ahora, tenemos cosas más importantes entre manos.

—Como eso que se supone que no debo saber.

—Sé que pretenden protegerte, pero creo que es mejor que tengas toda la información para que

podamos decidir cómo actuar. Tu hermano considera apropiado tender una trampa al tipo que Abbie cree es el cabecilla de la operación. Mientras él se ensaña contigo, en su retorcida mente, Lou podrá buscar el expediente y determinar su identidad. Aunque quizá no sea necesario —sacó la imagen que le habían entregado el día anterior y se la mostró—. ¿Lo reconoces?

—No. La verdad es que su cara me suena, estoy seguro de haberlo visto, pero no podría darte un nombre. ¿Daniel está convencido de que es él?

—Es una posibilidad.

—Si Daniel quiere tenderle una trampa, eso es lo que haremos.

—Vas a jugarte el cuello. Además, tenemos otro problema. Algunos tipos poco recomendables han puesto precio a la cabeza de tu hermano. De momento, va a permanecer aquí, pero sabes cómo es eso.

Puede que no pase rápido y dudo que la policía sea capaz de dismantelar esa banda antes de Dan se haga viejo.

Otra complicación más, por si tenían pocas.

—¿Dónde está ahora?

—Ocupado —comentó con cierta diversión—. He desactivado las cámaras de la habitación cuatro.

Gabe arqueó una ceja y negó con un suspiro.

—Así que ha decidido jugar al jefe y la secretaria, ¿eh?

—Necesitaban una zona de trabajo y no los quería arriba. Sabes que mi intimidad...

Rod pareció sonrojarse un instante, pero lo comprendía. No quería extraños a su alrededor, ni siquiera a Dan. Que lo miraba la mayor parte del tiempo con desconfianza, incluso sabiendo que él confiaba plenamente en él.

—Lo comprendo. Lo sabes.

—Brenda es diferente, esa mocosa tiene un pedazo de mi corazón desde hace tiempo.

—Tiene un pedazo de corazón de los dos.

—Estoy muy preocupado por ella, Gabriel. Lo que ha pasado... He hablado con Kat sobre el tema y dice que sobrevivirá, que posee una gran fortaleza, pero ¿a qué precio?

Le gustaría tener una respuesta, pero lo cierto era que no la tenía. Dudaba que cualquiera de ellos pudiera encontrar una a corto plazo. Ni la propia Brenda, que parecía tan perdida.

—Dicen que el tiempo lo cura todo y no vamos a dejarla sola.

—No, no lo haremos. Avisaré a Kat para que suba a hacerle compañía. Hasta que reabramos las puertas del club, va a estar libre. Estoy seguro de que no le importará pasar algún tiempo con ella y consolarla. Creo que será mejor la presencia de una mujer durante un tiempo, ¿no crees?

—Sí, yo también lo creo.

Un ruido de movimiento y gritos de su personal de seguridad los hicieron moverse a los dos al mismo tiempo. Llegaron corriendo a la puerta de entrada, para ver a Lou con un bulto maltrecho entre sus brazos. Miles se había quitado la chaqueta y ya cubría a la mujer que había sido golpeada salvajemente.

—Otra vez no —masculló Gabe, Daniel bajó corriendo, todavía abrochándose los vaqueros y con la camisa suelta.

—¿Qué ha pasado?

Todos parecían temerosos de dar una respuesta a esa pregunta, pero Lou alzó la voz, algo que raras veces hacía, y habló.

—La han arrojado desde un coche en marcha. Llevaban las caras cubiertas, no hemos podido ver los rostros de esos malnacidos, pero Miles tiene la matrícula del coche.

—¿Y qué hemos descubierto? —preguntó Rod, con la furia en sus ojos, sin apartar la vista del maltratado rostro de la mujer.

—Que tu camarero está implicado, es el titular del vehículo.

Un rugido rebotó en el pecho del enorme hombre, que le arrebató a Lou el cuerpo maltratado de los brazos y la acunó contra él. La ira y el dolor se mezclaron en su rostro, cuando comprobó que Katharina aún respiraba.

—Voy a matarlos. Voy a matarlos con mis propias manos —se dirigió hacia Daniel—. Así tenga que pasarme el resto de la vida entre rejas.

—He llamado a una ambulancia. Vienen de camino —advirtió Abbie en el instante en que llegaba abajo. Tenía el pelo revuelto y una mirada de angustia en los ojos.

—Nada de médicos, nada de ambulancias. Yo voy a ocuparme de ella.

—Pero necesita un médico —espetó Lou con sorpresa. Interviniendo cuando nunca lo hacía—. Está muy mal.

Roderick no lo miró ni siquiera se giró, ya caminaba en dirección al ascensor que le llevaría a su refugio, tan solo murmuró.

—¿Y cuál crees que era antes mi profesión?

El rumor se acalló y la sorpresa surgió en varios rostros, pero nadie comentó

nada. Abbie miró a Daniel, como si necesitara que la reconfortara y el gesto de su hermano cambió sutilmente.

Sabía que se había acostado con ella, todos en el club eran conscientes de ello, lo que ignoraba era los sentimientos que habían empezado a surgir entre los dos.

Y sabiendo que había sido amenazada de antemano, que los tipos más peligrosos de la ciudad querían herir a Daniel, se preguntó si allí estaría a salvo.

—Miles, reúne a tus hombres. No quiero que nadie entre o salga del *Pleasure's* hasta nuevo aviso.

Lou —sabía que el hombre comprendería lo que esperaba de él, pero aún así lo enunció en voz alta—.

Cuento contigo para que la policía conozca la posible implicación de nuestro empleado en el caso.

Facilítale toda la información que sea posible recabar.

Lou solo hizo un asentimiento de cabeza, mientras los demás se apresuraban a moverse.

—Yo voy a encargarme de él —intervino Daniel con gesto duro.

—No. Esta vez no. Esta vez te vas a quedar aquí, donde los putos mafiosos de los cojones no puedan

alcanzarte, ¿me has entendido? Y donde puedas mantener a tu mujer a salvo.

—No es mi...

—No soy su...

Los dos seguían en esa tesitura, bien. Ya descubrirían las respuestas que ahora se les escapaban de entre los dedos.

—Lo que queráis. Rod dice que has sido amenazada, Abbie. Nadie en mi club sufre, es un lugar para el placer. Siéntete libre de vagar por donde te plazca y

descubrir nuestros secretos. Cualquier cosa que sea necesaria para llegar al fondo de este asunto.

Abbie asintió sin decir ni una sola palabra.

—No puedo quedarme aquí parado.

—Vas a mantener a Abbie a salvo y la ayudarás a concluir esta investigación. Tú temías que quisiera tomar la justicia por mi mano y te puedo asegurar que no deseo nada más en este mundo que arrancarles la cabeza a esos hijos de puta con mis propias manos, pero vamos a dejar que tus compañeros se ocupen de ellos. Vamos a tirar del cordel y llegar hasta el origen de todo esto, así haya que desmontar este maldito club piedra a piedra. ¿He sido claro?

Si su parte dominante se reflejaba en su reciente actitud, no le importaba. En la vida no solía serlo, pero había momentos en los que no quedaba opción.

Necesitaba a su gente a salvo y no iba a permitir que nadie más estuviera en peligro.

Ni un puto ataque más.

Daniel comprendía la postura de Gabe. Su hermano era un poco maniático con el control. Necesitaba dominar todas y cada una de las situaciones, especialmente en su entorno y con su gente.

Sabía que el hecho de que uno de sus empleados, alguien en quien confiaba, pudiera ser responsable de los ataques, lo había dejado destrozado, pero no había permitido que nada de eso se reflejara en su actitud o sus palabras.

Era más duro de lo que nunca había pensado. Era un hombre. Ya nada quedaba de aquel niño que lo había seguido a todas partes y lo idolatraba.

Y a pesar de las circunstancias, se sentía muy orgulloso de él. Quizá debido a ellas.

—¿Estás bien?

El toque suave de la palma de la mano de Abbie sobre su antebrazo lo sacó de sus pensamientos. La miró y se preguntó cómo era posible que las cosas hubieran cambiando tanto entre ellos dos, en tan corto espacio de tiempo.

Y no hablaba del sexo, que había sido magnífico. Incluso si todavía no había estado dentro de ella.

De alguna manera, había sido más intenso que todas las veces que había follado con la típica amante de

turno, en algún tipo de danza arcaica sin sentido alguno.

Se sentía reconfortado por su mera presencia. La preocupación que reflejaban sus ojos era genuina y a pesar del perpetuo rubor de sus mejillas, descubrió en ella algo más de lo que jamás se había atrevido a buscar en otra mujer.

—Todo está mal, Abbie. Esos tipos no van a detenerse, van a cazar mujeres hasta que los atrapemos.

—El desasosiego se había clavado profundo en sus entrañas, recordándole que estaba atado de pies y manos, que no había mucho que pudiera hacer.

No era un hombre que delegara con facilidad, siempre había necesitado estar en el centro del asunto.

No necesitaba dominar a sus mujeres en la cama, pero si todos y cada uno de los aspectos de su trabajo.

Era un policía, maldita sea, y estaba atrapado en aquel estúpido club, que se había convertido en algún tipo de fortaleza.

—Al menos ahora sabemos por dónde empezar. Tenemos esa foto y el nombre de un posible implicado. No podemos rendirnos, hay que seguir trabajando.

Lo sabía. Abbie tenía razón. No era tiempo de dejarse llevar por la desesperación o la impotencia, todavía no habían terminado, tenían que terminar con aquello. Necesitaban descubrir a la banda al completo, revelar sus identidades y meterlos en una celda incomunicada y lejos del resto del mundo, desde dónde no pudieran volver a hacer daño nunca más.

—Ni siquiera te he dado tiempo para que descanses —se lamentó. Podía ver las ojeras que destacaban en su rostro, sus ojos habían perdido parte de su luz y parecía a punto de caer sobre la lisa superficie del pulido suelo. Seguramente su propio aspecto sería tan malo como el de ella y para más inri, había permitido que todos fueran conscientes de lo que le había hecho. Con lo que Abbie se esforzaba en ser una buena chica, de alguna manera la había expuesto.

—No te preocupes, estoy bien. Normalmente puedo tirar setenta y dos horas sin dormir, cuando trabajo en un caso importante —se encogió de hombros, como restándole importancia—. Solo lamento no tener ya esos nombres a estas horas.

Había culpabilidad en su tono. Conocía los motivos, porque él también se recriminaba por no haber sido capaz de mantener las manos lejos de ella. Pero la deseaba, lo había hecho desde el instante que compartieron en la terraza, fue entonces cuando la obligación para con su hermano se desvaneció, dando paso a un genuino interés por ella.

Tenía algo diferente, algo especial. Algo que ansiaba alcanzar como fuera. Un conocimiento que si bien todavía se le escapaba, en algún momento lo atraparía, lo atesoraría y lo conservaría con él para siempre.

Y con eso no hablaba de matrimonio o relaciones serias.

—Los cazaremos.

—Deberíamos seguir adelante con el plan. Si nuestro sujeto pica y asiste al show, podría ser el golpe maestro para arrancar la cabeza del líder. ¿No crees?

—Hablaré con Jim, creo que puede echarnos una mano con esto. Comprobará los antecedentes de ese camarero, pero les pediré que no intervengan por ahora, veamos qué pasa.

—Deberías hablar con tu hermano, para organizarlo todo.

—Lo haré —tomó su mano, se la llevó a los labios y después la abrazó—. ¿Estás bien? Sé lo difícil que es ver de primera mano a una víctima.

—Puede que no esté acostumbrada, pero soy dura. Ojalá esas mujeres no hubieran tenido que pasar por ese trance.

Sus brazos la rodearon con más fuerza. Firme y duro, tratando de entregarle una seguridad y fortaleza que ni siquiera él sentía, pero no quería que tuviera miedo.

—No dejaré que lleguen a ti, Abbie. Lo juro por mi vida.

—No puedes dejarme a un lado, Daniel. —Buscó sus ojos—. El hecho de que nos hayamos acostado

no quiere decir nada. Este sigue siendo mi trabajo y tengo que llegar hasta el final. No solo por mí, sino también por ellas. Tengo que hacerles justicia.

—Entonces sigue investigando esos historiales, Abbie, pero quédate aquí, cerca de mí, donde pueda mantenerte a salvo.

Lo miró con una ternura desconocida para él, no recordaba que ninguna mujer lo hubiera hecho antes.

Como si en el fondo de su corazón hubiera un rincón listo para acogerlo o como si ya lo hubiera hecho.

Lo asustaba sobremanera que se enamorara de él, porque sospechaba que él era incapaz de sentir lo mismo. Sin embargo, ver aquella emoción, tan diferente a las que había visto en los ojos de sus viejas conquistas, también tuvo la facultad de rehabilitarlo por dentro. Incendiar algo puro y positivo, algo completamente ajeno a él.

—Necesito que estés a salvo, Abbie.

—No voy a arriesgarme inútilmente, pero quiero estar presente cuando lo atrapéis. Quiero estar presente en la mazmorra cuando le tendamos la trampa.

—No. Ni hablar. No estás lista para presenciar algo así y yo no estoy listo

para verte en peligro. No sabemos cómo va a actuar, podría sentirse atrapado, tratar de coger un rehén para escapar, podría irse todo a la mierda muy rápido.

Si lo hacían bien, no tenía por qué pasar, pero no estaba seguro de que pudieran controlar todos los aspectos de la situación. A menudo los planes mejor trazados se torcían y si no, que se lo dijeran a él que ya había perdido tanto.

—No puedo volver a pasar por algo así.

—¿Por algo como qué?

—Perder a una compañera, no me pidas eso porque no puedo dártelo.

Guardó silencio, como si supiera que ambos necesitaban meditar en sus palabras. No quería ir por ese camino, no quería rememorar viejas escenas de un doloroso pasado. Ya lo había dejado atrás, con esfuerzo, y había seguido adelante.

Había atrapado a muchos criminales, a los suficientes como para pensar que, a pesar de sus pérdidas, había conseguido marcar la diferencia por ella. Por su compañera caída, por la única mujer de su pasado que había significado algo más para él, que una conquista.

No la había amado en la manera en que un hombre ama a la mujer con la que quiere pasar su vida, pero el respeto y el cariño, la camaradería habían estado desde el principio entre los dos. Y la había echado muchísimo de menos.

—No vas a perderme, Daniel. Te lo prometo, pero no me pidas que me esconda en un cuarto y no

participe.

—Ese es tu trabajo. Analizar pruebas, tú misma dijiste que no eres una agente de campo, que Jim se equivocó de pleno al querer infiltrarte en el club.

—Pero ahora las cosas han cambiado.

—¿Por qué, Abbie? ¿Cómo han cambiado? El hecho de que nos hayamos

excitado un poco y te hayas corrido un par de veces no te convierte en una policía experta.

Se arrepintió de sus palabras un instante después de haberlas pronunciado en voz alta. Ella reaccionó dando un paso atrás y poniendo distancia entre los dos.

—Mira, no quería decir eso, es solo que toda esta situación me supera.

—No importa —contestó encogiéndose de hombros—. Será mejor que vuelva a mi cubil, a retozar

entre papeles.

La había herido, sabía que lo había hecho y se sintió como un ser ruin y despreciable. Pero mejor su odio y sus lágrimas que su muerte. No podría soportarlo de nuevo, nunca podría sobrevivir a Abbie.

El nudo de su garganta le dejaba claro que si ella acababa herida, no sería capaz de perdonárselo nunca.

La vio desaparecer al final de la sala, se dirigiría a su habitación, quizá lloraría o quizá lo maldijera, era posible que hubiera terminado con sus posibilidades de mantener una relación con ella. Pero si ese era el precio a pagar para que estuviera segura, estaba dispuesto a hacerlo.

CAPÍTULO 24

Abbie cerró de golpe la puerta y gruñó, como una gata rabiosa. Ni siquiera le importaba si estaba siendo irracional. Daniel la trataba como a una niña y ya le había dejado claro que no lo era. Puede que al principio, aquella primera noche, se hubiera mostrado como una ratita asustada ante lo que implicaba el *Pleasure's*, pero también era cierto que a pesar del corto período de tiempo que había pasado entre un momento y otro, se sentía diferente. Más adulta, más controlada, menos temerosa.

Y eso se lo tenía que agradecer a él.

No creía que tuviera que ver con los orgasmos que habían compartido, ni siquiera con el sexo o el club, era algo más personal. El hecho de ver y comprender a aquellas personas, no solo respecto a sus tendencias sexuales, sino al modo en que se protegían unos a otros, en el que luchaban unidos y buscaban ofrecer experiencias placenteras al mundo, tanto físicas como emocionales, amos que se preocupaban de que cada persona que pisara el club encontrara exactamente lo que estaba buscando, había cambiado su percepción de un mundo que le había parecido aterrador, agresivo y bastante salvaje. Como una jungla en la que todo era dominar o ser dominado, sobrevivir o colapsar ante la potente voluntad de alguien superior, más fuerte, más capacitado para imponer su criterio y obviar los deseos del ser inferior.

Pero no había sido así, en ningún momento. Rod había sido gentil con sus palabras y generoso en explicaciones, Gabe le había abierto las puertas de aquella casa, sin ocultar secretos, permitiendo que se moviera por allí como quisiera, en un entorno de seguridad.

Se preguntó si además del camarero, no habría alguien más del equipo con el que se había reunido a lo largo de las horas que llevaba allí implicado en la trama, aunque no lo creía. Algo le decía que nada estaba más lejos de la realidad.

Al principio había sospechado de Lou, incluso de Miles, pero el horror en los ojos de ambos hombres al ver a la reciente mujer maltratada había sido sincero. No había habido teatros allí, tan solo indignación.

El personal había quedado muy reducido desde el momento en que los tiradores habían decidido jugar con ellos al tiro al plato, convirtiéndolos en blancos móviles y especialmente vulnerables. Estaban, de alguna manera, atrapados allí. En una jaula de placer, en la que en las últimas horas solo habían vivido desesperación.

Incluso si su experiencia había sido especial.

De hecho, se sentía un poco culpable por haber disfrutado tanto mientras dos mujeres habían sido maltratadas y violadas. Nunca había sido egoísta y ahora sentía el peso de la culpabilidad.

Y además Daniel había infravalorado lo que había pasado entre ellos como si no significara nada.

Estaba segura de que en su caso así era, pero ella había desarrollado algún tipo de emoción por él, algo que no se atrevía a llamar amor, pero sí interés. Un interés que bien podía destruirla antes de que se diera cuenta.

Atravesó la habitación y se metió a la ducha. Necesitaba aclarar sus ideas y limpiar de su cuerpo los restos de la pasión nocturna. No porque quisiera borrar a Daniel de su sistema, porque sabía que eso no era posible, sino porque tenía que ponerse su máscara de serenidad y profesionalidad, y continuar con su trabajo.

Para cuando el agua empezó a llegar fría, cerró el grifo y se envolvió en la toalla. Su móvil sonaba en la habitación, así que fue directa a responder.

Era Morie.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Habíamos quedado para comer hoy.

—El caso se ha complicado, no creo que pueda volver a casa en unos días. Han pasado cosas que no puedo contarte, lo siento. Me gustaría hacerlo, pero...

—Lo sé, lo sé. Todo ese rollo de la confidencialidad. —Su tono sonó un poco cansado, se preguntó si le habría pasado algo.

—¿Todo va bien? Te noto rara.

Un largo suspiro atravesó la línea y llegó a sus oídos, haciéndola preocuparse un poco más.

—Va bien, no te preocupes por mí.

—No puedes engañarme. ¿Qué está mal?

—Han detenido a William.

—¿Qué? Eso no es posible. ¿Por qué? —William y Morie llevaban un tiempo

tonteando. Más que tontear tenían una amistad peculiar, sabía que se habían acostado nada más conocerse y que no había funcionado como a los dos les habría gustado. De alguna manera, entre ellos no había la química suficiente como para que una relación romántica funcionara, sin embargo era un hombre afable y cariñoso. Trabajaba en *Starbucks* y le había servido un excelente café cada mañana. Una cosa había llevado a la otra, habían quedado, se habían dado cuenta de que no podían ser nada más que amigos y entre ellos había florecido algo especial. Algo que nunca iba a llegar al matrimonio, pero que a Morie le había puesto un brillo especial en los ojos.

—Todavía no sé de qué lo acusan exactamente, pero estábamos hablando tranquilamente mientras me tomaba mi café, cuando entró un equipo de policías apuntándole con una pistola y se lo llevaron esposado. Llamé a mi abogada, pero no se ocupa de derecho penal. Aún así nos ha recomendado a un tipo muy bueno, dice que conseguirá una fianza y que estará libre en cuarenta y ocho horas. —Había un rastro de lágrimas en su voz—. Tiene que tratarse de un error, Abbie. Él no le haría daño a nadie.

—Quizá solo fue un robo sin importancia o algún tipo de actitud sexual inapropiada. Morie, no te preocupes, voy a llamar a Jim y me informaré.

—¿Me llamarás cuando sepas algo?

—Sabes que lo haré. Tómate el día libre, descansa en casa o mejor, quédate en la revista, acompañada. No me gustaría que algún loco tratara de atacarte.

—¿Ha habido más mujeres...? —El horror y el temor se filtraban en sus palabras.

—Una de las trabajadoras del club y es cuanto puedo decirte.

—Dios mío...

—Lo sé, tengo que dejarte. Todavía nos queda mucho por hacer y el tiempo vuela.

—No te olvides de Will, por favor.

—No lo haré. Será lo primero que resuelva y te llamaré en cuanto consiga la información. Intenta relajarte y no te quedes sola.

Si a Morie le sucedía algo, no podría soportarlo. Era como una hermana para ella, incluso más que una hermana. Tenía que estar bien.

Colgó el teléfono tras despedirse y la voz de Gabriel sonó a su espalda. Se envolvió un poco más en la toalla, sintiéndose algo expuesta, y se giró lentamente para mirarlo.

—¿Cómo va la investigación?

Llevaba entre los brazos algo de ropa limpia, ropa de mujer. La miró en silencio, con la preocupación reflejada en cada célula de su cuerpo. Estaba tenso y nervioso, supuso que necesitaba hacer cualquier cosa para acabar con aquella pesadilla.

De alguna manera todos compartían aquella impotencia.

—Gracias.

—Es de Kat. Siempre tiene ropa de repuesto en el club.

—Gracias —repitió aferrándola contra su pecho, sin soltar la toalla.

Gabriel se giró con una sonrisa.

—Debería darte un poco de intimidad, pero necesito algunas respuestas, Abbie, y tú eres la experta en pruebas.

Se apresuró a vestirse, ahora que nadie miraba. Se puso la ropa interior y el vestido, le quedaba un poco grande y no era tan extravagante como había imaginado, a pesar de que el escote fuera un poco bajo y el dobladillo quedara a la altura de sus rodillas.

—No puedo decir mucho. No debería decir nada.

—Rod me ha contado lo del tipo de la foto y lo de la trampa.

—Entonces sabes tanto como yo.

—Hemos enviado el expediente del chico al jefe de policía y nos ha contestado diciendo que tienen detenido a uno de los responsables.

Era extraño hablar con un hombre mientras le daba la espalda, así que una vez que se encontraba lo suficiente humana como para afrontarlo, le pidió que se diera la vuelta.

—¿Daniel lo sabe?

—Sí. Habló con Jim personalmente. Dice que te han remitido un correo electrónico con parte de la

información sensible del detenido. Al parecer quienquiera que remitiera el sobre con las pruebas a la comisaría, lo hizo para ti.

Abbie se apresuró a sentarse frente al ordenador y abrir su cuenta, cuando abrió el expediente y miró la foto ahogó un gemido.

—No puede ser.

—¿Lo conoces?

—No puede ser, no puede estar implicado. William es un buen hombre, nunca le haría daño a nadie.

Es el mejor amigo de Morie, por Dios.

—Lo conoces —espetó secamente Gabriel, mirándola con el ceño fruncido—. ¿Por qué no era uno

de tus sospechosos?

—Porque no está vinculado al club, no que yo sepa. ¿Lo está? ¿Tú lo conoces?

Gabe miró la imagen y trató de rebuscar en su memoria.

—Podría ser, no estoy seguro. Pasa mucha gente por aquí y no todos son

habituales.

—Sea como sea, si está bajo custodia policial, llegarán al fondo del asunto. ¿Crees que Brenda o Katharina podrían identificarlo?

Un músculo palpitó en la mandíbula de Gabriel, la tensión era evidente, así como la sensación de que no quería saber nada de eso.

—No puedo someterlas a algo así tan pronto. ¿Sabes por lo que han pasado?

—Baja el tono, hermanito —dijo Daniel entrando entonces—. Ella no es culpable de nada.

—Lo siento —maldijo para sí poco después—. Esto me supera, se escapa a mi control. No sé qué

coño hacer para resolverlo. Es como si hubiera tenido un nido de serpientes bajo mis narices todo este tiempo y no hubiera sido capaz de escuchar sus siseos. Mierda, Dan, uno de mis camareros está implicado. ¿Sabes lo que eso significa?

—Hay una fuga en tu sistema de seguridad.

—Y entonces es posible que alguno de mis chicos, de esos en los que más confío, haya permitido entrar a ese chaval para atentar contra mujeres inocentes.

—¿Desconfías de alguno en específico?

—Esa es la peor parte, me siento un gusano rastrero solo por pensarlo. Esos hombres tienen honor, se han jugado el pellejo incontables veces, ya no en el club, sino en sus antiguos trabajos. Han peleado por su país, por su gente y ahora, ¿cómo puedo pensar que entre ellos hay un traidor?

Abbie negó, mirándolos a ambos.

—¿Y si no es uno de ellos?

Daniel la miró, probablemente reconociendo el tono y el gesto. Llevaban poco

tiempo juntos, pero habían aprendido a leerse mutuamente con mucha rapidez. Él miraba profundo en ella y por más que tratara de ocultar sus más profundos secretos, había sido capaz de ver también vulnerabilidad en él.

—¿En qué piensas?

—He conocido a tu equipo de seguridad, se jugaron el tipo para sacarnos de ese camión de comida rápida. Se aseguraron de devolver al cocinero sano y salvo a su hogar y han levantado una barrera para que impida llegar a esos mafiosos hasta aquí. No creo que estén implicados, sin embargo, hay algo a lo que no paro de darle vueltas desde que empezamos a visualizar videos. Desde que visitamos la sala de vigilancia. Está retumbando en el fondo de mi mente. No le había dado importancia, pero...

—Habla, mujer. No te calles ahora —exigió Gabriel—. Dame un nombre y lo sacaré tan rápido de

aquí que no me verá llegar.

—Tenéis un sistema de seguridad que parece casi invulnerable. El equipo es caro, detecta secuencias violentas, comportamientos atípicos y puede ser revisado sin necesidad de conectarse al sistema principal. Rod nos enganchó al sistema aquí, para que podamos ver las cámaras de seguridad, además de acceder a vuestros archivos.

—No entiendo a dónde pretendes llegar, Abbie —dijo Daniel con el ceño fruncido y la confusión patente en su pose.

—Rod dijo que él no controlaba el sistema, que tenéis un informático que se ocupa del mantenimiento.

—Es imposible. Nunca ha participado en ninguno de nuestros shows, viene al club durante las horas en las que permanece cerrado y tan solo cuida de que los equipos funcionen correctamente.

—Y hay algo que sigue sin cuadrar, porque por lo poco que he visto, hay un enlace por control remoto para acceder a las cámaras.

—Lo hay, va directamente a Rod y a mí.

—Puede que a alguien más. Me gustaría pedirle a Jim que nos envíe un informático de confianza para que revise las conexiones. Ver si salta a alguien más, además de vosotros. Si ese informático que tenéis es tan habilidoso como aseguráis, es probable que pueda acceder a vuestro sistema, robar videos, descargarse expedientes o alterar investigaciones. Sin olvidar que podría acceder a toda vuestra lista de clientes.

—Hay mucha gente que puede acceder a nuestra lista de clientes. Lou o Miles entre otros.

—No estoy diciendo que ellos no estén en el ajo, pero tengo un presentimiento, no sabría explicarlo.

Daniel la miró, había permanecido en silencio escuchando su explicación. No se dirigió a Gabriel cuando habló.

—Vamos a seguir esa corazonada, no tenemos nada que perder.

—¿Y si se equivoca? —preguntó el hombre más joven.

—Habremos perdido un par de horas preciosas, pero si está en lo cierto, podríamos haber cercado a ese equipo de depravados y acabar con esto de una vez.

—Con uno de los problemas, al menos —murmuró Abbie, mirándolo con preocupación. No podía olvidar el ataque, no habían disparado a modo de advertencia, lo habían hecho para matar. A Daniel, a ella, a los dos. No les habían importado las víctimas colaterales, nada. Si la policía no hubiera llegado,

¿habrían entrado en el club?

—Yo voy a ocuparme del problema de mi hermano.

—¿De qué hablas, Gabe?

—Bueno, yo no, pero conozco a alguien que puede llegar a la cabeza de tus

enemigos rápidamente y acabar con esto de una vez por todas. Vosotros limpiáis mi club de basura —dijo mirándolos a ambos—

y yo acabo con la amenaza mafiosa para siempre. Os dejarán tranquilos a los dos, sin importar qué hayáis hecho.

—Gabriel, no te quiero mezclado con esa gente.

—No te preocupes por mí, ya no tengo diez años y sé muy bien qué hacer.

—Si te pegan un tiro y te matan, te seguiré y te arrastraré de vuelta a la vida.

—Cuento con ello, hermano mayor. —Trató de sonreír, pero fue un triste intento de mueca.

Había quedado muy afectado con los últimos acontecimientos y Abbie lo comprendía. Cuando alguien hería a alguien cercano o incluso sin ser cercano, cuando veías cómo alguna gente era capaz de destruir a una persona inocente solo por diversión, había algo que cambiaba dentro de ti para siempre.

—Todo saldrá bien —les aseguró a los dos.

—Habla con Jim en cuanto puedas. Tiene órdenes para ti —dijo Daniel, saliendo de la habitación junto a su hermano.

Abbie sabía que tenía que enfrentar a su jefe. Tenía que ponerlo al día y sospechaba que iba a estar cabreado con ella. Esperaba sus informes a primera hora de la mañana y ya casi era hora de comer.

Había que dejar a un lado el placer por ahora, tenía que concentrarse en su trabajo y resolver aquel caso, antes de que hubiera una nueva víctima. Y al ritmo que habían empezado a atacar gente ahora, no estaba segura de que no fuera demasiado tarde.

Solo esperaba que su instinto no le fallara, porque no podría soportar dejar a un criminal de ese tipo en las calles.

CAPÍTULO 25

—¿Está hecho? —preguntó el jefe. Lo había llamado por teléfono haciéndolo sentir bien, importante.

Le había encargado una misión y la había completado con éxito. Iba a conseguir una mención especial, estaba seguro, pronto le arrebataría el lugar de cabecilla de los ataques a William, algo que estaba deseando.

Además, ahora aquel idiota iba a pudrirse en la cárcel, se había ocupado de ello. No importaba cuántos abogados contratara, contra las pruebas que había reunido, no había defensa posible, lo que le hizo regodearse en su propia victoria.

—Así es. Esa puta no olvidará nunca esta experiencia, se lo garantizo, jefe.

—Bien. ¿Le dejaste un regalo especial?

—Oh, ya lo creo. —De nuevo se sintió lleno de adrenalina, justo como en el instante en que la tuvo sometida y la folló mientras ella suplicaba que se detuviera. La tomó como una bestia salvaje sin importarle nada más que su propia satisfacción, mientras el idiota de su compañero grababa la escena y le daba una lección de humildad. Los dos le habían mostrado lo que era ser dominada de tal manera que nunca lo olvidara. Justo como hacía ella con los hombres que iban al club. No había habido valor en ella, quizá al principio, pero pronto había suplicado clemencia y eso había estado a punto de volverlo loco de placer. Se había corrido tres veces y había disfrutado cada una de ellas—. No volverá a olvidar cuál es su lugar, jefe.

—Excelente. —Había algo sádico en la voz del hombre, algo que le hacía digno del lugar que ocupaba en su asociación. Tenía una buena cabeza y le gustaba seguir sus órdenes. Además, no se entrometía en su camino. Le dejaba hacer cuánto quisiera con aquellas mujeres, tenerlas de todas las maneras que le gustaba imaginar, incluso si no estaban por la labor de complacerlo.

Lo hacían incluso sin querer, no había nada mejor que sus gritos y súplicas, al final algunas incluso habían aceptado llamarlo amo y gemían solo para complacerlo.

Pero cuando estaban entrenadas, se aburría y necesitaba carne nueva. La

siguiente.

Nunca iba más lejos de la línea que el jefe marcaba. Puede que ocasionara dolor, que las violara y disfrutara con ello, pero no había matado a ninguna y nunca lo haría. No era un asesino, solo alguien con tendencias violentas en el sexo, como todos aquellos que visitaban el *Pleasure's*, solo que sin creer en las normas.

—¿Quiere saber cómo fue?

—No lo necesito, confío en ti.

Le molestó que no le permitiera regodearse en lo que le había hecho a aquella putita, pero no le dio

importancia, mientras le diera vía libre para ir por la siguiente y el amparo que necesitaba para seguir adelante con aquel plan, estaba dispuesto a tragarse su necesidad de vanagloriarse, al menos por el momento.

De alguna manera, lo admiraba y ansiaba su lugar. Lugar que algún día tendría.

—¿Estamos listos para la siguiente?

—Quiero a la forense, pero no la toquéis, ella es mía.

¿No tocarla? Eso no era parte del trato. El jefe nunca se ensuciaba con el contacto humano, ¿qué pretendía hacer ahora?

—Pero...

—Solo traédmela. Confío en ti, pero si la tocas antes de que yo la consiga, tendrás auténticos problemas. ¿Me has entendido? Puedes tomar otro aperitivo para ti.

—¿Quién?

—¿No tenía nuestro querido William una protegida? Me ha llegado información de que ha participado en las actividades del club recientemente.

Se frotó las manos mentalmente al escuchar sus palabras, a la vez que se pasaba la lengua por sus labios, anticipando el sabor de su nueva conquista.

Y el hecho de que William la hubiera querido de alguna manera, le daba un interés nuevo a la posibilidad de tenerla.

—Oh, sí, jefe. La recuerdo. La conseguiré.

—Tráela. Quiero ver cómo lo hacéis, quiero grabarlo y quiero que William lo vea.

—Lo hará.

—Bien. —El rencor de aquel hombre podía ser tan grande como sus propios deseos. Sabía que su

hermano lo había traicionado, negándose a seguir participando en su misión. Sabía que la inocente a la que habían violado se había colado en su conciencia. A él no le importaba, había sido un dulce bocado, uno que había disfrutado y del que no se arrepentía.

Pero el bueno de Will se creía superior. Él sabía la verdad.

—Usa a la protegida de William para hacer salir a la otra —exigió el jefe con firmeza—. Podríamos tenerlas antes de que acabe el día, si haces bien tu trabajo.

Pero había una posibilidad de que no lo consiguiera, una remota, pero aún así...

—Está protegida en el club. Esos cabrones de seguridad no van a dejar que nadie se acerque a ella.

Incluso han desconectado las cámaras.

—Pero tenemos a alguien que puede encenderlas para nosotros, sin olvidar que tienes su confianza.

Hazlo rápido y hazlo bien o lo lamentarás.

Sabía hasta que punto podía joderle la vida aquel cabrón. Por supuesto que lo haría bien.

Y disfrutaría del proceso, porque esa era su misión en la vida. Sentir placer, nada tan puro como limpiar al mundo de la corrupción que veía el señor.

No. Él sabía la verdad, sabía lo que era y lo disfrutaba.

Nadie iba a cambiarlo, nadie iba a descubrirlo. No lo habían hecho hasta ahora y seguiría siendo así.

Iba a librarse de todo, Will cargaría con la culpa y cuando se hubiera cansado de aquella ciudad, iría a la siguiente en busca de nuevas víctimas.

Brenda se sobresaltó ante los golpes que se escucharon al otro lado de la pared. Se había bañado y había tratado de dormir un poco, aunque cada vez que cerraba los ojos volvía a ver aquel horrible lugar, las imágenes, los hombres obligándola a hacer cosas que ni siquiera había imaginado antes.

Veía a Gabriel desnudo, en aquella mazmorra a la que le había prohibido el acceso, disfrutando de placeres que ella había desconocido hasta entonces. Placeres que nunca sentiría, porque le habían arrebatado esa capacidad.

El sexo había sido un castigo, el dolor algo conocido, algo que se había quedado profundamente grabado en su interior y que ya nunca la abandonaría. Gabe era mucho más que un amigo para ella y a pesar de que sabía cosas sobre él, descubrir de primera mano toda aquella parte de su personalidad, que había tratado de mantener fuera de su alcance, la había herido.

Si el descubrimiento se hubiera hecho una semana antes, le habría roto el corazón, ahora se había limitado a aceptarlo y a pedirle protección y una plataforma de baile.

No era algo que hubiera hecho jamás y su estómago se estrujaba ante la posibilidad de ser vista por un montón de hombres, pero al menos sentía algo, algo diferente al vacío que se había asentado en su corazón.

Una maldición seguida de los golpes logró sobresaltarla una vez más e instintivamente supo que algo malo había pasado. Se vistió y salió de su dormitorio. Llegó hasta la bloqueada puerta, su mano se posó en la manilla y un escalofrío de temor la recorrió por completo. Abandonar aquella recién descubierta seguridad...

La vista se le nubló, su corazón se agitó.

Sentimientos... incluso el miedo. Era algo, algo diferente a la nada, al doloroso vacío. Al oscuro interior que le decía que ya no podía sentir nada.

Salió tambaleándose, pero aferrándose a aquella sensación que se pegaba a su piel. Sus pulmones estaban repletos, colapsaban, no le importaba, era algo.

Llegó a la otra puerta y empujó, estaba abierta. Rod estaba en el sofá, sus hombros caídos se agitaban, su cabeza apoyada en sus enormes manos y los lamentos que abandonaban el pecho del hombre provocaron otra nueva emoción en ella: necesidad de ofrecer un consuelo que no podía alcanzar para sí.

—¿Rod?

El hombre alzó la vista y la miró. Nunca había visto otra cosa en él que sonrisas y suavidad, ahora

solo había desesperación. Sus ojos rojos, el rictus de dolor, la nariz hinchada, la sangre que se había hecho en los labios, probablemente al morderse para contener los gritos que querrían abandonar su alma torturada.

Anhelaba todo eso que él tenía y que ella no podía alcanzar.

—Esos cabrones cogieron a Kat. La violaron y la marcaron. La marcaron.

Katharina había sido una mujer llena de vitalidad, como ella misma. Se habían conocido hacía año y medio en una comida. Tenía un hijo de unos seis años, Duncan, inteligente y divertido. Siempre curioso, siempre haciendo preguntas. Y el amor que había visto en los ojos de la mujer, junto a su afabilidad, las había unido de inmediato.

¿Dónde estaría ahora Duncan?

—¿Quién está cuidando del niño?

—Su compañera de piso —informó Rod pasándose la mano por los ojos, para tratar de recoger sus lágrimas—. Quería mandar a alguien a buscarlo, pero Gabriel piensa que podríamos ponerle en peligro.

El club ya no es seguro.

—Sí lo es —lo contradijo—. Duncan estará bien aquí, donde podemos cuidar de él y Kat lo necesitará.

—No puedo mandar a cualquiera a buscarlo, no me fío de nadie en este punto del partido, Brenda.

Esos tipos de ahí abajo, ¿cómo sé que puedo confiar en ellos? Incluso Gabe empieza a tener sus dudas.

Brenda sabía que no debía decir lo que estaba pensando, pero también que no podían arrebatárle nada más de lo que ya le habían robado.

Katharina había sido amable con ella en el pasado y si alguien podía ayudarla a recuperarse, a devolverle al menos un puñado de esperanza, ese era su pequeño.

—Yo iré.

—De ninguna manera, no.

—Sé por lo que ha pasado Kat. Sé lo que significa sobrevivir a... —Tomó una bocanada de aire—.

Sé lo difícil que es volver a la vida, cuando te quitan todo.

—Acabas de salir del hospital. Todavía no estás recuperada, deberías estar en la cama durmiendo, descansando.

—No vamos a dejar que nos destrocen, Rod —dijo la voz de Katharina desde

la puerta de la habitación. Se movía con dificultad, sabía que sentía dolor. Ni siquiera debería estar de pie. La camiseta que llevaba dejaba al aire sus piernas y brazos y las marcas que tenía por todo el cuerpo, alguien se había ensañado con ella. Por suerte, no habían tallado su piel con un cuchillo afilado, sino con alguna especie de tinta que brillaba en tono rojo sobre ella. Las palabras llenaron su memoria, su ira quiso abandonar la prisión a la que la había sometido, exigir un pago por lo que le habían hecho.

—Vuelve a la cama, Kat. No me obligues a llevarte.

—Quiero a Duncan conmigo, necesito a mi hijo. Aquí estaremos bien, no dejarás que nos pase nada.

Confío en ti.

—No deberías hacerlo, no conseguí mantenerte a salvo. Anoche debí seguirte a casa, no dejarte en tu coche. Debí...

—No te culpes, porque yo no lo hago. Esos hijos de puta no me han destrozado, estoy en pie y voy a luchar. Voy a hacer lo que sea necesario para acabar con ellos.

Brenda la miró con sorpresa, veía en sus ojos el reconocimiento.

—Los conoces.

—Por supuesto que los conozco, a los dos. Era lo que trataba de decirle a Rod, pero estaba demasiado aturdida para hacerlo. Los muy cabrones me drogaron.

—¿Solo dos? —inquirió ella, preguntándose si habrían sido los mismos tipos que la habían atacado a ella.

Kat la miró sorprendida.

—¿Solo?

—Fueron cuatro en mi caso —musitó. La voz surgió estrangulada, no quería hablar de ello. No podía hacerlo. Se tambaleó, Rod la sostuvo y ella se alejó

como si se hubiera quemado.

La preocupación de inmediato acudió a Kat y Rod.

—Dios mío, Brenda. ¿Qué te hicieron?

Brenda se encogió de hombros, dirigiendo una mascullada disculpa a Rod y mantuvo la distancia.

—Ya no importa, quiero ir a buscar a Duncan. Puedo hacerlo.

—No irás sola —advirtió el hombre—. Gabe no me lo perdonaría y yo tampoco lo haría. Podrían

volver a secuestrarte y entonces quizá no tendríamos tanta suerte.

—Eso no pasará —murmuró Brenda—. Ya no sirvo, estoy sucia. Eso dijo el líder antes de... sedarme y meterme en aquella caja de cartón.

Cerró los ojos, no quería ver miradas compasivas. Kat parecía fuerte, incluso con las marcas en la piel y los golpes, estaba erguida orgullosa, apoyada en el dintel de la puerta, ignorando el dolor que debía estar sintiendo.

Fuerte y decidida, dispuesta a luchar, a apresarlos.

Ojalá ella pudiera sentir lo mismo. Ojalá pudiera tener deseos de hacer algo, cualquier cosa que acabara con los gritos de desesperación que vivían encerrados en su cabeza y que se negaban a abandonarla.

—No va a ser fácil hacer ese viaje —les dijo Roderick a ambas—. No solo estamos luchando contra cuatro locos, sino contra un contingente de tiradores armados que quieren la cabeza de Daniel. Puede que ataquen primero y pregunten después. Es peligroso abandonar estas puertas.

—¿Quién está detrás de Daniel ahora? ¿Es que nada puede ir como se supone que debe ir? —La ira se traslucía en la voz de Kat. Sus piernas se doblaron y ahogó una maldición—. Mierda.

Rod la ayudó a llegar al sofá y la cubrió con una manta. Se preguntó si ver las

marcas le causaba

tanto desasosiego como a ella misma. Kat no parecía reparar en ellas o lo hacía, pero no les daba importancia. Ignorando que estaban allí, quizá dejaran de estarlo. De alguna macabra y retorcida manera.

—Algunos mafiosos. Ya sabes que ha estado haciendo trabajo encubierto...

—¿Mafiosos? Dame tu móvil, Rod. Voy a cortar con eso ahora mismo.

—No creo que sea el mejor momento para una cita con el lado peligroso —advirtió en tono oscuro.

No parecía aprobar lo que quiera que ella quisiera hacer.

—Vamos, Tony y yo somos buenos amigos. Le convenceré para que retire a sus chicos y se correrá la voz. Ambos sabemos que la policía no puede hacer nada sin pruebas y nunca las conseguirán. No a tiempo. Le debo una muy grande a Gabe, desde hace tiempo, y pago mis deudas.

No podía decir que le sorprendiera su actitud. Había demostrado una fortaleza de la que Brenda carecía. Era consciente de ello. Muchas veces había sido acusada de vivir en un mundo ficticio, entre dibujos, publicidad e ilustraciones. Era rara y creativa, o lo había sido en otro tiempo.

¿Qué iba a ser de su trabajo sin sentimientos? ¿Sin amor, sin risas, sin diversión, sin esperanza?

Tendría que dedicarse a ilustrar esquelas a partir de ahora y quizá ni siquiera pudiera hacerlo.

—No estoy de acuerdo con lo que planeas hacer, pero si crees que es una buena idea... —empezó Roderick batallando contra su propia necesidad de mantenerlas a ambas a salvo—. Aquí tienes.

Katharina marcó el número de Tony y cuando contestó, esbozó una sonrisa.

—Ey, cariño, ¿estás ocupado?

No pudo escuchar la respuesta, pero Kat se rio de forma sensual; lo que pilló desprevenida a Brenda.

Para acabar de vivir una experiencia traumática parecía estar bien. ¿Cómo lo hacía? Le gustaría conocer su secreto.

—Me he enterado de que unos malnacidos han intentado engañarte. Sí, extendiendo un rumor sobre un buen tipo. Alguien del club y Gabe y yo estamos muy disgustados, cariño. Creemos que algunos de tus chicos han tratado de convertirlo en un colador. Y todo por un mentiroso. Sé lo que odias a los mentirosos, Tony.

La postura de Kat en el sofá se tensó.

—Sé de lo que hablo. ¿Crees que intento traicionar tu confianza? —guardó unos segundos de silencio, escuchando a su interlocutor y miró a Rod—. Me consta que estos tipos están trabajando con un experto en modificar cualquier archivo informático, de la policía o de cualquier otra agencia del gobierno e incluso tu organización. Quién sabe lo que podría sacar a la luz, si no cortas de raíz esto.

Estás apuntando al hombre equivocado.

El cuerpo de la mujer se relajó visiblemente y esbozó una sonrisa.

—Sabía que no me defraudarías, Tony. Y, cariño —empezó, en sus ojos apareció un instinto homicida—. Ese hijo de puta abusó de mí, me drogó y me golpeó. Su amiguito y él me lanzaron de un coche en marcha... —El hombre debió cortar su declaración, Katharina miró a Rod cuando contestó—.

Eso me haría muy feliz, cuando me recupere te daré tu recompensa. Exactamente como te gusta. Hasta

pronto, Tony, cuídate.

Cortó la llamada y le tendió el móvil a Rod, que la miró con el ceño fruncido. Parecía preocupado, aunque Brenda no sabía muy bien por qué.

—¿Qué es lo que te hará muy feliz, Kat? —inquirió cansado Rod.

—Tener las pollas de ese par de gilipollas violadores en un tarro de conserva.

Roderick masculló una maldición y la miró frustrado.

—Daniel es policía, maldita sea. Esa gente no se anda con tonterías. Entienden la justicia de una forma muy particular.

—La ley del Talion, Rod. ¿Y sabes qué? Me importa una mierda lo que les pase. Se metieron en nuestro refugio, atentaron contra nuestra integridad. Violaron y golpearon a Brenda, la destruyeron y lo hicieron conmigo también. Que se pudran en el infierno. —Se dirigió a la otra mujer entonces y la miró

—. Dale una hora a Tony para que alerte a sus chicos, los francotiradores y cualquier tipo relacionado con él o con cualquier banda de esta ciudad, se habrán retirado para entonces. Será seguro salir.

—Iré a buscar a Duncan entonces.

Los ojos de Kat se llenaron de lágrimas al escucharla, dolor y agradecimiento unidos.

—Ojalá pudiera ir yo, debe estar tan preocupado. Es pequeño, pero siempre está pendiente de mí y anoche le había prometido leerle un cuento.

—Le leerás muchos —aseguró Rod, atrayéndola a sus brazos.

Y ella se acomodó en su regazo, llorando desesperadamente, pero aferrándose a él como si se tratara de su tabla salvavidas.

Rod la besó en la frente y la acarició con extremo cuidado y Brenda fue testigo del amor que esos dos se profesaban. Siempre había pensado que eran pareja, pero ahora no lo tenía tan claro.

Días atrás lo hubiera preguntado directamente, pero ahora, cuando unos desconocidos habían destruido para siempre su identidad, se dio cuenta de que la mejor manera de devolver lo que estaban haciendo por ella, era guardar silencio. Su curiosidad no sería resuelta, pero ellos podrían conservar lo que a ella le habían arrebatado.

—Ve a descansar un rato, si lo necesitas. Te avisaré cuando llegue la hora —le prometió Rod.

Instantes después estaba en el pasillo, cerrando suavemente la puerta detrás y preguntándose cuál sería su futuro.

Tampoco pudo evitar pensar en Gabriel y en todo lo que los separaba ahora. Ya no podían ser amigos, tampoco algo más, no podía quererlo, no quería necesitarlo, pero lo cierto es que sus destinos, de alguna manera, se habían vinculado.

Solo esperaba que como le había pasado a ella, él no quedara destruido por el camino.

CAPÍTULO 26

—Entonces mi corazonada resultó certera, ¿verdad? Desearía haberme equivocado —confesó Abbie

mirando a Daniel.

Veía su cansancio y su pena. Estaba perdida y preocupada y él no la había ayudado. Había conseguido que la relación entre ellos se volviera tensa, casi desesperada. No debería haber infravalorado lo que había pasado entre ambos.

Pero ahora no era ni el momento ni el lugar para dejarse llevar por la intensa química que sentían.

Tendrían que esperar y ver si el tiempo los unía o terminaba separándolos para siempre.

—Sí. El técnico que Jim envió lo ha confirmado y al parecer Kat ha identificado a los dos. Nuestro informático y nuestro camarero. Los chicos de seguridad no saben cómo es posible que se alteraran sus expedientes, pero supongo que hoy día con un ordenador se puede hacer prácticamente cualquier cosa.

—¿Y tenían acceso a todas las cámaras del club?

—Todo lo que estaba conectado al sistema.

Sabía en qué estaba pensando Abbie, él también se lo había preguntado, pero Gabe le había aliviado la preocupación y sabía que ahora era su turno para aliviar a Abbie.

—Rod apagó las cámaras de esta habitación manualmente. Para que pudiera haber accedido a las imágenes del tiempo que hemos pasado aquí, primero tendría que haber activado el interruptor, para poder acceder a distancia, no te preocupes.

El alivio se reflejó en toda ella haciéndole sonreír. Los dos se parecían mucho más de lo que en un principio había pensado. Habían llegado a estar conectados de una extraña manera.

—En tres días vamos a representar el show. Jim ha pedido ese tiempo para poder organizar a su equipo. Entre la seguridad del club y los agentes, deberíamos poder cercar al cabecilla. Si es que no estamos equivocados al respecto y parece que no.

—¿Alguien ha identificado al hombre?

—Alguien. El amigo de Morie. William.

—Cuando hablé con ella estaba destrozada, le han puesto escolta policial, William exigió protección para Morie a cambio de contarles todo sobre lo que había pasado. Incluso suponiendo que no iba a librarse de la cárcel. No creo que sea un mal hombre, en el fondo.

¿Veía lo mejor de las personas? No, estaba demasiado ciega. William había participado activamente en la violación de Brenda y las otras dos mujeres, lo había admitido. Había señalado a su hermano como cabeza de operación y había hablado de sus motivos para seguir adelante con ese plan.

Hasta que le habían entrado remordimientos y había tratado de salir de la ciudad pitando. Lo

encontraron despidiéndose de su amiga en un café, con las maletas en el coche, si hubiera logrado salir de la ciudad a tiempo, probablemente habría desaparecido.

Tenía documentación nueva a su disposición y una buena cantidad de dinero en efectivo.

—No es una buena persona.

—Se preocupa por Morie.

En eso tenía que darle la razón. Se había preocupado lo suficiente por ella como para garantizar su seguridad. No iba a pensar que se trataba de una buena persona cuando había herido de manera tan cruel a una mujer inocente, pero podía aceptar que no era un cabrón sin sentimientos.

Había algo en él, no bondad, pero si algo.

—Lo siento por ella, Abbie, pero las cosas son como son.

—Va a tratar de ayudarlo. Quiere que tenga una segunda oportunidad. Cree que lo coaccionaron para que hiciera lo que hizo.

—Y una mierda —espetó cabreado. Si de él dependiera lo despedazaría y sabía que su hermano pensaba exactamente igual que él.

Abbie no parecía concordar con su opinión ni tampoco con la de Morie, pero no se manifestó, se limitó a permanecer en silencio, pensativa. Como si tratara de encontrar una explicación más lógica.

—Pierdes el tiempo. William no es un buen chico y eso es todo.

—Lo sé, Daniel. Lo sé muy bien. Lo que ha hecho no tiene posible perdón, pero no comprendo por qué una persona destruye de esa manera su vida y la de otros solo para vengarse por algo que hizo alguien, su ex-novia, que no tiene nada que ver con las mujeres agredidas.

—Los criminales no necesariamente piensan y lo sabes. ¿Cuántas masacres has visto e investigado a lo largo de tu carrera? Es pan de cada día, a veces te

quemas y deseas mandar todo esto a la mierda. —

Daniel estaba muy cansado de luchar una batalla que consideraba perdida de antemano. Por más que tratara de acabar con el mal, siempre había otro para recoger el testigo, estaba harto de esa vida. Quizá debería quedarse en el club con Gabe y aceptar de verdad ese puesto en seguridad que ya le había ofrecido.

—¿Crees que funcionará nuestro plan? —preguntó cambiando de tema. Sabía lo que hacía, distraía su atención para que recuperara la racionalidad. Un policía no podía permitirse llevar por los sentimientos, porque solo conseguiría que alguien muriera en el desempeño de su trabajo.

—Creo que funcionará, pero no vas a formar parte.

—Lo haré.

—No, no lo harás y esa es mi última palabra.

Tres días después Daniel se preguntaba cómo podía haberse ido todo a la mierda con tanta facilidad.

Después de que William hubiera confesado hasta los pecados de su más tierna infancia, que estuviera recluido en una celda segura para evitar que otros presos trataran de acabar con su vida y que Morie estuviera sana y salva en una casa segura con protección policial 24 horas, la mafia había orquestado un juego peligroso: la caza del cerdo.

Y como tenían dedos y tentáculos en todas partes, habían tardado menos de lo que cantaba un gallo no solo en encontrar a los dos violadores que habían atacado a Katharina, sino que les habían dado el pasaporte. ¿No era así como hablaban los mafiosos?

¿Y cómo habían recibido la noticia? De la forma más grotesca de todas. El mismo Tony en persona, el cabecilla de la organización más severa y rigurosa de la ciudad, se había presentado en el club con una caja de regalo para la

mujer y un ramo de rosas. Había presentado sus respetos a Gabe y se había disculpado con él, como si fueran viejos amigos, por el error que casi había acabado con su vida.

Solo que nunca había sido un error, pero ellos no tenían por qué saberlo.

Katharina había bajado la escalera, todavía con algunas palabras pegadas a su piel y marcas de los golpes. Tony la había abrazado con familiaridad y después le había guiñado un ojo a Duncan, el hijo de Kat, que apenas se apartaba de su lado desde que Brenda lo había recogido, en contra de la voluntad de Gabriel, en la casa de su cuidadora. A Daniel le sorprendió ver el gran parecido del niño con el mafioso, aunque no dijo nada. No quería volver a encontrar su cabeza comprometida.

Cuando señaló la caja de regalo y miró a Kat solo pronunció:

«El regalo que me pediste, querida».

Y ella le sonrió radiante, comprobando el interior y asintiendo ante la visión con una satisfacción que incluso a él le pareció grotesca. Después le pidió a Tony que se deshiciera de la mercancía, al tiempo que Duncan abría su propio regalo. Un dragón articulado que logró hacer las delicias del niño.

Daniel había cometido la imprudencia de mirar dentro de la caja y había tenido dolores y pesadillas desde entonces. Cada vez que se encontraba con Kat, se limitaba a poner una mano sobre sus partes pudendas, como si tuviera miedo de perderlas.

Ni que decir tenía que Jim no estaba satisfecho con la intervención del mafioso, pero tanto Gabriel como Rod parecían en paz. Al menos en parte.

No dejaron pruebas que pudieran incriminarlos y los cadáveres, junto con algunos documentos inculpatorios, aparecieron en la puerta de la comisaría hacía solo veinticuatro horas.

—Míralo por el lado bueno —le había dicho al jefe de policía—. Sabemos exactamente dónde están.

—Preferiría que estuvieran vivos y enteros, gracias. Esos hijos de puta han mancillado mi hora del desayuno. Nunca volveré a comer un donuts sin pensar en ello.

—Consiguieron eliminar la amenaza. Iban tras Morie para castigar a William, nuestros... colegas mafiosos han conseguido abortar el ataque y han salvado a una mujer de un tenebroso destino.

—Sí, pero no tengo que agradecer nada a esos cabrones. Han asesinado impunemente y volverán a hacerlo. No merecen ningún premio, Daniel. Recuerda en qué lado de la ley estás, no me gustaría tener

que arrestarte por escoger el bando equivocado.

Algunas veces a lo largo de su carrera se había sentido tentado, habría sido más fácil. Hacer justicia de esa manera, terminar con aquellos que importunaban a su familia y amigos, a gente inocente y no tener que preocuparse por el hecho de que la justicia los dejara en libertad.

—Sé perfectamente qué hago.

—¿Estás listo para lo de esta noche?

—Quiero que saques a Abbie de aquí.

Jim no respondió de inmediato, el silencio duró tanto tiempo que pensó que la llamada se había cortado. Hasta que el jefe soltó un largo suspiro y exclamó.

—¡Ojalá pudiera hacerlo! Esa mujer es tozuda hasta la médula y se cree en la necesidad de demostrar algo.

—Nos indicó la dirección correcta.

—Lo hizo, aunque al final, no haya servido de mucho.

Daniel no estaba de acuerdo. Quizá si hubieran sido más rápidos, podrían haber evitado el sufrimiento de Kat, pero al menos ahora sabían que había alguien más con acceso a documentos e imágenes y le estaban permitiendo ver, pero solo aquello que ellos querían que viera. No iba a ser difícil

desenmascararlo, una vez que fuera al club. Y todos sabían que lo haría.

Se sentiría protegido. Habían anunciado en las noticias a bombo y platillo que todos los responsables habían sido detenidos, sin especificar las circunstancias en las que se habían encontrado dos de ellos, y todavía quería a Abbie. Por algún motivo que ninguno de ellos conocía.

¿Y qué quería hacer la atolondrada mujer? ¿Ser el objetivo! Un cebo succulento que no planeaba compartir con nadie, ni siquiera con su hermano. Ella no iba a ser amarrada a ese potro de tortura o como fuera que su hermano lo llamara, nadie iba a verla desnuda y desde luego Gabe no iba a saber cómo se sentía estar dentro de ella.

¡Si ni siquiera él lo sabía!

No lo permitiría, no podía hacerlo.

—No la quiero esta noche en medio. Su vida podría correr peligro. No la conoces como yo, para ella hacer eso sería conseguir una marca de por vida. Su conciencia no lo soportará.

—¿No confías en tu hermano para cuidar de ella?

—¿Me estás diciendo, Jim, que deje que mi hermano se folle a la mujer que...?

—¿A la mujer que...? —empezó el jefe de policía aunque su voz estaba llena de conocimiento.

—Habrá una audiencia.

—Los miembros del equipo de seguridad enmascarados. Roderick, alguno de nuestros muchachos...

es un entorno seguro.

—Por Dios, ¡Jackson estará allí!

—Jackson es un profesional y valora el esfuerzo de Abbie. ¿Por qué tú no lo haces? ¿Estás implicado

personalmente con ella, Grier?

—Sabes que no haría eso.

Jim chasqueó la lengua, como si no le creyera.

—Sea como sea, no me parece mal que lo haga. Estará protegida y no es necesario llegar demasiado lejos. Cuando tengamos a nuestro hombre retenido, todo puede terminar.

Daniel apretó los dientes. No quería aquello. No podía soportar pensar en Abbie y Gabriel juntos.

—Yo lo haré. Ocuparé el puesto de mi hermano y...

—No. Así no funcionaría. Como acordamos, ocuparás el puesto de su compañero. Gabriel tiene que ser el protagonista para que nuestro sujeto se trague el anzuelo.

Quería gritar y golpear algo, pero terminó aceptando.

—Bien. Lo que tú digas, jefe.

—Grier, deja de quejarte. Con un poco de suerte podrás dispararle a alguien.

Lo que le preocupaba es que ese alguien fuera Gabriel. Y si se atrevía a poner un dedo sobre su mujer, probablemente lo haría.

Y que Dios lo perdonara por ello.

CAPÍTULO 27

Todo había salido bien, a pesar de que ese par de inútiles no hubieran conseguido atrapar a las mujeres, al menos habían cumplido su papel. Habían sido sacrificados por un bien mayor y su reinado de pulcritud y limpieza podría continuar.

Encontraría a otros que siguieran su estela y en poco tiempo habría logrado eliminar la semilla del mal de la faz de la tierra.

Sabía que todo había vuelto a la normalidad, porque el club bullía de actividad. La noche anterior había estado a tope y esa noche había una actuación especial donde el amo Gabriel iba a someter a una novata. Había reconocido a la mujer en la invitación que le había llegado, incluso con aquel antifaz que pretendía ocultar su identidad.

Su analista favorita.

Le molestaba que se hubiera prestado a eso, pensaba que estaba por encima de las otras, pero se había dado cuenta de que era igual que todas. Un par de días rodeada de perversión era todo lo que había necesitado para sucumbir.

Aún así, todavía no había dicho su última palabra. Todavía podía entrenarla y en función de su respuesta conservarla o devolvérsela a Gabriel tan destrozada como a su querida amiga.

Brenda había sido inocente y por un instante había sentido remordimientos de conciencia, pero solo un instante. Rápidamente había descubierto que en todas las guerras moría gente que no lo merecía. Gente que debería haber sido protegida.

Su dulce Anastasia había sido así. Una víctima colateral y todo por culpa de Gabriel Grier y aquel club que había metido dentro de ella una bestia hambrienta de sexo.

La habían desdeñado como si no sirviera poco después de hacerle pasar la vergüenza de enviarla a una clínica de recuperación.

Tenía que pagar, tenía que destruirlo y lo haría.

Le mostraría que no era el rey de la jungla, que había un león más poderoso y más capaz de dominar aquel terreno.

Pronto sería el único capaz de ofrecer sus servicios al público. Un conjunto de esclavas que sí serían capaces de obedecer a su señor.

De momento, todo había sido práctica, pero ahora... ¡ahora empezaba el auténtico show!

—Respira, Abbie. Tranquila. Todo va a salir bien —Katharina la había llevado al espacio de Brenda, lugar que ahora compartían las dos mujeres, y mientras Rod entretenía a Duncan, la estaban ayudando a vestirse y dándole algunos consejos—. No estés nerviosa.

—No soy una agente de campo ni una criatura sexual, esto es muy nuevo para mí.

—¿Te asusta el club? ¿Gabriel? ¿La mazmorra? ¿La audiencia?

Abbie vio cómo Brenda se estremecía con cada palabra, no la perdía de vista, pero no pronunciaba ni un solo sonido. Como si el hecho de hacerlo hiciera más dolorosa aquella experiencia.

—Un poco todo. Gabriel ha sido muy amable conmigo y me ha explicado todo lo que va a suceder.

Cómo lo vamos a hacer y hasta dónde vamos a llegar, aún así...

—Daniel va a estar allí, confías en él.

—Él odia exponerse, es controlador y posesivo, sé que lo va a llevar fatal y me preocupa qué pueda hacer. No somos pareja ni nada por el estilo, pero parece furioso desde que el jefe dio el visto bueno para que yo interviniera. —Odiaba el hecho de exponerse ante tantos hombres, al menos una parte de ella lo hacía, otra estaba excitada ante la perspectiva, especialmente sabiendo que él iba a estar a su lado.

Tocándola y participando activamente.

—Gabriel va a jugar al amo déspota. Va a usaros a los dos, Daniel será el instrumento que someta a su cautiva. Es decir, tú. Así que en ningún momento va a tener sus manos sobre ti.

Lo sabía, se lo había explicado, pero no significaba que no fuera a tener sus ojos, al igual que varios compañeros de la comisaría y la plantilla de seguridad del Pleasure's al completo.

—Esta ropa es muy reveladora.

—Se supone que debe serlo, cariño. Intenta respirar profundamente y relájate —le aconsejó Katharina—. Al principio siempre es difícil, pero cuando empieces a excitarte, olvidarás todo y a todos, solo seréis Daniel y tú, el resto del mundo desaparecerá.

—Nunca pensé que me encontraría en estas circunstancias.

—Estás enamorada de él, ¿verdad? —inquirió Brenda sorprendiéndolas a las dos.

—¿De Gabriel? —preguntó aturdida Abbie.

—No, de su hermano.

—Apenas lo conozco. Hemos pasado unos días intensos, pero ¿amor? No, es imposible.

—Si es imposible odiar a una persona en dos horas, ¿por qué va a ser imposible amarlo en varios días?

Había un vacío doloroso en las palabras de la joven. Aparentemente, estaba como siempre, su piel había recuperado su color. Su pelo azul estaba peinado de punta, pero sus ojos no tenían brillo y a pesar de que llevaba unas lentillas con todos los colores del arco iris reflejados en ellos, era como si una tormenta oscura opacara la luz.

Abbie no pudo evitar preguntarse una vez más, si Brenda sería capaz de recuperar lo que le habían

arrebatado. La esperanza, la ilusión de llenar el vacío con algo más.

—No sé. Nunca he estado enamorada de verdad —confesó a las dos—. Daniel hace que algo se encienda dentro de mí. A veces enfado, otras deseo... ¿amor? No estoy segura.

—Hay muchas formas de amor —comentó Kat con una sonrisa—. No

necesariamente tiene que ser

para todo el mundo igual. Yo amo a mi hijo con locura y amo a su padre, a pesar de que nuestros caminos no podrían estar más alejados, lo amo de una manera especial y diferente, una que casi nadie aceptaría.

Amo a cada uno de los sumisos que entran en mi reino los viernes por la noche, incluso desconociendo sus nombres o circunstancias. Amo a Rod, porque él enciende una parte de mi corazón que ningún otro hombre alcanza. Amores diferentes, pero todos valiosos y necesarios. A veces largos, a veces instantáneos, pero siempre importantes.

—Eres una mujer muy fuerte, Kat —comunicó Brenda en un susurro—. Yo he perdido la capacidad

para sentir cualquier cosa a excepción de miedo. Puedo reconocer el amor, pero no sentirlo, ya no.

—¿Ya has hablado con tu familia? —intervino Abbie, tratando de dirigir la conversación por otro camino.

—Sigo sin estar preparada y Gabe permite que me esconda aquí.

—Gabe permite demasiadas cosas en mi opinión —espetó Kat con cierta molestia—. No puedes estar escondida para siempre. Ni tener miedo.

—Voy a bailar en el club.

Las dos la miraron con sorpresa, incluso Kat pareció descolocada un momento.

—Se lo pedí el día que salí del hospital y dijo que lo haría posible. En una plataforma alta, lejos del mundo.

—¿Sabes bailar?

—Soy artística, siempre lo he sido. El baile solo es una disciplina más. Necesito reencontrar mi camino, he intentado dibujar, diseñar, incluso tocar el piano, pero soy incapaz. Es como si se hubiera apagado mi musa, como si

hubiera muerto o me hubiera abandonado.

Abbie se preguntó los motivos que la habrían llevado a hacer esa petición, pero sabía que no debía involucrarse en ello. Ya tenía bastante con lo suyo, con lo que iba a hacer esa noche. En lo que se iba a convertir.

Morie le había dicho que quería verlo y ella se había negado terminantemente. No había posibilidad de que la dejara estar tan cerca de lo que sería una escena criminal y menos presenciar lo que iba a tener que hacer.

Las piernas le temblaron de nuevo, haciéndola sentir torpe e inestable.

—No creo que yo pudiera. No creo que pueda hacer lo de esta noche. ¡Si soy una reprimida!

Kat rio abiertamente y negó.

—No me lo creo.

—Créetelo. Tuve dos parejas y fueron un auténtico desastre. Nunca había sentido un orgasmo hasta

que... —se sonrojó, las dos la miraron con interés—. Da igual.

—¿Daniel?

Abbie enrojeció aún más, buscando algún lugar para esconderse.

—Supongo que es tan habilidoso como su hermano —Kat miró a Brenda—. Lo siento si te incomoda.

—No lo haces. Es habilidoso, cuando me secuestraron me enseñaron un video de Gabriel en una de las escenas, la mujer parecía disfrutar mucho.

Había hablado sin tartamudear, pero sin emoción.

—Siempre pensé que vosotros dos teníais algo —confesó Kat.

—Al principio yo también pensé en la posibilidad, pero con el tiempo fue más

importante nuestra amistad y él nunca habría estado satisfecho a mi lado.

—No todo en la vida de Gabe es este club, Brenda.

—Pero sí una parte importante de lo que es. No podría complacer sus apetitos y no podría soportar ver lo que hace con todas esas mujeres y hombres, la dominación... No es para mí.

Abbie la comprendía. A modo de aventura o experiencia, al menos virtualmente, parecía excitante, supuso que por eso había aceptado, e incluso solicitado, formar parte del show para pillar al cabecilla de los secuestros, pero tampoco podía obviar la incomodidad, el temor y la dificultad de mantener relaciones con más de una persona, sabiendo que tu pareja o alguien muy cercano a tu corazón presenciaba todo el desarrollo.

Cuando amabas a alguien, necesitabas exclusividad. Quizá no todo el mundo, ella sí y supuso que Brenda también.

—Puedo comprender vuestra posición, yo estuve una vez ahí, ahora el sexo es solo un medio de vida.

Disfruto mucho de mi trabajo y mi hijo es mi vida completa. Mantengo relaciones con varios hombres sin comprometerme con ninguno y a mí me funciona. No creo que siente nunca la cabeza. A veces el pasado hace que rompas con las convenciones sociales, con lo que la mayoría cree y tengas que encontrar un modo alternativo de hacer las cosas. —Katharina las miraba con una sonrisa. Estaba en paz, a pesar de todo lo que había sufrido recientemente y supuso que también en el pasado—. Hay que tomar la vida según llega.

—¿No te gustaría casarte y tener una familia? —preguntó Brenda, sin parpadear—. Por la manera en que te relacionas con Rod había pensado que tal vez...

—Rod no es de los que se casan, cariño. Sí tenemos una fantástica relación más allá de este club, pero no exclusividad. Él lo sabe y lo respeta, básicamente porque los dos lo necesitamos. Tenemos nuestros demonios y hemos encontrado una forma alternativa para combatir con ellos.

Abbie no comprendía del todo la postura de aquella gente, Brenda también parecía sentirse un poco fuera de lugar, en el mismo carro en que ella se encontraba, sin embargo, habían sido capaces de aprender a apreciar a estas personas y lo que menos les importaba eran las opciones de vida que habían escogido.

Todo era respetable siempre y cuando fueran felices así.

Lo único que había dejado a Abbie aturdida era que Kat pareciera estar como si nada especial hubiera sucedido después de la violación, la agresión y la posterior muerte de sus atacantes a manos del tal Tony.

—Ya es la hora —informó sacándola de sus cavilaciones.

La respiración se atascó en sus pulmones y tuvo que toser para recuperar el ritmo.

—Todo irá bien —dijo Brenda, tratando de animarla sin éxito.

—Por supuesto que lo hará. Y si sientes que es demasiado para ti, recuerda tu palabra de seguridad, nada es más importante que tú, ni siquiera una misión de la policía.

Abbie asintió vehemente. La recordaría, lo haría. Sabía que Gabriel expondría todas las normas antes de comenzar, lo haría de la misma manera en que lo hacía siempre.

Observó la pulsera verde de cuero en su muñeca y se estremeció. Había aceptado muchas cosas, solo portando aquel material.

—Recuerda que Gabe y Daniel cuidarán de ti. Todos lo harán. Roderick mantendrá contigo contacto visual durante todo el tiempo, te permitirá ignorar al resto. Confía en mí —aconsejó Kat.

—Solo espero no ponerme a llorar como una niña.

—Ánimo. Cruzaremos los dedos por ti.

Katharina elevó sus manos con todos los dedos cruzados y le dio un codazo a

Brenda para que hiciera lo mismo.

Abbie no pudo evitar la sonrisa, que murió en el instante en que Gabriel apareció por la puerta con unos pantalones de cuero negro y el torso descubierto. El antifaz que llevaba tan solo dejaba expuesta la parte inferior de su rostro y sus ojos brillaban en un amago protector. No miró a Brenda o a Katharina, tan solo tomó su mano y le dio un ligero apretón.

—Cuidaré de ti, Abbie. Lo juro.

Y la guio a través de la puerta, a abrazar un inesperado destino.

Iba a formar parte por primera y última vez en su vida, de aquel peligroso juego.

CAPÍTULO 28

Daniel sabía que debería haber ido él a buscar a Abbie. Se estaban retrasando y se preguntó si no se habría puesto demasiado nerviosa y se habría echado atrás.

Él también tenía los nervios a flor de piel. Nunca había participado activamente en la mazmorra y menos bajo las órdenes de su hermano. Le gustó haber acordado que solo él tocaría a la mujer, incluso siguiendo algún tipo de guion, lo que lo irritaba y se clavaba como un hierro candente en su vientre, era el hecho de compartir la visión de algo que debería haber sido privado.

Se lamentó por no haber hecho el amor con ella en la privacidad de su dormitorio. Además de los tinteos, el sexo oral y los orgasmos que habían compartido, habría deseado más. Lo había deseado todo.

Esa mujer le había demostrado una valentía desconocida. En cuestión de días se había abierto como una flor, aceptando personas y modos de vida en los que probablemente ni siquiera había pensado en su pasado. La admiraba por ello.

Cada vez que descubría algo nuevo sobre Abbie, sentía que una de las vallas impuestas alrededor de su corazón, a modo de fortaleza, se desprendía y ella daba un paso más en su interior. Era peligrosa para su salud mental y

emocional, no podía pensar en un futuro conjunto. Su vida era demasiado peligrosa y ya había perdido una mujer por culpa de su trabajo.

Si algo le sucediera a Abbie...

Cerró los ojos y tomó una inhalación profunda, miró a su alrededor y se preguntó de qué manera vería ella el lugar. La primera vez casi se había desmayado y tan solo habían sido un par de inocentes visitantes, pero ¿y ahora? ¿Ahora qué?

Iba a ser la protagonista y el público ya iba ocupando sus lugares. Todos iban enmascarados, pero podría reconocer a todos y cada uno de ellos. Iban vestidos informalmente, con máscaras. Muchos de ellos discretamente armados y listos para rodear al sospechoso, en cuanto tuvieran la certeza que se encontraban ante él.

Lou estaba en la puerta atento a sus invitados. No habían querido que nadie sospechara, por lo que se habían enviado invitaciones a hombres y mujeres por igual.

Katharina también iba a bajar, aunque no lo sabía. Rod la conocía muy bien y comprendía su necesidad de participar en aquella farsa, mirar a los ojos al hombre que había orquestado el ataque y escupirle a la cara. Podía entender su necesidad de venganza, si bien no le gustaba.

Porque él sentía exactamente lo mismo, especialmente, sabiendo que Abbie era el objetivo de aquel pervertido. Que la tenía en su punto de mira y que si no hacía aquello de la manera correcta, podría hacer saltar las alarmas del criminal y hacerle huir antes de tiempo.

Maldito fuera porque estaba tan nervioso como un infante ante su primer día de colegio.

—¿Estás preparado? —el susurro llegó de su derecha, Roderick, sin la habitual máscara que portaban los invitados, se acercó a su lado y lo miró con cierta preocupación.

—¿Por qué Abbie y Gabe no están aquí?

—Han cogido el camino largo, pero van a llegar pronto. Solo quería asegurarme primero de que todo estaba en orden y recordarte que veas lo que veas cuando ellos entren, no puedes mover ni un músculo.

No si quieres que esto funcione.

Lo sabía. Vaya si lo sabía, tenía que ejercer bien su papel incluso si no era un experto.

—Estoy preocupado por ella.

—Está en las mejores manos. Gabriel es el mejor Amo que tenemos en el *Pleasure's*, tú lo conoces, no va a hacerle daño.

—No me preocupa Gabe, me preocupa que todo sea demasiado para Abbie. No la conoces como yo...

—Está en esto con todos nosotros. La idea fue suya y lo hará bien. Algo ha cambiado, ¿no te has dado cuenta? No es la misma chiquilla que saltaba cada vez que miraba a cualquier rincón oscuro esperando que la atacara un monstruo sexual.

—No te burles, no tiene gracia. —Maldijo entre dientes mirando la diversión de Rod. Sabía que había preocupación allí también, pero no le importó. Necesitaba golpear a alguien, cuando todo hubiera pasado, se desquitaría.

—Intenta simular que disfrutas, tienes una mirada asesina.

El silencio se hizo a su alrededor cuando sonó una misteriosa y escalofriante música que indicaba el comienzo del show. Roderick le dio un apretón en el hombro, para animarlo y se dirigió al público reunido. No habría más de una docena de personas, pero suficiente para que todo él se estremeciera ante la idea de que vieran a su chica.

«No es mi chica. No es nada. Solo un polvo. Una aventura. Una mujer que necesitaba un poco de diversión sin más. Una compañera de trabajo. Una relación imposible. Concéntrate, Daniel. Tienes que atrapar a un cabrón sin escrúpulos ni corazón. No puedes ponerla en peligro».

Roderick estaba dando la bienvenida a los invitados, mientras les recordaba algunas de las normas principales del club para poder permanecer hasta el final de la representación: Nada de interrumpir la escena o agredir a cualquiera de los participantes. Nada de mantener relaciones sexuales con otros espectadores o masturbarse y, desde luego, nada de móviles, cámaras fotográficas o cualquier otro dispositivo que pudiera grabar o fotografiar la acción.

Siguió hablando mientras la puerta se abría y Gabriel, en su papel de amo y señor, precedía a Abbie.

Estaba preciosa, aunque no parecía ella. Llevaba un corsé azul, que acentuaba sus pechos y unas bragas de satén. Las medias a medio muslo le daban un aspecto decadente y sensual, así como los tacones. Vio la pulsera en su muñeca y quiso cerrar los ojos para lamentarse. Les estaba dando vía libre a Gabe y él para

hacer con ella cualquier cosa que desearan. Sabía que era en ese tipo de shows, en el que su sospechoso había participado en el pasado. Iba a ser algún tipo de ceremonia de iniciación, en la que el Amo Gabriel, iba a ejercer su poder para someterlos a ambos.

Daniel apretó los dientes con tanta fuerza que temió perder alguna pieza. Su afable hermano parecía haber desaparecido mientras se dirigía a la plataforma donde se erguía un oscuro trono, tirando de una fina correa que iba enganchada a un suave collar de cuero azul en el cuello de Abbie. No le hacía daño, pero ella parecía tremendamente avergonzada.

Se atrevió a mirar al público, ninguno de ellos apartaban la vista de ella. Vio al cabrón de Jackson con la boca abierta sin perder detalle de la visión y se dijo que si estaba empalmado lo castraría antes de que pudiera suplicar clemencia.

Decidió que no era el momento de fijar su atención en otra cosa que en la mujer que se estaba arriesgando tanto.

Gabriel tomó asiento y miró a su público. Su rostro permanecía oculto tras la máscara, pero sus labios esbozaron una inquietante sonrisa.

Sin mirar a Abbie elevó la voz, para que todos pudieran escucharlo.

—Sumisa, ¿recuerdas la palabra de seguridad?

Daniel no la perdió de vista, mientras asentía. Parecía un poco asustada y temblaba ligeramente.

—No te escucho —repitió Gabriel, mirándola entonces. A pesar de que no podía ver el gesto de su hermano claramente desde donde estaba, supuso que la había mirado con la ternura que usaba para garantizar el bienestar de sus conejitas primerizas. Abbie no sería la primera ni la última que se sintiera cohibida en una situación desconocida de aquel tipo—. Necesito que repitas la palabra de seguridad.

Su voz sonó autoritaria, pero no agresiva. Su mano enguantada en cuero negro se estiró para acariciar con suavidad el antebrazo de la mujer, la tomó de la mano y la sentó en su regazo.

No se suponía que hiciera eso, no lo habían acordado, lo que provocó su ira. Sin embargo, no podía exponerse, no podía hacerlo.

Acariciaba su piel con suavidad, mientras su voz continuaba siendo un mandato tras otro. Todo exigencia.

—Hielo —susurró Abbie, como si hubiera perdido repentinamente la voz.

Gabe siguió acariciándola, sin ejercer presión alguna. Retiró la correa del collar y la giró, para mirarla a los ojos.

—Esa no es la forma correcta de dirigirte a tu señor —la instruyó—. Tienes otra oportunidad. ¿Cuál es tu palabra de seguridad, sumisa?

—Hielo, señor.

Gabe sonrió y pasó su dedo índice por la femenina mejilla hasta llegar a sus labios, no dejó de mirarla en todo el tiempo, sus ojos estaban hipnotizándola de alguna manera y estaba funcionando, porque la tensión del cuerpo de Abbie iba descendiendo lentamente, grado a grado.

—Buena chica, vas a disfrutar.

Bajó hasta sus labios y la besó.

Daniel quiso gritar, cruzar la sala y machacar a su hermano, que se había atrevido a profanar la boca de su mujer, pero no lo hizo, se mantuvo en su lugar, sintiendo que el párpado izquierdo le empezaba a temblar en un tic nervioso.

Cuando el contacto se rompió, Gabe la giró en su regazo y le separó las piernas. Acariciaba el interior de sus muslos con sutileza, hasta que estuvo completamente abierta para que todos los presentes pudieran verla.

Su hermano no hizo contacto visual con él, no pronunció ni una sola palabra en voz alta, pero susurraba palabras de consuelo a Abbie, al oído. Lo sabía.

El clima se había vuelto repentinamente pesado, todos los presentes parecían contener el aliento, a la espera de lo siguiente que haría Gabriel, Daniel solo quería que todo terminara.

Se atrevió a fijarse apenas un momento en el público y trató de localizar al hombre que estaban buscando. Lo localizó en la última fila, tenía la cabeza baja y trataba de ocultar su expresión.

Si lo hubiera visto mejor, habría asegurado que estaba rabioso por lo que veía, pero no podía hacerlo. Se preguntó si Rod o Jackson, Miles o cualquiera de los presentes se habían dado cuenta de que estaba allí. Trató de comunicarse con el socio de su hermano. Decirle sin palabras que debía encontrar la manera de cortar aquello y avisar a los demás, para arrestar al cabrón que había empezado todo aquello.

Pero Rod no lo miraba a él, sus ojos estaban fijos en Abbie y Gabe, al igual que el resto de la sala.

¿Acaso no recordaban que estaban allí para hacer un trabajo? No se trataba de disfrutar, sino de atrapar a un asesino en potencia. Todos sabían que llegaría el momento en que iría demasiado lejos y tendrían mucho que lamentar.

—Daniel —pronunció Gabe en voz alta—. Tengo un regalo para ti, te dejaré probar a mi chica nueva.

Entonces si se miraron a los ojos y le prometió venganza por lo que estaba pasando allí. Gabriel tan solo esbozó una sonrisa complacida y de superioridad.

Era su papel, pero iba a matarlo igual.

Caminó hacia la plataforma, centrado en Abbie. El pecho de la joven se agitaba, casi jadeando, podía ver la ropa interior mojada producto de la excitación y la tensión, ya no por el miedo, sino por la anticipación de saber que pronto él estaría en su interior.

Y maldito fuera, porque odiaba exponerse, pero también él estaba excitado. El mero hecho de verla de aquella manera, tan vulnerable, tan abierta para él, hizo que el mundo desapareciera a su alrededor y solo quedaran ellos dos.

Cuando estuvo a su altura, su hermano le hizo un gesto para que se arrodillara y lo hizo. Sin ni siquiera pensarlo.

Tomó posición entre las piernas de ambos y se agachó lo suficiente como para que su boca quedara a

apenas un par de centímetros de la mojada entrepierna de Abbie.

Debería utilizar palabras soeces cuando se refiriera a ella, al menos en aquel lugar, pero le iba a costar. Eso pensaba, hasta que apartó la delicada prenda y ella quedó expuesta a sus ojos.

No tuvo tiempo de maldecir o de preocuparse por lo que otros pudieran ver, tan solo gimió de deseo y gruñó:

—Estás muy cachonda, nena, voy a devorar este dulce coñito y gritarás para mí.

Un instante después sus pulgares separaban sus pliegues y su lengua se internaba en la suave humedad.

Ella jadeó, se estremeció y se aferró a los brazos de Gabriel. Debía de estar clavándole las uñas, pero su hermano no pronunció palabra alguna. Tan solo le besaba el cuello y acariciaba su vientre mientras él continuaba con el asalto.

No lo odiaba ahora, solo sentía una urgente necesidad de enterrarse en ella. De sentirla por completo, había esperado demasiado tiempo.

La necesitaba.

La quería.

La tendría.

Se apartó solo lo suficiente para liberar su gruesa erección y la miró a los ojos, no sabía qué estaba pensando, pero no había temor o negación en ella, solo expectativa.

Gabriel tiró del corsé hacia abajo para liberar sus senos mientras sus manos enguantadas jugaban suavemente con los femeninos pezones, dejando claro que si bien esa era su conquista, iba a seguir en su papel hasta el final.

—Sumisa, grita para nosotros, para nuestros invitados. Quiero que todos sepan lo excitada que estás, cuánto te gusta que el amo Daniel y yo te follemos duro y rápido, mientras disfrutas de la exposición a los ojos de nuestros invitados.

No sabía si las palabras habían ejercido algún tipo de emoción extrema en ella, lo que si supo fue que se retorció en el regazo de Gabe y todo su cuerpo se erizó, muy cerca del orgasmo.

La audiencia gimió casi al unísono, Daniel sabía que no podía esperar más y con una rápida mirada a Gabriel que le dio el visto bueno y a Abbie que no parecía darse cuenta de dónde estaba o con quién, entró en ella reclamándola de una sola embestida.

Debería haber sido más suave y dulce con ella, lo supo en ese momento.

Debía haber pasado tiempo desde la última vez, porque sus músculos internos lo apretaron estrechamente, sin embargo se deslizaba con facilidad, estaba muy mojada.

Los ojos de la mujer se habían abierto de golpe, mirándolo, sus brazos fueron a sus hombros, aferrándose a él, mientras Gabe seguía amasando sus pechos y él se detenía solo el tiempo suficiente como para darle espacio para acostumbrarse a él.

—Por favor —suplicó Abbie y supo que no podría contenerse más, ni siquiera si estuviera obligado

a hacerlo.

Inició una marcha tan antigua como el tiempo, reclamando con cada embestida un pedazo más de su alma y sabiendo, al mismo tiempo, que estaba tomando algo muy especial de ella.

No solo su cuerpo, sino también parte de su ingenuidad, de su temor, incluso de su vergüenza.

Eran uno y se sentía como tal.

Gabriel siguió animándola a disfrutar, su hermano continuaba ejerciendo su papel de director de orquesta, sin dejar de intervenir mientras él se perdía en la primitiva posesión.

Sus manos no se estaban quietas, sus caderas se movían por iniciativa propia y cuando sintió que su liberación se acercaba, supo que ya no habría marcha atrás.

Gabe le hizo un gesto y él comprendió.

Salió de su interior y se corrió sobre su vientre, un instante después de que ella hubiera llegado al borde del precipicio y hubiera sido asaltada por un potente y sensual orgasmo.

Se retiró y todos pudieron ver los últimos espasmos del sexo de su mujer. Todos lo hicieron y él solo necesitó un momento para darse de cuenta, de que ese fue el pistoletazo de salida.

El barullo que se armó de inmediato provocó que se colocara frente a Abbie y

Gabe. No llevaba su arma, no había ningún lugar donde ocultarla, pero no iba permitir que nadie hiriera a las dos personas que más amaba.

No supo quién llevaba arma y quién no, solo que algunos gritaban, otros trataban de tranquilizar a los demás y la puerta había quedado abierta.

Se subió los pantalones y corrió hacia la entrada. No iba a escapárseles, no después de lo que habían tenido que hacer para atraparlo.

Jackson con su arma desenfundada iba tras él y Miles lo escoltaba por el otro lado. Le lanzó una *glock* y salieron a la caza.

No iba a librarse de esa. No iba a conseguir escapar.

Y si tenía que matarlo para acabar con todo, estaba dispuesto a hacerlo.

Alguien le acercó una bata para que se cubriera. La languidez producto del orgasmo compartido la había dejado convertida en poco más que gelatina, pero ahora que la fiebre del placer empezaba a pasar, tan solo quería buscar un hueco y ocultarse en él hasta que todo terminara.

Todas aquellas personas habían sido testigos de una faceta de ella que ignoraba poseer. No podría volver a la oficina, no podría mirar a los ojos a Jim o a Jackson.

Se envolvió en la bata y empezó a temblar, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Debería estar pensando en atrapar al hombre que había herido a Brenda y a las otras mujeres y tan solo era capaz de regodearse en la autocompasión.

Un conocido aroma la envolvió al mismo tiempo que unos brazos rodeaban con afecto y consuelo.

—Vamos, cariño. Lo has hecho muy bien. Deja que los hombres fuertes se ocupen de nuestro malo.

Katharina.

Se aferró a ella casi con desesperación, necesitaba el consuelo que le ofrecía. Quedarse con la mujer y no pensar jamás en lo que había hecho.

Gabriel se acercó a ellas y la guió hasta el trono que había ocupado hasta hacía unos minutos él, la ayudó a sentarse y le entregó una botella de agua. Dio un sorbito, pero no se atrevió a mirarlo.

Gabe no le permitió ocultarse, elevó su rostro colocándole los dedos aún enguantados bajo la barbilla y la miró a los ojos.

—Has estado brillante, Abbie. Nadie va a juzgarte por lo que ha pasado aquí hoy.

—No está bien disfrutar de algo así cuando toda esa gente te está mirando. ¿Qué pensarán de mí?

¿Qué pensará Daniel?

—Que eres la mujer más valiente que ha conocido —le dijo afable Gabriel—. El *Pleasure's* no es un lugar en el que se juzgue a los demás, todo lo que pasa aquí no sale de estas paredes. La gente lo sabe, nuestros invitados, nuestros participantes. Mi hermano también. No te preocupes por eso.

Katharina asintió conforme con el hombre.

—Además, eres hermosa, sexy y has demostrado que es posible superar los prejuicios, si tan solo te sumerges un poco más en ese mundo que desprecias o desconoces. —Acarició su pelo y la miró con dulzura—. Tú tenías miedo y hoy lo has superado. Has hecho un trabajo espectacular, les has dado a todos los invitados algo especial y lo saben.

—No estoy tan segura de lo que ha pasado aquí hoy sea algo especial.

—Tienes miedo de ser juzgada por experimentar placer, sin embargo, eso es lo que siempre hemos querido de ti, de cualquiera que llega a nuestro club —aseguró Gabriel—. Y me siento muy honrado de que me hayas permitido formar parte de tu iniciación.

—No voy a repetir.

Katharina y Gabriel se miraron y compartieron una sonrisa.

—Bueno, te has librado de los azotes. Creo que deberías probarlo alguna vez. Han sido muy buenos chicos contigo —espetó Katharina con diversión.

—Si hubiera durado más...

—No asustéis a la chica, hombre —espetó Rod mirándola, descendió sobre ella y le dio un suave beso en los labios—. Bienvenida al *Pleasure's*, Abbie. Ahora ya eres una de nosotros.

—Un miembro VIP —aseguró Katharina.

—Con pase de oro —terminó Gabriel y la camaradería y el buen rollo que parecía imperar en la sala, le dieron la tranquilidad suficiente para sonreír.

—Quizá termine gustándome, después de todo.

Y los cuatro a una estallaron en una estruendosa carcajada.

CAPÍTULO 29

Brenda había sido relegada al papel de niñera y le parecía bien. No quería ver lo que Gabriel y Abbie iban a hacer, le resultaría doloroso.

Le sorprendió pensar así, pues no sentía nada, ya no. Y, sin embargo, Gabriel tenía algo que conseguía hacerla desear una vida, quizá hasta un futuro esperanzador, a pesar de lo que había pasado.

Pero no estaba segura de ser capaz de hacerlo. A ella no le gustaba el sexo a la manera en que a él lo hacía y una relación platónica no era algo que él pudiera tolerar.

No más allá de lo que ya compartían.

Duncan estaba durmiendo en la enorme cama de matrimonio. Lo había acostado poco después de que su madre bajara a la mazmorra. Bostezaba sin control y a pesar de que había suplicado cinco minutos más, se había dormido

en cuanto lo levantó en brazos para acostarlo.

Había algo dulce e inocente en el niño. Algo que le hizo preguntarse cómo unos hombres que una vez habían sido como él, habían llegado a un punto capaz de herir a otra persona tan profundamente como lo habían hecho con ella y otras.

No lo comprendía. Nunca había dañado a nadie ni nada. Incluso romper un jarrón le había resultado doloroso, una pérdida.

«Tienes que ser valiente y evolucionar», eso le decía una voz en su cabeza, cuyo tono se parecía sospechosamente al de Gabriel. Pero, ¿cómo hacerlo?

Las puertas del ascensor se abrieron y se preguntó cuál de los tres socios del club habría subido para hacerle compañía e informarla de cómo había terminado todo.

No abrió la puerta, no iba a invitar a entrar a nadie, con un poco de suerte, podría entrar en la habitación y simular que se había quedado dormida con Duncan. Los niños tenían algo especial, algo que siempre le había dado paz. Los comprendía y la comprendían, al menos en otro tiempo.

Avanzó hacia la puerta principal con curiosidad, para asomarse por la mirilla. Los pasos al otro lado parecían rápidos, ansiosos, como si estuvieran buscando algo.

Cuando vio quién estaba allí, el aliento se congeló en sus pulmones. No era ninguno de los tres amigos, un desconocido con una máscara y una pistola en la mano.

Iba salpicando de sangre la tarima del suelo, sus dedos estaban rojos y sus manos temblaban.

—Dios mío —gimió y corrió a los cajones de la cocina buscando algún arma con la que defenderse y proteger a Duncan en caso de que pudiera llegar hasta ellos. No debería, había códigos y la puerta estaba blindada, pero no estaba segura. No se sentía segura.

Esta vez no iba a rendirse y dejar que pasara, esta vez lucharía.

Recordó que Rod le había dicho que si necesitaba algo tan solo necesitaba pulsar un botón del teléfono. Lo hizo y esperó que fuera suficiente para dar la alarma.

La música del aparato rompió el silencio y le hizo preguntarse si el tipo del otro lado la había escuchado.

El pánico estuvo a punto de paralizarla, pero descolgó el auricular y habló en susurros rápido:

—Creo que el hombre que buscáis está aquí, al otro lado de la puerta. Lleva una máscara y un arma, parece desesperado. He encontrado unas tijeras de pescado, pero...

—Coge a Duncan, llévalo al baño y mételos en la bañera. Si hay algún disparo, allí estaréis protegidos. Cierra por dentro y no te preocupes, ya vamos de camino.

La comunicación se cortó de inmediato y ella, tijeras en mano, corrió al dormitorio, cerró la puerta por dentro, colocó el cortante objeto en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó al niño de la cama. No se despertó, pero si se acurrucó entre sus brazos.

Corrió al baño y siguió las instrucciones que Rod le había dado, abrazando al pequeño y orando en silencio.

No iba a perderse, no iba a dejarse llevar por el pánico, no iba a permitir que volvieran a arrebatarse nada más y no permitiría, de ninguna manera, que Duncan tuviera que vivir con la inseguridad que ella ya sentía.

Katharina lo había dejado bajo su supervisión y así tuviera que enfrentar a la mismísima bestia, Duncan mantendría su inocencia.

—Maldita sea, ¿acaso no sabes apuntar con esa jodida arma? —recriminó Daniel a Jackson—.

Tenemos que volarle la cabeza al tipo de una maldita vez.

—No, tenemos que atraparlo con vida —espetó el policía sin dejar de correr en la dirección en la que se había escapado.

—No tiene salida. El ascensor es la única vía y debería estar bloqueado —informó Miles en tono eficiente.

Pero cuando llegaron a la máquina y vieron las manchas de sangre, se dieron cuenta de que aquella había sido la vía de escape.

Daniel maldijo mientras Miles bloqueaba la máquina para que no pudiera utilizarse y los guiaba por las escaleras. El acceso estaba protegido por códigos, pero los consiguió con rapidez.

Rod ya estaba al final del pasillo cuando dieron con el correcto.

—Ese hijo de puta está cerca de Brenda.

Gabriel parecía un ángel vengador tras Rod. Con los guantes y pantalones de cuero negro y el pecho aún descubierto, parecía dispuesto a cualquier cosa. Se había quitado el antifaz, pero el instinto homicida

en sus ojos reflejaba que no iba a haber clemencia para nadie aquella noche.

—No quiero a tu hermano en esto, Grier —espetó el policía—. Vamos a coger a ese cabrón vivo.

—Y una mierda —espetó Gabriel—. Si vuelve a tocar a Brenda, lo mataré con mis propias manos.

—¿Quieres contenerte? —Daniel no estaba listo para bromas—. Todo lo que digas...

—Joder, lo sé. Pero es Brenda.

Corrió tras ellos por las escaleras, no estaba armado pero no parecía importarle. Miles tiró de él para que quedara en segundo plano.

—Jefe, eres un blanco fácil. Quédate atrás. Si ese tipo nos está esperando al otro lado, podría volarte los sesos o atravesarte el corazón.

Roderick sostuvo a su amigo, que lo miró con acusación, pero solo duró un momento, porque sabía que ambos tenían razón.

—Es Brenda.

—Esto va a terminar esta noche —aseguró Daniel asaltando el pasillo con rapidez y buenos reflejos.

Había un rastro de sangre en el suelo que llevaba hacia el final del pasillo, pero no era la puerta de Brenda, sino la de Rod.

Había huellas de dedos ensangrentados y dentro se escuchaban algunos histéricos gritos, como si un loco tratara de convencer a alguien invisible de algo.

»Él la mató. La mató. Tengo que terminar con todo lo que ama. Tengo que limpiar de perversión esta ciudad. Tengo que demostrarle quién es el auténtico amo.

Jackson apartó a Daniel, lo miró con intensidad dejando claro que iba a entrar primero, que aquella era su misión y supo que no podía hacer nada para evitarlo. No si querían acabar de una vez por todas con aquella pesadilla.

Hizo un seco asentimiento, aceptando su supremacía, cediendo el puesto de líder a otro por segunda vez esa noche, a pesar de lo mucho que le costaba hacerlo y entró tras él.

El loco estaba tumbado en el suelo, con la pistola sobre el pecho, mientras seguía hablando solo.

»Conseguiré un harén de esclavas, todas me amarán. Todas entenderán que lo que hice fue por su bien. Por su bien. Ella me perdonará. No debió morir. Es él quien debe morir. Gabriel es el demonio, el amo que no es nada. Debe morir. Como ella.

—¡Suelte la pistola! —dijo Jackson con su eficiente voz de policía.

El hombre ni siquiera los miró, pero se aferró más a su arma. Continuaba tumbado, con los ojos cerrados y murmurando una incoherencia tras otra.

»No me atraparán. Los mataré a todos. Los mataré.

Miles observó a los otros dos con reluctancia.

—El tipo ha perdido la cabeza.

—Es peligroso, no bajes la guardia.

—Nunca bajo la guardia.

Jackson repitió en voz alta y calmada.

—Suelte el arma e incorpórese lentamente.

Giró el rostro lo suficiente para mirarlo y negó.

»No es él. No me interesa. Él no la mató. Fue Gabriel, él lo hizo. Mató a mi dulce flor. No vivirá.

Nadie que ame vivirá.

—Estoy harto de este maldito juego —espetó Gabriel tras ellos y entró como un vendaval directo al hombre, con intención de levantarlo, golpearlo y acabar de una maldita vez con todo aquello. Vengar a Brenda.

Pero en cuanto lo vio, el hombre se levantó y el odio apareció en sus facciones. Sus ojos llenos de desprecio lo miraron y levantó su pistola.

Daniel fue el más rápido, desvió los disparos, que acabaron alojados en el techo, mientras Rod tiraba de Gabriel al suelo y lo protegía con su cuerpo.

Jackson y Miles dispararon a la vez, acertando en el pecho del hombre, que pareció sorprendido un momento, antes de bajar la vista para ver los hilillos de sangre bajando por su pecho.

»Soy inocente. Él la mató.

Y se desplomó en el suelo, sin vida. Sus ojos abiertos con odio y sorpresa al mismo tiempo.

Pero dondequiera que fuera en ese momento, ya no podría dañar a nadie más.

Y las mujeres, los hombres y el club volvían a estar a salvo.

Daniel dejó escapar el aire que había contenido en sus pulmones.

Rod salió corriendo para llegar hasta Brenda y Gabriel se acercó al hombre, para quitarle la máscara y tratar de recordar su rostro.

Lo conocía tan bien que supo el instante en que lo reconoció, en que la identidad del sujeto aparecía en su cabeza. El estupor que se reflejaba en él, le dejó claro que sabía los motivos o al menos parte del asunto por el que había estado allí, detrás de él procurando hacerle daño.

Daniel lo miró, esperando una respuesta. Miles y Jackson también lo hicieron.

Gabriel negó y maldijo, después pronunció en voz alta y clara.

—Parece que tenemos que hablar.

—¿Lo conocías? —inquirió Jackson.

—No, pero si a alguien a quien él quería. Una bailarina que estuvo en el *Pleasure's* hace mucho tiempo. Debería haberme dado cuenta antes.

Y procedió a explicar la historia que hacía tanto había dejado enterrada en su memoria. Daniel la conocía, a la chica y lo que había pasado, pero permaneció allí, junto a su hermano, en uno de los momentos en los que más lo necesitaba.

Vio su desesperación, su dolor, su arrepentimiento.

Había cometido un error fatal despidiendo a la mujer, procurando que su vida fuera mejor y ahora tendría que vivir con la conciencia de saber que ella había

perdido más que su trabajo, había perdido su vida.

Jackson lo confirmó con Jim poco después, todo pasó en una nebulosa. Los equipos forenses llevándose el cuerpo y recogiendo pruebas. Las declaraciones e interrogatorios, los encuentros con viejos conocidos ansiosos por descubrir todo lo que había pasado.

Los trabajadores del club, asustados, y los clientes habituales que habían compartido esa noche con ellos.

Solo se perdió una cosa, lo más valioso, y para cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde.

Abbie no estaba allí, ni su móvil o su bolso. Se había esfumado en cuanto los agentes habían llegado y se preguntó en qué condiciones lo habría hecho.

¿Qué estaría pensando? ¿Cómo se sentiría?

Tenía que encontrarse con ella, pero sabía que probablemente esa noche no era el mejor momento para hacerlo.

Cuando Jim y él se encontraron, cuando lo felicitó por el trabajo bien hecho, supo que sería su última vez.

No podía seguir en aquello.

Estaba demasiado quemado, demasiado abatido. No se lo dijo entonces, pero muy pronto presentaría su dimisión y buscaría un trabajo alternativo. Quizá en el club o quizá en otra ciudad.

Necesitaba pensar, necesitaba organizar sus ideas y sentimientos. Necesitaba descubrir en qué posición se encontraba y que iba hacer con Abbie.

Quizá su aventura había llegado a su fin, quizá no sentían nada. Tan solo la tensión de estar unidos en un momento difícil había confundido sus sentimientos.

Gabriel se cambió de ropa en cuanto le dieron un descanso y para cuando entraron en el apartamento de Brenda, la mujer corrió a sus brazos, como si solo en él pudiera encontrar su refugio.

El dolor que apareció en sus facciones cuando se produjo el contacto pareció secundario, porque esa noche, después de todo lo que había pasado, todos necesitaban un minuto de paz. Incluso si eso cambiaba el estado de las cosas.

Daniel los dejó, sin mirar atrás, esperando que encontraran un camino óptimo que él parecía haber perdido.

Se montó en su coche y fue a su apartamento.

Necesitaba pensar, necesitaba reencontrarse.

Y nadie iba a poder acometer ese viaje por él.

Ni siquiera Abbie.

CAPÍTULO 30

Habían pasado dos semanas desde todo el asunto del club y parecía mucho más lejano. Abbie estaba en su cafetería favorita tomando un café y un donut, cuando sintió la urgencia de mirar a través de la ventana, hacia el jardín que había al otro lado y entonces sus ojos se encontraron con los de él.

Desde la noche en que habían atrapado a Tim Maxwell, el cabecilla de la banda que había llevado a cabo los secuestros, no se habían vuelto a ver. Ella había abandonado el club a toda prisa, sin ser capaz de enfrentarlo y cuando había intentado contactar con él al día siguiente, para dejar las cosas claras y tratar de seguir adelante al menos con una amistad, simplemente no lo había encontrado.

La semana anterior había estado en la comisaría para presentar su dimisión, tampoco se habían cruzado. Se preguntó si habría esperado a constatar que ella no se encontraba en el edificio para asistir o si solo había sido casualidad.

No era su tipo, ella no era el tipo de nadie, y después de aquella escena grotesca en la que había participado por propia iniciativa, sabía que lo había perdido. Él había dejado claro que no le gustaba compartir a sus parejas. Ni siquiera permitir que otros vieran cómo tenía sexo.

Y le pareció normal, porque ella tampoco había estado dispuesta a hacer algo semejante. Si hubieran estado en otras circunstancias...

Pero la realidad había sido la que era y no podía dar marcha atrás. Tampoco podía decir que se arrepintiera. No era algo que repetiría, pero la experiencia había tenido un punto especial. Gabriel había sido amable y respetuoso y Daniel caliente, como ya había demostrado.

Sin embargo, había regresado a su solitaria y fría rutina sin orgasmos. Morie había intentado animarla para volver al club, participar de nuevo, pero se había negado.

Solo había pisado el *Pleasure's* para visitar a sus nuevos amigos y tratar de colaborar en la recuperación de Brenda. No toleraba el contacto con otras personas, solo con el pequeño Duncan y Gabe, los demás procuraban mantenerse a distancia, incluso ella. Sus emociones seguían encerradas en algún lugar de su interior, pero ahora había alguna sonrisa. No confiada pero si suficiente como para pensar que el tiempo podría sanarla.

Y quizá el hombre que se entregaba a ella en cuerpo y alma.

Katharina le había explicado que Gabriel había delegado en Rod la dirección de la mazmorra y que en los últimos tiempos se dedicaba a la barra y la seguridad. No había vuelto a mantener relaciones en el club y sospechaba que tampoco fuera de él.

Roderick vigilaba de cerca que todo fuera bien entre los dos y estaba dirigiendo la reforma de un ala del club que había permanecido cerrada durante mucho tiempo. Le habían explicado que aquel lugar

había estado relacionado con los ataques del loco que había muerto proclamando su inocencia y la culpabilidad de Gabriel. Había descubierto que aquella antigua bailarina que había generado una adicción al sexo, se había

suicidio poco después de salir de una clínica mental y aunque nadie en el *Pleasure's* era responsable, Gabe parecía muy afectado.

La última vez que lo había visto, había perdido el brillo de diversión en sus ojos. La preocupación parecía haber opacado a la risa y la calidez de un hombre como ninguno, uno que había normalizado para ella algo que podría haber terminado siendo un trauma de grandes magnitudes.

Esperaba que Brenda y Gabe encontraran el camino para sanarse mutuamente y esperaba que quizá descubrieran que sentían algo más. Porque era muy evidente para todos. El amor entre ellos parecía flotar en el aire, esperando a que se dieran cuenta y lo atraparan.

Se preguntó cuánto tardarían en hacerlo.

Se levantó de la mesa y salió a la calle, no la cruzó, tan solo miró a Daniel a distancia, sin saber muy bien qué hacer. ¿Por qué estaría allí? ¿Habría ido a buscarla o se trataba de una mera coincidencia?

Ninguno de los dos se movió durante al menos cinco minutos, finalmente él se levantó del banco y estiró una mano. Ella contempló el gesto, sin saber si estaba dispuesta a aceptar aquella oferta de paz.

Se había olvidado de ella durante medio mes, mientras sus sueños estaban plagados de los momentos que habían pasado juntos y su tonto corazón lleno de esperanza de que aquello fuera el principio de una bonita relación.

Daniel no tenía relaciones, se lo había dicho. Nada de mezclar a la familia o los amigos, solo sexo.

Y ellos habían hecho un cóctel de todo y el sexo había sido diferente y quizá hasta tenebroso.

Miró a ambos lados de la calle para asegurarse de no ser atropellada y llegó a él, lo miró a los ojos, pero no descubrió nada.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

La mano no cayó, siguió estirada frente a ella, expectante.

Y Abbie la tomó.

El apretón fue rápido, cariñoso y una muestra de que no iba a volver a dejarla escapar.

—Necesitaba pensar.

—¿Y qué has pensado?

—Muchas cosas, pero una por encima de todas las demás —la miró con intensidad—. Quiero que me des una oportunidad para demostrarte que entre nosotros puede haber algo especial.

El corazón de Abbie dio un vuelco. ¿Alguien le habría dicho que lo amaba? ¿Que aunque fuera una completa locura, estaba ansiosa por abrazarlo y sentir de nuevo sus besos? ¿Por entregarse a una pasión como no había conocido nunca?

—¿Por qué ahora?

—Porque es nuestro momento. Sé que a veces puedo parecer un tonto inmaduro y que después de lo que te viste obligada a hacer, puedas sentirte un poco violenta conmigo y con mi hermano, pero si tan

solo me dieras una oportunidad, haría las cosas bien. —La miró, la sinceridad no solo en su tono, sino también reflejada en sus ojos—. Una oportunidad para mostrarte el hombre que soy y lo que puedo llegar a ser estando a tu lado. Quiero demostrarte lo bien que estaremos juntos.

—Seguimos siendo muy diferentes, Daniel.

—Lo diferente es bueno, no podría soportar a una mujer idéntica a mí. No te pido que te cases conmigo, Abbie, solo la oportunidad de conocernos mejor, de tener una relación real.

Entendió lo que decía, deseaba aceptar, porque sabiendo que los escasos días que habían compartido habían sido una excepción, aún sentía que podía haber más. Quería más. Su corazón suplicaba que aceptara.

—¿Y si decido aceptar tu propuesta, Daniel? Entonces, ¿qué harás?

—Ser feliz. Contigo.

La atrajo a sus brazos y ella le rodeó el cuello, pegándose un poco más a él. No podía evitarlo. Las enormes manos masculinas se posaron en su cadera, mientras su rostro bajaba sobre el suyo, para besarla.

En el último momento giró la cara y el beso acabó en su mejilla.

Él se rio, divertido.

—¿Me lo vas a poner difícil?

Abbie sonrió mirándolo, con la cabeza ligeramente ladeada y los ojos guiñados por los rayos del sol.

—Nunca beso en la primera cita.

Las risas de los dos sonaron en la cálida tarde primaveral, haciendo que los transeúntes los miraran, pero a ninguno de los dos le importó, porque aquel era el comienzo de una bonita y auténtica oportunidad de amar.

Una auténtica historia de amor.

EPÍLOGO

Varios meses después.

Era su primera noche como empleada del club y Brenda estaba nerviosa. Los invitados se arremolinaban en la nueva sala. Los cómodos sillones rodeaban por tres partes la plataforma que Gabe y Rod habían construido para ella, para que pudiera bailar y mirar directamente a los ojos del miedo.

No estaba segura de que hubiera tomado una buena decisión, pero ya no habría marcha atrás.

Se aseguró de que sus muñecas mostraran sendas pulseras blancas de cuero, que la eximían de participar en cualquier encuentro sexual, tomó una bocanada

de aire y apartó ligeramente el telón. La sala aún estaba iluminada. Las paredes de tono crema, recién pintadas, le proporcionaban una agradable calma. El vacío de su corazón poco a poco iba llenándose de nuevas emociones. Diferentes a las de antes, pero sentimientos al fin y al cabo.

Sus amigos estaban sentados en primera fila y los guardias de confianza de Gabe, esa noche iban a escoltarla. Miles y Lou estaban presentes, algo que no solían hacer, pero que habían aceptado por ella.

Aquella gente se estaba convirtiendo poco a poco en su familia.

Cuando Daniel y Abbie entraron y se sentaron con los demás, supo que estaba lista para afrontar aquello. El vestido que llevaba tenía algunos flecos que la hacían sentir sexy, era blanco y se pegaba a su piel marcando todas y cada una de sus curvas. Sus piernas parecían más largas gracias a los cómodos tacones que Kat había elegido para ella y su pelo había cambiado de color. El azul había sido sustituido por el rojo pasión, que combinaban con el tono de las lentillas que cubrían esa noche sus ojos.

Era una visión, eso había dicho Gabe con una sonrisa, mientras le había dado un último abrazo antes de enviarla al camerino, donde esperaría su actuación.

Su presencia tenía la capacidad de reconfortarla y darle valor, él marcaba la diferencia en su vida, lo había hecho siempre, desde la primera vez.

Cuando la música empezó a sonar, supo que era su momento. Se irguió, sacó su valor de dondequiera que hubiera estado oculto y cruzó el escenario.

Su cuerpo empezó a moverse al ritmo de la música y a pesar de la pequeña audiencia reunida, solo tenía ojos para un hombre.

El mismo que no apartaba la vista de ella.

Porque había algo cierto, los dos se querían. Se querían tanto que les dolía, porque nunca iban a ser capaces de ser algo más que amigos.

Gabriel y ella estaban destinados a estar unidos, pero solos.

Les había sido vetado el amor.

Para siempre.

Document Outline

- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPÍTULO 22](#)
- [CAPÍTULO 23](#)
- [CAPÍTULO 24](#)
- [CAPÍTULO 25](#)
- [CAPÍTULO 26](#)
- [CAPÍTULO 27](#)
- [CAPÍTULO 28](#)
- [CAPÍTULO 29](#)
- [CAPÍTULO 30](#)
- [EPÍLOGO](#)